OTRA VEZ MIRANDA
MIRANDA III
JENNIFER WILDE



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Librodot

1747

1

Estábamos a mediados de abril y la primavera se había instalado entre nosotros definitivamente, una primavera preciosa, pensé yo, la más bonita que recordaba. En St. Giles uno no le prestaba demasiada atención a las estaciones hiciera frío o calor, siempre resultaba incómodo-, pero ahora, mientras volvía a casa después de hacer la compra, saboreé aquel aire tan suave que parecía acariciarle a uno y disfruté de los maravillosos olores a savia, a tierra y a flores. Los parques y plazas, bajo aquel cielo blanquiazul tan pálido, tenían el aspecto de una neblina de delicados verdes y amarillos formados por los brotes de las diminutas hojas. Los narcisos inclinaban la cabeza, de un amarillo dorado, ante la suave brisa y los jacintos azules y púrpuras se erguían como robustos duendes florecidos asomando entre las altas hojas de color esmeralda. Balanceando la cesta, muy pesada tras una hora de regateo en el mercado, doblé la esquina de la calle Fleet y, después de pasar Holywell, avancé en dirección a Greenbriar Court.

Hacia tres semanas que nos habíamos mudado, después de que la primera tirada de James el gentilhombre se hubiera agotado. Se terminó dos días después de ponerse a la venta, y ya habían publicado cuatro ediciones más. Al parecer James Burke tenía cautivados a los lectores, y el último libro de Roderick Cane se había convertido, con gran diferencia, en el de mayor éxito. Por primera vez en muchos años Cameron Gordon estaba libre de deudas, de hecho hasta tenía un poco de remanente, de veras, incluso después de pagar el contrato de arrendamiento de la casa y de comprarme un guardarropa completo. Nada de ropa de segunda mano, me dijo con insistencia, y se mantuvo muy firme a ese respecto. Yo ahora era su "amanuense" y no podía ir por ahí vestida a base de restos. Amanuense, descubrí, era una caprichosa manera de llamar a la secretaria. Eso es lo que era yo, desde luego. Y además hacía de doncella, de ama de llaves, de criada personal, de chica de los recados y de compañera de cama, pero no me iban a ver quejándome, ni mucho menos, en particular en lo referente al último papel. Puede que estuviésemos viviendo en pecado y que aquello no fuera muy respetable, pero aquellos asaltos amorosos que se producían sobre mi persona - mañana, mediodía o noche, siempre que a él se le antojara juguetear un poco- eran deliciosamente satisfactorios.

Seguíamos peleándonos mucho. Aquello no había cambiado ni pizca. El carácter de Gordon no había mejorado en absoluto, y ahora me acusaba de ser mandona y engreída; decía que yo era una fiera irritante con alma de ama de casa burguesa sólo porque a veces le reprendía por ser tan desordenado. Cam gritaba, profería amenazas y tiraba cosas, como siempre; yo replicaba de inmediato y acabábamos, como en un combate de lucha libre, peleándonos violentamente por el suelo, debajo de la mesa y en el pasillo, siempre de un modo escandaloso y sin la menor inhibición. Cam era un amante locamente apasionado, tempestuoso e incansable, y también sorprendentemente ávido. Nunca se sabía en qué momento se le ocurriría tirar la pluma y empezar a perseguirme por toda la casa.

Mientras paseaba tranquilamente por la calle Fleet, sonreí al pensar en el voraz apetito de mi escocés, y sentí que lo quería tanto que creí que me iba a estallar el corazón. Yo sospechaba que él también me tenía afecto,

Librodot

aunque Cam, naturalmente, nunca lo decía. Cualquier manifestación de los sentimientos era una especie de anatema para él, y Cam Gordon hubiera preferido enfrentarse a un pelotón de fusilamiento antes que admitir que sentía cariño hacia otro ser humano, aunque sin lugar a dudas albergaba profundos sentimientos. Detrás de aquella fachada quejumbrosa, blanca y espinosa, había un hombre tan tierno y solicito como cualquier otro ser vivo... sólo que no le gustaba dejarlo ver. Puede que fuera complicado y voluble, que a menudo resultase enloquecedor y siempre enigmático, pero yo no tenía intención de cambiarlo por un modelo más tradicional. No habría otro hombre como Cameron Gordon, y nunca habría ningún otro para mí. Eso yo ya lo sabía.

Los próximos diez días iban a ser difíciles, reflexioné, porque él había salido para Escocia el día anterior por la mañana y yo le iba a echar de menos de una forma espantosa, cosa que ya me había sucedido el día anterior. No había podido pegar ojo en toda la noche, me había sentido asustada como una gatita, intranquila como nadie se puede imaginar. Llevábamos tres meses compartiendo la misma cama, y yo me había acostumbrado a apretarme amorosamente contra aquel cuerpo largo y delgado, lo más cerca posible, mientras él me rodeaba con los brazos y me calentaba con su calor. Me había acostumbrado a oír sus ronquidos durante el sueño y a que se revolviera y me destapase, y sin él la cama parecía desierta, fría y no natural. El muy cabrón no había querido decirme los verdaderos motivos de su marcha a Escocia, y se había inventado una débil excusa acerca de que debía visitar a su familia, pero yo sabía que el viaje tenía algo que ver con aquellos puñeteros rebeldes con los que andaba siempre en tratos. Iba en alguna especie de “misión” la palabra se le había escapado sin darse cuenta-, y aquello me preocupaba muchísimo.

Pasaba demasiado tiempo con aquella variopinta banda de fanáticos, y yo no titubeaba en decírselo en términos bien claros. Aquello de escabullirse dos o tres veces por semana para asistir a reuniones secretas, siempre en un lugar distinto, maquinando, tramando, dándoles fondos... era una locura. Y además peligroso. Extremadamente peligroso. Cumberland seguía buscando rebeldes -cuatro ejecuciones más habían tenido lugar desde que el primo de Cam fuese llevado en carreta a Tyburn -, y era sólo cuestión de tiempo el que descubrieran a aquel grupo de subversivos. Le supliqué que abandonase aquellas actividades, que rompiera todas las ataduras que lo unían a ellos - Bancroft también se lo decía-, pero siendo como era un escocés muy obstinado, se negaba siempre a escucharnos. Ya había terminado la guerra, le decía yo una y otra vez. El Hermoso Príncipe Charlie había sido derrotado por completo y el pasado era el pasado, pero él afirmaba que lo de Culloden tenía que ser vengado. Cumberland tenía que pagar por aquello.

Le rondaba alguna idea descabellada acerca de asesinar a Cumberland. Eso silo sabía yo. ¡Nada menos que asesinar a Cumberland! Aquel sangriento carnicero nunca ponía un pie fuera de palacio sin que le acompañase un enorme séquito de guardias, nunca se trasladaba a ninguna parte de la ciudad sin una tropa de soldados detrás. Las posibilidades que tenían de llegar hasta él eran casi las mismas que había de que a mí me invitasen a tomar el té en el palacio de St. James. Y si por algún milagro realmente consiguieran llegar hasta él, ¿entonces qué? Los haría pedazos, los hombres de Cumberland los harían trizas, pues aquellos soldados eran los más feroces y brutales de toda la historia de Inglaterra. Todo aquello era una tontería, y yo sospechaba que ellos también se daban cuenta de que lo era y jugaban a hacerse los rebeldes como los niños juegan con espadas de madera. Las reuniones secretas mitigaban su orgullo herido, les hacían sentirse menos derrotados y probablemente no constituía para ellos más que una oportunidad de desahogarse, aunque no por ello eran menos peligrosas.

En cuanto Cam regresara de su “misión secreta” en Escocia íbamos a sacar de nuevo aquel tema a relucir, me juré. Dick Bancroft y yo haríamos frente común contra él y conseguiríamos que entrase en razón, y si eso no daba resultado ya me encargaría yo de darle con una sartén en la cabeza. Mientras tanto, de nada servía que me preocupase. No podía hacer nada. ¡Diez días sin Cam No iba a resultar nada fácil. Vería a Bancroft un par de veces - su amigo le había prometido a Cam que se encargaría de “vigilarme”-, pero, ¿qué iba a hacer yo el resto del tiempo? Lord John y lady Cynthia me podían servir de ayuda, pensé al cruzar la calle, aunque yo estaba empezando a impacientarme terriblemente con aquel par.

Después de pasar junto a “Drake's Coffee Honse” y “Kenyon & Blake, libreros”, llegué por fin al estrecho pasaje empedrado de guijarros que conducía a Greenbriar Court, un pasaje en el que las paredes de ladrillos que se erguían a ambos lados resultaban opresivas. Apenas tenía la anchura suficiente para que una carreta grande pudiese atravesarlo, y uno pasaba de largo sin darse cuenta si no sabía de su existencia. Después de atravesar el callejón, que olía débilmente a carne de caballo, uno se encontraba en un escondido patio de reducidas dimensiones, rodeado de edificios que amortiguaban el ajetreo de la calle Fleet. Tres viejas casas con minúsculas extensiones de césped daban al recinto circular empedrado con guijarros. La del lado este tenía un color amarillo pálido desvaído, con contraventanas blancas y un puntiagudo tejado de pizarra gris bastante descolorido, casi blanco, a causa del tiempo. Yo no tenía la menor idea de quién vivía allí. Había estado vacía todo el tiempo desde que Cam y yo nos trasladáramos a la nueva casa. En el lado norte, con la fachada hacia el pasaje y situada en la trasera de los edificios de ladrillo de la calle Fleet, se alzaba una gran casa gris, más bien decrépita, con dos pequeños y radiantes parterres de flores en la parte delantera, uno a cada lado del corto paseo que conducía a los escalones de la puerta principal. Un tal comandante Barnaby vivía allí con su ama de llaves, una vieja apergaminada. Retirado ya de la vida militar, el comandante se dedicaba a escribir sus memorias y raramente se le veía a la luz del día, pues sólo salía de la casa para ocuparse de cuidar las flores.

Nuestra casa se erguía en el lado oeste, justo enfrente de la casa amarilla. Era pequeña y sin pretensiones, sólo de dos pisos, pero resultaba encantadora con aquellas paredes de color tostado suave, las viejas

contraventanas blancas y el pequeño peral que había delante de la ventana, florecido con delicados capullos blancos que impregnaban el aire de una fragancia deliciosa. Thomas Sheppard nos había buscado la casa. Pertenecía a un tal Benjamin Mortimer, un anciano autor de libros de viajes que, deseando pasar los últimos años de su vida con una hermana solterona que tenía en Kent, se había visto obligado a alquilar la casa. Sheppard publicaba los libros de Mortimer, y se había encargado personalmente de todos los trámites, obteniendo el contrato de alquiler de la casa a un precio realmente razonable. Alquilamos la casa amueblada, y sólo llevamos allí uno o dos muebles de los que teníamos en la calle Holywell. Había un huerto diminuto en la parte de atrás y, el colmo de los lujos, nuestra propia bomba privada de agua. Se acabó el ir trotando arriba y abajo por interminables tramos de escalera a fin de buscar un poco de agua.

Era la gloria absoluta, pensé mientras cruzaba el patio empedrado con guijarros toscos y desiguales, que tenían un color marrón grisáceo a la luz del sol. Greenbriar Court era un lugar tranquilo, callado como un camposanto, escondido en mitad del ruido y bullicio de la ciudad, y la calle Fleet se hallaba a sólo cincuenta metros de distancia pasando por el estrecho pasaje de ladrillo. Sin embargo aquella tarde el patio no estaba muy tranquilo. Unos curiosos y chillones ladridos venían de la casa amarilla, y noté que las cortinas de las ventanas estaban descorridas para permitir que el sol penetrara en el interior. Su misterioso dueño debía de haber regresado, observé mientras abría con la llave la puerta principal de mi casa y entraba en el fresco y soleado vestíbulo.

Sólo había tres habitaciones en la planta baja: un cuarto de estar grande y cómodo, un comedor formal que no habíamos utilizado nunca todavía y, en la parte de atrás, una encantadora y vieja cocina con sartenes y cacerolas colgadas en las paredes junto con algunas hierbas secas y ristras de cebollas. Había una gran chimenea, un gigantesco fogón de hierro negro que me aterrorizaba, un enorme armario lleno de platos y una pesada y destartalada mesa de roble con las sillas a juego. El 501 bañaba el suelo de ladrillo rojo apagado. Era un infierno sacarle brillo a aquel suelo. Pero a pesar de todo yo lo mantenía reluciente. Diversos botes azules y verdes se hallaban sobre el escurridor y una maravillosa hilera de armarios de roble macizo llenaba la pared por encima del mismo.

Dejé la cesta sobre la mesa y empecé a guardar las provisiones en los armarios; manzanas, naranjas, zanahorias, pan, salchichas, un queso cremoso envuelto en un trapo para que se conservase fresco. Había traído también un bote de mostaza y dos pasteles de carne. Ahora había comida de sobra en casa, y además siempre podía acercarme de un brinco a la casa de comidas que había en la calle Fleet, a la vuelta de la esquina, y traer unas chuletas o unas lonchas de aquel delicioso roast beef, rosado. Cualquier día tendría que aprender a cocinar, pensé mientras cerraba la puerta del armario; pero Cam no era muy exigente en lo referente a las comidas y yo prefería salir a buscar la comida antes que tener que entendérmelas con aquel imponente y gran fogón.

Después de detenerme para echar una ojeada por las ventanas al pequeño y soleado jardín vallado de la parte de atrás, regresé por el pasillo a la parte delantera de la casa. Una estrecha escalera conducía al piso superior. Sólo había dos habitaciones arriba, un dormitorio que daba al jardín y otro en la parte delantera que Cam había convertido en su cuarto de trabajo, con libros y papeles que llenaban toda la estancia y un gigantesco escritorio que substituía la vieja mesa de trabajo. Resultaba imposible mantener en orden aquella habitación, pero yo había hecho mis buenos esfuerzos para ordenar sin parar lo que él desordenaba. Al echar una ojeada al esbelto reloj del abuelo que se alzaba en el pasillo dentro de su caja de caoba pulida, vi que eran sólo las dos de la tarde. ¿Qué hacer el resto del día? Me sentía inquieta, perdida sin que Cam anduviera por el medio para mantenerme ocupada. Me había pasado toda la mañana limpiando la casa. Había quedado limpia como una patena. La colada también estaba terminada, las sábanas y la ropa de cama de repuesto se hallaban pulcramente dobladas en la cómoda que había a los pies de la cama. Las había guardado junto con minúsculas hojas de verbena seca para que adquirieran buen olor. Tampoco había nada para zurcir. Ni libros para leer.

“Podrías dejar de buscar evasivas, Randy -me dije-. Tú lo has empezado. Tú te has metido en ello y, o bien tienes que romper esas páginas y olvidarte de que alguna vez las escribiste, o bien te vas ahora mismo ahí dentro y continúas trabajando.” Suspiré con resignación, torcí el gesto y entré de mala gana en el cuarto de estar. Benjamin Mortimer tenía unos gustos sencillos y exquisitos, aunque siempre de medios algo limitados, y la habitación resultaba acogedora y encantadora con aquellas paredes de color crema pálido, una chimenea de mármol gris claro y una alfombra descolorida y más bien raída que había sido gris con flores estampadas azul celeste. Las cortinas que colgaban de las ventanas eran de seda verde lima. El sofá y los dos sillones a juego estaban tapizados de gastado terciopelo azul celeste. Todo había sido elegido con amoroso cuidado muchos años atrás, y se notaba la suave pátina del tiempo.

Delante de una de las ventanas se alzaba un pequeño escritorio de caoba rojiza, con una forma muy hermosa; la madera estaba reluciente y era allí donde yo llevaba a cabo mi trabajo en secreto. Me senté en la delicada aunque resistente silla de caoba con el asiento tapizado de terciopelo azul celeste y abrí el escritorio, cuya tapa frontal se sacaba y formaba una superficie que servía de mesa para escribir. Cogí el viejo tintero de plata, la pluma que le había robado a Cam y el montón de páginas terminadas. Sólo eran catorce, y llevaba dos semanas enteras trabajando en el libro, escribiendo a escondidas cuando Cam no estaba en casa o cuando se hallaba inmerso en su propio trabajo en el piso de arriba. Catorce páginas. Dos semanas. Eso significaba sólo una página al día, pensé sintiéndome desgraciada, y Cam era capaz de hacer de quince a veinte en el mismo tiempo. Yo era una principianta, claro está, pero cualquiera pensaría que es capaz de hacer más de una página por día, particularmente teniendo en cuenta la cantidad de horas que yo dedicaba a ello.

Había dejado a lady Cynthia esperando en la vieja casa solariega. Su marido estaba ausente, para tranquilidad de ella, y lord John acababa de entrar, siendo recibido por la vieja criada de confianza que se había encargado de cuidar a lady Cynthia desde que ésta naciera y que era partícipe del secreto de los amantes y los ayudaba en su intriga romántica. Coloqué una página en blanco delante de mí, mojé en el tintero la punta de la pluma y me quedé un rato mirando la hoja, pensativa. La tinta se secó. Comencé a juguetear con la pluma mientras brillantes rayos de sol inundaban la habitación a través de la ventana y se reflejaban en el tintero de plata. Un resplandor precioso, pensé al ver aquellas diminutas manchas doradas sobre la página en blanco. Pasaron tres o cuatro minutos antes de que me decidiera por fin a meter de nuevo la pluma en el tintero y a escribir estas diez palabras: Lady Cynthia contempló cómo lord John subía por las escaleras.

Abatida, me quedé mirando aquella frase. Era aburrida. Sin vida. No me imaginaba a ninguno de los dos, no me hacía sentir nada. Aquellas palabras no sugerían nada en absoluto, y mis nobles personajes no eran más que simples nombres, no seres de carne y hueso. No era ni mucho menos tan fácil como me había imaginado que sería al empezar el dichoso libro. Creí que resultaría divertido, que sería emocionante, y ni en broma me había imaginado que pasaría aquella angustia. Se había de tener oficio, muy bien, y estaba claro que yo no lo tenía. Parecía muy fácil cuando se veía hacerlo a alguien. Parecía muy fácil cuando uno leía lo que había escrito otro. Uno pensaba que aquello no tenía ninguna dificultad, pero cuando se ponía a hacerlo se sufrían las agonías de los condenados. Fruncí profundamente el ceño, taché aquellas palabras y comencé de nuevo.

Lady Cynthia contempló... De acuerdo, está contemplando; pero ¿cómo se siente? Está feliz. Está gozosa. Está nerviosa también, pues ésta es la primera vez que ve a lord John desde aquella violenta disputa que sostuvieron. ¡Qué tortura era escribir aquello! Añadí las palabras con el corazón tembloroso. Pero, ¿acaso un corazón tiembla? Sonaba como si lady Cynthia tuviera algún tipo de enfermedad. Taché tembloroso y escribí la palabra gozoso en su lugar. Lady Cynthia contempló con el corazón gozoso cómo lord John subía por las escaleras. Aquello estaba mejor. Resultaba más apropiado, sí, y sólo me había lleva-do cuarenta y cinco puñeteros minutos escribir aquella única y maldita frase. A aquel ritmo cumpliría los setenta años antes de terminar la primera parte.

A pesar de ello seguí avanzando sin cesar, y al cabo de un rato pareció que las palabras empezaban a acudir con más facilidad. Continué trabajando hasta que un agudo y cortante dolor en la parte inferior de la espalda me hizo imposible escribir, y entonces corrí la silla hacia atrás, emití un profundo suspiro y miré lo que había hecho. Una página y media, y para eso estaban llenas de tachaduras y con un aspecto mucho más embarullado que cualquier cosa que Cam me hubiese dado nunca para copiar. No era ni parecido a lo que me hubiese gustado hacer, pero ahora ya tenía quince páginas y media y eso era mejor que nada. ¿Sería capaz alguna vez de escribir un libro entero? De momento parecía imposible, pero no pensaba darme por vencida. Noté una sensación de satisfacción cuando coloqué todas las hojas en un montón y enrosqué la tapadera del tintero. Yo, Miranda, estaba realmente escribiendo un libro. Aquello me resultaba más sorprendente que cualquier otra cosa. ¿Quién habría podido pensarlo?

Tras cerrar el escritorio me puse en pie y me estiré echando hacia atrás los hombros para aliviar el dolor de la espalda; advertí que los huesos pequeños me producían chasquidos. Escribir resultaba muy duro para la espalda. No entendía cómo Cam era capaz de soportarlo, pues se quedaba sentado y encorvado de aquella manera durante horas muertas. No era de extrañar que fuera tan gruñón e irritable. Yo no pensaba contarle lo de que me había puesto a escribir por mi cuenta. Ni soñarlo. Cualquiera sabía las cosas que diría. Si yo continuaba insistiendo en ello seguro que la cosa iría a mejor, y si era así, si por fin conseguía escribir algo que, en mi opinión, no le hiciera echarse a reír, quizá le dejase ver algo. Desde luego, me apetecía que Cam estuviese allí en aquel momento. Le echaba de menos de una forma terrible, y eso que sólo llevaba ausente treinta y seis horas.

Allí, de pie en el cuarto de estar, mientras miraba cómo el sol formaba brillantes dibujos en el suelo, pensé en todos los cambios que se habían producido en mi vida en aquellos últimos meses, y era sorprendente. No me parecía real. Medio año antes yo dormía en una asquerosa carbonera y me dedicaba a desvalijar bolsillos para vivir, pasando sin comer la mayor parte del tiempo y vagando siempre por las calles con el culo helado; y heme aquí ahora en aquella preciosa casa con toda la comida que quisiese a mi alcance y dinero de sobra escondido en el tarro de jengibre que seguía en la repisa de la chimenea, junto al viejo y perezoso reloj de bronce. Había estado completamente sola en el mundo sin que existiese alma viviente a quien le importara algo que yo viviese o muriese, con la posible excepción de la Gran Moll, y ahora tenía a alguien que era verdaderamente mío. A veces, cuando me detenía a pensarlo bien, me asustaba, pues aquello me parecía demasiado bueno para que pudiera ser cierto. Me daba la impresión de estar en medio de un sueño glorioso, y temía despertarme en cualquier momento, ver que todo desaparecía y encontrarme de nuevo en St. Giles desolada y sola.

Un peculiar sonido de arañazos vino a sacarme de aquel ensimismamiento; Jadeé la cabeza y escuché. Parecía venir de la puerta principal. Alguien estaba arañando la puerta. Aquello no tenía sentido. ¿Por qué no llamaban? £1 ruido continuó, cras, cras, cras, y luego se produjo un breve y agudo ladrido. Salí al recibidor, abrí la puerta de la calle y me asomé. No había nadie. Entonces algo pequeño y esponjoso me rozó la falda y mi visitante se puso a explorar con avidez al tiempo que unas diminutas pezuñas trotaban alegremente por el suelo del recibidor. Sobresaltada, contemplé la diminuta bola de colores marrón claro y dorado que daba botes a mí alrededor subiendo y bajando las orejas y meneando de modo muy vigoroso el abultado y minúsculo rabo.

-¿Quién eres? -inquirí-. ¿De dónde sales?

La ridícula criatura hizo una pausa en sus exploraciones y ladeó la cabeza al tiempo que consideraba solemnemente mis preguntas; luego dio un agudo ladrido y entró como una centella en el salón. Yo había dejado un periódico sobre uno de los sillones. Mi visitante dio un enérgico salto, cogió el borde del papel con la boca y se lanzó a la carrera por el vestíbulo con el periódico, diez veces mayor que él, aleteando ruidosamente. Consternada y divertida, miré cómo dejaba caer el papel, retrocedía unos pasos y luego atacaba de nuevo, rompiéndolo en jirones muy contento.

- ¡Vaya! -exclamé-. Eso es una falta de educación. ¡Me estás ensuciando el recibidor!

Se volvió hacia mí, me lanzó un descarado ladrido y continuó con lo suyo. No mediría más de veinte centímetros de largo y diez de altura, si acaso, pero creía firmemente que era un mastín grande y fiero. Gruñó mientras hacía trizas el periódico, aunque aquellos gruñidos parecían más bien gorgoteos. Cuando por fin se aburrió de aquel juego, se detuvo, contempló el desaguisado que había hecho y luego volvió a mirarme ladeando la cabeza y meneando la cola como un loco. Tenía unos ojos enormes de color marrón oscuro, y el pelo era decididamente del mismo color que el champán.

- ¿Estás satisfecho?

Ladró de nuevo, y yo habría sido capaz de jurar que asentía con la cabeza.

-Vamos a ver, ¿qué clase de perro eres tú? No eres más grande que una mosca; demasiado pequeño para andar por ahí haciendo visitas sin acompañante.

Con la cabeza aún ladeada empezó a olisquear ruidosamente; luego se dio la vuelta en redondo y, en un abrir y cerrar de ojos, entró trotando en la cocina. Cuando me reuní con él estaba sentado mirando los armarios, sin dejar de dar golpes con la cola. Empezó a ladrar otra vez, aunque en un tono completamente distinto. El ladrido estaba ahora lleno de súplica, y el perrito no apartaba el ojo de los armarios.

-Tienes buen olfato, tonto -le dije-. Has olido las salchichas, ¿eh? Quieres que te las deje probar. Buen pedigüeño estás hecho. Muy bien, te cortaré un poco.

Vi que se ponía a esperar pacientemente mientras yo bajaba una salchicha, cortaba unas cuantas rodajas y, tras picarlas en trocitos pequeños, las colocaba en un platito.

Cuando le puse delante aquella golosina, la olfateó un poco, retrocedió con asco y volvió a emitir aquel agudo y angustioso ruido. Miró los armarios, luego a mí y otra vez hacia los armarios, informándome así de manera nada equívoca de que lo que él quería estaba aún por servir.

Suspiré, partí unas lonchas de uno de los pasteles de carne, le puso unas cuantas en un platito y probé con aquello. Me miró como si le hubiese insultado. Desesperada, cogí una zanahoria. Entonces comenzó a dar brincos ansiosamente de un lado a otro mientras movía la cola con tanta fuerza que temí que se le fuera a romper.

- ¡Esto es absurdo! -le dije-. Los perros no comen zanahorias.

Los ansiosos saltos y cabriolas que hacía el animal me confirmaron que estaba completamente equivocada al respecto. Pelé la zanahoria, la lavé y se la corté en pedacitos. Cuando le puse delante el tercer platito arremetió contra él con tanto entusiasmo que saltó por encima de él y dio una voltereta, rodando luego por el suelo como un acróbata peludo. Finalmente echó las patas hacia atrás, devoró ávidamente la ambrosia y lamió el platillo hasta dejarlo completamente limpio, todo ello a una notable velocidad.

-¿Lleno? -le pregunté.

Me miró con ojos agradecidos, echó un vistazo desdeñoso a los otros platitos y se lanzó de nuevo hacia el vestíbulo justo cuando unos frenéticos golpes sonaban en la puerta. Cuando la abrí mi visitante se puso a dar agudos y fuertes ladridos, y la mujer que estaba ante mí lanzó una exclamación de alivio.

-¡Gracias a Dios! ¡Malo, malo, más que malo! -estalló-. ¡Vaya susto me has dado escapándote así el primer día que estamos en casa! Sólo tiene dos meses, querida, lo conseguí en York hace tres semanas He estado de gira, querida, y no me importa deciros que es un descanso volver a Londres. Ellos nos adoran, desde luego, a veces creo que los provincianos aprecian mucho más las artes porque normalmente se ven privados de ellas. Conseguíamos un triunfo tras otro, y eso, querida, aunque resulta muy grato es agotador.

Se abanicó como si estuviera extenuada; me temo que yo la miraba totalmente consternada. Rolliza y entrada en carnes, aunque de un modo que resultaba bastante agradable, aquella mujer llevaba un vestido rosa de seda de manga larga, muy apretado en el talle, cuya falda era ridículamente amplia; tenía sobre los hombros, atado en la parte delantera, un pañuelo de encaje. La cara empolvada y llena de colorete, la boca pintada de un rojo muy vivo. Se había realzado los ojos con una línea negra, los párpados de malva oscuro y las cejas también de negro formando un arco que le proporcionaba una expresión de perpetua sorpresa; todo ello le daba aspecto de sobresalto aunque estuviera tranquila. No era tan alta como yo, pero el peinado, alto y empolvado al estilo pompadour, la hacía parecer mucho más alta de lo que era. Aquel peinado por lo menos medía treinta centímetros de altura, pensé. Llevaba prendido en lo alto un lazo de seda rosa, y tres infantiles tirabuzones le colgaban por detrás. Aunque era imposible determinar la edad tras toda aquella pintura, se podía decir que por lo menos tenía cincuenta años, y probablemente algunos más.

Me llamo Marcelon Wooden, querida - dijo pronunciando el nombre como algo parecido a “masalán” -. Vivo en la casa amarilla de la acera de enfrente y, debo decíroslo, estoy encantada de tener una nueva vecina. Benjamin era un encanto, pero, francamente, resultaba un poco tedioso; siempre quería hablar de sus viajes y además lo hacía con la más aburrida y monótona de las voces. Me quedaba dormida en cuanto él abría la boca. El comandante Barnaby es todavía peor. Menudo elemento, siempre cuidando de las flores y escribiendo sus

memorias sin salir nunca a divertirse un poco. ¡Y encima está soltero! A su edad necesita una mujer que lo cuide, y no me refiero a esa espantosa criatura que anda por ahí siempre de mal humor como una sordomuda demente. Esa no sabría cómo se lleva una casa aunque su vida dependiera de ello. ¡Tú, Brandy! ¡Ven con mamá! Vergüenza debería darte haberme hecho pasar un trago así.

Cogió al perro en brazos y éste sacó la diminuta lengua y le lamió la barbilla.

- He intentado repetidamente comportarme con él como una buena vecina -continuó sin darme ocasión de hablar. Tenía una voz muy rica y extremadamente dramática-. Le llevé una tarta, una botella de oporto, le invité a cenar, a ir al teatro pagando yo, y cualquiera habría pensado que intentaba raptarlo o algo así. Es brusco y arisco. ¡Nunca he visto una grosería igual en todos los días de mi vida! No me importa que sea erguido y alto, que resulte tan distinguido con ese pelo gris arenoso, esos penetrantes ojos grises y ese bigote, pero no hay excusa para tratar a una vecina amable y preocupada de un modo tan a todas luces grosero. ¡ El muy bruto prácticamente llegó a echarme de su casa!

Curvó los labios y meneó la cabeza a ambos lados. El elevado peinado pompadour blanco empezaba a escorarse un poco. Brandy estaba acurrucado amorosamente contra el pecho de aquella mujer y la contemplaba con adoración.

- ¿Qué clase de perro es? -le pregunté.

-Un caniche, querida, realmente espero que crezca un poco. Ha salido rebelde, mucho más de lo que Pepe o Sarge lo eran a la misma edad. Son sus hermanos mayores, ya los conoceréis. Cuando me he dado cuenta de que se había escapado de casa me he puesto nerviosísima, querida, y he venido a toda prisa para ver si vos lo habíais visto. Alguien me dijo que Roderick Cane se había mudado a la casa de Benjamin y, aunque debo confesar que no he leído ninguno de sus libros, admiro a cualquiera que sea capaz de escribir, y reconozco que tiene realmente éxito, ¿no es así? Vos debéis de ser su esposa.

- El... en realidad no se llama Roderick Cane. Sólo usa ese nombre para los libros. Se llama Cameron Gordon y es escocés. Yo soy Miranda James.

Ahora era ella la que pareció terriblemente consternada. Abrió mucho aquellos ojos azules, y las pintadas cejas negras se le arquearon aún más. Formó con la boca una redondeada “O” de color escarlata. El peinado pompadour se le inclinó peligrosamente hacia la izquierda mientras los tirabuzones comenzaban a dar botes.

- ¡ Querida! - exclamó-. ¡ No va a quedar más remedio que hacer algo con eso!

-¿Con qué?

-Con esa espantosa voz que tenéis, querida. Sois decididamente encantadora, la criatura más preciosa que he visto en muchos años, dulce y bondadosa además, puedo asegúraroslo; vamos a ser grandes amigas, querida... ¡pero esa voz! Esa estridencia, ese chillido discordante. Hay que hacerlo desaparecer, de eso no hay duda. ¡Y además no pronunciáis correctamente! ¡Eso es algo imperdonable! Me produce escalofríos por la espalda. En mi época me dediqué unos años a enseñar vocalización, y será un placer para mí trabajar con vos. Así tendré algo de qué ocuparme mientras descanso.

- ¿Descansáis?

- Entre un contrato y otro, querida, lo que es una situación que se produce con demasiada frecuencia a mi edad, ya un poco otoñal. Soy actriz, ¿no os lo había dicho? Debéis venir a mi casa a tomar el té. Justamente estaba preparando las cosas cuando descubrí que Brandy había desaparecido. Tendremos una larga y encantadora charla y podréis conocer a Pepe y a Sarge. Me temo que tengo la casa un poco desordenada; soy muy desorganizada, siempre lo he sido, y de momento estoy sin doncella, pero ya nos arreglaremos.

-Yo... yo creo que no lo entendéis.

- ¿Entender qué?

- Mi situación, Cam y yo no estamos casados.

- ¡Ah! Eso no tiene importancia. Nosotros la gente de teatro entendemos esas cosas, querida. Yo misma estuve mucho tiempo sin casarme, y nunca me habría casado con el señor Wooden si él no hubiera sido tan terriblemente remilgado con esas cosas. El no formaba parte del negocio, ¿sabéis? Poseía una flota de barcos de pesca, sí, pero era un encanto, un hombre muy bueno, demasiado bueno para mi. Pasó a mejor vida hace diez años, el bendito. Deja de lamerle la barbilla a mamá, queridito, me estás echando a perder los polvos. Venid conmigo, Miranda querida, estoy deseando tener compañía, siempre resulta todo muy triste cuando se vuelve de una gira. ¿No os habré ofendido al hablar de vuestra voz como lo he hecho, verdad?

- Yo... yo ya sé que no tengo una voz refinada pero... de veras me gustaría poder hablar mejor.

-Y así será, querida. ¡Así será! Dentro de nada os tendremos hablando en un elegante y armónico tono. Trabajaremos también la gramática.

La señora Wooden levantó una mano para ajustarse la ladeada pompadour, y me di cuenta de que era una peluca. Cerré la puerta tras de mí y seguí a aquella mujer a través del recinto empedrado hacia la vieja casa amarilla. Parecía una criatura fantástica con aquel atavío tan extravagante, la incesante charla, los perros y la casa pintada, pero a pesar de todo tenía algo que resultaba intensamente atractivo aun que hubiese hecho todos aquellos comentarios acerca de mi voz. Yo me preguntaba si en realidad ella podría enseñarme a hablar con corrección. Ahora que yo estaba viviendo con Cam anhelaba que él se enorgulleciera de mí, y seguro que se sentiría muy complacido si de pronto yo empezara a hablar como una dama.

Tras abrir la puerta principal, la señora Wooden dejó a Brandy en el suelo, y el animalito se puso a corretear pasillo adelante lanzando agudos ladridos de contento. Otro perro se unió a él, ladrando con un tono

mucho más maduro. Seguimos al diminuto caniche hasta el interior de un gran salón atestado de hermosos muebles antiguos y destartalados y casi por completo inundado de libros. Se vejan amontonados sobre la repisa de la chimenea, apilados en el suelo, metidos de cualquier manera en unos estantes que cubrían dos paños de pared desde el suelo hasta el techo, libros de todas formas, tamaños y géneros, unos encuadernados en piel, otros en tela, pero todos polvorientos y encantadores. Me quedé mirando aquello boquiabierta. El pequeño caniche negro saltaba por allí con auténtico frenesí y ladraba con fiereza mientras el otro caniche, pequeño y blanco, descansaba perezosamente enroscado sobre sí mismo en un sofá de brocado de color rosa desvaído y tenía aspecto de estar inmensamente aburrido.

- ¡Sarge! -gritó la señora Wooden, dando unas palmadas-. ¡Silencio! ¡Y tú también, Brandy! Me temo que se dan ánimos el uno al otro. Sarge tiene ya siete años, pero desde que traje a casa a Brandy se porta también como un cachorro; se exhibe de mala manera y rivalizan entre ellos para llamar la atención. ¡Pórtate bien! Pepe, en cambio, tiene diez años y es un auténtico amor, tiene el carácter más dulce que se pueda pedir. Eres el bebé favorito de mamá, ¿verdad? Pero sentaos, Miranda querida. Traeré corriendo el carrito del té.

Salió de la habitación en un revoloteo y yo me senté en el sofá algo aturdida. Pepe me miró con ojos vagamente suspicaces y al cabo de un momento, tras decidir que yo era de confianza, se acercó y se acurrucó amorosamente junto a mí apoyando la cabeza en una de mis piernas. Le acaricié las largas y sedosas orejas blancas mientras Sarge ponía patas arriba la habitación jugando con una pelota roja muy mordisqueada y el diminuto Brandy se metía bajo un montón de periódicos. Rellena, atestada y polvorienta, la habitación resultaba encantadora y llena de personalidad. En un rincón había un gran piano cuya funda era de un resplandeciente color dorado oscuro; tenia el barniz desportillado. Pequeños cuadros bellamente enmarcados adornaban la tapa, todos ellos representando a la señora Wooden a diferentes edades y con trajes raros. Uno de ellos mostraba a una encantadora joven con gola isabelina y sombrero enjoyado; las facciones de aquella mujer se asemejaban sólo vagamente a las de mi anfitriona. Debía de llevar mucho tiempo trabajando de actriz, reflexioné mientras Pepe suspiraba y me metía el hocico entre la falda.

Encima de la elegante chimenea de mármol blanco surcada de hollín y con una pantalla de latón en forma de cola de pavo real, colgaba un inmenso retrato de un apuesto joven. La parte inferior del marco de oro macizo lleno de adornos estaba medio oculta por los libros apilados sobre la repisa de la chimenea. Contra un tormentoso fondo gris, el hombre del cuadro con templaba taciturno el cráneo humano que sostenía en una mano, y me di cuenta al punto de que aquel hombre era un actor representando a Hamlet, y que el cráneo era el del pobre Yoriek a quien, ay, él había conocido bien. Vestido todo de negro, con una capa de terciopelo negro forrada de seda gris que le caía desde los hombros, el actor llevaba los rubios cabellos muy despeinados y poseía las facciones de un joven Adonis. Tenía unos labios sonrosados, llenos y sensuales, la nariz romana, la frente innegablemente noble. Los ojos eran negros y meditabundos. Mientras yo estaba contemplando la pintura tuve la curiosa sensación de que aquellos ojos habían mirado los míos alguna vez, llenos de alegría, y que aquel pálido joven parecido a un dios era alguien que yo había conocido. Era una cosa absurda, ya lo sabía, pero la sensación persistía.

- El señor Garrick - me dijo mi anfitriona mientras entraba empujando un ruidoso carrito de madera con ruedas cargado con un suntuoso despliegue de comida-. Yo fui su primera Gertrude, y él era maravilloso, querida mía. ¡Qué alma! ¡Qué emoción! ¡Qué magia! David Garrick es un genio, uno de los milagros de nuestro tiempo, y yo me considero afortunada por haber estado en un escenario junto a él.

¿Davy? El nombre pareció pulsar una cuerda distante de mi memoria, pero no logré concretarlo. Davy Garrick, con boca alegre y ojos danzarines, me decía que algún día se casaría conmigo... El recuerdo pareció encendérseme durante un segundo en la mente antes de sumergirse de nuevo en el gris del olvido. No era posible que yo hubiera conocido a nadie como aquel hombre, y él ciertamente no había prometido casarse conmigo. Decidí que la mente me estaba jugando malas pasadas.

- La prensa y el público se volvieron locos con él cuando hizo el papel de Hamlet - continuó la señora Wooden al tiempo que servía el té en unas exquisitas tazas de porcelana-. Desgraciadamente a mí no me fue tan bien. Colley Cibber escribió que “en el papel de Gertrude, la señora Wooden dio una representación de acuerdo con su nombre”, y desde entonces, cuando un actor no está a la altura de su papel, dicen que da una representación “Wooden”. ¡Oh, las hondas y las flechas! La humillación de todo aquello. Ya lo creo que me gustaría que se me recordase, querida, ¡pero no precisamente por eso! Colley Cibber es un hombre brillante, eso no puedo negarlo. Es Poeta Laureado, y fue director del Drury Lane una larga temporada, pero entre nous(1), cuando se trabaja con él se da una cuenta de que es un perfecto bestia. ¿Habéis leído su libro?

-Me temo que no.

La señora Wooden me tendió una taza de té.

-Apología de la vida de Colly Cibber -dijo-. Salió hace seis años. Me menciona varias veces en ella, y el gusano ciertamente tiene motivos para disculparse. Os prestaré un ejemplar para que lo leáis.

- Todos estos libros -dije yo contemplando la habitación-. Debe de haber miles. Es... es como estar en la gloria.

- Mi hermano me los legó. Era un hombre muy querido para mi, un erudito, siempre tenía la nariz metida en un libro. Se gastaba una fortuna en ellos, ya lo creo. Se hubiera pasado sin comer con tal de comprar un libro. A mí me gusta tenerlos, pero debo confesar que no leo tanto. No tengo tiempo. Leo obras de teatro,

naturalmente. Las tengo acumuladas por toda la casa. Siempre estoy buscando un papel nuevo que sea interesante.

La señora Wooden comenzó a obsequiarme con maravillosas y coloridas anécdotas acerca de sus cuarenta años en el teatro, ingeniosas, divertidas y a menudo emotivas historias condimentadas con emocionantes nombres que yo noté tendría que haber reconocido. A medida que hablaba me llenaba una y otra vez la taza de té y me ofrecía sin descanso las más deliciosas golosinas; pequeñas rebanadas de pan untadas con una cremosa pasta de queso y nueces picadas que estaban coronadas con anchoas diminutas, una porción de salmón ahumado color coral, cuadrados de pan con mantequilla cubiertos de berro y, como remate, un rico bizcocho con ciruelas pasas empapado en licor de albaricoque. Yo no había comido nunca cosas tan maravillosas como aquéllas ni escuchado una conversación tan fascinante.

-¿Más bizcocho? ¿No? ¿Seguro? Entonces otra taza de té. No, para ti nada, Sarge! Tú ya has tomado antes el aperitivo. ¡Ve a jugar con la pelota! Pepe os adora, querida mía. Nunca se aviene así con desconocidos. Mirad, os está lamiendo la mano. Ellos siempre saben en quién pueden confiar, no como los pobres humanos que siempre recibimos puntapiés en el "derriére" por nuestra buena fe. Así que ya veis, querida -continuó con aquella grandilocuente voz teatral-, nunca fui un nombre en el teatro, pero he trabajado con todos ellos y siempre tuve trabajo, mientras que algunos de esos nombres fulgurantes se dedicaban a esperar el vehículo apropiado y sólo consiguieron que el voluble público los olvidara.

- Debe... debe de haber sido terriblemente emocionante, señora Wooden.

- Debes llamarme Marcie, querida mía, todos mis amigos lo hacen. Nadie me llama Marcelon, y soy "la señora Wooden" sólo para mi público. Sí que fue terriblemente emocionante, no lo niego, pero también ha habido muchos disgustos y sinsabores. Siempre los hay en el teatro. Aún así, no habría renunciado ni a un solo minuto. Las cosas son un poco superficiales actualmente - no hay muchos papeles para un vejestorio como yo-, y cuando una se ve obligada a ir de gira... -Chasqueó la lengua mientras una triste y reflexiva expresión asomaba en aquellos vivos ojos azules.

-Pero vos sois maravillosa -le dije yo, conmovida-; sé que pronto encontraréis un papel maravilloso.

- Davy no hace más que prometerme que me conseguirá uno. Hemos continuado siendo muy amigos durante todos estos años... él me regaló ese cuadro, dijo que no deseaba que lo tuviese nadie en Londres excepto yo. Eso hizo que su amigo Sam Johnson se mosqueara bastante. El también deseaba tener el cuadro. Un hombre espantoso, ese Johnson. Tiene los modales de un oso y el temperamento de un toro, pero es un conversador maravilloso, lo tiene a uno hechizado en la mesa de una cena o de un café.

- ¿Es también actor?

-No, no, querida mía. No es mucho de nada, aún. Escribió un magnífico poema, "Londres", y un libro muy bueno llamado La vida de Richard Savage; un poco prolijo a mi modo de ver. Sobre todo trabaja como un esclavo produciendo artículos para The Rambler y The Gentleman's Magazine, pero tiene en proyecto recopilar un diccionario de la lengua inglesa. Es el hombre más brillante de Londres, supongo que está destinado a ser famoso algún día. Es basto, grosero y malhumorado; y feo como un pecado, además. Por cierto, a veces me pregunto que verá Davy en él, pero, claro, se criaron juntos y vivieron juntos en Londres, y me imagino que eso cuenta bastante.

Veo que realmente conocéis a gente muy interesante -le comenté.

- En mi profesión siempre se conoce a mucha gente, es una de las pocas recompensas que tiene el teatro. Pero hace más de una hora que estoy cotorreando, querida, y no dejo de hablar de mi. ¡Y quiero saber cosas de vos! ¿Cómo es que una muchacha encantadora y adorable como vos, con un aspecto tan refinado, tiene esa horrible voz? ¿De dónde sois? ¿Cómo habéis llegado a convertiros en la compañera de un escritor tan famoso y celebrado?

-Yo... en realidad lo que me une a él es un vinculo de servidumbre - admití.

Abrió desmesuradamente los ojos y las cejas parecieron disparársele hacia arriba.

-¿Ah, sí?

-Me... me detuvieron ¿sabéis? Me sorprendió justo cuando le estaba vaciando los bolsillos. Me metieron en la cárcel y... ¿Seguro que deseáis oír todo esto?

-Querida mía -dijo ella con voz lenta-. ¡Soy toda oídos! Empezad por el principio. Contádmelo todo.

Vacilé ahora sintiéndome incómoda, reacia a continuar; pero mientras se servia un poco más de té empecé a hablarle de mi mamá, de St. Giles, de la Gran Moll y de todo lo que me había sucedido hasta el momento en que nos mudamos a Greenbriar Court. La señora Wooden me escuchaba con mucha atención, absorta y absolutamente fascinada, mientras la taza de té se le enfriaba en la mano. Una vez que hube empezado a hablar pareció que ya no pudiera detenerme y, movida por alguna extraña razón, me encontré contándole cosas que nunca le había confiado a ningún ser viviente. Le hablé de mis esperanzas, de mis temores, de mis sueños, de mi deseo de hacer algo de mí misma, de conseguir que Cam se sintiera orgulloso de mí. Cuando finalmente acabé mi relato y quedé en silencio, la señora Wooden estaba visiblemente conmovida.

-Querida mía -me dijo-. Yo... yo nunca había oído una historia semejante. ¡ Dios mío, sois en verdad algo fuera de lo corriente!

- ¿Yo? No veo cómo suponéis una cosa así. No hay nada especial en mí. Lo único... lo único que deseo es hacer algo positivo con mi vida. Quiero hacer cosas y... y ser algo que valga la pena.

- ¡Y lo haréis, querida mía! -exclamó-. ¡Lo haréis! Sois brillante e inteligente, sospecho que mucho más inteligente de lo que os pensáis. Sois joven, atractiva, de una hermosura perfecta... vaya, sois un diamante, querida mía, ¡un auténtico diamante en bruto!

Ahora se estaba dejando llevar por el entusiasmo. Se le notaba en la voz y en los ojos. Brandy cruzó la habitación como una bala y le arañó las faldas de color rosa. Ella lo cogió del suelo y se lo puso en el regazo. Sarge empezó a corretear por la habitación haciendo frenéticas cabriolas con la pelota roja para atraer la atención. Pepe suspiró otra vez y me miró como si quisiera desentenderse de todas aquellas aburridas payasadas. La señora Wooden me dirigió una mirada henchida de emoción e intriga.

- En estos momentos necesito un proyecto nuevo, querida. ¡Y vos lo sois!

-¿Qué... qué queréis decir? -quise saber yo, un poco alarmada ahora por aquel entusiasmo.

-Vamos a encargarnos de puliros, querida mía. Vamos a trabajar y trabajar mucho hasta convertiros en la persona para la que fuisteis concebida. ¡Qué bien nos lo pasaremos! Vais a resplandecer, querida mía. ¡Vais a deslumbrar a todo el mundo! ¡Antes de que hayamos terminado conseguiréis poner a toda esta ciudad en ascuas!

-¿Yo?

-Vos. ¡La señorita Miranda James! ¡Qué divertido será educaros y daros brillo! ¡Qué desafío! Será un trabajo muy duro, desde luego, querida mía, pero, oh, ¡también resultará muy gratificante

- Eso no m'asusta - le aseguré.

- No me asusta - me corrigió ella.

- Mientras tanto me estaba preguntando si... ¿podría coger prestados algunos libros? -le pregunté tímidamente.

-¡Esos libros! - exclamó ella-. Querida mía, ¡insisto!

2

Cam regresaba al día siguiente. En cierto modo parecía que llevase fuera una eternidad, pues las noches se me habían hecho muy largas, muy solitarias, aunque los días se habían pasado en un vuelo, llenos a rebosar de actividad gracias a la señora Wooden. Yo no había trabajado tanto en toda mi vida, pero qué emocionante, qué excitante, qué desafío era todo aquello. Habíamos estado trabajando nueve días, y era evidente que yo estaba haciendo adelantos. La señora Wooden afirmaba que se sentía encantada con nuestros progresos; luego, con el semblante muy serio, añadía que debíamos redoblar nuestros esfuerzos. Era una maestra maravillosa, paciente, persistente, alentadora, siempre alegre, propensa a explosiones agotadoras y a dejar volar la fantasía, todo lo cual a mí me parecía maravillosamente divertido. Era una criatura extravagante, es cierto - charlatana y novelera-, pero tenía un corazón enorme y debajo de todos aquellos perifollos se encontraba una naturaleza buena y compasiva que resultaba tan rara en aquellos días como los unicornios. Sentí que era una bendición para mí tener una nueva amiga tan fascinante.

De pie ante el espejo de cuerpo entero, en nuestro dormitorio del piso superior, me pregunté si Cam me habría echado de menos tanto como yo a él. Probablemente no, lo más seguro seria que el muy cabrón no me hubiese dedicado ni un solo pensamiento... No, no, no pensaba volver ahora a las andadas. Una señorita de buena sociedad nunca llama cabrón a nadie. Es algo chocante y vulgar.

Una señorita como es debido ni siquiera tiene por que conocer esa clase de palabras. Puñetero y jodido también estaban prohibidas, y nunca debía mencionar el culo, ni el mío ni el de nadie, ni hacer referencia a ciertas funciones del cuerpo y al producto resultante de las mismas. Eran tantas las cosas que tenía que recordar. Nunca lo conseguiría, pensé mientras me cepillaba desde las sienes la espesa mata de pelo castaño rojizo.

Ni siquiera llegaría a tener nunca apariencia de señorita, admití al contemplar con ojo crítico mi imagen refleja-da en el espejo. Las señoritas eran suaves, sonrosadas, rubias y siempre presentaban un aspecto muy delicado. Yo era demasiado alta, tenía el talle demasiado esbelto, el pecho demasiado abundante y el color demasiado vivo; los ojos demasiado azules, los labios demasiado rosas, el pelo como una llamarada de cobre marrón rojizo. Frágil, delicada y elegante nunca lo seria, aunque al menos tenía los pómulos altos y la nariz patricia. La andrajosa y sucia golfilla callejera se había desvanecido por completo. Con la piel reluciente después del baño y el pelo lanzando destellos brillantes, me había puesto un vestido de lino, de tejido muy fino, a rayas marrones y cremas muy estrechas. Tenía unas mangas ajustadas que me llegaban por el codo y que estaban

rematadas con volantes blancos, y el corpiño presentaba un escote modestamente bajo. La falda amplia, con mucho vuelo, tenía dos volantes que se abrían en la parte delantera dejando al descubierto unas enaguas de volantes blancos. “Bueno, Randy -pensé-, puede que no seas nunca una señorita, pero po' lo menos ya no eres una golfilla de St. Giles.”

Por lo menos. Una señorita bien nunca decía po' lo menos, de ninguna manera, sino que decía por lo menos, o al menos. Una señorita sabía cuándo decir ellos y cuándo decir aquellos, y si no se limitaba a mantener la boca cerrada. Una señorita pronunciaba con cuidado la “d” final, nunca se comía ninguna letra y hablaba con el diafragma, a-l-a-r-g-a-n-d-o las palabras hacia arriba y dándoles con ello resonancia y forma. No hablaba con la nariz graznando como un pato. La señora Wooden sabía ser sucinta en sus criticas. Protesté y le dije que yo nunca sonaba como un pato. Ella se tomó tranquilamente la libertad de no estar de acuerdo conmigo.

Tras darle un último toque a mi cabello, me alejé del espejo, cogí el libro que había tomado prestado y corrí a la planta baja. Ya eran más de las diez, y la señora Wooden me estaría esperando. Era algo maravilloso por su parte el dedicarme tanto tiempo. Rechazaba vivamente cualquier protesta que yo le presentara; sobre todo cuando le decía que seguramente ella tendría mejores cosas que hacer. Pero aquella mujer insistía en decirme que era yo la que le estaba haciendo un favor a ella, insistía en decirlo aunque luego confesara cándidamente que cuando uno pasa por una racha de poca suerte en el teatro los amigos tienen la costumbre de desaparecer entre el maderamen como por arte de magia, excepto unos pocos muy contados, como Davy Garrick, bendita sea su alma generosa. La señora Wooden no había actuado en Londres desde hacía más de cuatro años, y la gira que acababa de realizar la había hecho con una compañía de repertorio de tercera categoría que no conseguía un teatro en la capital ni siquiera trabajando gratis. Algunos, como aquel horrible Colley Cibber, afirmaban que la señora Wooden había pasado ya su mejor momento, aunque ella se negaba en redondo a dar crédito a tales disparates y esperaba pacientemente el papel adecuado que tendría la virtud de volverla a colocar en el meollo de las cosas.

Un glorioso sol mañanero salpicaba los gastados guijarros cuando yo cruzaba el patio en dirección a la vieja casa amarilla. Advertí que el comandante Barnaby estaba cuidando sus rosas aquella mañana. Enjuto y tieso como una baqueta, irguió sus cumplidos ciento ochenta centímetros de estatura y me dedicó una mirada extremadamente hosca mientras yo llamaba a la puerta de la señora Wooden. Aquel hombre de sesenta y tantos años, bien conservado y apuesto aunque en un sentido severo y espinoso, se hallaba de pie junto al parterre de opulentas rosas color salmón con las tijeras de podar en la mano; los penetrantes ojos grises le brillaban con fuerza. Tenía el pelo gris arena muy corto, el bigote pulcro y más bien airoso. Desde luego estaba bastante bien como hombre, pensé yo recordando la descripción de la señora Wooden, pero no podía imaginarme por qué se mostraba tan beligerante aquella mañana Hasta entonces, en todas las ocasiones en que yo lo había visto, me había parecido un hombre civilizado, aunque reservado.

Un coro de estridentes ladridos, acompañados de otros mas graves pero igualmente ruidosos, sonó en el recibidor cuando llamé por segunda vez. La puerta se abrió de golpe, Brandy me saltó a las faldas, ladrando de alegría. Sarge remoloneaba y hacía cabriolas como un pequeño volteador. La señora Wooden me saludó efusivamente y luego se quedó mirando con aire teatral por encima de mi hombro a nuestro vecino, con la barbilla alta y los ojos llenos de altivo desdén. Tiró de mi hacia el interior de la casa, les ordenó a los perros que se callasen y cerró la puerta dando un golpe con considerable énfasis, como si se la estuviese cerrando al comandante en las narices.

-Veo que ese espantoso hombre sigue ahí fuera -exclamó-. ¡Perdiendo el tiempo con sus queridos rosales. Supongo que habréis oído el barullo de esta mañana. Deben de haberlo oído en Tower Yard! Qué tormenta. Ese hombre organizó un terrible alboroto y me amenazo con pegar con la fusta al pobre Sarge. ¡Consiguió sacarme de mis casillas, creedme!.

- ¿Qué pasó? - le pregunté.

-Sarge se escapó, querida. Vi que el comandante Barnaby estaba trabajando en las rosas y se me ocurrió salir a tomar un poco de aire fresco delante de la casa; Sarge se me escapó en cuanto abrí la puerta y se fue como un dardo directo a las rosas del comandante. Levantó la pata de atrás y abonó uno de los rosales. ¡Creí que al comandante le daba un ataque! Le brillaban los ojos. Las mejillas le ardían de tan encendidas como las tenía. Empezó a bufar y a gritar; ¡ se puso como un loco! Naturalmente, me apresuré a rescatar a la pobre criatura. ¡Y entonces ese hombre horrible se dirigió a mí en términos muy poco gratos!

-¿Qué dijo?

-No os preocupéis, querida. No vale la pena repetirlo. Le dije exactamente lo que pensaba de él, ya lo creo. ¡Y también le dije lo que pensaba de sus rosas! ¡Un hombre tan atractivo como él perdiendo el tiempo con un parterre de rosas! Si no fuera tan poco amistoso y engreído, quizás encontrase algo mejor que hacer. Aún no ha cumplido sesenta y cinco años y está sano como un caballo. ¡Lleno de vigor! No hay excusa para que un hombre tan atractivo se encierre como un ermitaño.

Sonreí para mis adentros. La verdadera manzana de la discordia entre la señora Wooden y el comandante resultaba del todo transparente. Brandy y Sarge nos precedieron pasillo adelante y entraron precipitadamente en la larga y espaciosa habitación situada en la parte trasera de la casa que le servía de “estudio” a la señora Wooden. La luz salpicaba la estancia al penetrar por los ventanales que daban al jardín posterior, y formaba diferentes dibujos en aquel suelo de dura madera de color marrón dorado. Varios carteles teatrales enmarcados estaban colgados de las paredes, y había un perchero de vestuario que ella conservaba en perfecto estado. Un arpa alta y dorada se alzaba en un rincón, y una larga mesa de trabajo, atestada de papeles y libros, reposaba bajo

los ventanales. Varios biombos altos y preciosos se hallaban desplegados por la estancia; provenían de la India, según me informó ella, y también se les llamaba biombos Coromandel. Eran de colores ricos y brillantes. Pepe se hallaba enroscado en el largo sofá azul pálido y levantó desganadamente la cabeza cuando nosotras entramos en la habitación.

- ¿Habéis leído el libro de gramática que os presté? -quiso saber la señora Wooden.

- Lo he leído dos veces - le contesté-. Es... es extraño, pero cuando lo leo siempre soy consciente de lo que es gramaticalmente correcto... Si el autor comete un error lo detecto al instante y sé qué palabra debería haber usado. Además yo siempre empleo las palabras precisas cuando escribo. Es sólo cuando hablo que cometo faltas.

- En realidad no son faltas - dijo ella generosamente-, sólo son malos hábitos que habéis adoptado. Todos los que teníais a vuestro alrededor decían esas cosas, de modo que vos también las decíais, aun a sabiendas de que estaba mal dicho.

-Puede que si.

- Es evidente que recibisteis una excelente educación cuando erais muy pequeña, Miranda -supongo que de vuestra madre-, y después, cuando os trasladasteis a St. Giles, poco a poco se os fueron pegando las cosas que acostumbran a tener los habitantes de allí, tanto en la manera de hablar como en los gestos, hasta que, al menos superficialmente, os hicisteis igual que ellos. Lo que nos otras estamos tratando de hacer es sacar todas esas influencias de St. Giles.

-Ya veo.

- ¡Y estáis haciendo unos progresos excelentes, querida! Casi hemos arreglado ya el problema de la “d” final, pero aún nos quedan otras muchas cosas por hacer. Esta mañana empezaremos con ellas.

Lancé un gruñido. Aquello era un infierno. Al ver mi poca disposición, la señora Wooden comenzó a cloquear y me informó de que debíamos seguir trabajando. Llevaba puesto un bonito vestido de seda amarilla con una pañoleta de encaje blanco, una cofia amarilla de seda en lo alto del elevado peinado pompadour empolvado. Aunque era todavía por la mañana, llevaba ya el mismo maquillaje chillón de siempre, los labios de un rojo muy vivo, las mejillas llenas de colorete, los párpados pintados de malva y un parche de satén negro en forma de corazón en una de las mejillas. Extendiendo el brazo izquierdo en un floreado gesto, me pidió que repitiese todo lo que ella dijera.

- La humildad es una cosa conveniente para todo el mundo.

- L'humildá es una cosa conveniente pa' to' el mundo -dije yo.

- ¡La humildad es una cosa conveniente para todo el mundo! -me corrigió ella- ¡Huh! ¡Huh! ¡Huh! ¡Haced sonar todas las letras! ¡Observad bien mis labios! La humildad...

- La humildad es una cosa conveniente para todo el mundo.

-Eso está mejor. ¡Otra vez!

- La humildad es algo conveniente para todo el mundo.

-Eso está un poco mejor, un poco mejor, pero no eleváis la entonación de las palabras y no le dais la forma apropiada. Habláis con las cavidades nasales, no con el pecho, querida mía. Ahí dentro hay una voz absolutamente encantadora, estoy segura de que la hay, sólo que ha sido deformada y distorsionada a fuerza de perezosos hábitos al hablar y de compañías poco convenientes.

- Me duele cuando intento hablar desde tan adentro.

- Eso son imaginaciones vuestras. Lo que pasa es que no estáis acostumbrada a utilizar esos músculos para hablar. Otra vez, vamos... arrastrad las palabras hacia arriba, dadles textura.

- La humildad... es una cosa... conveniente... pa' todo... el mundo.

- ¡Para todo el mundo!

- Para todo el mundo - grazné yo.

-Ahora quiero que digáis esa frase veinticinco veces; lenta y cuidadosamente, y desde el pecho.

Gruñí, pero me apresuré a obedecer, y cuando la hube repetido más o menos diez veces me pareció que me salía con un poco más de facilidad, me dio la impresión de que sonaba mejor y de que no me dolía tanto. Ya me empezaba a salir bien, le iba cogiendo el tranquillo. A lo mejor lo mío tenía remedio. A lo mejor podía llegar a hablar como una señorita, y seguro que entonces Cam se sentiría muy orgulloso de mí. Me concentré en ello con toda mi atención, alargué las palabras hacia arriba y les fui dando forma.

- ¡Eso es! -exclamó la señora Wooden, interrumpiéndome-. Querida mía, eso os ha quedado precioso.

-¿De veras?

-Casi conseguisteis que sonara humano. Procurad no esforzaros tanto. Tranquila. Que las palabras suban de un modo natural.

Cuando terminé de repetirlo veinticinco veces me sentí agotada. Nunca me hubiera imaginado que hablar bien costase tanto. La señora Wooden me aseguró que estaba satisfecha con mis progresos y me ordenó repetir diez veces la frase “Ha venido John para darme un buen coñac con amabilidad”, lo que me resultó aún más difícil. No lo había repetido ni cinco veces y ya comenzaba a detestar el nombre de John. Me resultaba endiabladamente difícil decir bien aquellas palabras pronunciando las consonantes finales. No bien habías salido de la primera cuando ya tenias que vértelas con la segunda. Justo cuando estaba terminando la décima repetición llamaron a la puerta principal. Brandy y Sarge se pusieron a ladrar con vehemencia y echaron a correr por el pasillo; hasta Pepe se decidió a levantar la cabeza para emitir un aburrido “ruf-ruf”.

- ¡Quién podrá ser ahora. -exclamó la señora Wooden llevándose una mano al corazón-. Me pregunto si será ese espantoso comandante Barnaby que viene a pedirme disculpas. Quedaos aquí, querida. Iré un momento a ver quién es.

Salió de la habitación; suspiré, aliviada, y me acerqué a los biombos Coromandel para examinar uno de ellos, de colores rosa coral y turquesa, con flores y pájaros plateados incrustados de una manera maravillosa en los paneles negros con junturas de plata. Oí que la puerta principal se abría, y entonces la señora Wooden lanzó una exclamación de sorpresa al tiempo que Brandy y Sarge seguían ladrando con un regocijado abandono. Se oyó una franca risa masculina y un intercambio de palabras que no alcancé a escuchar a causa de la algarabía que habían formado los perros. Al parecer la señora Wooden protestaba por algo y el visitante insistía.

-¡Quieto, Sarge! ¡Y tú también, Brandy! ¡Ya ves! ¿Te das cuenta de la forma en que los has alborotado? Estoy encantada de verte, desde luego. Mejor dicho, estoy emocionada, pero ahora no puedes pasar. Yo... estoy muy ocupada y...

- ¿Crees que es ésta la manera de tratar a un viejo amigo que te adora? Te conozco, Marcelon. Me estás ocultando algo. ¿De qué se trata?

- ¡ No estoy ocultando nada! - protestó ella-. Es sólo... es sólo que... bueno, es que hace poco tiempo que he regresado y hay un desorden espantoso por toda la casa...

-Eso no importa en absoluto. He venido a tomar un poco de tu famoso bizcocho de ciruelas, cariño, y no pienso marcharme de aquí hasta que lo consiga. Además, tengo que contarte varias noticias en extremo interesantes. Vamos, hablaremos en el estudio.

-¡No! No... es decir, en el salón estaremos mucho más cómodos. Ya que insistes en entrar sin mi permiso, usaremos el salón.

- ¡Ajá! Ocultas algo. ¡Lo sabía!

Unas pisadas resueltas se oyeron por el pasillo seguidas por el repiqueteo de las zapatillas de tacón alto. El hombre más hermoso que yo hubiese visto en toda mi vida irrumpió en la habitación con la señora Wooden, muy nerviosa, y los dos perros, que no dejaban de hacer cabriolas, pisándole los talones. Me quedé mirándoles muy confundida mientras la señora Wooden, a espaldas de aquel hombre, me hacía frenéticos gestos.

-¿Y ésta quién es? -inquirió él al tiempo que avanzaba resueltamente hacia mí.

- ¡No abráis la boca, Miranda! -exclamó la señora Wooden-. ¿Me oís? No abráis la boca.

Tragué saliva y asentí, apretando los labios con fuerza. El hombre se detuvo a poco más de un metro de distancia de mí, cruzó las manos por detrás de la espalda e, inclinándose hacia adelante, me miró atentamente con los ojos entornados de la misma forma que habría podido examinar un cuadro, buscando imperfecciones. Paralizada, lo observé con cierta aprensión cuando él se me acercó aún más, y comenzó a estudiarme el pelo y el cutis; movió la cabeza en señal de aprobación cuando posó los ojos en mi busto. Tragué saliva de nuevo sin dejar de apretar los labios con fuerza.

Lo reconocí inmediatamente, desde luego. Tenía algunos años más que cuando posara para el retrato de Hamlet y, ahora que ya había entrado en la treintena, el rostro se le había hecho aún más interesante, un rostro experto lleno de atractivos surcos, móvil y expresivo. En realidad no era tan interesante como parecía a primera vista. Visto desde cerca su aspecto no era nada notable, pero poseía un increíble magnetismo que le quitaba a una la respiración. Parecía atraer hacia si toda la luz para luego volver a emitiría en rayos cegadores; irradiaba vitalidad, entusiasmo y energía viril. Yo nunca había visto una presencia tan notable y, lo que era aún más curioso, aparentemente él permanecía ajeno por completo a ello, con aquellos modales ágiles, tranquilos y totalmente sin pretensiones.

Puede que en escena David Garrick fuese ataviado con gran esplendor, pero aquella mañana tenía un aspecto casi descuidado. El pelo dorado oscuro se veía un poco grasiento, como si necesitase un buen lavado, y lo llevaba retirado de la cara y atado en la nuca con un pedacito de cordel viejo. Calzaba unos zapatos de cuero negro que estaban ya muy desgastados; las medias blancas de algodón estaban a todas luces muy viejas y las calzas marrón oscuro que le llegaban por la rodilla presentaban una tremenda cantidad de arrugas. Sobre la camisa blanca de linón con pechera blanca de volantes llevaba una horrible levita de color verde con botones de plata y faldones amplios y acampanados cuyos puños estaban más bien raídos; el tiempo había hecho que el tejido se pusiera brillante. Era el mismo tipo de prenda que hubiera podido llevar un pirata, pensé, aunque el efecto general era completamente encantador.

El corazón me empezó a latir con fuerza mientras él proseguía examinándome; luego retrocedió un paso y se puso a asentir enfáticamente con la cabeza.

- ¡Exquisita! -afirmó-. ¡Sólo puedo decir exquisita! Es exactamente el tipo que he estado buscando. ¿Qué experiencia tenéis, hermosa mía? ¿Habéis trabajado en Londres? No es que ello sea una cosa que revista gran importancia, pues os usaré principalmente con fines decorativos. Nada demasiado exigente al principio.

-¡No es actriz, Davy! -protestó la señora Wooden.

- Con esa cara y ese cuerpo no necesita serlo. La envolveré en terciopelos y satenes, y la usaré para hacer bonito en el escenario.

- ¡A ella no le interesa!

-¿Por qué no la dejas que hable por sí misma?

-No sabe.

-¿Es muda?

- No exactamente.

-¿Tiene algún impedimento para hablar?

-Padece un caso terrible de laringitis... sí, eso es, tiene laringitis y el médico le ha ordenado que no diga una palabra por lo menos durante dos días, de lo contrario la cosa podría tener espantosas consecuencias. ¿No es cierto, Miranda?

Asentí y volví a tragar saliva. Davy Garrick inclinó a un lado la cabeza y nos miró a ambas asaltado por serias dudas. Empezaban a dolerme los labios de tan apretados como los tenía. Los abrí para exhalar una gran ráfaga de aliento. La señora Wooden jadeó, alarmada, y volví a cerrarlos de nuevo, bien apretados. Garrick se acarició la barbilla con el dedo índice, advirtiendo que allí había gato encerrado y preguntándose si entrar o no en mayores averiguaciones. Yo estaba deseando que se marchase para poder volver a respirar con normalidad.

-Y si no es una actriz, ¿quién es?

-Es... es mi sobrina.

-No sabía que tuvieras ningún hermano. Pensaba que eras huérfana.

-Lo era... es decir, lo soy. Miranda es mi sobrina política... sobrina del difunto señor Wooden. Ha vivido en Chester durante todos estos años y... me la he traído a Londres para que me haga compañía.

-No me creo ni una palabra de lo que dices, Marcelon, encanto. De momento lo dejaré correr porque soy un caballero, pero quiero que sepas que pienso llegar al fondo de este asunto algún día. Lo haré, dalo por sentado. No la tendrás comprometida con algún otro empresario, ¿verdad?

- Claro que no! -exclamó la señora Wooden indignada-. Ya te he dicho que Miranda no es actriz. No ha pisado un escenario en toda su vida ni tiene el menor deseo de hacerlo. Ella es... ¡espera un momento! ¿Qué quieres decir con eso de otro empresario?

- Esa es mi gran noticia, caramba. Acabo de convertirme en empresario de Drury Lane. Codirector, en realidad, con Lacy, pero soy yo el que tiene todo el control.

-¡Davy! ¡Qué maravilla! Creí que ibas a continuar en el Covent Garden bajo la dirección de Rich. Nunca soñé... ¡oh, esto es estupendo! ¡Podrás montar tus propias producciones, elegir tú mismo los repartos! Rápido, dímelo en seguida, ¿a quién has contratado?

-A nadie todavía. La temporada no empezará hasta septiembre, y hay que volver a decorar todo el teatro, derribar las paredes, poner mortero nuevo, en fin, hacer cientos de reformas. El lugar apenas si se ha tocado desde que sir Christopher Wren lo diseñara hace más de setenta años.

- ¿A quién piensas contratar?

- No lo he pensado bien, encanto. Desde luego, a Peg.

- Creía que eso ya se había terminado - comentó la señora Wooden.

-Y así es, ¡ay! Me ha dejado más viejo, más triste y no mucho más sabio. La querida Peg puede que tenga la moral de un terrier y los modales de una cerda, pero sigue siendo una maldita actriz de primera categoría y no le guardo rencor. Probablemente también contrataré a la señora Cibber...

-¡Cómo no! -le interrumpió la señora Wooden-. Es muy buena.

En realidad aquel entusiasmo no era auténtico.

-Y a la señora Pritehaud también, sin duda; no quiero tener favoritismos. Formaré una compañía soberbia, caramba, la mejor que se haya visto nunca en la ciudad.

La señora Wooden se mostraba claramente alicaída.

- Estoy segura de que así será - replicó.

Garrick esbozó una sonrisa burlona, cruzó majestuosamente la habitación, se dejó caer en el largo sofá azul y estiró las piernas. Brandy y Sarge se le acercaron retozando para olisquearle cuando el actor se metió una mano en uno de los enormes bolsillos de la levita y, casualmente en apariencia, sacó un puñado de galletas para perros. Sarge le saltó a las rodillas, locamente excitado. Demasiado pequeño para dominar semejante hazaña propia de titanes, Brandy le dio con la pata al actor en la pierna y se puso a ladrar lastimeramente. Ante tan exigentes bufonadas, y ya cómodamente instalado en el sofá, Pepe se limitó a menear el rabo un par de veces, convencido de que se haría justicia. Luego Garrick, como quien no quiere la cosa, comenzó a repartirles galletas a los tres perros mientras continuaba charlando.

-No sé a quién más contrataré -dijo-, pero cuando surja el papel Oportuno consideraré la posibilidad de contratar a la pícara vieja Marcie, naturalmente. Vamos a inaugurar con El mercader de Venecia, encanto, y, ay, me temo que estás un poco madura para hacer de Portia.

- ¡El Mercader! -dijo con desagrado-. Shakespeare ya está muy visto. No sé por qué no inauguras con una bonita y animada comedia de la Restauración. Yo me luzco en la comedia de la Restauracion.

-Ya lo sé, caramba, y lo tendré en cuenta. Eso es todo, bobos. Sois unos bichos avariciosos. Ya os traeré más la próxima vez. Ahora, Marcie, lo menos que podrías hacer es darle a un pobre genio hambriento una taza de té con un poco de ese famoso bizcocho de ciruelas con licor de albaricoque. Hace días que no pienso en otra cosa.

- ¡Desde luego, Davy Garrick, sigues tan atrevido como siempre! ¿Encontrarás un papel para mí, no es cierto?

-Pues claro que sí, caramba. No creerás que voy a olvidarme de mi amorcito. ¿O sí? Marcelon Wooden volverá a brillar, te lo prometo.

- La comedia de la Restauración es mucho más entretenida. Si quieres que te diga la verdad, nunca me encontré cómoda representando todas esas monótonas reinas de Shakespeare. Dame algo un poco más atrevido, un poco más ardoroso. Dame algo que yo pueda...

- ¡Dame inmediatamente té y un poco de bizcocho! -le exigió él.

La señora Wooden levantó las manos en un gesto de desagrado fingido y salió correteando de la habitación. David Garrick esbozó una radiante sonrisa y, con ojos cariñosos, observó a la mujer que se iba. Era un pícaro atrevido que irradiaba encanto en todas direcciones y que se sentía completamente a sus anchas tanto con la fama como con aquella ropa vieja; se mostraba perfectamente natural en todo lo que decía y hacía. Una vez que nuestra anfitriona hubo salido de la habitación, dirigió hacia mí todo aquel encanto y me dedicó una mueca sarcástica que era aún más encantadora que su sonrisa.

-¿Lo pasáis bien en Londres? -me preguntó.

Asentí.

- Mucho más interesante que... ¿de dónde dijo que era? ¿Chester? Supongo que os sentiréis más bien abrumada por los monumentos y los ruidos de nuestra gran metrópoli. Sé que yo lo estaba cuando llegué de Lichfield. Me desconcertaba por completo. Me pasé días sin poder hacer otra cosa más que quedarme boquiabierto mirándolo todo. ¿No habéis pensado alguna vez en dedicaros al teatro?

Negué con la cabeza, temerosa de tener un resbalón y dejar que oyera mi voz.

- Cuando se os pase esta penosa enfermedad tendréis que convencer a Marcelon para que os lleve al Drury. Estará lleno de obreros martilleando, aserrando y enluciendo, pero de todas maneras me encantaría enseñároslo. Un lugar mágico, cualquier teatro. Todavía se me pone la carne de gallina cada vez que me encuentro entre bastidores... todas esas cuerdas, todo ese polvo, todos esos decorados pintados, ese misterio, esa emoción. No hay nada en el mundo comparable a eso. ¿Habéis ido alguna vez al teatro?

Sacudí la cabeza.

-¿Nunca? ¡Asombroso! Tendremos que hacer algo al respecto. No sé los planes que Marcie tendrá para vos, hermosa mía, pero no podrá manteneros guardada entre algodones durante mucho tiempo, os lo aseguro. Una vez que los machos de Londres os pongan la vista encima van a perseguiros en tropel, pero tendrán que madrugar mucho para vencer a Davy Garrick. Yo he pedido vez primero, hermosa mía, no lo olvidéis.

- ¿De qué clase de tonterías estás cotorreando ahora? -exigió saber la señora Wooden mientras entraba empujando el viejo carrito del té con ruedas.

- Le estaba diciendo a esta beldad que tengo planes para ella, Marcie. Pienso encargarme yo de que mueva los pies.

- Pues puedes ir olvidándote de eso, Davy - dijo ella al tiempo que partía el bizcocho y lo servía en unos platitos-. Miranda es una buena chica. Nunca ha tenido nada que ver con los actores, quiero que lo sepas desde ahora mismo. Además, regresa a Chester a principios de la semana que viene. ¿No es verdad, Miranda?

Asentí. Davy Garrick puso cara de condolencia. La señora Wooden sirvió el té y le llevó una taza al actor junto con una rebanada de bizcocho. A continuación me sirvió a mí. Me senté en una de las sillas que tenía cerca y me mantuve allí muy rígida, apenas si me atrevía a respirar, y no digamos a comer bizcocho o a beber algún sorbo de té. Garrick se bebió de un trago el té y arremetió contra el bizcocho con verdadero entusiasmo, tendiendo el platito vacío unos momentos después. La señora Wooden le dio una segunda rebanada.

-Siempre te gustó mi bizcocho de ciruelas -comentó ella -. Recuerdo que cuando estábamos representando Hamlet solías comerlo entre bastidores. Por cierto, ¿cómo está tu gran amigo Sam Johnson? Supongo que sigue tan grosero como siempre.

- Está muy liado con sus grandiosos planes para el diccionario - replicó Garrick -. Ha firmado un contrato para hacerlo ahora y no puede hablar de nada más... retiro lo que acabo de decir. Puede y lo hace, interminablemente, pero el diccionario es el tema principal estos días. No para de hablar de él en todos los cafés.

-Un hombre insufrible -dijo la señora Wooden-, pero fascinante. Eso es algo que tengo que admitir, aunque a él no pueda aguantarlo.

- Pues en cambio tú le caes bastante bien a él, encanto -le dijo Garrick.

-¿Ah, sí?

Garrick sonrió burlón y se tomó Otro bocado del bizcocho.

- Por lo visto le recuerdas un cuadro que representa las fiestas florales de mayo. Dice que le entran ganas de ponerse a bailar una jiga cada vez que te ve.

-Es muy propio de él decir algo así, pero no estoy segura de que eso me acabe de gustar. De todos modos le deseo de veras que el diccionario le salga bien. Seguro que será una tarea hercúlea, y si hay alguien capaz de sacarlo adelante, ése es Sammuel Johnson.

Con la taza de té y el platito en equilibrio sobre el regazo, yo seguía sentada con la espalda tan derecha como una baqueta mientras les oía hablar de las excentricidades de aquel irascible escritor. Garrick tenía una voz maravillosa, rica y melodiosa, como una encantadora canción que acariciaba el oído sin que resultase afectada en lo más mínimo. Una vez hubo terminado el té y el bizcocho, dejó la taza y el platito en el suelo y se recostó con indolencia contra los cojines, estirando aún más las piernas. Las tenía muy bien torneadas, observé, eran largas y musculosas. Garrick tenía el físico de un atleta en soberbia forma y se movía con una grácil agilidad que en él resultaba tan natural como respirar. Qué impresión debía de dar en el escenario, pensé.

- Esta beldad tiene la mirada ausente - indicó el hombre-. Me temo que la estamos aburriendo con toda esta charla acerca de Sam.

Aquel comentario me sobresaltó y consiguió sacarme del ensimismamiento; tanto me sobresaltó que casi me vuelco encima la taza de té. Con mucho, mucho cuidado, me puse en pie y llevé la taza y el platito con el bizcocho hasta la mesa de trabajo y los dejé allí. Garrick me observó y estudió mis movimientos Yo estaba extremadamente azorada, me sentía tan torpona como un buey bajo aquella mirada amistosa y especulativa. Regresé hasta mi asiento, crucé las manos sobre la falda e intenté parecer agradable, convencida de que lo que parecía en realidad era idiota. Garrick acarició descuidadamente a Pepe, que se había acurrucado contra él formando una pequeña bola blanca. Sarge le suplicaba a su ama un trocito de bizcocho, y Brandy se hallaba enroscado en lo alto de un montón de papeles, dormido como un tronco.

- ¿Qué es lo que hace exactamente tu arrebatadora sobrinita en Chester? -preguntó Garrick-. Es decir, a parte de charlar sin parar.

Cediendo por fin a la petición, la señora Wooden le dio a Sarge un bocado de bizcocho.

-Oh, hace muchas cosas... bordados, punto de aguja, un poco de acuarela, una pizca de botánica... en fin, se mantiene bastante ocupada.

-Eso suena espantosamente aburrido. Creo que deberías tratar de convencerla para que se quedase una temporada en Londres, encanto.

-Oh, sus padres nunca consentirían una cosa así. Ya me costó bastante convencerlos para que le permitieran hacerme esta corta visita.

El actor estiró los brazos y los dejó descansar sobre el respaldo del sofá, de modo que los faldones de la levita verde cayeron hacia atrás y dejaron ver un gastado forro de seda negra. Con la cabeza ladeada y con una ceja oscura torcida hacia arriba en un arco semejante a una interrogación, miró a la dueña de la casa. La señora Wooden, muy nerviosa, se puso inmediatamente a ocuparse de las cosas del té, e hizo mucho ruido con las tazas y los platos. No se le daba muy bien mentir, y su invitado la conocía lo bastante como para saber cuándo ella decía la verdad. Una sonrisa divertida surcó los labios de aquel hombre, que se puso en pie al tiempo que se pasaba la mano por el espeso cabello dorado oscuro.

-Aquí hay algún misterio, caramba -afirmó-. Ojalá tuviera tiempo para intentar desentrañarlo, pero, ay, tengo que hacer varias visitas más esta tarde... tengo que hacer correr la buena noticia, ya sabes

- Me he alegrado mucho de verte, Davy. Espero de veras que vuelvas.

- Puedes estar segura de ello.

Le dio un vigoroso abrazo que la hizo jadear además de torcerle la pompadour de una manera alarmante. Ella lo empujó para apartarlo de sí con fingido desagrado y se apresuró a colocarse la peluca con las mejillas encendidas de placer. David Garrick se acercó con parsimonia a la silla en la que yo me encontraba, me cogió de la mano y me hizo poner en pie. Miré aquella cara deslumbrante con aprensión. El esbozó una encantadora sonrisa que le hizo brillar los ojos.

-Ha sido un placer, hermosa mía -salmodió.

Entonces me estrechó la mano; luego se la llevó lentamente a los labios y, dándole la vuelta, me besó la palma. Me quedé realmente sin habla. Aunque, dadas las circunstancias, era lo mismo.

- No me creo ni una palabra de todas esas tonterías que me ha estado contando Marcie sobre vos - me comentó él-. Sois la más encantadora visión sobre la que se han posado mis ojos en muchos días, y no sé por qué tengo el presentimiento de que vos y yo volveremos a vernos. Hasta entonces soñaré con la hermosa Miranda.

Aquello era suficiente para trastornarle la cabeza a cualquier muchacha, pero claro, Davy era un seductor profesional y probablemente les hablaba de aquel modo a todas las mujeres, aunque fueran bizcas. Mucha labia era lo que tenía aquel hombre, atrevido donde los haya, aunque no por ello dejé de sentirme halagada. Cam Gordon ciertamente nunca me había hablado así. Ni lo haría jamás siendo como era un agrio escocés nada efusivo. Garrick me miró fijamente a los ojos durante unos momentos más y luego me soltó la mano. La señora Wooden lo acompañó hasta la puerta principal, y cuando él se marchó pareció que se llevase consigo toda la luz del sol.

- ¡Carajo! -exclamé cuando la señora Wooden regreso-. Me ha costado un triunfo estar con la boca cerrada todo este tiempo. Llegué a pensar que ese puñetero cabrón no se iba a marchar nunca.

La señora Wooden hizo una mueca de dolor, apabullada por la ordinariez de mis palabras y de la voz con que las había pronunciado, pero se sentía demasiado arrobada por la visita del actor y no tenía ánimos para reprenderme. Relucía de placer, y no dejaba de darse palmaditas en la pompadour con los ojos todos encendidos.

- Sabía yo que Davy no me fallaría. ¡ Director del Drury Lane! ¡Y es tan joven! Pensar que sólo hace diez años que llegó de Lichfield para introducirse en el negocio del vino juntamente con su hermano.

- ¿De Lichfield? - pregunté.

-Es su ciudad natal -me explicó ella-. El y Sam Johnson crecieron allá. Los dos estaban ansiosos por abandonar aquel lugar. Ansiosos por ampliar horizontes.

-¿Tiene...? -Me detuve y fruncí el ceño-. ¿Tiene catedral ese Lichfield?

-Eso creo. Creo que he visto algún grabado de ella.

-¿Tié... tié un estanque con patos.

- Tiene, Miranda. ¡Pronunciad bien!

-¿Tiene Lichfield un estanque con patos?

-No sabría decíroslo, querida. Nunca he estado allí. Sin embargo encuentro la pregunta un poco rara. ¿Por qué queréis saberlo?

- Sólo... sólo me lo preguntaba -dije yo.

La señora Wooden se encogió de hombros, demasiado afectada por la visita que acababa de marcharse como para dejarse distraer con mis preguntas. Dejando que la voz le saliera con una entonación dramática, me obsequió con información acerca del actor.

- No hace ni seis años todavía que Davy hizo su verdadera aparición por primera vez en la escena inglesa. El diecinueve de octubre de mil setecientos cuarenta y uno, ¡una noche histórica, además! Representó el papel de Ricardo III en Goddman's Fields... nadie había oído hablar de él, nadie se esperaba nada, el portero sólo sacó treinta libras aquella noche, unas ganancias en verdad insignificantes, os lo aseguro. Salió a escena, y antes de pronunciar una sola palabra, Davy ya era Ricardo... sin vociferar, sin peroratas, sin proclamas, limitándose a ser el malvado jorobado. Aquella noche puso de moda un nuevo concepto de lo que es la escena, eso es lo que hizo Davy. Ningún otro actor en la historia del teatro ha recibido una acogida tan entusiasta.

-¿Estabais vos allí?

-Claro que estaba... aunque por pura casualidad, querida. Me hallaba en un período de vacaciones entre dos contratos y hacía tiempo que no veía una representación de Ricardo III, así que fui a Goodman's Fields... un teatro apartado, completamente declassé(1), al que los esnobs del West End miran por encima del hombro. Yo estuve en el debut de Davy, y me di cuenta inmediatamente de que allí teníamos a un genio como nunca habíamos visto antes... y probablemente no volveríamos a ver jamás.

-¿Es... es...tan bueno?

- ¡Es asombroso! ¡Increíble! No hay palabras que puedan expresarlo, querida. En sólo una noche se afirmó rotundamente como uno de nuestros más grandes actores trágicos, y luego asombró a todos representando comedias sólo para demostrar su versatilidad. No hay papel que él no pueda representar con absoluta perfección... un villa-no, un petimetre, un loco, un melancólico héroe romántico, un mercader taimado, un patán. Es pura magia.

- ¿Quién es esa Peg de la que hablasteis? - le pregunté.

La señora Wooden hizo una mueca.

-Peg Woffington -replicó instalándose en el sofá en medio de grandes crujidos de las faldas de seda amarilla-. Una chica alta con facciones grandes e irregulares... fea como una valía de barro, en realidad, pero cuando está en escena no se le nota en absoluto. Es una actriz terriblemente brillante, aunque me duela decirlo es verdad. Tiene una gran vitalidad. Y entusiasmo sin igual. Es excelente en la comedia y tiene predilección por los papeles que le permiten disfrazarse de muchacho... cuando apareció como Sylvia en The Recruting Officer(2) y estuvo disfrazada de Jack Wilful durante media obra, se dijo que tal exuberancia no se había visto nunca en escena desde la muerte de Neil Gwynn.

Sarge se acercó trotando al sofá con la pelota roja en la boca y meneando sin parar la cola negra. La señora Wooden cogió la pelota y la tiró. Sarge salió como una bala tras ella. Brandy se despertó y echó a correr también como una exhalación dando agudos ladridos de contento.

- Muchos dicen que Peg es la reencarnación de Neil -continuó la señora Wooden- Tiene el mismo brío descuidado; y la misma moral deplorable, añadiría yo. Bebe como una esponja, dice tacos como un soldado, tiene amantes a docenas. Yo no puedo soportar a esa criatura, pero tampoco soy capaz de negar que tiene talento. Davy anduvo de cabeza una temporada, perdidamente enamorado de ella, desde luego. Era una relación bastante tempestuosa... qué peleas, qué celos, qué choque de temperamentos. A él se le está pasando ahora, pobre corderito. Es de ese tipo de hombres muy mujeriegos, un flirteador verdaderamente escandaloso, pero con Peg iba en serio.

Cogió a Pepe, se lo puso en la falda y comenzó a acariciarle el suave pelo blanco.

- Debo decir, querida mía, que ciertamente se ha entusiasmado con vos.

-¿Ah, sí? -dije sin darle importancia.

- Completamente chalado. Asombrado. Intrigado.

- No le va a servir de mucho - repliqué-. Pá lo que le va a servir...

- ¡Miranda! Las señoritas no...

- Para lo que le va a servir - me corregí-. Un tipo así, deslumbrador, todo encanto... una chica tendría que estar chiflá para llegar a tener que ver algo con él.

- ¡Huh-huh-huh! ¡Pronunciad todas las sílabas!

- ¡Nunca lo lograré! -le dije afligida-. Lo intento una y otra vez, pero no hago más que resbalar. Es demasiao difícil. De tos modos, ¿quién demonios necesita hablar como una puñetera duquesa?

-Vos -me aseguró mientras dejaba a un lado a Pepe y se ponía en pie-. No debéis desanimaros tan pronto, querida. Ya hemos logrado unos progresos verdaderamente notables, y en muy poco tiempo estaréis hablando con una voz tan elegante como la que más.

- Pero seguirá doliéndome -me queje.

-No os dolerá nada. Cuando hayáis aprendido a usar los músculos debidos hablaréis con toda naturalidad, tanto que ni siquiera os daréis cuenta de ello. Volvamos al trabajo, querida mía. Antes lo estabais haciendo bastante bien. He visitado Bagdad y me ha llenado de felicidad.

- He visitado Bag... ¿es imprescindible que hagamos esto ahora?

- En efecto, lo es. Así que nada de discusiones ahora. ¡A trabajar!

La señora Wooden me fue dirigiendo con una decisión severa aunque amistosa, y después de un rato descubrí que la “d” final no era tan difícil de pronunciar cuando uno le cogía el truco. Trabajé con renovado entusiasmo, y la señora Wooden se sintió muy regocijada y afirmó que yo era una discípula soberbia. Cuando por fin me fui a casa a última hora de la tarde, yo estaba bastante satisfecha de mí misma. Comí un poco, me senté ante el escritorio y me puse a trabajar un rato en el libro, pero no hacía más que distraerme pensando y me resultaba poco menos que imposible concentrarme en el aburrido lord John y la insípida lady Cynthia. Por mucho que lo intentase, aquel día no lograría hacer que pareciesen vivos.

Finalmente dejé a un lado la pluma y me puse a mirar por la ventana el patio y la bonita casa amarilla que se alzaba al otro lado de la calle. El sol se iba desvaneciendo, y hacía que los guijarros cobrasen un color amarillo dorado mientras las sombras comenzaban a hacerse densas. Pensé en David Garrick, aquel hombre tan apuesto, tan encantador, tan irresistible. No podía apartar el pensamiento de que yo ya lo había conocido antes. Un evasivo recuerdo parecía encenderse y apagarse de vez en cuando en los alrededores de mi mente, pero nunca con la suficiente intensidad como para que yo pudiera retenerlo. Lichfield. Una catedral muy grande. Un estanque con patos. El apuesto joven Davy con aquella alegre sonrisa y aquellos animados ojos azules. ¿Podría darse el caso de que yo hubiese vivido en Lichfield cuando era una niña pequeña?

La habitación se fue quedando en penumbra al desvanecerse la luz del sol, y una curiosa melancolía se apoderó de mí al darme cuenta de lo poco que sabía sobre mi propia persona. Recordaba vagamente un pueblecito y también recordaba a mi mamá, claro está, veía retazos de su imagen en mi memoria, pero todo lo demás era un borrón nebuloso, excepto los años pasados en St. Giles. No tenía ni idea de quién sería mi padre y ni siquiera estaba segura de mi apellido. ¿Se habría casado mi mamá con alguien llamado James, o sería yo una hija del amor natural? No importaba, me dije mientras encendía las velas. No importaba lo más mínimo. Yo era Miranda James, vivía en Greenbiar Court y era la muchacha más afortunada del mundo, porque tenía a Cam. Puede que Davy Garrick deslumbrase y cautivase, pero comparado con mi escocés se quedaba en una insignificancia.

Yo tenía a mi escocés, que regresaba al día siguiente. Una noche más en la cama solitaria y podría estar de nuevo entre sus brazos. No podía existir dicha mayor.

3

A las seis de la mañana Cam llegó por fin a casa. A las seis de la puñetera mañana, cuando el sol formaba pinceladas frescas de color rosa en el cielo y las sombras se evaporaban, él subió las escaleras a rastras y entró en la habitación con un aspecto agotado y ojeroso; se despojó de la ropa a tirones, trepó a la cama sin pronunciar palabra y, casi inmediatamente, se quedó dormido como un tronco. Condenado sea el infierno. Ya habían pasado dos semanas desde que Cam volviera de Escocia y había salido casi cada noche para asistir a aquellas puñeteras reuniones secretas suyas con sus puñeteros amigos conspiradores, dejándome completamente sola. Cualquiera habría pensado que yo seguía siendo su maldita criada, que yo era sólo un mueble, a juzgar por el poco caso que me hacía. El muy cabrón ni siquiera me había traído un regalo de Escocia. Eso no le habría hecho daño. Demonios, aunque hubiera sido un simple pedazo de brezo ya habría bastado, hubiera querido decir algo, hubiera significado un mundo.

Era la una de la tarde; Cam aún dormía y yo estaba deseando subir las escaleras, agarrarlo por los pies y arrastrarlo fuera de la cama con todas mis fuerzas para que se estrellara la cabeza contra el suelo. Ya me habría gustado hacerlo, ya. O si no coger una cacerola llena de agua helada y vaciársela encima de la cabeza. Aquello le daría una lección, al muy cabrón. Ignorarme, tratarme como si no existiera, descuidar el libro que estaba escribiendo y patearse todo Londres para hacer planes y conspirar con aquellos rebeldes sedientos de sangre sabiendo lo mucho que me asustaba. El hijo de puta ni siquiera se había fijado en mi nueva y elegante voz. Ya no me comía la “d” final, pronunciaba todas las silabas con gran cuidado, hablaba con una resonancia encantadora. Como terciopelo oscuro, afirmaba la señora Wooden que era; decía que aquello parecía un auténtico milagro, un día graznaba como un pato alborotado y al siguiente hablaba con una voz lenta, suave y refinada que habría dejado en ridículo a una duquesa. Claro que todavía tenía que seguir trabajando en ello, había que limar unas cuantas asperezas aquí y allá, pero de todos modos era un milagro, aunque al señor Cam-cabrón-Gordon aquello le daba exactamente igual que si me hubiera visto balbuceando en hindú.

Cam estaba durmiendo allí arriba en pleno día. Algo francamente inmoral, y yo con el pelo recién lavado, espeso y suave como la seda, resplandeciente como el cobre fundido y lanzando brillantes destellos rojos. Me había puesto uno de los vestidos más bonitos que tenía, además, uno precioso de seda azul celeste con rayas de color zafiro oscuro que hacían juego con mis ojos; la falda caía muy acampanada sobre las enaguas, el talle era ceñido, el escote modestamente bajo y las mangas empezaban a tomar vuelo desde el hombro. ¿Por qué me molestaba en ponerme atractiva para aquel hombre? Para lo que servía, lo mismo habría dado que me hubiese vestido con harapos, lo mismo habría dado que hubiese tenido el pelo mugriento y la cara toda tiznada de hollín.

¡Maldito! Dos semanas hacía que había regresado a casa y se había acostado conmigo cuatro veces. ¿Acostarse? Ese es un término demasiado digno. Me agarraba, me propinaba unas cuantas arremetidas lujuriosas, se daba la vuelta y luego se ponía a dormir mientras yo me quedaba echando pestes. Más bien había sido como una violación, las cuatro veces, y yo no era lady Evelyn, yo no era una puta disponible según su conveniencia para servirle cuando tuviera necesidad de liberar un poco de aquella ira reprimida. Las cosas iban a cambiar. Iban a cambiar desde aquel mismo día, lo juraba, o si no... o si no me pondría a averiguar la razón de por qué pasaba aquello. No iba a sacarlo a rastras de la cama, no, ni lo iba a dejar empapado de agua por muchas ganas que tuviera. Las señoritas bien educadas nunca hacían esas cosas, y yo estaba dispuesta a ser una señora aunque ello acabara matándome.

Sin dejar de echar pestes me senté ante mi escritorio de la habitación delantera y me quedé, con la mente por completo bloqueada, mirando la página medio llena que tenía ante mí. Llevaba ya escritas treinta y tres páginas, dos capítulos y medio, y mis amantes se hallaban fundidos en un abrazo tan seco como el polvo, faltos de vida como dos cadáveres. ¿Qué se habría apoderado de mí cuando se me ocurrió que quizá fuese capaz de escribir una novela? Aquello había resultado ser una tortura absoluta, cada palabra parecía un suplicio, y además, ¿quién iba a leer semejante folletón artificial? El argumento era muy vulgar. Los personajes resultaban rígidos, los diálogos afectados, todo en conjunto una tremenda pérdida de tiempo. ¿Qué sabía yo de nobles señores, de damas, de mansiones elegantes y del amor en lugares elevados? Decidí que mejor haría destruyendo aquella evidencia de mi chifladura y dejando la literatura para Cam; y poco después me encontraba apilando las hojas en un montón cuando oí que alguien llamaba vivamente a la puerta principal.

Dejé las páginas y me apresuré a salir al vestíbulo para evitar que volvieran a llamar, no fuera a ser que despertaran al escocés, que seguía profundamente dormido. Cuando abrí la puerta el señor Thomas Sheppard parpadeó, con aspecto de encontrarse de lo más incómodo allí, lejos de los acogedores confines de su despacho. De alguna manera uno no se lo imaginaba al aire libre bajo el brillante sol de la tarde. Realmente pareció muy aliviado cuando le hice pasar y cerré la puerta. Le acompañé al cuarto de estar y le sonreí amablemente, tratando lo mejor que pude de ocultar mi sorpresa.

- Señor Sheppard - dije-. Qué... qué placer tan inesperado. No sabía que salierais alguna vez del despacho.

- Raramente lo hago - admitió-, pero en un caso como éste... -Titubeó; aquellos grandes ojos de un color gris azulado mostraban cierto desconcierto tras los anteojos de montura dorada.

-¿Algo anda mal? - inquirí.

Volvió a titubear; parecía un duendecillo disecado dentro de las calzas y la levita marrones de corte impecable, el chaleco a rayas marrón y crema y la corbata de un verde muy pálido. Tenía el pelo escaso y arenoso, algo más encanecido de lo que yo recordaba, con un mechón errante caído por la frente que le añadía un toque incongruentemente juvenil. Le dirigí una sonrisa alentadora.

- ¿Puedo ayudaros en algo, señor Sheppard?

-Yo... pues... preferiría hablar de ello con Gordon. ¿Se encuentra en casa?

Ahora me tocó a mí vacilar.

- Pues... en realidad si, señor Sheppard, pero no está despierto.

-¿Oh?

- Se quedó trabajando hasta muy tarde, ya sabéis cómo es. No lo dejó hasta que ya eran más de las seis de la mañana, y para entonces se encontraba completamente agotado... claro que, si realmente considera usted que es necesario, puedo ir a despertarlo.

-¿Trabajando, eh? -dijo él.

- Muchísimo -mentí.

- Entonces debo entender que Los despojos de Dowland está cercana a su fin?

-Yo... no creo que le falte mucho.

Mentir descaradamente, eso era lo que yo estaba haciendo. Cam llevaba hechos exactamente tres capítulos del libro, y no de los mejores que digamos. En aquellos días apenas si cogía la pluma, se hallaba demasiado ocupado en recorrer Londres a escondidas haciendo recados misteriosos que no le iban a servir de gran cosa a nadie y que en cambio podían crearle muchos problemas.

- Me alegro mucho de oíros decir eso - indicó el señor Sheppard-. No ha entregado aún los primeros capítulos, como me prometió, ¿comprendéis? Y como la fecha tope de entrega es el quince de junio, yo estaba comenzando a ponerme... bueno... un poco nervioso, no está de más que lo confiese. Cam no siempre ha sido precisamente el escritor más cumplidor con el que he tratado.

Fecha de entrega el quince de junio dije yo frunciendo el ceño.

-A eso se avino cuando le entregué el anticipo. El más grande que he dado en mi vida, por cierto, pero tras el éxito del James el gentilhombre me pareció una cosa bastante razonable. Me prometió que Despojos estaría lista a mediados de junio, y dijo que me la iría entregando por partes de manera que los impresores pudieran empezar a preparar el tipo de letra y todas esas cosas. Tengo intención de sacarlo a la venta en septiembre, ¿sabéis? Y...

Titubeó de nuevo; ahora parecía encontrarse extremadamente a disgusto, y asumió una expresión de duda al ver la cara que yo ponía. Procuré disimular rápidamente el susto y la consternación que se habían apoderado de mí y le dirigí otra sonrisa muy tranquilizadora.

- Me temo que en gran parte la culpa es mía - confesé tratando de encontrar las palabras apropiadas-. Yo le copio todo el trabajo, ya lo sabéis, y... bueno, estoy terriblemente retrasada. Cam no me dijo que tenía que entregar el manuscrito por partes... ha trabajado tanto esta temporada... supongo que se le fue de la cabeza.

También se le fue de la cabeza hablarme del anticipo más grande que "Thomas Sheppard and Co." habían pagado a ninguno de sus autores, y yo me hacía una idea bastante exacta de adónde habría ido a parar hasta el último penique. Ni al tarro de jengibre ni ciertamente al banco. Ni a sus parientes ni a ninguna obra de caridad que lo mereciese. Por supuesto que no. Había ido directamente a manos de aquellos miserables rebeldes para financiar cierta aventura secreta que Cam había insinuado de pasada una o dos veces. ¿Sería yo capaz de apuñalarlo mientras dormía y acabar con ello de una vez? ¿Podría alegar defensa propia?

- Haré todo lo que pueda por arreglarlo, señor Sheppard - le prometí procurando mostrarme tan alegre y encantadora como fui capaz.

- Entiendo - replicó él.

- Recibiréis los primeros capítulos lo antes posible, y puedo aseguraros que habrá merecido la pena esperar por ellos. Despojos es el mejor libro de Cam, mucho más emocionante que James el gentilhombre. Tenga por seguro que a los lectores les va a encantar.

Si es que llegaban a verlo. Faltaba menos de un mes para el quince de junio. Cam tendría que trabajar día y noche para cumplir dentro de aquella fecha tope, y últimamente no parecía sentirse muy inclinado a sentarse ante la mesa de trabajo. Era deshonesto aceptar todo aquel dinero y no poner nada de su parte por cumplir el trato. Si no entregaba el libro a tiempo, "Sheppard and Co." podrían llevarlo a juicio - aunque aquello le serviría de lección al muy hijo de puta-, y, por otra parte, Cam no tenía ninguna posibilidad de devolverles el dinero. Me asaltaron imágenes de la prisión, de Cam encerrado en una celda oscura y húmeda, con las mejillas hundidas y ojos de obseso, y lleno de cadenas que harían ruido cada vez que él se moviera sobre la paja húmeda y asquerosa que había esparcida por el frío suelo de losas.

Pero estaba descuidando mis obligaciones de anfitriona. Con la esperanza de parecer afectuosa y hospitalaria, le pregunté al señor Sheppard si no le apetecía tomar una taza de té. Movió negativamente la cabeza sin dejar de observarme con aquellos amistosos ojos de color gris azulado.

- Perdonadme - dijo. Esbozó una sonrisa ligera y seca, aunque encantadora-. Ya sé que me he quedado mirándoos fijamente, pero... es que os encuentro distinta, aunque no sabría decir por qué.

-¿Sí?

-Aquella joven arrogante, simpática, y... eh... bastante alarmante que vino a mi despacho hace unos meses parece haberse desvanecido.

- ¿De verdad?

-En su lugar hay ahora una joven elegante que habla con voz culta que posee todos los refinamientos sociales.

-Aún estoy trabajando en la voz -le confesé-, y poco a poco voy aprendiendo los refinamientos sociales. Una amiga mía me está dando lecciones de las dos cosas. Ayer, cuando terminamos los ejercicios vocales, aprendí a usar los cubiertos, cuáles hay que usar y cuándo.

-Admirable -comentó él.

- A veces me resulta muy difícil - le confesé -. Cuando no estoy repitiendo silabas o poniendo una mesa imaginaria, me sorprendo a mí misma paseando por la habitación con libros en equilibrio sobre la cabeza, o aprendiendo cosas raras acerca de los vinos franceses. La señora Wooden es una persona muy meticulosa.

-¿Wooden? ¿No se tratará por casualidad de la señora Marcelon Wooden?

-¿La conocéis? -le pregunté.

-En una ocasión la vi actuar en una... eh... notabilísima representación que hizo de La duquesa de Malli. Recuerdo que fue una velada inolvidable -añadió secamente.

-Vive ahí enfrente, en la misma calle, ¿sabéis? Está decidida a hacer de mí una dama.

- Pues yo diría que está haciendo un buen trabajo -repuso Sheppard, muy galante-. Sólo espero que Gordon sepa apreciar los esfuerzos que estáis haciendo. Es un hombre en extremo afortunado... ya se lo comenté tras nuestro primer encuentro, cuando hicisteis aquella... eh... alarmante aparición en mi despacho.

-¿Estuve... estuve realmente tan espantosa?

-Estuvisteis encantadora -me aseguró Sheppard-, además de demostrar que erais una negociante muy astuta. Conseguisteis hacer un trato realmente difícil. Cerebro, belleza, vitalidad... debo confesarlo, sí yo tuviera treinta años menos, Gordon se encontraría un duro rival que lucharía hasta el fin para conseguir vuestros favores.

- Sí vos fueseis treinta años más joven, Cam no tendría nada que hacer.

Sheppard emitió una risita al tiempo que lanzaba chispas de placer por los ojos, ocultos tras las lentes de montura de oro. Se alisó las solapas de la levita y se atusó el mechón de pelo arenoso que le caía sobre la frente. Tras echar una ojeada en torno a la habitación, se percató de la presencia del escritorio y del montón de hojas, que yo había estado a punto de destruir, colocadas sobre el mismo.

-¿Trabajo en marcha? -inquirió.

-En cierto modo -dije yo, incómoda-. No... no es nada, en realidad.

Sheppard se acercó al escritorio y cogió la página de encima; la examinó con indolencia.

-Es un gran beneficio para nosotros que seáis vos la que copiáis la obra de Gordon. Nos ahorra muchísimo tiempo, humm... éste no es su estilo acostumbrado.

-No... no lo ha hecho él.

- ¿No? ¿Trabajáis de copista para alguien más?

Hice un gesto negativo con la cabeza, sintiéndome terriblemente incómoda. Sheppard levantó la mirada de la página, con los ojos llenos de curiosidad.

-Yo... me temo que es obra mía -confesé-. Se me ocurrió la absurda idea de que quizá fuese capaz de escribir un libro por mi cuenta. Sólo ha sido... sólo ha sido un experimento. Completamente tonto, claro está.

Sheppard leyó unas cuantas líneas más. Yo miraba hacia el suelo avergonzada, deseando que la tierra se abriese y me tragase.

-Cam... Cam no sabe nada de esto -le dije-. Me da mucha vergüenza contárselo. Es completamente espantoso, ya lo sé. Estaba a punto de romperlo todo cuando vos llamasteis a la puerta.

- Me alegro de que no lo hicierais - me indicó él-. ¿Os importaría que me lo llevase a mi despacho?

- Pues... no tendréis intención de leerlo de veras, señor Sheppard, ¿no? Resulta horroroso desde la primera hasta la última palabra.

-¿Por qué no dejáis que sea yo quien lo juzgue? -me sugirió mientras reunía todas las páginas-. Publico gran cantidad de libros y bastantes revistas. Siempre estamos buscando nuevos escritores, pues no hay bastantes por ahí, ¿sabéis? Ni mucho menos los suficientes para todos los editores. En estos tiempos hay mucha competencia en la calle Fleet.

Llena de nerviosismo le aseguré que sería una completa pérdida de tiempo, pero Sheppard mostró una educada -aunque firme- insistencia. Cinco minutos después salía de la casa con el manuscrito metido en un gran sobre marrón que yo, de mala gana, le había proporcionado. Me sentía extrañamente vulnerable, como si hubieran desvelado una parte secreta de mi ser. El señor Sheppard era un buen hombre. Me había prometido no decirle nada a Cam y, como era una persona de gran tacto, probablemente tampoco me diría nada a mí. Cuando leyera aquellas páginas y viese que eran una chapuza inútil, sin duda se mostraría diplomático y no volvería a mencionar más el asunto.

Al echar una ojeada al reloj vi que eran casi las dos. Aquel cabrón no podía pasarse el día entero durmiendo, ¿no es cierto? Querría café cuando se despertase, y seguro que también tendría hambre. Entré en la cocina, encendí el fogón, puse agua a hervir, partí unas rebanadas de pan para hacer tostadas y bajé la mermelada del estante. Me pasaba todo el día sirviéndole, cuidándole como si fuera un niño indefenso... y aquello era degradante, eso es lo que era. Yo ya no era la golfilla callejera y andrajosa que él había maltratado tan brutalmente el día aquel de la ejecución. Ahora era una persona diferente, y merecía que se me tratase de otro modo. Técnicamente aún me ataba a él el lazo de la servidumbre, desde luego, pero aquel pedazo de papel ya no tenía significado alguno. El muy cabrón ya no tenía derecho a considerarme una cosa hecha ni a tratarme como mejor le conviniera.

Una vez que hice el café y tosté el pan, bajé el fuego, dejé el café y las tostadas sobre el fogón para que se mantuvieran calientes y subí al piso de arriba produciendo un suave y sedoso crujido con las faldas. Ya iba siendo hora de que él saliera de la cama, y también era hora de que yo le hiciera saber al menos parte de las cosas que me pasaban por la cabeza. Cuando James el gentilhombre se publicó, repartimos dinero por todas partes como si fuera papel, salimos de deudas por primera vez desde sabe Dios cuándo, y luego empezó a gastar cada vez más, una deuda tras otra y cada vez más grandes, y yo tan tranquila porque Despojos iba, con toda seguridad, a dar aún más dinero. Pero entonces descubro que ya se ha embolsado un buen anticipo de Sheppard y que el libro apenas si está empezado... Era algo como para ponerse furiosa. Y también era para echarse a temblar de miedo. Puede que él fuera brillante y que tuviese una mente rutilante, pero en otros aspectos estaba bien ciego. Aquellos condenados rebeldes, tramando complots, urdiendo planes, sacándole el dinero... aquello tenía que acabar.

Entré en la habitación sin hacer ruido. Las cortinas estaban cerradas. La estancia se hallaba sumida en sombras. Cam seguía dormido con las sábanas enredadas entre las piernas, hecho un nudo, abrazado a la almohada con un brazo como si se tratase de un enemigo al que tuviera preso en una llave mortal. Aquellos días se mostraba más bien intranquilo, no dormía bien, tenía demasiadas cosas en la cabeza; desde que volviera de Escocia se le veía turbado y preocupado de continuo. Me quedé de pie a los píes de la cama, observándole, y el amor que sentía dentro de mí se inflamó hasta hacérseme casi insoportable. Le amaba demasiado, más que demasiado, le amaba tanto que no podía pensar en la vida sin él. No me sentía realmente viva si no lo tenía cerca, me hallaba en una especie de estado de suspensión mientras esperaba ver de nuevo aquel rostro, oír aquella voz, sentir el contacto de aquel hombre.

Se removió, apretando la almohada con más fuerza, y masculló algo entre sueños. Rechinó los dientes, estrujó la almohada en la doblez del brazo, y luego, al cabo de un momento, lanzó un profundo suspiro y se relajó, respirando pesada pero uniformemente. Contemplé cómo el pecho le subía y bajaba y di la vuelta a la cama en silencio para alisarle hacia atrás la espesa onda de pelo color ébano que le había caído sobre los ojos. Volvió a mascullar algo e hizo una mueca; le acaricié suavemente la enjuta y tensa mejilla y la curva del labio inferior sintiendo que lo amaba muchísimo y llena de una emoción extática que de tan intensa me daba miedo. El era un hombre hosco, malhumorado y enloquecedor, presa con frecuencia de rachas de mal carácter, y era innegable que tenía una vena salvaje

-yo misma lo había notado el día de la ejecución al ver que me trataba de un modo tan brutal-, pero nada de ello conseguía engañarme. Yo conocía al auténtico Cam, al hombre sensible y vulnerable que había oculto tras aquella fachada salvaje, y un día, me juré, él confiaría en mí lo bastante, me amaría tanto que ya no sería necesario que me ocultase nada nunca más.

Me alejé de la cama, me acerqué a las ventanas y abrí las cortinas. El sol de la tarde entró a raudales en la habitación formando rayos de un amarillo blanquecino que desterraron las sombras. Cam gimió, soltó la almohada y se puso un brazo sobre los ojos. Estaba completamente desnudo, las sábanas retorcidas le dejaban una pierna al descubierto, sólo los bordes de las sábanas le tapaban la parte superior de los muslos y las partes íntimas. Lo deseé, anhelé quitarme la ropa, subir a la cama, despertarlo a base de caricias y excitarlo hasta hacerle alcanzar un estado de pasión y satisfacerlo por completo. Pero tenía mi orgullo, y aún me sentía enfadada

con él. Los sentimientos tiernos de deseo que bullían en mi interior tenían que ser severamente reprimidos. Aquel cabrón necesitaba una seria reprimenda, necesitaba que le hiciera saber que ya no estaba dispuesta a aguantar más aquellos malos tratos.

-Ohhhh -gruñó.

Apartó el brazo de los ojos y parpadeó a causa de la luz, al tiempo que curvaba los labios en un gesto de irritación.

- ¿Es necesario que entre toda esa puñetera luz?

-Ya son las dos de la tarde, canalla.

-¿Las dos?

-Llevas todo el día durmiendo.

-¿Me huele a café? -preguntó somnoliento.

-No lo sé. ¿Te huele?

-Cielos, estás de un humor encantador.

-Anoche también estuve de un humor encantador mientras esperaba a que volvieras a casa; venga a esperar y esperar todo el tiempo, casi enferma de preocupación, sin saber a ciencia cierta qué te habría ocurrido.

- ¿Vas a empezar con eso otra vez?

-No me gusta, Cam.

Se sentó apoyándose en la cabecera de la cama y tiró de las sábanas para cubrirse con ellas basta la cintura. Se apartó el pelo de la frente y se frotó los ojos. Recogí las calzas y la camisa y las colgué de una silla, luego levanté las botas y las lancé de una manera no demasiado suave al interior del armario, que estaba abierto. Cam puso mala cara, disgustado a causa de mi mal humor, y se puso tenso y a la defensiva.

-Sé buena, anda -me dijo entonces- Ve a buscarme una taza de café.

- ¡Ve tú mismo a buscarte el puñetero café!

Me miró durante un largo momento con los ojos azules fríos como el hielo, los músculos del rostro muy tensos, y la boca apretada. Me mantuve firme en mí postura y lo miré con actitud desafiante observando la invisible muralla que se iba alzando en torno a él.

-Quieres pelea -me indicó-. Es eso, ¿no?

-No, Cam. No quiero pelea. Lo que quiero... lo que quiero es que se me trate como a un ser humano responsable, no como a un mueble, como a un pedazo de carne del que echas mano cuando se da la circunstancia de que se te pone dura.

-Vaya, vaya, así que tenemos un buen montón de quejas esta mañana ¿no es eso?

-Tú.,. desde que volviste de Escocia apenas te has dado cuenta de mi presencia.

-Tengo muchas cosas en la cabeza.

- Ya lo sé. He intentado comprenderlo. Sé lo que sientes respecto a lo de Culloden, Cam. Sé lo que sientes respecto a las muertes de tus hermanos, respecto a la pérdida de las propiedades de la familia, respecto a la ejecución de tu primo Sé lo que ello ha significado para ti, lo mucho que te ha afectado. Aquel primer día en Tyburn... estabas dispuesto a matar, y eso puedo entenderlo, pero...

-No es asunto tuyo, Miranda.

-¿No lo es?

- No tiene nada que ver contigo.

- Yo vivo en esta casa. Comparto la vida contigo. Todo o que te afecte a ti me concierne muchísimo.

No respondió. Bajó de un salto fuera de la cama, cogió tranquilamente las calzas que estaban sobre la silla y comenzó a ponérselas. Lo estuve mirando mientras se vestía con viveza, decidida a terminar con aquel asunto de una vez por todas. Cam me ignoraba. Lo mismo hubiera podido estar solo en la habitación. Metiéndose la camisa por dentro de las calzas, se sentó en la cama y se puso las medias. Advertí que necesitaban otra vez un buen zurcido. El cabrón aquel era un auténtico desastre con las medias, ni siquiera era capaz de conservar un par en un estado decente.

- El señor Sheppard ha estado aquí -le comuniqué en tono glacial.

-¿Ah, sí?

-Estabas dormido. No quise despertarte.

- Muy considerado de tu parte.

- Me ha contado lo del adelanto, Cam. Me ha dicho que es la cantidad más grande que “Sheppard & Co.” han pagado nunca por un libro.

-Completamente cierto -replicó Cam.

Se acercó al armario, pasando junto a mí como si yo no estuviese presente. Escarbó por allí en busca de unos zapatos y finalmente sacó un par negro que estaba terriblemente desgastado y que tenía las hebillas de plata muy deslustradas. Apretó los labios con fuerza. Los ojos se le habían puesto de un azul acerado.

- ¡Maldita sea! -exclamó-. Están desgastadas y cubiertas de suciedad. Creía que tenerme las cosas en orden formaba parte de tu trabajo.

-Y copiarte los manuscritos, y hacerte la comida, y calentarte la cama, e ir recogiendo las cosas que tú tiras por ahí, y...

-Cierra la boca, Miranda. No estoy precisamente de buen humor. A lo mejor llegaría a decir o a hacer algo que luego los dos lamentaríamos.

- Pues yo tampoco estoy lo que se dice de buen humor. El señor Sheppard me comentó que has de entregar el libro en un plazo que no llega al mes. Sin embargo tú apenas lo has empezado. Tú...

-Te lo advierto, cállate -me dijo.

- ¿Qué has hecho con el dinero, Cam?

-¿Quieres saberlo de veras? -me preguntó.

- Quiero saberlo.

- Lo he empleado para alquilar una casa muy elegante en el campo, justo en las afueras de Londres. La he alquilado por un periodo de tres meses... supongo que con ese tiempo será suficiente. El resto se ha gastado en perfumes, en varios elegantes vestidos de satén y en ocho barriles de pólvora. ¿Estás satisfecha?

-No... no te creo.

-Haz lo que gustes -dijo él.

Salió a grandes zancadas de la habitación. Le oí bajar y luego andar de acá para allá por la cocina dando golpes sin parar. Me quedé mirando la cama vacía bañada de luz sintiendo un terrible vacío en el estómago y una dolorosa sensación en el corazón. Quería echarme a llorar a lágrima viva para desahogarme, pero era demasiado obstinada. Recobré el ánimo, respiré profundamente y bajé a la cocina. Cam se hallaba sentado ante la mesa y bebía a sorbos el contenido de una taza de café; tenía un aspecto muy malhumorado.

-¿Qué es lo que está pasando, Cam? -le pregunté con calma-. Me prometiste abandonar esta locura. Tú...

-Nunca te prometí una cosa así.

-No estoy dispuesta a aguantar esto -le dije.

Depositó la taza de café con mucho cuidado sobre la mesa y luego se volvió para mirarme con aquellos duros ojos azules. Se le veía frío, ausente, como si fuese un extraño. Sentí un escalofrío y todos mis instintos me advirtieron que era mejor que dejase pasar el asunto, que lo dejara correr, pero yo no podía hacerlo. Se puso en pie y apoyó las manos ligeramente sobre los muslos.

-¿Y qué harás? -inquirió.

-Me marcharé -le dije.

-Ya. ¿Y qué harás, volver a tu antigua profesión? ¿No temes haber perdido destreza?

-No creo que necesite desvalijar bolsillos, Cam.

-¿No?

- Imagino que no me resultaría demasiado difícil encontrar otro hombre que me acogiera.

- Lo harías, ¿eh?

-Sin dudarlo ni un minuto -le mentí.

Cruzó la habitación a la velocidad del rayo y se situó ante mí de cuatro rápidas zancadas; tenía los ojos de un azul furioso y resplandecían a causa de la ira. Di un paso hacia atrás y me encogí de miedo. Cam levantó el brazo y me cruzó la mejilla de una bofetada tan fuerte que fui a caer contra la pared. Me golpeó repetidamente, cada bofetada más fiera y salvaje que la anterior. Me puse a gritar; los oídos me zumbaban y la cara me ardía. Me agarró por la garganta y empezó a estrangularme, pero entonces le di una patada en la espinilla y le arañé la cara con las uñas. Me soltó la garganta. Me desmoroné y caí al suelo, jadeando y tosiendo. Entonces me agarró por el pelo, me hizo incorporarme de un tirón, me estrujó entre sus brazos y me besó violentamente en la boca.

Le golpeé el pecho y traté de apartarlo de mí a empujones, luchando desesperadamente por zafarme. El me soltó, jadeando. Doblé el puño hacia arriba y se lo clavé con todas mis fuerzas en la boca del estómago. Volví a darle otra patada y esta vez fue él quien gritó. Atravesé la cocina como una flecha, me apoderé de una de las cacerolas que colgaban de la pared y se la lancé. Cam consiguió esquivarla. La cacerola fue a estrellarse contra la pared, justo por encima de su cabeza. Me apresuré a coger otra. Entonces Cam saltó sobre mí y me cogió por la muñeca, retorciéndomela brutalmente hasta que la cacerola cayó al suelo en medio de un gran estruendo.

-¡Eres un hijo de perra! -le grité.

-¡Abandonarme, eso es lo que te gustaría! ¡Irte con otro hombre!

-¡Maldita sea! ¡Vaya silo haré!

- ¡Ni lo pienses, muchacha!

- ¡Suéltame!

- ¡Tú eres mía, pequeña gata salvaje!.

-¡Yo no soy de nadie!

-Te mataría antes que permitirte...

- ¡Inténtalo, cabrón!

Tenso, completamente erecto dentro de las calzas, me hizo callar con la boca, que esta vez hervía de pasión. Me besó como venganza, castigándome con los labios y la lengua, y luego me cogió en brazos de un arrebato y me llevó por el pasillo hasta descargarme en el sofá del cuarto de estar. Intenté levantarme, pero me tumbó de un empujón y me izó las faldas; luego se lanzó sobre mí y me tomó con una lujuria desenfrenada que me dejó magullada y sin aliento. Las lágrimas se me escaparon por entre las pestañas. Una vez apaciguado, Cam frunció el ceño y me besó para limpiarme las lágrimas de las mejillas. Me acunó contra él y me acarició el pelo suavemente.

Seguí llorando en silencio, abrazada a él, y Cam también me abrazó estrechamente y me pasó la mano por los cabellos, alisándomelos. Luego me los levantó, me acarició la nuca, y yo incliné la cabeza hacia atrás y miré

aquel rostro querido, afilado y enjuto. Tenía un profundo surco por encima del puente de la nariz, y los labios se notaban muy apretados, con las comisuras vueltas hacia abajo. Adiviné que se sentía afectado por lo que había sucedido, por lo que acababa de hacerme. Me acercó más a él y yo enterré el rostro en la curva de su hombro. Cam me abrazó muy, muy fuerte, como si tuviera miedo de perderme. Le acaricié la espalda con las palmas de las manos y sentí bajo el fino tejido la cálida piel de aquel hombre, noté las fuertes curvas que formaban los músculos. Apretó aún más los brazos en torno a mi, diciéndome de ese modo lo que nunca sería capaz de decirme con palabras, asegurándome unos sentimientos que nunca confesaría. Estuvimos entonces más unidos de lo que lo habíamos estado nunca antes, y valió la pena el dolor y la humillación sufridos a cambio de tener aquella silenciosa confirmación de su amor.

Me recosté contra los cojines con el pesado cuerpo de Cam encima del mío, su rostro a pocos centímetros de mi. Levanté una mano y le acaricié los cuatro finos surcos rojos que se le notaban allí donde yo le había clavado las uñas. Hizo una mueca de dolor. Le besé la mejilla, la barbilla y aquellos labios delgados y crueles, y él cambió de sitio todo su peso, doblando un brazo por detrás de mi cuello, y me acarició la garganta con la punta de los dedos. Yo tenía la garganta dolorida y ambas mejillas me ardían aún a causa de las bofetadas. Notaba todo el cuerpo magullado y desmadejado, aunque al mismo tiempo me sentía invadida por una maravillosa languidez, por una deliciosa sensación de bienestar que me corría por las venas de una forma que resultaba al mismo tiempo cálida, maravillosa y atormentadora.

-Yo... no debía haber dicho eso -susurré.

-En efecto, no debiste hacerlo -convino él.

-Yo nunca... nunca podría abandonarte, Cam.

- Quería matarte.

-Pues casi lo logras.

- La idea de que otro hombre pudiera tocarte...

Frunció el ceño y me besó larga y duramente; me retorcí debajo de él, intentando aliviar el dolor que me producía el peso de su cuerpo. Me recorrió los labios con los suyos y me introdujo la lengua en la boca, y fue entonces cuando suaves oleadas de dulce sufrimiento me invadieron hasta que la sensación estuvo a punto de ahogarme. Cam levantó la cabeza, volvió a mirarme y a fruncir el ceño, fuerte, serio, dominante y dispuesto a no manifestar el menor signo de emoción, ya que para él aquello era poco masculino y denotaba debilidad. Volvió a poseerme, lenta y deliberadamente esta vez, proporcionándome el placer que antes me había negado, y, a causa del control de que hizo gala, cada caricia estuvo llena de ternura, hasta que la última y brutal acometida me sumió en una sacudida de abandono y placer. Entonces Cam se estremeció; luego se abandonó con languidez utilizando mi cuerpo a modo de almohadón, y las gloriosas cenizas que siguen al climax nos arroparon a ambos.

Luego, al cabo de un rato bastante grande, los dos nos encontrábamos en la cocina. Cam estaba sentado a la mesa comiendo lo que yo le había preparado, y yo me había puesto otro vestido y tenía la cara limpia y el pelo recién cepillado. Él también se había cepillado el pelo, que le brillaba con destellos de un negro azulado, y tenía un aspecto muy sobrio mientras devoraba la comida. Se le había abierto el apetito, pensé sonriendo para mis adentros. Cam me echó una rápida ojeada y al ver mi sonrisa me dirigió una horrible mirada de reproche. Aquel encantador y salvaje escocés no era ni mucho menos tan fiero como fingía, y yo le pagaba con la misma moneda. Tenía una fea magulladura en la espinilla y aquellos arañazos iba a llevarlos en la mejilla durante varios días. Menos mal que no había intentado hacerle daño de verdad.

-¿Has terminado? -le pregunté.

-Estaba todo delicioso -me indicó-, especialmente el bizcocho.

-Nos lo ha enviado la señora Wooden. Es su mejor especialidad.

-Parece que últimamente pasas mucho tiempo con ella, ¿no es así?

Asentí con la cabeza mientras me llevaba los platos de la mesa y los ponía en el fregadero. Cam se inclinó hacia atrás sobre dos patas de la silla y cruzó los brazos delante del pecho, dejándose caer indolentemente con los hombros apoyados en el respaldo de la silla y las largas piernas estiradas delante de él. Con la barbilla inclinada hacia abajo y el espeso mechón de pelo negro cayéndole sobre un lado de la frente, levantó los ojos y me estuvo observando mientras yo apilaba los platos. Parecía un indolente pachá, pensé, uno bien mimado y alimentado. Era un verdadero placer mirarlo.

- Supongo que ha sido ella quien te ha estado enseñando a hablar bien -me dijo.

-¿De modo que te has dado cuenta?

- Claro. ¿Cómo no iba a notarlo?

-No me habías dicho nada.

-No me pareció que fuese necesario.

- Me está dando clases de todo. Estoy aprendiendo a andar bien, a usar los cubiertos, los platos y a elegir los vinos. La semana pasada me enseñó a comer correctamente una alcachofa. Me parece que es un trabajo horrible tener que arrancar todas esas hojas para al final obtener tan poca satisfacción. También hemos elaborado un programa de lecturas. Esa mujer tiene miles de libros.

- ¿Y cuál se supone que es la finalidad de todo este esfuerzo?

-Pues hacer de mí una dama.

-¿Eso es lo que quieres ser? ¿Una dama?

-Yo... quiero convertirme en alguien de quien tú te sientas en verdad orgulloso, alguien con quien no te avergüence que te vean.

-Nunca me he avergonzado de ti, Miranda -me dijo con voz queda.

-Ya lo sé, pero...

-Me gustas tal como eres.

- Una persona tiene que madurar, es conveniente que una persona...

- Tú eres completamente única - afirmó al tiempo que me miraba con los párpados entornados-. Además estás muy apetecible con ese vestido rosa pálido.

- Pues no es ni mucho menos tan bonito como el que llevaba antes.

-Tienes la mejilla un poco hinchada. Y se ven algunas pequeñas magulladuras en la garganta. Te he dado una buena paliza, ¿verdad?

-Yo... supongo que te provoqué.

-Eres una muchacha muy provocativa. Vuelve a hablar alguna vez de abandonarme y la paliza que te daré será el doble de fuerte. Quedarás negra y azul de los moretones durante toda una semana.

- Entonces... ¿te gusta tenerme aquí? - le pregunté con cautela.

-Si no fuera así, ya te habría echado hace meses.

-Cam...

Frunció el ceño, temiendo que yo fuera a ponerme sentimental y efusiva. Cam Gordon era capaz de enfrentarse a un hatajo de bandidos armados sin mover siquiera un pelo, y se habría puesto ante un pelotón de fusilamiento sin evidenciar la menor muestra de emoción. No les tenía miedo a los hombres ni a las bestias, pero se asustaba desesperadamente ante cualquier manifestación abierta de afecto, ante cualquier expresión que significara ternura. Aquel hombre tan horrible y espinoso llevaba la reserva anglosajona a un grado tan alto que resultaba absurdo, y seria capaz de ir a la hoguera antes de admitir que tenía sentimientos como los demás. Aquello formaba parte de su enigma y, lo que es más raro, era una de las cosas que lo hacían simpático y vulnerable.

-¿Qué hora es? -me preguntó.

-Deben de ser casi las siete. No irás a salir otra vez, ¿verdad?

-Esta noche no -me indicó-. Lo tengo... lo tengo todo bajo control.

Se le notaba una ligera vacilación en la voz. Volvíamos a pisar un terreno peligroso, pero yo no me conformaba con dejar correr el asunto.

-¿Entonces hoy no piensas ir a ver a esos rebeldes amigos tuyos?

-No, no lo haré durante un tiempo -replicó.

-Es que... es que me preocupo mucho.

-No hace falta que te preocupes, Miranda.

-No es cierto que hayas comprado pólvora, ¿verdad? ¿O silo es?

- Tenía que decirte algo.

-Y tampoco todo eso de que has alquilado una casa y de que has comprado perfumes y vestidos de satén. Querías hacerme creer que tenias otra mujer.

-Puede -dijo con voz perezosa.

-Le arrancaría los ojos con las uñas.

-¿Serías capaz?

- ¡Ya lo creo!

A él le gustó aquello. Curvó los labios en una lánguida media sonrisa y me observó con los párpados entreabiertos. Aquellos ojos me indicaron claramente lo que Cam tenía en la cabeza. Sentí una satisfacción meramente femenina, una sensación de poder que sólo es posible conseguir cuando se ve una mirada de hombre como aquélla.

-Ven aquí -me ordenó. La voz de Cam había adquirido un tono ronco.

-¿Qué quieres?

-Quiero un bis.

-Apenas me has tocado en dos semanas y de pronto parece que no puedas saciarte nunca.

- Nos queda toda la noche por delante. Voy a llevarte arriba ahora mismo para ver si te enseño unas cuantas llaves nuevas de lucha.

- No, esta noche no vas a hacer nada de eso - le dije con firmeza.

-¿No?

-Vas a ir arriba, eso si, pero para ponerte a trabajar en Despojos.

- ¿Seguro?

-Y si te portas muy, muy bien, si haces por lo menos diez páginas seguidas, puede que luego te permita que me enseñes esas llaves.

-Tengo un poderoso deseo, Miranda.

-Sublímate -le dije.

-¡Jesús! ¿Dónde has aprendido esa palabra?

-He aprendido un montón de palabras nuevas.

- Pues no puedo decir que me guste mucho todo ese aprendizaje. Te está estropeando, te estás volviendo demasiado presumida.

-Ponte a trabajar, Cam.

-Y además te estás volviendo muy mandona. Yo soy el jefe aquí, recuérdalo.

-Diez páginas -le dije-. Por lo menos.

Me dirigió otra mirada furibunda, pero se fue arriba, sacó el manuscrito y se puso a trabajar. Satisfecha, radiante de felicidad, me fui a leer al cuarto de estar, pero acabé por dejar a un lado el libro y comencé a pensar en todo lo que había sucedido a lo largo de aquel día y que había servido para alimentar el amor que se agitaba dentro de mí, amor que resultaba tan embriagador como el más fuerte de los vinos. Qué afortunada era, qué afortunadísima. No resultaba fácil vivir con él, no. Era un hombre imposible, de mal carácter, enigmático, violento y lleno de defectos, pero era mío y yo le amaba más allá de lo razonable.

Cam seguía trabajando cuando subí a la habitación. La pluma volaba sobre la hoja de papel, y había varias de ellas arrugadas en el suelo. El escocés hacía rechinar los dientes y sus ojos lanzaban destellos de color azul oscuro mientras él visualizaba la escena que estaba plasmando en el papel. Entré en el dormitorio y me desnudé; luego me metí en la cama y me quedé dormida en seguida. Debieron pasar varias horas antes de que el colchón se inclinase y los muelles resonaran. Me desperté y me encontré con que Cam se estaba metiendo con cautela en la cama, a mí lado. Me abrazó y yo lancé un suspiro, despierta sólo a medias. Cam me cubrió al instante con su cuerpo y comenzó a acariciarme la garganta con la nariz; le puse los brazos alrededor de la espalda, suave y desnuda, y enrosqué las piernas en torno a las suyas.

-¿Diez páginas? -le pregunté somnolienta.

-Veinte -me dijo él.

El cuerpo de Cam era cálido y pesado, tenía la piel de los hombros húmeda y olía débilmente a transpiración, un olor acre y deliciosamente viril tan potente como el más fuerte de los afrodisíacos. La habitación se hallaba a oscuras, sólo unos cuantos rayos de luna temblorosos de un color gris plateado se colaban por los vidrios de la ventana. Cogió uno de mis lóbulos entre los dientes y yo me revolví. Peleamos durante un momento y él me aplicó una de sus llaves de lucha, de modo que me atrapó plana debajo de él. Quedé indefensa, era su cautiva de buen grado. Me separó los brazos por completo, los sujetó con fuerza contra el colchón y se estiró sobre mí presionándome el estómago con el suyo.

-Veinte páginas -le susurré-. Creo que tienes derecho a un bis.

-A dos -murmuró él.

-¿Seguro que no estás demasiado cansado? -le pregunté bromeando.

-Estoy a punto de estallar.

-Ya lo creo que lo estás.

-Veo que te has dado cuenta.

-Sí. Oh, Cam...

-Número uno -murmuró él.

4

El empleado me acompañó pasillo adelante y, tras dar unos ligeros golpecitos a la puerta, la abrió para que yo pasara. Estuvo mucho más amable conmigo que la primera vez, y me trató como si yo fuera alguien importante. Le di las gracias con mis más distinguidos modales y entré graciosamente en la oficina, apretando con fuerza el manuscrito como si fuese la más valiosa obra de arte. El despacho era tan grande como yo lo recordaba aquella rica madera dorada que resplandecía como la miel oscura, los verdes cortinajes de terciopelo, muy elegantes, los suaves sillones de cuero marrón que invitaban a sentarse en ellos-, y esta vez el señor Thomas Sheppard se puso en pie de un salto y se apresuró a dar la vuelta al enorme escritorio de caoba para venir a saludarme.

-Señorita James -comenzó-. Este es un placer inesperado para mí.

Muy digna le dirigí una cortés inclinación de cabeza, totalmente consciente de mi nuevo refinamiento y soltura. Ahora yo era la señorita Miranda James, e iba elegantemente ataviada con un precioso vestido de seda de un color crema palidísimo cruzado por finas rayas de color bronce, y el pelo artísticamente peinado formando ondas cobrizas recogidas hacia arriba y tres tirabuzones colgando en la parte de atrás. Me había costado una eternidad conseguir sujetármelo en lo alto de la cabeza, y hacer los tirabuzones había sido un infierno, pero me sentía como una señorita y a la moda. El señor Sheppard sonrió; desde luego, había un brillo en sus ojos. ¿Encontraría divertidos mi porte y mis modales?

- Os dije que os traería los primeros capítulos, señor Sheppard -le dije empleando mis más refinados tonos-. Tengo aquí casi doscientas páginas de Los despojos de Dowland. Lo más probable es que Cam os tenga terminado el libro para el quince de junio.

-Si vos lo creéis...

-Pienso ocuparme personalmente de que así sea.

Sheppard sonrió, tomó de mis manos el manuscrito y lo depositó sobre la lisa superficie del escritorio, junto al tintero de plata y ónice. Aquel día iba vestido con un traje marrón claro y una corbata de seda color mostaza al cuello. Los ojos entre grises y azulados le brillaban como siempre, y las mejillas apergaminadas presentaban un ligero rubor sonrosado. Se notaba que estaba muy complacido de verme. ¿Y por qué no? Tenía en las manos la mitad del libro de Cam y todas las esperanzas de recibir el resto dentro de las dos semanas siguientes.

- Parece que sois una buena influencia para él - dijo.

-Intento serlo.

- Raramente Gordon había trabajado tan bien antes. En general acostumbra a entregar los manuscritos con un retraso que resulta chocante.

-Tiene algunas malas costumbres. Estoy intentando quitárselas.

-¿Ah, sí?

- Es un trabajo tremendo -le confesé.

-¿No queréis sentaros, señorita James? ¿Queréis que le diga a mi empleado que os traiga una taza de té?

Eso me honró. Aquel hombre nunca le habría ofrecido una taza de té a Randy la duquesa. A pesar de ello decliné la invitación con la cabeza, ansiosa por marcharme. A pesar de mi porte admirable, tenía los nervios trastornados y una sensación de temblor por dentro.

- Sé perfectamente lo valioso que es vuestro tiempo, señor Sheppard, y no quiero robaros más. Sólo deseaba traeros el manuscrito en persona. Nunca me fiaría lo suficiente de ninguno de esos ti... eh... de esos muchachos que hacen recados. Tiene demasiado valor.

-Estoy deseando leerlo.

- Es terriblemente emocionante. Me quedé por completo absorta mientras lo copiaba. Para mi gusto abusa un poco de la tortura y del derramamiento de sangre, pero parece ser que eso a sus lectores les encanta.

Ya lo creo que sí - convino Sheppard -. Por favor, sentaos, señorita James. Quiero hablaros de vuestro libro.

Ya está, pensé al tiempo que notaba una sensación de angustia en el estómago. Había estado toda la mañana con los nervios de punta por aquel asunto, había recorrido muy despacio la calle Fleet, reuniendo valor,

confiando contra toda esperanza que él tuviera el tacto de no mencionarlo. Completamente abatida, me senté en el borde de uno de los profundos sillones de cuero y crucé las manos recatadamente sobre el regazo tratando de ofrecer un aspecto despreocupado. No me atrevía a recostarme en el respaldo del sillón, pues temía hundirme en el mullido cuero. Con la espalda erguida y la expresión compuesta, contemplé los lomos de los libros expuestos detrás del escritorio, temerosa de lo que yo sabía que se avecinaba.

-Lo be leído -dijo él.

-¿Sí?

- En realidad lo he leído dos veces. La segunda tomé algunas notas.

-Es horrible, ¿no es cierto? -le pregunté, abatida.

-Me temo que sí, señorita James.

-Ya os dije que sería una pérdida de tiempo.

-De ningún modo -dijo él.

Me quedé mirándolo, confundida. El señor Sheppard sonrió, con el aspecto de un duendecillo disecado y pulcro. Me coloqué bien el largo tirabuzón que me colgaba por encima del hombro. Estaba empezando a ponerse lacio, y las ondas también empezaban a moverse de su sitio. ¿Qué demonios se había apoderado de mí para que intentara adoptar un estilo tan pretencioso? Debía de tener un aspecto tan ridículo como ridícula me sentía.

-¿Qué... qué queréis decir? -inquirí.

-Tenéis muchísimo talento, señorita James.

-El libro es horrible. Vos mismo acabáis de decirlo.

-Sí, claro que lo es... afectado, fingido y artificial... pero el estilo de la prosa es bastante vivo. He podido ver a vuestros personajes a pesar de ser tan espantosos como eran, y he podido ver el parque y la mansión solariega, aunque debo decir que algunos detalles eran un poco chapuceros. Resulta del todo evidente que nunca habéis estado en un gran salón de baile, que nunca habéis oído a una dama dando instrucciones a sus criados. “Corre a poner la olla al fuego, Meg.” Esas cosas me hicieron reír.

El rubor me tiñó las mejillas. ¿Por qué no se limitaría a coger el puñal y clavármelo en el corazón? Habría sido más amable por su parte que aquello que estaba haciendo. Y también más rápido. Cruzó ambas manos a la espalda y se paseó lentamente de un lado a otro; iba entrando en calor con el tema.

- Está perfectamente claro que habéis escrito sobre algo de lo que no sabéis nada en absoluto sobre una sociedad que no habéis atisbado ni de pasada. El argumento era ridículo -lo poco que había de argumento-, y las transiciones resultaban muy forzadas. Podía oírse cómo rechinaban las ruedas.

¿Las ruedas? El tipo aquel ni siquiera sabía de qué estaba hablando.

- Los personajes hacían lo que vos queríais que hicieran, no lo que ellos mismos hubieran hecho... suponiendo, para empezar, que fueran lo bastante reales como para tener motivaciones y voluntad propia. Pude notar el autor latiendo en el fondo, haciéndoles dar los pasos que daban.

- De manera que pensáis que debería renunciar a escribir -le dije yo.

-Todo lo contrario.

-Quizá tendría que entrar en un convento para hacer penitencia.

Sheppard lanzó una risita, encantado. ¿Que seria lo que me había hecho pensar que era un hombre agradable? Me puse en pie, con las mejillas teñidas ahora de un color rosa encendido. Puede que tuviera la apariencia de una joven señorita muy a la moda, pero la duquesa Randy estaba agazapada y peligrosamente oculta bajo la superficie. Tuve que hacer acopio de todo el control de que fui capaz para no decirle lo que podía hacer con sus caprichosas criticas.

-Será mejor que me marche, señor Sheppard.

- Escritores - dijo meneando la cabeza-. Siempre tan sensibles. Una vez cometí el error de decirle a Gordon que uno de los capítulos necesitaba una pequeña revisión. Llegué a creer que iba a asesinarme.

“Lástima que no lo hiciera”, me dije.

-Se puso pálido y comenzó a dar puñetazos en el escritorio como un loco; estuvo vociferando durante por lo menos veinte minutos. Me dio un buen susto. Temperamento artístico, algo que supongo forma parte de la magia. Y sospecho que vos también tenéis lo vuestro.

-Ya sabia que el libro era malo, señor Sheppard -le dije acaloradamente-. Para empezar, no quería que vos lo leyerais. A no ser que me falle la memoria, prácticamente me lo arrebatasteis de las manos.

-En efecto, lo hice. Y me alegro de ello.

- Todo el mundo necesita tener de qué reírse un poco.

-Quiero que escribáis una historia para mi editorial, señorita James.

Me quedé mirándolo, completamente perpleja.

-Ahora que he llegado a la conclusión de que deberían arrastrarme y descuartizarme por tratar de escribir una novela, ¿vos queréis que escriba una historia?

Sheppard asintió, siempre muy satisfecho de si mismo.

-Aún no estáis preparada para escribir una novela, eso esta... eh... algo por encima de vuestro alcance de momento, es una empresa demasiado ambiciosa, pero realmente tenéis talento; y me gustaría ser yo quien lo desarrollase.

Volví a sentarme, desmoronándome contra el respaldo del sillón y olvidándome por completo de mantener el porte y la compostura.

- ¿Auténtico talento? - le pregunté-. ¿Yo?

- Tengo el presentimiento de que si intentaseis algo un poco menos difícil y os pusierais a escribir sobre un tema que sea conocido por vos, podríais escribir una historia verdaderamente buena.

- ¿De verdad? - Me temo que aquello me salió un graznido. La señora Wooden se hubiera echado las manos a la cabeza, horrorizada.

- De verdad, ya lo creo. ¿Os interesa intentarlo?

-No lo sé. Eso d'escribir es mu trabajoso... escribir es muy difícil, y... me moriría de miedo sabiendo que vos ibais a leerlo.

-Tonterías -dijo él.

-La idea me asusta.

-Como creo que ya os he dicho en alguna ocasión, también publico un buen número de revistas. ¿Habéis visto alguna vez The London Reader?

Sacudí la cabeza; todavía me encontraba aturdida. El señor Sheppard se fue detrás del escritorio, abrió un cajón y sacó de él tres de los números más recientes, acercándomelos a continuación. Yo los cogí de mala gana, como si temiera que fueran a morderme.

- The London Reader sale dos veces al mes -me explico -, y cada número contiene relatos concernientes a diferentes aspectos de la vida en la metrópoli. Me gustaría que leyerais los relatos de estos tres números y os hicierais una idea de cómo están confeccionados a fin de que luego os pudierais orientar para escribir uno vos misma.

-¿Sobre Londres?

-Algunas historias tratan de tenderos, otras de deshollinadores, hay relatos acerca de estibadores, abogados, actores... acerca de cualquiera de las muchas clases de personas que viven en la ciudad.

-Yo no sé nada de tenderos ni deshollinadores.

-Pues escribid sobre aquello que sí conocéis -dijo él-. Las narraciones son relativamente breves, no más de quince o veinte páginas. Me interesaría muchísimo ver con qué salís, señorita James.

- ¿Aun después de haber leído mi novela?

Sonrió.

-Aun así.

Volvía a ponerme en pie. Una de las ondas del pelo se me había soltado y me caía por la frente. Me la retiré hacia atrás, saqué una horquilla y volví a prendérmela en su sitio; cualquier vestigio de dignidad había desaparecido por completo.

- ¿Lo intentaréis? - me preguntó.

-¿Pa qué? No prometo ná -dije olvidándome de todo lo que me había enseñado la señora Wooden.

Sin embargo me llevé las revistas a casa, y aquella noche, mientras Cam se afanaba trabajando en el estudio del piso de arriba, leí varios de los relatos. The London Reader era una revista atractiva, aunque no impresionante, impresa en papel más bien barato y profusamente ilustrada con grabados. Algunos de los relatos eran verdaderamente buenos, otros meramente pasables, y algunos tan tediosos que no pude leer más allá de uno o dos párrafos. Todos ellos presentaban un personaje central cuyo trabajo o modo de vida ilustraba algún aspecto de la vida ciudadana. Cuando finalmente dejé la revista, sabía positivamente que yo no era en absoluto capaz de escribir algo que le pudiera parecer apropiado al señor Sheppard. Dependientas que vendían cintas y eran llevadas al altar por apuestos varones que las descubrían detrás de un mostrador, deshollinadores adoptados por ancianos caballeros llenos de bondad, vendedores ambulantes de pescado que abrían ostras y encontraban dentro perlas, tras lo cual se iban a vivir al campo; todos cuentos de hadas escritos para complacer al público y, en mi opinión, todos tan artificiales y fingidos de principio a fin como la novela que yo había empezado.

El único Londres del que yo podía decir algo era de St. Giles, y allí no había finales felices, eso era bien puñeteramente seguro. No me beneficiaría mucho escribir acerca de aquello, ¿no es cierto? Rateros y putas, rufianes y mendigos, niños que se morían de hambre o se quedaban ciegos a causa de la ginebra; no es de eso precisamente de lo que están hechos los cuentos de hadas. El señor Sheppard tenía buenas intenciones y yo le agradecía mucho el interés que había mostrado, pero yo haría mucho mejor limitándome a copiar la obra de Cam y a ayudarle con la ortografía. Tenía que sacarme de la cabeza todas aquellas ideas acerca de escribir. Durante los días que siguieron no hice otra cosa. Cam trabajaba mucho y producía tantas hojas que yo tenía que poner todo mi empeño para no quedarme atrás. Así que estuve realizando copias legibles de aquellas embarulladas páginas llenas de garabatos. Apenas había yo acabado con un taco de páginas, que él ya me pasaba otro.

No obstante, una inquietante semilla había quedado plantada en mi mente, y no me podía quitar de la cabeza a aquellos dos niñitos que había visto saliendo de la tienda de ginebra el día en que la cerda salvaje saliera del foso aquel, Fleet Ditch, y corriera calle abajo a la carga perseguida por una muchedumbre de mujeres. Ambos niños eran rubios, la niña sostenía la media pinta de ginebra como si acunase a una muñeca y el tropel de mujeres por poco los pisotea. Recordaba la expresión de los ojos de la niña al caérsele la botella. Y a medida que pasaban los días aquel recuerdo parecía tenerme hechizada. Un relato empezó a tomar forma poco a poco, al parecer por su propia voluntad, porque yo no meditaba sobre él y estaba demasiado ocupada como para dedicarle algún pensamiento en serio. Cuando menos me lo esperaba, cuando me hallaba trabajando con la señora Wooden, cambiando la ropa de la cama o copiando el trabajo de Cam a tardías horas de la noche, me acudían a la mente retazos y piezas, pinceladas de diálogo que se materializaban, vívidas imágenes que se presentaban

como un destello. Yo conocía a aquella niña. Conocía su historia. Conocía su fatal destino. Tenía que escribir sobre ella.

Transcurrió una semana, y un jueves por la mañana, abrí el escritorio, me senté ante él y me quedé mirando fijamente por la ventana. La señora Wooden había ido a hacer unas compras que necesitaba con urgencia, así que aquel día no íbamos a trabajar, y Cam estaba profundamente dormido después de haberse pasado toda la noche escribiendo. Era un día gris, el cielo amenazaba lluvia, el patio estaba oscuro y lleno de sombra, sin un asomo de sol. De mala gana saqué papel, el tintero y la pluma. Me puse a afilar la pluma en un intento de demorar lo inevitable. Coloqué el papel sobre la mesa y me quedé contemplando las filigranas como si ejercieran una inmensa fascinación sobre mí,. Le saqué brillo al pisapapeles, me miré atentamente las uñas y, por fin, cuando ya no pude demorarlo más, di un profundo suspiro, mojé la pluma en el tintero y escribí un título al ancho de la parte superior de la página:

"La niña bebedora de ginebra."

La niña de mi relato tenía diez años, se llamaba Betty y vivía en un sótano mugriento junto con su adorado hermano menor, sus viciosos padres, siempre empapados de ginebra, y otras dos familias. Era tarea de Betty ir a buscar la ginebra cada mañana, y la niña con frecuencia hacía el voto de que algún día, de algún modo, conseguiría escaparse de St. Giles, llevándose con ella al pequeño Joey, e intentaría buscar una vida mejor para ambos. La ginebra que cada mañana trae al sótano simboliza para ella el mal y la desesperación existente en la vida que la rodea. Se niega incluso a probar el alcohol. A pesar del horror y la miseria, que para ella son el pan de cada día, está llena de esperanza, y el amor que siente hacia el pequeño Joey la sustenta. Cuando, una mañana, los padres mandan a Joey a la casa parroquial para que aprenda el oficio de deshollinador y le informan a Betty de que en adelante habrá de ganarse la vida por su cuenta, ella toma el primer sorbo de ginebra.

Escribí rápidamente, sin pensarlo siquiera. Las palabras parecían fluir de la punta de la pluma. Yo vivía la historia. Veía las ratas correteando por el suelo, veía las húmedas paredes marrones cubiertas de moho del sótano, percibía el hedor y oía las voces chillonas alborotando por todas partes. Sentía el dolor de Betty cuando su madre le pegaba, y experimentaba la desesperación, sin remedio ni salida, cuando ella finalmente renunciaba a toda esperanza y se llevaba la botella de ginebra a los labios. La historia se escribía sola -yo era un simple instrumento a través del cual fluía la misma-, y cinco horas más tarde dejé la pluma y me limpié las lágrimas de los ojos. Conmovida, agotada, apilé las dieciséis páginas, las guardé y cerré el escritorio.

Cam estaba despierto. Le oía moverse por el piso de arriba. Tendría hambre. Entré en la cocina, hice café y preparé un poco de comida. Apareció con un aspecto fresco y descansado. Al ver mi expresión se detuvo, frunció el ceño y luego me preguntó si algo andaba mal. Negué con la cabeza. Traté de sonreír. Continué poniéndole comida en el plato. Cam cada vez tenía el entrecejo más fruncido; se acercó a mí, yo dejé el plato a un lado y me arrojé en sus brazos y él me abrazó estrechamente y me apretó contra él.

- Pero, ¿a qué viene todo esto? - me preguntó broncamente.

-No... no es nada.

-Has estado llorando, ¿verdad?

Asentí.

- Pero sin... sin motivo. Hoy es un día en que me siento melancólica, y además he trabajado mucho, y... - Dejé la frase sin terminar.

-Te he estado sobrecargando de trabajo.

-Te has sobrecargado tú mismo.

-Ya casi está acabado. Otra semana, una semana y media a lo sumo, y habremos terminado.

- No me había dado cuenta hasta ahora de lo que escribir... suponía para ti, de lo que te quitaba. Ahora sé por qué eres tan irritable y estás siempre de mal humor, por qué te muestras tan distraído y distante.

Arqueó la ceja.

- ¡Oh! ¿Y qué es lo que te ha hecho ver esas cosas?

- Pues es que... he estado pensando en ello, tratando de entenderlo.

-Pobre Miranda -dijo con voz profunda-. Tienes que soportar muchas cosas, ¿verdad? Malhumorado, irritable, distraído, distante... y eso no es ni la mitad. Nosotros los escritores somos todos un hatajo de miserables.

- No me estoy quejando - susurré.

- Pues es un alivio. Normalmente no haces otra cosa.

- Eso no es cierto.

- Normalmente te pasas todo el día remugando, dale que te pego - bromeó.

- Mentiroso.

- Yo también tengo que aguantar mucho para lograr mantenerte a raya.

- Tienes suerte de lograrlo, so cabrón.

Sonrió burlonamente, ladeó la cabeza, la bajó y me besó; luego se sentó a la mesa y se puso a comer, olvidándose de mí por completo. Cam tenía una mirada ausente en los ojos azules mientras pensaba en el capítulo que estaba escribiendo, y cuando terminó de comer se levantó y salió despacio de la habitación sin pronunciar palabra, yéndose directamente arriba a trabajar. Después de lo que yo había experimentado aquel día un poco antes con mi propio escrito, era capaz de comprender a Cam mucho mejor, y me prometí tener más paciencia con sus repentinos cambios de humor.

El sol brillaba con fuerza diez días después cuando salí de casa para llevarle los últimos capítulos de Los despojos de Dow land a Thomas Sheppard. Después de haber trabajado sin descanso durante casi cuarenta y ocho horas, el pobre Cam estaba en la cama y aseguraba que no tenía la menor intención de abandonarla hasta que pasara por lo menos una semana. Yo había trabajado casi tanto como él copiando las páginas, dándole de comer, teniéndolo bien surtido de papel, plumas de recambio y continuas tazas de café, pero sentía un maravilloso júbilo al bajar por el estrecho pasaje y salir al bullicio y al brillo de la calle Fleet. Él lo había logrado. Había terminado el libro a tiempo, y no había salido de casa ni una sola noche para ir a reunirse con aquellos horribles conspiradores. Me dije a mí misma que por fin él había visto la luz de la razón, que haberles dado aquella enorme suma de dinero había sido su acto final, su última contribución a aquella causa peligrosa y desesperada.

La luz del sol se reflejaba en los guijarros y en los escaparates de todas las tiendas. Carruajes y carros bajaban con estruendo por la calle mientras los caballos relinchaban y los cascos resonaban con fuerza. El colorido y la vitalidad de la calle Fleet eran tan vigorizantes como siempre, y yo me apresuré a unirme al paso vivo y decidido de todos los demás. Llevaba aquellas páginas que no tenían precio y que pronto serían leídas por millares de personas, y diecisiete páginas más que nadie leería nunca. Había hecho una copia en limpio de “La niña bebedora de ginebra” que pensaba entregarle al señor Sheppard. El se horrorizaría por completo y ahí quedaría todo. Escribir aquel relato había supuesto para mí una especie de liberación, un modo de expresar cosas que había llevado dentro, contenidas, durante demasiados años. Había escrito sobre aquello que conocía muy bien: el horror, la desesperación, aquella falta de esperanza que habían de soportar casi la mitad de los habitantes de Londres. Pero yo era bastante realista y me daba cuenta de que la gente no quería la verdad. Lo que querían eran lindos cuentos de hadas o melodramas turbulentos y llenos de violencia como los que tan hábilmente escribía Cam.

La campanilla tintineó alegre cuando abrí la puerta. El empleado me saludó efusivamente y me hizo esperar sólo un momento mientras corría a informar de mi llegada al señor Thomas Sheppard. Contemplé los estantes llenos de preciosos libros todos nuevos, deseando leerlos todos, y luego seguí al empleado por el pasillo de la oficina. Sheppard sonrió, me cogió el manuscrito, lo depositó sobre el escritorio y me tomó las manos apretándolas con fuerza.

-Sabía que no me fallaríais -dijo-. Los impresores están esperando. Pronto las prensas empezarán a girar. Los encuadernadores trabajarán horas extras. Miles de lectores de Roderick Cane se hallarán pronto devorando con ansia el nuevo libro.

-Y “Thomas Sheppard & Co.” estarán barriendo monedas para su casa -añadí.

-Cierto. ¿Por qué pensáis, si no, que me siento tan gozoso?

Esbozó una sonrisa de duende y volvió a apretarme las manos; no pude por menos que sonreír. Me dijo que me encontraba excepcionalmente atractiva. Le di las gracias. Me había puesto un sencillo vestido de algodón azul oscuro, y el pelo me caía en brillantes ondas de color cobre. Nada de artificiosos peinados aquel día. Nada de aires estúpidos. Sheppard dijo que aquello tenía que celebrarse y me preguntó si quería una copa de vino. Negué con la cabeza.

-Mejor no, señor Sheppard.

-Pienso mandarle una caja del mejor vino francés a Gordon esta misma tarde... tengo que anotarlo para acordarme. Sólo es una pequeña muestra de agradecimiento. Y por cierto, ¿cómo está Gordon?

- Completamente extenuado. Asegura que va a pasarse una semana durmiendo.

-Y después, confío, saltará de la cama y se pondrá a trabajar inmediatamente en otra novela.

Volví a sonreír.

- Sois incorregible - bromee.

- Sólo avaricioso - replicó Sheppard -. Y a vos, señorita James, ¿cómo os va? ¿Leísteis las revistas?

- Pues sí, las leí, pero me temo que nunca podré escribir la clase de relato que usted quiere, señor Sheppard.

Pareció sorprendido a la vez que decepcionado.

-Yo... de hecho he escrito un relato -le dije titubeando-. Sólo para ver si era capaz. Lo escribí muy de prisa, demasiado de prisa, pero parecía que las palabras salieran solas y... debería haberlo tirado a la basura, ya lo sé, pero he hecho una copia en limpio y os la he traído... sólo para mostraros lo equivocado que estáis acerca de mí.

- ¿Lo habéis traído?

- Está ahí, encima de los capítulos de Cam.

El señor Sheppard se acercó al escritorio, rompió el cordel, quitó el papel marrón y separó el relato de la pila de papeles. A mí me invadió el pánico de inmediato. ¡No pensaría leerlo en aquel momento! Eché una ojeada llena de aprensión en dirección a la puerta. El señor Sheppard se puso muy solemne y formal y me ordenó que me sentase con una voz que no dejaba lugar a dudas. Me hundí en uno de aquellos profundos sillones de cuero, prometiéndome no volver a poner los pies en aquel despacho nunca más. Que Cam fuese a entregar sus propios manuscritos... ya lo había hecho antes, ¿no? Nunca podría volver a mirar al señor Sheppard a la cara después de que leyese aquellas diecisiete páginas que yo había copiado con tanto esmero. Ahora ya las estaba leyendo, sentado detrás del escritorio con una horrorosa expresión crítica en el rostro mientras los ojos se movían

sobre las páginas que tenía en las manos. Seguro que mi historia iba a parecerle abominable. Acabaría detestando cada una de aquellas palabras.

Yo daba golpecitos en el brazo del sillón. Me cepillaba imaginarios hilos de la falda azul oscuro. Contaba los libros que había en las estanterías, miraba cómo la luz del sol entraba oblicuamente por las ventanas, y sufría toda clase de agonías mientras él leía página tras página. Por fin dejó a un lado la última y me miró. No dijo nada. Se quitó los anteojos de montura dorada y sacó un gran pañuelo blanco con el que se dio unos toquecitos en los lagrimales. Estaba llorando. ¡Caramba! Lo que yo había escrito era más horrible de lo que pensaba.

-No sé qué decir, señorita Janies.

-No hace falta que digáis nada -le aseguré.

Volvió a secarse los ojos, se metió el pañuelo otra vez en el bolsillo y se puso los anteojos. Colocó pulcramente las páginas y las miró al tiempo que meneaba la cabeza.

- Es uno de los relatos más conmovedores que he leído en mi vida-dijo.

- ¿Conmovedores?

- Está lleno de compasión, y también lleno de ira. Es obvio que sale directamente del corazón: Vos conocéis St. Giles. Vos sabéis cómo es la vida para los que moran allí. Le habéis hecho cobrar vida de un modo inmejorable. Raramente he leído nada tan gráfico, tan convincente.

-¿Os... os gusta?

- Estoy abrumado, querida mía.

Se puso en pie y dio la vuelta al escritorio. Cruzó las manos a la espalda y empezó a pasear lentamente de un lado a otro, como solía hacer.

- Estoy sencillamente perplejo - dijo.

-Yo también.

- Apenas puedo creer que haya sido escrito por alguien tan joven.

Me sujeté con fuerza a los brazos del sillón y me incliné hacia adelante

- ¡Yo escribí cada puñetera palabra de todo eso! -grité poniéndome a la defensiva-. Cam ni siquiera lo ha visto. No le he dicho una palabra.

Sheppard sonrió, divertido por mi explosión.

-Ya sé que lo habéis escrito vos, señorita James. Lo único que quería decir es que... eh... bueno, que es una hazaña notable.

El editor siguió hablando. Recuperé la compostura e intenté reunir algún vestigio de la dignidad perdida, irritada conmigo misma por haberme dejado llevar del enojo y haberme olvidado de hablar bien, e irritada con él por haberme provocado. Me informó de que “La niña bebedora de ginebra” no era un relato apropiado para TI he London Reader, sino que era, con mucho, derramado bueno para aquella revista en particular. En lugar de eso lo presentaría en el próximo número de The Band, una publicación muchísimo más prestigiosa, y me pagaría la generosa suma de dos libras por el privilegio de hacerlo. Al oír aquello se me pusieron tiesas las orejas.

- ¿Dos libras? - inquirí.

- Os firmaré un vale y haré que mi empleado os pague ahora mismo.

- ¿Realmente os gusta el relato? - le pregunté.

Me aseguró que así era, que se trataba de una pieza asombrosa y notable que tendría gran orgullo en publicar. Me puse en pie, me aparté una espesa onda de color cobre que me caía por la sien y me alisé la falda azul. Sheppard continuó alabando el relato, y cuando hubo terminado le dije que, puesto que era tan bueno, tan notable, seria mejor que me pagase cinco libras en lugar de dos.

Abrió los ojos de par en par del susto. Enumeró todas las razones por las que le resultaba por completo imposible pagar un precio tan escandalosamente elevado por una pieza tan breve. Volví a sonreír y, con mucha educación, enumeré a mi vez todas las razones por las que no podía de ningún modo aceptar una cifra menor. Diez minutos después, agotado, sofocado y con una expresión que sólo podía calificarse de martirizada, firmó un vale y el emplea do me entregó cinco libras.

- Esto es un robo - se quejó.

-Ya lo sé -le dije-. Pero la próxima vez tendréis que pagarme diez.

-¡Diez!

El señor Sheppard movió la cabeza a ambos lados y me informó de que todos los escritores se habían confabulado en su contra, que tramaban arruinarle y llevarle a la bancarrota. Se le estaba poniendo el pelo gris, estaba envejeciendo antes de tiempo, y todo a causa de aquellas criaturas rebeldes e irrazonables que lo acosaban y que sin duda harían que le metieran en la cárcel por deudas. Aquel discurso fue de lo más delicioso, Sheppard se explayó a su gusto, y cuando por fin lo dio por terminado le dirigí una maliciosa sonrisa. Suspiró, contrariado, se ajustó los anteojos de montura dorada y, por fin, sonrió.

- Criatura desvergonzada. Vaya forma de enredarme.

- ¿Creéis en serio que a los lectores les gustará mi relato? - le pregunté.

- Espero que cause sensación. Supongo que tendremos que doblar la tirada habitual de The Band.

- Entonces cinco libras no resulta un precio tan elevado, ¿no os parece?

-Una ganga -me confesó-. ¿Sabéis una cosa? Detrás de ese exterior tan encantador se oculta una joven muy entera. Os aseguro que preferiría hacer negocios con Genghis Khan antes que con vos.

Volví a sonreírle, considerando aquellas palabras como un cumplido.

- He tenido que ser dura la mayor parte de mi vida - le dije-. Era una cuestión de supervivencia. Los viejos hábitos son difíciles de desterrar.

El señor Sheppard volvió a cogerme las manos, me las apretó y luego me abrió la puerta del despacho. Pasé por su lado produciendo un suave crujido de faldas, y él me acompañó por el pasillo.

-Vais a ser una escritora de gran éxito, señorita James -me dijo.

- Oh, no sé si alguna vez volveré a ser capaz de escribir otra cosa. “La niña bebedora de ginebra” sólo... sólo ha sido una casualidad. Era algo que tenía que hacer. No me imagino siendo alguna vez una escritora de verdad, como Cam. Seria demasiado difícil, estoy segura.

- Lleváis la escritura en la sangre, querida. Escribiréis más. No podréis evitarlo. Por cierto, aún no hemos dejado sentado el asunto de vuestro nombre.

-Me llamo Miranda James. Creía que ya lo sabíais.

- No, no, me refiero al nombre con el que firmaremos el relato. De ningún modo podemos publicarlo bajo el nombre de una mujer.

-¿Por qué no? -inquirí.

- Las mujeres no escriben - me explicó con tiento-. Las mujeres cocinan, cosen y cuidan de los hombres o si no se convierten en viejas solteronas. Son un sexo inferior, como sabéis, muy necesario y a veces decorativo, pero incapaces de pensar en nada de más peso que los lazos que llevan en el pelo. De vez en cuando surgen unas cuantas literatas, cierto, pero son monstruos de la Naturaleza y tienen el buen acierto de pensar como hombres.

Nos hallábamos ya en la tienda delantera, de pie junto a una mesa llena de libros, y yo estaba a punto de hacer una réplica de lo más acalorada cuando el señor Sheppard me aseguró que él no compartía aquellas opiniones, ni mucho menos, sino que estaba reflejando las posturas predominantes de la sociedad. Si “La niña bebedora de ginebra” se publicaba bajo mi verdadero nombre nadie la leería, porque a nadie le cabía en la cabeza que alguien que se llamase Miranda fuera capaz de escribir nada que pudiera interesar a los lectores de The Band. Aunque yo estaba poco dispuesta a admitir aquello, era lo bastante realista como para comprender que Sheppard tema razón.

- De todos modos no me gustaría usar mi verdadero nombre -le dije-. No sé bien cómo reaccionaría Cam si se enterase de que yo he escrito algo. Es tan sensible y... me temo que comparte la idea predominante acerca del sexo “inferior”. Por lo que a él concierne, las mujeres sólo han sido creadas para satisfacer sus necesidades domésticas y sexuales.

El señor Sheppard se sonrojó un poco al oírme pronunciar la palabra “sexuales”, siendo como era un solterón remilgado. Se sacudió nerviosamente las solapas de la levita y empezó a sugerir varios seudónimos masculinos. A mí no me gustó ninguno de ellos y le dije que yo no me sentía ningún Michael Jordan ni Malcom Johnson. Luego le pregunté si no podíamos utilizar sencillamente mis iniciales. “M. J.” resultaría bastante intrigante, creía yo, y ciertamente no traicionaba el sexo al que pertenecía. Cansado, otra vez con expresión de martirio, el señor Sheppard cedió por aburrimiento.

- Me gustaría decir que ha sido un placer hacer negocios con vos -dijo secamente.

-Yo he disfrutado mucho -le aseguré.

- Por favor, dadle mis mejores recuerdos a Gordon. Decidle que estoy ansioso por hablar con él acerca del próximo libro de Roderick Cane.

- Después de lo de esta tarde me da la impresión de que a él le resultará más provechoso que tratéis el asunto conmigo -le dije bromeando.

El editor se puso pálido, y luego, al ver mi sonrisa, suspiró, meneó la cabeza y sonrió a su vez. La campanilla tintineó alegremente por encima de mi cabeza cuando él me abrió la puerta. Dijo que en verdad esperaba que le llevase pronto la historia, y le contesté que ya veríamos. Bajé por la calle Fleet literalmente bailando. ¡Era una escritora! Yo, Randy la de St. Giles, la que no hacía aún ni un año estaba desvalijando bolsillos. Yo había escrito algo que iba a publicarse en una revista, y además, me habían pagado por ello. ¡ Cinco libras! ¡ Cinco puñeteras libras, nada menos! Era el primer dinero que había ganado de una forma puñeteramente honrada, y se me antojaba una puñetera fortuna.

Estaba deseando ir corriendo a casa para despertar a Cam y contárselo todo, pero claro, no podía hacerlo. Cam era el creativo, el artista temperamental, un papel en el que se recreaba y frecuentemente representaba hasta el fondo. No aceptaría de buen grado que hubiese otro escritor bajo el mismo techo. De eso estaba del todo convencida. El muy cabrón probablemente pensaría que yo intentaba competir con él, y aquello no era nada conveniente. No, teniendo en cuenta cómo eran los hombres, y Cam en particular. “La niña bebedora de ginebra” y su auténtica historia tendrían que permanecer en secreto.

5

Aquél era, con diferencia, el vestido más bonito que había visto en toda mi vida, de un color azul zafiro muy profundo, el satén suntuoso, maravillosamente lujoso. Era el colmo verme a mí con un vestido como aquél, pero Cam me había dicho que tenía que comprarme algo de lujo para celebrar el hecho de que él hubiese terminado el libro, y yo no me encontraba con ganas de discutir con él. La señora Wooden me había ayudado a elegir la tela - me había llevado, siendo como era ella una compradora astuta, a una pañería especializada en tejidos para vestuarios teatrales, con lo cual lo compramos a un precio que me ahorró mucho dinero-, y luego me había hecho entrar en casa de una costurera que en un momento diseñó un vestido especialmente para mí, y además sin cobrarme casi nada. El sombrero a juego me había costado, de hecho, más que el vestido, pero incluso así no había llegado a gastarme todo el dinero que Cam tan generosamente me había proporcionado.

Yo estaba de pie ante el espejo del piso de abajo, pavoneándome sin ningún pudor y admirando a la criatura que veía reflejada en el espejo; el cutis radiante, los ojos azules y brillantes, el pelo cobrizo resplandeciendo con ricos reflejos. Las mangas, que me llegaban por el codo, tenían vuelo desde el hombro, y el ceñido corpiño que me marcaba la figura lucía un escote chocantemente bajo que dejaba al descubierto una desmesurada cantidad de busto. La señora Wooden me había asegurado que era la última moda, y había añadido que con un busto tan espléndido como el mío bien podía presumir, de modo que mejor haría olvidándome de la pañoleta. La amplia falda se asentaba sobre seis enaguas de encaje negro cuyos rutilantes pliegues color zafiro producían una suave música siseante al moverse. Me encontraba de lo más elegante, y sólo confiaba en no coger un resfriado por dejar tanta carne cremosa y suave al descubierto.

Cam, cediendo a mi insistencia, también se había comprado un conjunto nuevo, y ahora se estaba vistiendo arriba, en el dormitorio. Richard Bancroft iba a pasar a recogernos media hora más tarde. Íbamos a marcharnos de paseo al parque con toda la gente bien, algo que hacía tiempo que yo deseaba hacer, y luego Bancroft había proyectado llevarnos a cenar a uno de los mejores cafés. Era todo un acontecimiento, la primera vez que Cam y yo salíamos juntos a hacer vida social, y yo estaba que no cabía en mí de gozo, anhelando que él me viera con aquel vestido y deseosa de contemplar a la gente de buen tono y de ver el interior de uno de aquellos famosos restaurantes. Ciertamente Cam se estaba demorando, se me ocurrió entonces. Había confiado en que él estuviera listo a tiempo para tomarnos una copa de vino juntos antes de que Bancroft llegara.

El perezoso reloj de bronce lanzaba su tic-tac desde la repisa de la chimenea. Ya empezaba a ponerme un poco nerviosa. Me vendría muy bien una copa de aquel delicioso vino que el señor Sheppard había enviado, tal como me prometiera. Sólo nos habíamos bebido dos o tres botellas en las últimas dos semanas, pues Cam había estado inmerso en varios libros acerca del Japón o de cualquier otra parte. Garabateaba apuntes furiosamente mientras hojeaba raros volúmenes exóticos que había tenido que buscar por toda la ciudad y había comprado a un precio exorbitante. Por casualidad se había topado con un volumen titulado Viajes por el interior del Japón y algunos curiosos relatos de un país bárbaro y extraño, por un inglés y, fascinado, había sumido a todos los libreros en el frenesí exigiéndoles que le consiguieran más libros sobre aquel tema. Embebido en aquellas investigaciones, había estado malhumorado y distraído últimamente, hasta el punto de que no me había hecho el menor caso y apenas se había percatado de mi presencia, exceptuando los momentos en que se sentía asaltado por aquel fuerte deseo. Entonces se mostraba atentísimo.

Impaciente ya, temiendo que él tuviese problemas con el nuevo atuendo, subí y entré en el dormitorio. Cam se hallaba de pie ante el espejo, con el ceño irritablemente fruncido, haciendo todo lo que podía por anudarse correctamente la corbata alrededor del cuello. Desde luego aquella ropa nueva era espléndida, y parecía un joven Adonis enojado mientras retorcía torpemente la tupida seda de la corbata. De pie justo después de traspasar la puerta, lo miré amorosamente mientras él, sin percatarse de mi presencia, continuaba peleándose con la seda de color azul celeste.

Los zapatos nuevos eran de un negro lustroso y llevaban finas hebillas de plata; las medias de la más pura seda blanca. Las calzas, que le llegaban por la rodilla, tenían un color marrón oscuro, lo mismo que la levita; ambas prendas estaban cortadas especialmente para resaltar las anchas espaldas, la estrecha cintura y las largas y musculosas piernas. La levita tenía los faldones acampanados y unos puños anchos de los que surgían espumosos volantes de encaje que le caían sobre las muñecas. El chaleco era de satén color crema oscuro con rayas de un azul zafiro muy intenso. Alto, delgado, tan ágil y grácil como una pantera, nunca había estado tan guapo. Aquella elegante ropa le realzaba la virilidad y en cierto modo resaltaba la aureola de crueldad que yo ya había notado la primera vez que lo vi en Tyburn Hill. Satisfecho por fin con el nudo de la prenda azul celeste, dio un suspiro y luego se volvió, dándose cuenta entonces de mi presencia.

- Sigue sin estar bien -comenté.

- ¿Qué es lo que no está bien?

-La corbata.

- Estas malditas cosas me sacan de quicio. No les veo la utilidad por ninguna parte. Pura banalidad que no sirve para nada.

-A ver, deja que te la coloque.

Me acerqué a él y me puse a manipular la espesa seda, colocando las dobleces. Cam se quedó de pie muy rígido, haciendo rechinar los dientes y dando excesivas muestras de impaciencia. Terminé y, retrocediendo, asentí satisfecha; luego le acaricié la enjuta mejilla y le retiré el mechón de color ébano que le caía torcido sobre la frente. Cam puso mala cara, pues siempre se negaba a dejarse mimar. ¡ Escocés agrio! No había hecho ni un solo comentario sobre el vestido. Me encaminé a la puerta y una vez allí me di la vuelta y le dirigí una exasperada mirada. No es que estuviera irritada de verdad, pero sí sentía que me había provocado. Lo más seguro era que el cabrón aquel siguiera pensando en el Japón y en aquellos fieros guerreros samulo-que-sea, esos que van vestidos con extrañas túnicas de seda. ¡ Escritores!

-¿Qué pasa? -me preguntó.

- ¡Ni puñetera cosa!

-Descarada engañosa. Lo que te hace falta son unos buenos azotes.

- Vete por ahí a meterte mano.

- Preferiría metértela a ti.

Así que se había fijado, el muy cachondo, el muy bruto. Posó los ojos en mis hombros desnudos, y en el generoso bulto del busto al descubierto, y la ya familiar y no poco halagadora reacción tuvo lugar allá abajo, echándole a perder la forma de las calzas. Reprimí una sonrisa.

-¿De qué te ríes?

-De ti.

- Me siento igual que un maniquí de sastre metido en este atuendo. Es puñeteramente incómodo. Y además las calzas no me van bien.

- Pues hace un rato sí.

- ¿Sabes lo que me gustaría hacer?

- Bancroft llegará dentro de unos minutos, así que sácate esas ideas juguetonas de la cabeza.

- ¡Maldición!

Se dio un tirón de la corbata, desesperado. Se le soltó. Al darse cuenta de lo que había hecho puso una cara de completa indefensión, pero luego me lanzó una mirada asesina.

- Esta vez tendrás que hacértelo tú solo -le dije alegremente.

- ¡Me las pagarás!

Le hice una mueca y volví abajo, encantada. Puede que mi escocés no fuera atento y cortés como otros hombres, y puede que no me rodease continuamente de piropos y de palabras cariñosas, pero en realidad no tenía de qué quejarme. Aquel hombre era un verdadero semental, un ser desenfrenado y sin inhibiciones, y si no hubiera sido porque estábamos esperando que un invitado llegara al cabo de unos minutos, me habría obsequiado con el más elemental de los cumplidos, con una de aquellas acciones fieras y lujuriosas que resultaban mucho más satisfactorias que las palabras.

Cam aún no había bajado cuando Bancroft llegó minutos más tarde. Bancroft me dedicó una larga mirada de aprobación mientras lo conducía hasta el cuarto de estar.

-Casino puedo creerlo -dijo-. ¿Esta es la andrajosa golfilla de cara sucia que me vació el bolsillo el invierno pasado? Tienes un aspecto verdaderamente radiante, la criatura más preciosa que he visto en todo el día.

- Gracias, señor.

- ¡Cielos! Si además habla de forma diferente. ¿Qué ha sido de aquel graznar chillón que me producía escalofríos por la espina dorsal?

-He tomado clases -le dije dándome importancia-. Y nunca he tenido la voz tan fea. Y además, un caballero no debería recordarle a una dama las imperfecciones que haya podido tener en el pasado.

- Ruego vuestro perdón, señora. Puede que yo sea un patán sin remedio, pero desde luego soy también, os lo aseguro, un ardiente admirador vuestro.

- Eres un bicho, Bancroft.

Esbozó una sonrisa burlona y se sentó. Grande, rubio y jovial, estaba muy guapo y pulcro con aquellas calzas por la rodilla y la levita de terciopelo marrón claro con volantes de encaje blanco, y un chaleco de brocado beige bordado con hojas marrones. Tenía los ojos marrones acogedores y juguetones, la boca amplia y rosada parecía hecha para sonreír, y aquel porte vivo y deportivo resultaba maravillosamente atractivo. Al recostarse y sostener los brazos sobre el respaldo del sofá me recordó a un gran cachorro amistoso.

- ¡Qué vergüenza! -le regañé-. Haber estado tanto tiempo sin venir por aquí. Han pasado semanas desde la última vez que nos vimos.

- He tenido una cantidad espantosa de trabajo. He estado dando saltos por todo el país buscando posibles inversiones a fin de hacer montones de dinero para todas esas personas que tienen la suerte de que yo maneje sus asuntos.

-Tan humilde como siempre, por lo que veo -dijo Cam entrando en la habitación.

- ¡Vaya! Estás muy elegante hoy.

- Pues me siento como un idiota. El sastre se empeñó en que fuera este color y este corte. Me gustaría atar a ese hombre sobre un hormiguero.

Bancroft y yo intercambiamos una sonrisa; luego serví vino para los tres. Noté que Cam todavía no se había colocado bien la corbata alrededor del cuello. Me dirigió una mirada hosca cuando le tendí la copa de vino.

- Este es un buen vino, Bancroft - dijo-. Sheppard me envió una caja entera después que le entregué los últimos capítulos de Despojos.

-¿Así que lo has terminado? ¡Fenomenal! No le había conocido nunca tan productivo. Sospecho que la encantadora Miranda tiene algo que ver con eso.

La encantadora Miranda sorbió el vino con disimulada coquetería mientras Cam ignoraba el comentario y empezaba a contarle a Bancroft los planes que tenía para la próxima novela de Roderick Cane.

-Las arcas están casi vacías, y me figuro que lo mejor que puedo hacer es ponerme a escribir otro lo más pronto posible. ¿Qué sabes del Japón?

-Absolutamente nada. Está en algún lugar cerca de China, ¿no? Pero lo que sí sé es que, en efecto; las arcas están casi agotadas. Tenía intención de hablarte de ello. En estos momentos sólo te separan unas veintitrés libras de la muerte por inanición, y...

- ¡ No seas aburrido, Dick! De todos modos, me he encontrado casualmente este sorprendente libro escrito por un tipo que pasó varios años en Japón, y está lleno de un material completamente fascinante. Los japoneses tienen una gran inventiva cuando se trata de tortura. Las cosas que saben hacer con el bambú te helarían la sangre, y toda esa mística de los guerreros samuráis es...

Bancroft gruñó, preparándose para soportar una larga arenga; yo me excusé y subí a ponerme los guantes y el sombrero. Los guantes eran de encaje negro de volantes que formaba un delicado dibujo floral; el sombrero de terciopelo negro tenía el ala muy ancha y un enorme lazo de satén azul cielo a un lado, mientras que al otro caían plumas blancas de colores azul celeste y zafiro, muy exuberantes. Era un modelo exquisito que complementaba maravillosamente el vestido, y me sentí mal por haber pagado tanto por él. Habría podido robarlo como quien canta mientras la dependienta se hallaba en la trastienda, de ese modo lo hubiera conseguido gratis, pero a Marcelon le habría dado un ataque de apoplejía. Y además aquellos días habían quedado ya atrás para mí.

- ... De manera que mi héroe habrá pasado veinte años en Japón, como un samurai inglés, y cuando vuelve a Inglaterra para cobrar su herencia empleará todos los conocimientos que ha adquirido sobre el arte de matar para vengarse. Un comerciante que conozco está tratando de encontrarme un sable de samurai; cree que me lo conseguirá en breve. Quiero sentir el tacto de una de esas armas. Autenticidad, ya sabes. Y he descubierto que el bambú se cultiva muy bien en suelo inglés. Tengo en mente unas escenas de tortura...

Mi sangriento escocés seguía hablando sin parar mientras el buenazo y educado Bancroft escuchaba con una mezcla de diversión y horror. Consulté brevemente el reloj de la chimenea, me aclaré la garganta e interrumpí groseramente.

- Realmente no creo que a Richard le interese oír todos esos detalles sangrientos, Cam -dije.

- Todo lo contrario - protestó Bancroft -. Lo encuentro completamente subyugador. Si el libro resulta aunque sólo sea la mitad de exótico y violento de lo que parece a primera vista, tendrá un éxito arrollador. Una cosa sí que tiene Gordon, y es que conoce a sus lectores y siempre les da exactamente aquello que desean.

- Se me prometió una excursión por el parque.

- Y tengo un carruaje esperando en la calle Fleet - dijo Bancroft poniéndose en pie. Y añadió-. ¡Debo decir que so sombrero es asombroso!

Gracias, caballero.

-¡Jesús! - estalló Cam fijándose entonces por primera vez en la prenda-. ¡Así no es de extrañar que me esté quedando arruinado!

-Vamos, vamos -le dije irritada-. Ciertamente sabes hacer que una chica se sienta admirada.

Era una preciosa tarde de verano, soleada y cálida aunque no demasiado calurosa. Londres ofrecía un aspecto muy acogedor con los viejos edificios añejos acariciados por la sombra, las agujas de las iglesias brillando al sol y las palomas retozando bajo los árboles de las plazas. Bancroft era todo afabilidad, me trataba con una galantería burlona y, aunque no se podía decir que estuviera afable, Cam se mostraba menos taciturno que de costumbre. Tuvo la generosidad de informarme de que verdaderamente mi sombrero era maravilloso y añadió que me retorcería el cuello si me compraba otro.

-Es esa Marcelon Wooden -gruñó mientras el carruaje giraba adentrándose en el parque-, Esa mujer ejerce una influencia espantosa.

- ¿Wooden? - comentó Bancroft-. ¿La actriz?

-Vive en la casa amarilla que hay al otro lado del patio

-le indiqué yo-. Ella es quien me ha estado dando clases. ¿La conoces?

- Pues nunca he tenido el honor de que me la presentasen, pero la he visto... eh... actuar. Debió de ser hace unos diez años... yo entonces no era más que un crío, naturalmente. La vi en la obra “Es una lástima que sea una puta”.

-¿Y qué tal?

-De pena -dijo él.

Nos apeamos del carruaje y lo dejamos en el área destinada a tal fin. Bancroft le dio instrucciones al cochero y los tres echamos a andar hacia el paseo, sin prisas, por un sendero que quedaba a la sombra. Los rododendros estaban en flor, de unos ardientes colores rosa, blanco y lila claro, a cada lado del sendero. Las abejas zumbaban, cansinas. Los árboles arrojaban frescas sombras grises y azuladas sobre la exuberante hierba verde, y las hojas crujían agradablemente movidas por la brisa. El paseo era un verdadero desfile de hombres y mujeres maravillosamente ataviados que tomaban el aire y andaban a paso de caracol para mejor exhibir su esplendor, mientras los carruajes descubiertos, cuyos ocupantes iban vestidos aún de forma más espléndida, avanzaban lentamente arriba y abajo por el camino adyacente. Yo estaba muerta de emoción cuando ocupamos nuestro lugar entre aquella procesión y me resultaba difícil no quedarme boquiabierta. ¡Caramba! ¡Cuánta gente bien! ¡Cuántos terciopelos, satenes y plumas! Aquello era el paraíso del ratero, pero una plétora de soldados fornidos y guardias le aseguraban a uno que aquel ambiente no se vería contaminado por indignos pobres o gente ramplona del montón.

"Has recorrido un largo camino desde St. Giles, Randy, muchacha", me dije mientras caminaba con andares majestuosos luciendo el vestido de satén y mi lujoso sombrero nuevo. Mi mano enguantada descansaba en el brazo de Cam, y Bancroft paseaba a mi lado, a la izquierda, y se mostraba de lo más atento. Dos caballeros apuestos, y yo con una apariencia tan imponente como cualquiera de aquellas damas altaneras que llevaban la barbilla tan alta. Qué cosas, era el colmo. La Gran Moll y las chicas nunca lo hubieran creído. Apenas si me lo creía yo. Si yo no hubiera estao... estado en Tyburn aquel día, aún seguiría por ahí cubierta de harapos, afanando relojes de bolsillo y birlando hebillas de zapato para mantenerme viva. Bendita fuera mi buena fortuna y bendito también mi escocés, porque él había sido el responsable de todo.

- Mira, Cam - comentó entonces Bancroft -, aquí viene una vieja amiga tuya. Lady Evelyn Greenwood en persona... una auténtica visión vestida de seda verde formando aguas y plumas de garceta negra.

- ¡Cielos! ¿Dónde?

-Cómoda y lujosamente instalada en ese carruaje que se acerca. Elegante atuendo, ¿eh? Debe de haberle costado una fortuna.

Cam miró con ojos de miope, incómodo, mientras el imponente carruaje descubierto, tirado por dos relucientes corceles color ébano que hacían cabriolas, se acercaba hacia nosotros por el camino. Lady Evelyn resultaba en efecto una visión, con un atrevido vestido de seda verde muy escotado y una gran variedad de diamantes y esmeraldas reluciéndole en la garganta y en las muñecas. El sombrero de ala ancha de seda verde que coronaba el alto peinado a base de ondas estaba literalmente inundado de plumas de garceta tan negras como la noche que se agitaban produciendo un teatral efecto. El joven que iba junto a ella era sorprendentemente guapo, con el pelo castaño oscuro, los ojos marrones llenos de picardía y la constitución de un campeón de pugilismo. Ataviado muy a la moda con el más fino plumaje varonil, no debía de tener más allá de veinte años, y aquella lozana juventud hacia que su protectora pareciese aún más madura de lo que en realidad era.

- ¿Quién es ése que la acompaña? - preguntó Cam.

- El jefe de sus lacayos, creo. Un muchacho llamado Todd. Al principio no lo había reconocido sin la librea.

- ¿Y cuándo has tenido tú ocasión de ver a su lacayo, Bancroft?

- Oh, cuando tú te la quitaste de encima, lady Evelyn se vio acometida por una desmedida pasión hacia tus amigos. Vino a hablarme de inversiones y me invitó a acompañarla a su casa. La carne es débil, me temo.

- ¡Me has dejado impresionado, Bancroft! No tenía idea de que te prestaras a esa clase de actividades.

-Pues me presté; ya ves. Lady Evelyn estuvo loca por mí durante siete días por lo menos. Fue la semana más agotadora que he pasado en años.

A medida que el carruaje se acercaba, Cam y Bancroft adoptaron expresiones de cordero degollado y apartaron los ojos. Lady Evelyn se puso lívida. Yo le dediqué una sonrisa radiante y la saludé efusivamente con una inclinación de cabeza, y le habría hecho un gesto obsceno con el dedo de no haber sido yo ahora una señorita bien. Dos manchas de color rosa vivo le encendieron las mejillas mientras el carruaje pasaba a nuestro lado. Yo me sentía divina. Puede que lady Evelyn tuviese un título, joyas y carruajes de lujo, pero yo tenía a Cam, y no me cambiaría con ella por todo el dinero de Inglaterra.

- Qué apuro, muchacho - suspiró Bancroft -. La dama aún no ha superado tu cruel abandono. Yo, ay, sólo fui un capricho pasajero. Pero a ti te quería para casarse.

-Ya lo superará -dije yo.

-Lo ha hecho a menudo -replicó Bancroft.

Le sonreí ante aquélla ocurrencia, pero Cam se puso muy rígido y taciturno; no le gustaba aquel tipo de humor, especialmente siendo él el blanco de la burla. Bancroft disfrutaba tomándole el pelo casi tanto como yo, y yo sospechaba que no éramos muchos los que podíamos permitirnos tales libertades. En aquel momento parecía que le habría gustado enormemente asesinarnos.

El humor de Cam no había mejorado cuando, poco después, una tropa de milicia apareció ante nuestros ojos con las levitas rojo vivo brillando al sol y los poderosos caballos blancos caminando al paso con impaciencia bajo el freno que se les imponía. Los soldados cabalgaban delante y detrás de un deslumbrante carruaje blanco descubierto que lucía a un costado el escudo de armas. Todos los que circulaban por el paseo se quedaron inmóviles como muertos. Un zumbido de murmullos llenó el aire, porque el carruaje iba ocupado por el duque de Cumberland y la mujer más espectacularmente bella que yo hubiera visto en mi vida.

Gordo, flojo, con mala cara y aquellos diminutos ojos porcinos bizqueando, el Duque Sangriento llevaba calzas de satén blanco y una levita con botones de diamante; finos encajes blancos le salían en cascada de la garganta y las muñecas. El chaleco blanco de satén se le ceñía alrededor de toda su enorme obesidad como una exquisita piel de salchicha, y las manos gordinflonas empuñaban un bastón con el pomo de plata que llevaba apoyado entre las rodillas. Tenía ligeramente ladeada la peluca. La múltiple papada tremolaba a causa del movimiento del carruaje. Tenía la boca regordeta curvada en un mohín de desdén, no miraba ni a derecha ni a izquierda y parecía sentirse muy desgraciado a pesar de la presencia de la hermosa mujer que estaba sentada a su lado.

Ella llevaba un vestido rosa pálido de satén, de línea sencilla y elegante; la falda se abría como los pétalos de una rosa. Tenía un cutis perfecto y las facciones de una diosa. Los labios frágiles y bellamente dibujados parecían poseídos de cierta expresión de tristeza, y los preciosos ojos azules eran decididamente pensativos. El pelo negro como el azabache lanzaba brillantes destellos azulados, peinado sin pretensiones en una combinación de ondas y tirabuzones. Cualquiera se hubiese esperado que ella llevase encima una fortuna en diamantes, pero no llevaba ninguna joya. No las necesitaba. A mí se me antojó que Helena de Troya debía de haber tenido aquel mismo aspecto absolutamente sobrecogedor, tan adorable que apenas si parecía real.

- ¿Quién es ella? - susurré.

-Lady Arabella Dunston -me dijo Bancroft-, la viuda venida a menos del difunto, aunque no llorado, lord Peter Dunston. Debido a las cuantiosas deudas contraídas por lord Peter y a su incapacidad para mantenerse alejado de las mesas de juego, los Dunston tuvieron que retirarse al campo durante más de ocho años a petición del Rey. Hay quien afirma que el interés de Cumberland por lady Arabella fue un factor que contribuyó en gran medida a ello.

- Eran... - dije, titubeante.

- Oh, no - dijo Bancroft -. El joven Cumberland estaba deseándolo, pero lady Arabella no se mostraba dispuesta en absoluto. El Rey deseaba evitar un escándalo, y también quitarse de encima a aquel caballero que se estaba convirtiendo en una molestia descarada para la corte.

Dunston encontró su merecido hace dos años, y lady Arabella ha regresado a Londres hace bastante poco. Cumberland no ha perdido el tiempo para renovar las amistades.

-¿Y el Rey ya no pone objeciones?

- Existe una gran diferencia entre una viuda de treinta años sin un penique y la recatada y joven esposa de un noble disoluto pero de la más pura sangre azul. Y además, hace ya mucho tiempo que Cumberland no se aviene siempre a acceder a los deseos de su padre.

Durante esta conversación Cam había permanecido de pie, rígido como una estatua, hirviendo a causa de una hostilidad que parecía lanzar chispas a su alrededor. Tenía los puños fuertemente apretados, los nudillos tan blancos como la cal, y los ojos se le habían puesto de un temible color azul acerado. Al pasar a nuestro lado el primer grupo de soldados ataviados con rojas levitas, se obligó a sí mismo a relajarse asumiendo una expresión impasible e inescrutable. El esplendoroso carruaje blanco se acercó más, ahora sólo estaba a unos metros de distancia; el blasón de armas de oro y marfil resplandecía bajo el sol. Cumberland tenía la mirada fija delante de él. Lady Arabella miró directamente a Cam, se encontró con los ojos de éste y le sostuvo la mirada. Sutilmente, casi de manera imperceptible, ella le dirigió una inclinación de cabeza. Cam no dio muestra alguna de haber reparado en ello. El carruaje continuó la marcha seguido del otro grupo de soldados.

¿La conocería él? ¿Habría sido aquel saludo un mero gesto gracioso? Una docena de preguntas se me agolparon en la mente, pero el instinto me dijo que era mejor no formular ninguna de ellas. Profundamente perturbado después de haber visto al odiado Cumberland, Cam se encontraba de un humor peligroso, y lo más probable es que le durase algún tiempo. El mal humor juguetón, la ferocidad burlona y el temperamento artístico eran una cosa fácil de manejar y a menudo estimulante, pero aquel estado de ánimo era auténtico, aquel era el humor que yo le había visto cuando lo conocí en Tyburn: frío, contenido, letal. Bancroft y yo intercambiamos una mirada, y él se apresuró a sugerir que nos dirigiéramos al café de Green.

- Estoy hambriento - confesó -. Seria capaz de comerme medio buey yo solo.

-Yo también -dije yo.

-Te gustará el sitio, Cam. Acaban de abrirlo hace poco y los literatos ya lo han tomado por asalto... el lugar está atestado de poetas, novelistas y periodistas. La comida es la mejor que se encuentra en todo Londres, el café el más fuerte y hay siempre un ambiente maravillosamente animado. He escogido ese lugar pensando en ti.

- ¡Suena maravilloso! -exclamé yo.

- ¡Dejad de hacer esfuerzos para que me ponga de buen humor! -soltó bruscamente Cam-. ¡Los dos!

Volvimos al carruaje, y aunque Bancroft y yo charlábamos animadamente Cam permanecía taciturno y silencioso mientras recorríamos la ciudad. Bancroft hablaba del nuevo edificio de la Lonja de Cereales que acababan de construir en Mark Lane y de las fortunas que se podían hacer allí si uno sabía invertir con astucia. El olor a pescado se hizo irresistible cuando pasamos por Billingsgate, y se produjo un atasco en el Strand a causa de un carro de carga que había volcado. Los látigos restallaban. Los caballos relinchaban. Se oían fuertes gritos llenos de enojo. Por fin seguimos avanzando, y pocos minutos después el carruaje se detenía en la Plaza de Covent Garden. Bancroft despidió entonces al cochero, y los tres nos pusimos a caminar sin ninguna prisa por la

Librodot

zona, pisando hojas de coles y caléndulas marchitas al pasar por los tenderetes, que por la noche permanecían todos cerrados.

Se hacía tarde. Las sombras iban agrandándose. El cielo estaba de un color gris pálido lleno de manchas rosadas y doradas que se iban extendiendo poco a poco. Admiré los rancios edificios antiguos y majestuosos diseñados por Jones cien años atrás, mientras Bancroft nos conducía por un tortuoso laberinto de estrechos pasajes y callejuelas hasta que por fin alcanzamos el local del Green. Situado en un callejón sin salida al que resultaba imposible acceder en coche, tenía una ruinosa fachada Tudor con vigas de roble ennegrecido por el hollín y yeso de color tostado. Resultaba poco atractivo, parecía incluso un sitio de mala fama, pero Bancroft nos hizo entrar allí lleno de confianza y considerablemente orgulloso por su nuevo descubrimiento.

Traté de disimular la emoción que sentía cuando el propietario, que iba ataviado con un mandil, nos saludó con un gruñido y nos guió hasta una privilegiada mesa situada en un rincón. Yo nunca había estado antes en el interior de un café, nunca había comido en un restaurante público, aunque había ido muchas veces a buscar vituallas preparadas para llevar a casa. Qué lujo sentarse a una mesa y que alguien le sirva a una, aunque fuera a una rústica mesa de roble gastada por el tiempo, los utensilios fueran de pura hojalata y las jarras de peltre común y corriente. Nada de lujos en Green, observé. El suelo de losas estaba abundantemente salpicado de serrín. Las oscuras paredes de roble adornadas con platos de cobre llenos de abolladuras. Las velas ardían en unas lámparas de madera con forma de rueda suspendidas del techo, pero aún así la estancia se hallaba en penumbra.

Y además estaba llena de humo. Una gran cantidad de hombres fumaban tabaco, sólo unos cuantos tomaban rapé, y todos parecían hablar al mismo tiempo, enojados, discutiendo exuberantemente de poesía, de filosofía y de editores. Abundaban los manuscritos, cuyos méritos se comentaban acaloradamente, y muchas mesas se hallaban atestadas de libros, panfletos y periódicos que los parroquianos habían traído consigo. Advertí con cierta alarma que yo era la única mujer presente en el local, a excepción de tres frescachonas y rollizas camareras que correteaban de acá para allá sirviendo bebidas y rechazando de continuo requerimientos amorosos.

- Yo creía que esto era un café - comenté-. Parece que todos toman cerveza u oporto.

-El café se sirve durante el día. Café, deliciosos pasteles, queso y pan -me explicó Bancroft-. Por las noches se sirve comida normal y después se toma café. ¿Queréis que empecemos con unas ostras?

Asentí terriblemente estimulada al aspirar el ambiente y los maravillosos aromas de cerveza y adobos, serrín y humo, asado de buey y pan recién hecho. Los hombres de la mesa de al lado discutían a voces sobre Christopher Marlowe, comparándolo con Shakespeare, y en otra mesa cercana un poeta de cara enjuta y con el pelo descuidado les estaba leyendo sus últimos sonetos a un grupo de periodistas desaseados, mal vestidos y con los dedos manchados de tinta. Cam estaba huraño y nada comunicativo, pero Bancroft hacía caso omiso de aquel mal humor y se esforzaba para que yo me lo pasase bien. Me sentía intranquila por las ostras. Nunca las había tomado antes. No sabía cómo se comían. Bancroft sonrió con cierto aire irónico, roció una de ellas con limón, la pinchó con un tenedor y la sacó de la concha retorciéndola ligeramente. Traté de seguir su ejemplo y mientras la primera ostra se deslizaba por mi garganta tuve que admitir que yo había disfrutado de mayores emociones gastronómicas. Sin embargo seguí adelante hasta que en mi plato no quedaron más que seis conchas nacaradas y vacías y una cáscara de limón.

-¿Qué tal estaban? -me preguntó Bancroft.

- Deliciosas - mentí.

-Hay que acostumbrarse al sabor -me confesó.

- Por... por casualidad no... no iremos a tornar alcachofas, ¿verdad?

-No lo había pensado -me dijo él.

“Gracias a Dios”, pensé yo.

El asado de buey que siguió estaba delicioso, rosado, tierno y chorreando jugo natural; los guisantes y las patatas tenían abundante mantequilla, el pan rústico era crujiente y con un sabor maravilloso. Los hombres tomaron vino de oporto para acompañar la cena, pero yo sospechaba que no era propio de una dama tomarlo, de modo que me quité los guantes de encaje negro y los coloqué dentro de la jarra de peltre, un gesto que hizo que Bancroft volviera a sonreír burlonamente, aunque no hizo ningún comentario. Insistió en que yo tomase unas natillas de postre, y resultaron ser una revelación, espesas, cremosas y servidas con una exquisita salsa de brandy, mantequilla y azúcar negro hirviendo regando las natillas.

-En mi vida había comido tan bien -confesé-. Ni siquiera sabía que fuese posible hacerlo.

- Una comida común y corriente - afirmó Bancroft -, aunque soberbiamente cocinada. Tendrás que ir a comer a un restaurante bueno de verdad... paté de hígado de ganso, faisán, lenguas de ruiseñor.

- ¿Lenguas de ruiseñor?

Bancroft asintió, muy serio, pero la alegre expresión de sus ojos me dijo que estaba bromeando. El pelo rubio oscuro le brillaba a la luz de las velas, y la carnosa boca rosada se le curvó en una sonrisa cuando yo le reprendí. Era el más seductor compañero de cena que pueda imaginarse, al contrario que Cam, que apenas si había pronunciado una palabra desde que nos sentamos. Una de aquellas campechanas camareras regresó a la mesa con una botella de oporto, pero los dos hombres menearon la cabeza mientras mis guantes de encaje negro seguían descansando, lacios, en el jarro de peltre. La muchacha se encogió de hombros y se alejó con paso

danzarín, meneando las amplias caderas. Minutos más tarde nos retiraron los platos y nos colocaron delante otros pequeños; a continuación nos trajeron queso, galletas y una enorme fuente de fruta.

- Ha sido muy amable de tu parte traernos aquí, Dick -dije yo.

- Para mí ha sido un placer. No tengo a menudo el privilegio de cenar en tan deliciosa compañía.

- Pues esta noche algunos somos bastante más deliciosos que otros.

-Perdonad -dijo bruscamente Cam-. Hay allí un tipo al que tengo que ver.

Abandonó la mesa y atravesó la estancia para ir a hablar con un hombre enjuto de rostro afilado, pelo castaño rojizo, ojos azules glaciales y labios delgados. Sentado completamente solo, vestido de marrón y recostado contra la pared, aquel hombre aparentaba poco más de treinta años y, por alguna extraña razón, me recordaba a una zorra. Parecía tenso, poco simpático, y estaba casi tan taciturno como Cam. Intercambiaron unas cuantas palabras, y luego Cam se sentó a la mesa, ante la que se agacharon, acercándose el uno al otro y hablando de algo que era, por lo visto, de suma gravedad.

-Se ha portado de una manera imposible -dije yo-. Yo... te pido disculpas por su grosería.

- Oh, ya estoy muy acostumbrado a esos repentinos cambios de humor de Cam; no le hagas caso. Aprendí hace mucho que cuando se pone silencioso y taciturno lo mejor que se puede hacer es ignorarlo.

- El ver a Cumberland esta tarde lo ha trastornado espantosamente.

Bancroft asintió, miró hacia el otro lado del salón y examinó al hombre del pelo rojo y facciones duras.

- Me pregunto quién puede ser ése - le dije.

- Posiblemente otro escritor - repuso Bancroft -. Lo más probable es que estén comparando apuntes sobre la tortura con bambú. ¿Te apetecen unas uvas?

Hice un gesto negativo con la cabeza.

- ¿Crees... crees posible que se trate de uno de esos rebeldes?

- Desde luego el tipo parece escocés - confesó Bancroft-, con ese pelo rojo y esa cara tan agria y afilada, pero no todos los escoceses son sangrientos conspiradores. Yo he conocido a uno o dos que eran realmente geniales.

- Creo... creo que Cam ha acabado ya con el asunto ese de los rebeldes.

- ¿En serio? Diría que ya iba siendo hora. Es un asunto bastante peligroso.

-Les ha dado una enorme suma de dinero.

-Ya lo sé -dijo Bancroft al tiempo que alargaba la mano para coger una pera -. Traté de razonar con él sobre ello, pero no quiso escucharme. Se me rompió el corazón, te lo digo en serio, cuando vi cómo todo aquel dinero iba a parar a manos de ese hatajo.

- Hace ya mucho tiempo que no sale por las noches... se acabaron las reuniones secretas. Espero que por fin esté de nuevo en sus cabales.

Bancroft cogió un cuchillo y empezó á pelar la pera. Yo observaba a los dos hombres que se hallaban al otro extremo de la habitación. El severo pelirrojo había sacado un pedazo de papel y ambos lo estaban estudiando con gran atención. De modo que, después de todo, sí que era un escritor, puesto que le estaba enseñando a Cam un poema o una página de un manuscrito. Me volví hacia Bancroft, aliviada y ansiosa por hablar con él en privado ahora que tenía ocasión.

-Deberías probar una de estas peras -me dijo-. Están deliciosas.

-Ahora no soy capaz de comer ni un solo bocado más. Yo... bueno, hay algo que... me gustaría hablar contigo de una cosa, Dick.

-A tu servicio.

- Yo... bueno, yo también soy escritora. He escrito un relato. Lo van a publicar en The Band. No quiero que Cam se entere - añadí apresuradamente -. Tienes que prometerme que no le dirás nada.

-Pas un mot(l) -dijo él.

-¿Qué?

- No diré ni una palabra, señora. Vuestro secreto se halla tan seguro conmigo como si estuviera en una tumba. ¿De qué trata el relato?

Le conté lo de “La niña bebedora de ginebra”, cómo había llegado a escribirlo y que se iba a publicar sólo con mis iniciales. Bancroft me escuchó atentamente, nada consternado, y cuando hube terminado me felicitó y me dijo que no le sorprendía que yo tuviera cerebro y talento además de tanta belleza. Le di las gracias por el cumplido y eché una ojeada aprensiva en torno, temiendo que Cam volviese. Pero él y el pelirrojo seguían sentados a la mesa del otro extremo de la habitación, hablando incesantemente.

- Se trata de los cereales - le dije, dirigiendo de nuevo mi atención a Bancroft.

Este pareció sobresaltarse.

- ¿Cereales?

- De eso que hablabas antes, en el carruaje... de la nueva Lonja de los Cereales y de las fortunas que se iban a hacer allí. De eso era de lo que quería hablar contigo. El señor Sheppard me ha pagado nada menos que cinco libras por el relato y quiero que tú las inviertas por mí.

- ¿Nada menos que cinco libras? - Bancroft parecía sumamente asombrado.

- Y luego habrá más. Tengo otra idea para un relato acerca de un niño que se hace ratero y forma parte de una banda. Lo detienen y lo mandan a la prisión. Por esa historia me pagarán todavía más dinero. Puede que siete. A lo mejor hasta me pagan diez.

¿Diez libras? Increíble.

- He pensado que te podría entregar todas mis ganancias para dejar que tú las invirtieras por mí. Yo estoy segura de que tendrás que cobrarme por ello alguna clase de comisión, pero a mí eso me parece bien. Comprendo que tú también tienes que ganarte la vida.

- Ojalá todos mis clientes fueran tan comprensivos - observó Bancroft.

Sonrió para sí, divertido por alguna causa, y luego movió a ambos lados la cabeza y me aseguró que estudiaría detenidamente el mercado y que invertiría mi dinero del modo más provechoso posible.

-Confía en mí, muchachita. Haré de ti una mujer rica. Visiones de riqueza me llenaron la cabeza, y me vi montada en un magnifico carruaje que yo misma había pagado y ataviada con preciosos vestidos que me había comprado. Compraría todos los sombreros que me apeteciesen, y también compraría muebles nuevos y regalos para Cam y la señora Wooden. Imagínense, tener mi propio dinero, ganármelo yo misma, no depender de los demás. Tendría mi propio tarro de jengibre y nunca me vería obligada a pedirle nada a Cam. Y todo ello sólo por garabatear unas cuantas cuartillas... Me prometí que escribiría el cuento sobre el ratero lo más pronto posible para luego hacer otro, y otro, y otro mas...

-Me alegro mucho de haber salido hoy -le dije-. Cam ha estado tan embebido con esos libros sobre el Japón que temí que se negase a venir.

- ¿Negarse? - Bancroft pareció sorprendido-. Todo esto fue idea suya.

-¿Idea suya?

- Le envié una nota diciéndole que me gustaría traeros a los dos al restaurante Green cuando a él le viniese bien. Esperaba que tardase un tiempo en darme la respuesta. Pero no fue así. Me contestó casi inmediatamente sugiriéndome que viniésemos esta noche. Añadió que hacía ya bastante tiempo que tú querías ir de paseo y que así podríamos aprovechar la ocasión e ir por ahí antes de venir a cenar.

- Pensé... - hice una pausa-. Pensé que habías tenido que insistir.

- Nada de eso - repuso Bancroft mientras cortaba otro trozo de pera-. Me quedé sorprendido, con franqueza. Normalmente Cam no es tan fácil de llevar.

"En verdad no lo es", pensé yo, y fruncí el ceño; una sospecha insignificante me empezó a crecer en la mente. Cam había elegido él mismo aquel día para nuestra salida, y sin embargo me había hecho creer que le resultaba de lo más inoportuno, incluso había sido motivo de muchos gruñidos y quejas. Se había separado de sus libros de mala gana, y de mala gana también se había puesto aquel magnifico atuendo. Hubiese podido hacer esperar a Bancroft fácilmente hasta que hubiese terminado toda la investigación, y sin embargo... ¿Por qué había elegido precisamente ese día? ¿Por qué tantos disimulos? ¿Había algo que yo no sabía?

Me volví a mirar a los dos hombres que se hallaban al otro extremo de la estancia. Ahora se encontraban de pie, y el pelirrojo parecía dispuesto a marcharse. No había encargado comida, observé; sólo un vaso de cerveza. ¿Sería posible... sería posible que hubiese venido especialmente para encontrarse con Cam, un encuentro "casual" concertado meticulosamente de antemano? Aquel pedazo de papel que habían estado estudiando con tanto detenimiento, ¿ sería algo que tuviera que ver con el complot para asesinar a Cumberland? ¿Sería posible que Cam supiera de antemano que Cumberland estaría en el parque con lady Arabella aquel día? No, no, aquella idea era ridícula. El pelirrojo no era más que un pobre escritor, no cabía duda, tal como Bancroft había dicho, y Cam nunca habría ido al paseo si hubiera tan sólo sospechado que Cumberland iba a aparecer por allí. La simple visión del Duque Sangriento lo había puesto del más negro de los humores.

- ¿Ocurre algo malo? - me preguntó Bancroft.

-Yo... sólo pensaba.

-Y además fruncías el ceño.

- Por favor, perdóname. Me estaba portando... como una completa tonta.

Cam regresó a la mesa momentos después. La fruta y el queso fueron sustituidos por unos diminutos pastelillos helados y grandes tazas marrones llenas de humeante café caliente. Era rico, fuerte y delicioso. A Cam le había mejorado mucho el humor mientras lo tomábamos, charló con Bancroft y realmente se esforzó por mostrarse agradable. Qué tontería haber albergado aquellas sospechas, pensé. El había hecho un gran esfuerzo para salir aquella noche, sí; había gruñido y alborotado, pero a Cam le encantaba dramatizar y a menudo se ponía desagradable sólo porque sí, con la esperanza de sacarme de quicio. Era una manera de tomarme el pelo como otra cualquiera, un juego en el que ambos disfrutábamos y jugábamos hasta la saciedad. No había tenido mayores motivos para elegir precisamente aquel día para nuestra salida. Yo había sido terriblemente injusta con él al pensar aquellas cosas, pero ya le compensaría cuando llegásemos a casa, me prometí, y él nunca sabría a qué era debido mi repentino ataque amoroso.

Estaba muy elegante con la levita marrón, el chaleco a rayas y la corbata azul celeste, la cual llevaba aún algo torcida, de modo que le formaba un bulto debajo de la barbilla. La ruda y atractiva cara estaba toda llena de planos enjutos, agudos y formidables, una cara que intimidaba a los desconocidos y fascinaba a las mujeres. Los gélidos ojos azules le brillaban con inteligencia mientras hablaba con Bancroft, y de algún modo el espeso mechón de pelo color ébano que le caía atravesado por la frente acentuaba aquel aire despiadado. No era exactamente encantador, mi escocés, ni tampoco cálido, amable o seductor como Bancroft, pero decididamente yo no le cambiaría nada. Mientras lo miraba, orgullosa y llena de amor, me sentía ansiosa por llegar a casa, ansiosa por atormentarlo y hacer que surgiera otra vez aquel bulto debajo de las calzas, para luego enredarnos en otro de nuestros combates de lucha en los que él siempre terminaba por ganar.

- ¿Más café? - me preguntó Bancroft.

-Para mí no -le dije alcanzando los guantes.

-Para mí tampoco -contestó Cam-. Será mejor que nos vayamos poniendo en marcha ya, Dick. Quiero tomar algunas notas más esta noche.

- Estás verdaderamente entusiasmado con ese libro japonés, ¿no es cierto?

- Quiero empezarlo cuanto antes y escribirlo lo más rápidamente posible. Tengo una urgente necesidad de reponer las arcas.

-No voy a discutir eso, amigo mío.

Nos levantamos para marcharnos. Bancroft se adelantó para pagar la cuenta y hablar con el propietario mientras Cam me conducía a la puerta. Las velas parpadeaban, lanzando una ondeante luz amarilla y dorada sobre las paredes de roble oscuro. El lugar ya no estaba ni con mucho tan concurrido ni tan ruidoso como cuando llegamos. Al acercarnos al espacio despejado más allá de las mesas, la puerta delantera se abrió y entraron dos hombres, uno corpulento y malhumorado que llevaba una levita azul marino muy ajada que le sentaba bastante mal y una sucia peluca gris como la de un abogado; el otro, un hombre alto, rubio y magnético, se reía de algún comentario qué su compañero acababa de hacer. Se volvió. Me vio allí de pie junto a Cam. Aquellos ojos maravillosamente expresivos se llenaron primero de sorpresa, luego de placer, y a mí el corazón me dio un vuelco y se me aceleró.

- ¡ La bella Miranda! - exclamó.

Cam se puso en tensión. “Oh, Jesús”, pensé yo. Bancroft avanzaba hacia nosotros con paso tranquilo arqueando una ceja con actitud inquisitiva.

-Volvemos a vernos - dijo Garrick.

Asentí. Traté de sonreír. No conseguí hacerlo. David Garrick me miró y luego volvió los ojos hacia Cam y Bancroft, haciéndose una idea de la situación. Ahora se le notaba en la mirada que estaba haciendo especulaciones, lleno de malicia también; una sonrisa jugueteaba en aquellos labios maravillosamente cincelados. Llevaba calzas de terciopelo azul oscuro y una levita a juego. Ambas prendas habían conocido tiempos mejores, y el encaje que le salía del cuello y de los puños estaba decididamente raído. Una manga se hallaba muy desgastada, y copos de yeso seco le salpicaban los hombros. Ciertamente parecía como si hubiese soportado una jornada de duro trabajo manual, y olía a sudor, a polvo y a virutas de madera, aunque no por ello David Garrick dejaba de llevar consigo aquel halo radiante. A pesar de que la habitación seguía en penumbra, tuve la impresión de que todos nos hallábamos bañados en luz.

- Qué capricho del destino encontraros a vos aquí - comentó-. Creí que pensabais regresar a... a Chester, ¿no era ése el lugar de donde veníais?

-Yo... yo cambié de opinión.

- ¡Sabe hablar! Preciosa voz, además. ¡Sam! Sam, acércate. Quiero que conozcas a la muchacha de la que te hablé hace unas semanas.

Su compañero avanzó pesadamente, torpe, incómodo, con un aspecto en extremo insociable. Tenía la cara grande y grande también era la mandíbula, ambas de un pálido pastoso y marcadas de viruelas. Los labios eran petulantes y carnosos, una nariz enorme, y aquellos enormes ojos de miope parecían atravesarme, perspicaces, críticos y sin pasar nada por alto. La larga peluca gris laboriosamente rizada estaba grasienta, y la polvorienta levita azul marino le iba por lo menos un par de tallas grande. El chaleco de seda negra estaba evidentemente desgastado. El famoso Sam Johnson verdaderamente parecía un gran oso malhumorado, pensé. Garrick nos presentó. Johnson lanzó un gruñido.

- ¿No tenía yo razón? - le preguntó Garrick -. ¿No es la criatura más hermosa sobre la que se han posado alguna vez tus ojos?

Johnson me observó frunciendo el ceño, y transcurrió un largo momento antes de que por fin aquel hombre se decidiera a emitir un juicio.

- Pasable -gruñó-. Nunca me he fiado de las mujeres pelirrojas. Son invariablemente regañonas, hasta la última de ellas. Ahora quiero tomarme un poco de salmón escalfado y cordero con gelatina de grosellas, Davy.

- He oído hablar mucho de vos, señor Johnson - le dije con una voz angelical. El se me quedó mirando como si estuviera asombrado de que yo tuviese la desfachatez de dirigirle la palabra.

- Nada de lo que he oído era demasiado halagador

-continué-. Me temo que he de estar de acuerdo en que sois el hombre más grosero de Londres.

- ¡ Touché, Sam! ¡ Touché(1)! ¿No es verdad que es un auténtico primor?

- Una muchacha impertinente, si quieres que te dé mi opinión. Eso se debe al pelo rojo.

- Impertinente no, señor Johnson -le indiqué dulcemente-. Lo que sucede es que no me intimida vuestra impresionante reputación y vuestros modales groseros. He leído algunas de vuestras piezas y me gustaron inmensamente. Las hallé plenas de calor, ingenio y sabiduría.

- ¿De veras lo habéis hecho? - inquirió con un bufido.

- Cualidades que, desafortunadamente, no se manifiestan en el autor - añadí.

Johnson palideció, falto de palabras. Era evidente que aquel malhumorado viejo oso no estaba acostumbrado a tales impertinencias, en particular si venían de labios de una insignificante muchacha como yo. A base de recibir constantemente el halago por parte de los colegas y cronistas, que le decían que era un Gran Hombre de Letras con un tremendo futuro por delante, les había tomado la palabra y representaba el papel con

una excentricidad cuidadosamente cultivada. Era indudable que se trataba de un gran escritor... a mí me había encantado su poema “Londres”, me había conmovido profundamente su relato de La vida de Richard Savage... pero aquel hombre también era un afectado y viejo farsante.

- ¡ Touché otra vez, Sam! - exclamó Garrick, entusiasmado-. Parece que por fin has encontrado a alguien capaz de enfrentarse a tus faroles.

- ¡Faroles, ya lo creo!

- Sam es en realidad el más bueno y gentil de los hombres, ¿sabéis? - me explicó Garrick -. Vive en constante temor de que el mundo lo descubra.

- Su secreto está a salvo conmigo - dije yo.

Garrick sonrió burlón. Johnson estaba que echaba chispas, pero me miró con un nuevo interés, y me pareció detectar un tenue brillo de diversión en aquellos perspicaces ojos miopes. Cam tenía una expresión pétrea en el rostro. Hubo un momento de incómodo silencio y luego, recordando las instrucciones de la señora Wooden sobre cómo hacer las presentaciones en debida forma, presenté a Cam y a Bancroft a los otros dos hombres. Johnson lanzó un gruñido, Garrick se inclinó haciendo una exagerada reverenda.

- El señor Garrick es actor -les dije.

-Eso es obvio -gruñó Cam.

- Os he visto actuar - comentó Bancroft -. Tengo entendido que estáis formando una nueva compañía.

-Así es, y espero ser capaz de convencer a la hermosa Miranda de que acepte firmar un contrato conmigo. Una belleza semejante iluminaría cualquier escenario que ella se dignase pisar.

- A Miranda no le interesa en absoluto la escena, Garrick -le dijo Cam.

-¿Ah, no?

- En lo más mínimo.

Garrick se volvió hacia mí.

- ¿Vuestro tío, supongo?

-Soy el protector de Miranda -le hizo saber Cam con frialdad.

-Yo soy sólo un amigo -añadió Bancroft.

- ¿Protector? - inquirió Garrick, parpadeando-. Me parece que vuestra Marcelon estuvo tergiversando las cosas de un modo atroz aquel día. Tendré que regañaría severamente. Y vos, hermosa mía, debéis venir al Drury Lane a ver lo que estoy haciendo en aquel lugar.

- Me temo que Miranda no tendrá ocasión de aceptar vuestra invitación, Garrick - observó Cam, que tenía la voz tan dura como el acero-. Va a estar muy ocupada, os lo aseguro.

Garrick ignoró estos comentarios y, tomándome la mano, se la llevó a los labios y dijo que haberme visto de nuevo había sido para él un placer abrumador. Cam se puso tenso a mi lado, pero Garrick permaneció totalmente imperturbable ante la manifiesta hostilidad de mi escocés. Después de soltarme la mano me dijo que esperaba volver a tener el placer de verme muy pronto, y luego cogió al malhumorado Johnson por un brazo y lo condujo hasta una mesa situada al fondo de la habitación. Bancroft dijo que nuestro carruaje ya debía de estar esperándonos en la Plaza de Covent Garden y sugirió con mucho tacto que nos fuéramos. Cam asintió brevemente, y sentí una extraña sensación de júbilo cuando me cogió el brazo y me condujo fuera del local. Estaba celoso, realmente celoso. Y uno no se pone celoso si no es porque ama. Yo quería dar un salto hacia atrás para entrar a darle a Davy Garrick un gran abrazo por haber suscitado todo aquello, pero en aquellas circunstancias habría resultado ciertamente de lo más desaconsejable.

6

El señor Sheppard dio un profundo suspiro, se ajustó los anteojos y aceptó de mala gana pagarme veinte libras por los dos relatos. “Bolsillos” era la historia que yo le había descrito a Bancroft en Green tres semanas atrás, y “El precio del pecado” trataba de una prostituta muy joven que se había visto obligada a salir a las calles a la edad de nueve años, que a los catorce estaba echada a perder a causa de la enfermedad y la bebida, y que por fin había encontrado alivio al saltar desde Tower Bridge para morir ahogada en el Támesis. No eran historias felices, ninguna de las dos, sino que reflejaban la vida que yo había conocido en St. Gilles, y ambos personajes eran típicos entre los miles que luchaban por sobrevivir en los barrios bajos de Londres. Al igual que “La niña bebedora de ginebra”, parecían haberse escrito solos a medida que las palabras fluían a raudales. Me habían llevado una tarde de trabajo cada uno.

- Vais a llevarme a la bancarrota - gruñó Sheppard mientras firmaba un vale-. ¡ Diez libras un relato! Si mis otros colaboradores llegasen a saberlo... - Se estremeció ante aquel pensamiento y agitó el papel en el aire para que se secase la tinta.

- Con gusto llevaré los cuentos a otra parte - le dije yo dulcemente-. Después de “La niña bebedora de ginebra” seguro que habrá otros editores que tengan interés en M. J. y que incluso estén dispuestos a pagarme más de diez libras. Si a vos os resulta tan abusivo...

- ¡ Ni se os ocurra pensarlo! - protestó él-. Esperad aquí. Iré a buscar el dinero yo mismo.

No me quedó más remedio que sonreír mientras el pulcro y azarado hombrecillo correteaba hacia la puerta de la oficina. Puede que Sheppard fuera un gruñón, natural-mente -yo sospechaba que todos los editores gruñían más por costumbre que por otra cosa-, pero no iba a arriesgarse a perderme, no después de que “La niña bebedora de ginebra” hubiese resultado ser un éxito tan tremendo. El número de The Band donde se había publicado lo habían puesto a la venta tres días después de nuestra cena en el Green y se había agotado en unas horas, por lo que lo habían vuelto a imprimir no una sino tres veces más, y todo por “La niña bebedora de ginebra”. La historia parecía haber cogido a Londres al asalto en el sentido literario, siendo el principal tema de conversación en todos los cafés, en los que se debatía apasionadamente la verdadera identidad de M. J. Varios escritores de segunda habían dejado caer modestamente que ellos eran los responsables de la pieza, aunque ninguno pudo aportar pruebas; y por su parte Sheppard se negó a proporcionar ni siquiera la más leve insinuación acerca del autor.

A mí me había divertido enterarme de que muchos afirmaban que era Sammuel Johnson quien la había escrito, alegación que el viejo oso había negado acaloradamente. Era una obra notable, declaró, digna de Defoe en su mejor época, muy emocionante, fuerte, escrita en una prosa vigorosa y conmovedora, pero él no podía atribuírsela por mucho que le hubiera gustado hacerlo. El autor era obviamente alguien de mediana edad, añadió, porque el relato reflejaba toda una vida de atenta observación de la condición humana. El sentimiento y la compasión de la pieza indicaban que el autor bien podía ser un hombre perteneciente al clero, lo cual explicaría el seudónimo. Aunque compasivo, “La niña bebedora de ginebra” hacía gala de un crudo realismo, y podía hacer que las altas jerarquías mirasen con recelo a cualquier clérigo que lo hubiese escrito. Johnson concluía diciendo que le gustaría

conocer a M. J. e invitarlo a cenar. Me pregunté cuál sería su reacción si yo llamase a su puerta y le dijera que había decidido aceptar su invitación. Un ataque de apoplejía, probablemente.

Sheppard me había proporcionado gran parte de aquella información, y la señora Wooden el resto, porque yo no pude resistir la tentación de compartir mi secreto con ella. Era muy emocionante haber suscitado tal furor y ser el objeto de tantas especulaciones, pero me parecía que era un alboroto demasiado grande por una historia tan breve. Y además, yo estaba demasiado atareada copiando el nuevo libro de Cam y manteniendo la casa en marcha para prestarle atención al asunto. De vez en cuando sacaba el ejemplar de The Band del lugar donde lo tenía escondido y lo contemplaba, y siempre sentía la misma extrañeza que la primera vez que lo viera. Volvía aquellas lujosas páginas satinadas. Leía las bellamente impresas letras, estudiaba el grabado que le habían encargado especialmente a Hogarth para mi relato y la extrañeza me invadía de nuevo, aunque en cierto modo me pareciera que todo aquello no tenía nada que ver conmigo, Miranda, la que vivía en Greenbriar Court.

“Qué más da”, pensaba yo con tristeza. Con un escritor en el patio ya había bastantes problemas. Cam había empezado El extranjero venido del Japón a la mañana siguiente de nuestra salida con Bancroft, y había estado trabajando con furia desde entonces, trabajando como un poseso, forzándose de un modo deplorable, casi como si estuviese celebrando una carrera consigo mismo. Por alguna razón pensaba que tenía que acabarlo antes de finales de julio, y en tres semanas llevaba ya hechas trescientas hojas. Escritas a velocidad de vértigo, aquellas páginas estaban cargadas de pasión y llenas de una acción tormentosa, las más excitantes que hubiera escrito nunca, y aquellos detalles exóticos sobre el Japón y sobre las bárbaras costumbres japonesas añadían un nuevo condimento que seguro llegaría a cautivar a sus lectores. Jeremy Hammond, el guerrero samurai inglés que hace estragos en mansiones solariegas, era el héroe más vivo de Cam, quien nunca había empleado el motivo de la venganza de un modo tan poderoso... ni con una dosis tan fuerte de violencia. A base de liquidar a enemigos villanos con sable de samurai o de acostarlos sobre estacas de bambú afiladas como cuchillas de afeitar, Hammond por fuerza habría de hacer el deleite de todos aquellos lectores de Roderick Cane que se recreaban en tan sangriento repertorio. Puede que el libro fuese un espeluznante y tormentoso melodrama, pero estaba escrito con gran vigor e innegable brío.

Al trabajar con tanta furia, pues a menudo se pasaba sin dormir cuarenta y ocho horas de un tirón, Cam se había puesto de un variable humor. Estallaba a la menor provocación, tiraba cosas por todas partes, gritaba; o por

el contrario, se ponía horrible y silencioso, meditabundo, lo que hacia que me recordara un barrilete de pólvora a punto de estallar. Desde luego yo había estado terriblemente ocupada, de eso no había duda. Le daba de comer, iba a comprarle lo que necesitaba, saltaba de acá para allá recogiendo lo que él desperdigaba, y el resto del tiempo me lo pasaba copiando aquella riada de páginas que salía de su pluma. Apenas si había podido meter dentro de aquel apretado programa las clases diarias con la señora Wooden, y el hecho de que hubiese sido capaz de escribir dos relatos propios me tenía perpleja. Puede que el misterioso M. J. fuera la sensación de los cafés, pero Miranda James tenía poquísimo y muy precioso tiempo para regalarse con fantasías acerca de la fama y de la fortuna. Me encontraba demasiado ocupada viéndomelas con Cam Gordon y su alter ego.

Me puse en pie cuando Thomas Sheppard volvió a entrar en el despacho con el dinero. Aquellos grandes ojos azules tenían una expresión de martirio al entregármelo y mientras miraban, afligidos, cómo yo sacaba la bolsa de gamuza y dejaba caer el dinero dentro. Tras apretar bien el cordón, me oculté cuidadosamente la bolsa en el corpiño del vestido de muselina estampada. Las mejillas del señor Sheppard se tornaron de un rosa vivo.

-¿No resulta un... eh... un lugar más bien raro para guardar el dinero?

- Puede ser - admití-, pero es muy seguro. Nadie podrá afanármelo a no ser que me metan una mano entre las tetas. Y haría falta un ladrón verdaderamente desvergonzado para hacer una cosa así, ¿no le parece?

-Yo... eh... sí, supongo que si.

Las mejillas se le encendieron aún más.

- Me sé todos los trucos - le dije yo en tono desenfadado-. Yo misma era ladrona antes, ¿sabéis? Ni en sueños se me ocurriría llevar el dinero en el bolsillo o en un bolso. Es como pedir que le roben a uno.

- Sois una joven sorprendente, Miranda.

- No veo nada de sorprendente en el hecho de que sepa cuidar de mí misma. Sería una puñetera... sería una verdadera idiota si no hubiese aprendido algo durante todos esos años que pasé en St. Giles.

Sheppard movió la cabeza de un lado a otro y se puso detrás del escritorio, acariciando perezosamente los reía-tos que acababa de comprar.

- Yo diría que aprendisteis muchísimo durante esos años - me indicó-. Estos relatos son soberbios. Espero que hagáis mas... lo antes posible.

-Tengo un par más que me rondan por la cabeza -le confesé -; pero tengo que madurarlos un poco hasta que estén en condiciones de plasmarlos en el papel.

Sheppard sonrió.

- ¿Madurarlos? Vuestro vocabulario ciertamente está aumentando.

- Me esfuerzo por aprender cinco palabras nuevas cada día. La señora Wooden me ayuda en la tarea. Elegimos una palabra, y luego me hace emplearla en diez frases distintas, cinco habladas y cinco escritas. No resulta nada fácil, puedo asegurároslo, pero después del trabajo que cuesta la palabra se queda grabada para siempre.

- ¿Y cuánto tiempo creéis que esos relatos tendrán que estar madurando?

- Eso nunca se puede saber. Le estuve dando vueltas a “Bolsillos” durante varias semanas antes de sentarme a escribirlo. “El precio” sencillamente me vino a la mente una mañana. Me pareció como si de pronto viera toda la historia. La escribí al día siguiente, en cuanto tuve tiempo para ponerme a ello. Copiar el libro de Cam me da una cantidad enorme de trabajo.

Sheppard frunció el ceño, pensativo.

- ¿Sabéis? - empezó, titubeando-. Puede que no fuese mala idea volver a nuestro viejo acuerdo con Sam.

- ¿Viejo acuerdo? - Me sentía confundida.

- Contratar a un copista que descifre sus manuscritos. Los gastos correrían por cuenta de la editorial - se apresuró a añadir-. Eso os daría libertad para producir vuestra propia obra. Podríais escribir muchas más historias.

- Pero...

- Vais a ser una escritora muy importante, Miranda. No creo que realmente tengáis idea de hasta qué punto sois buena. Sois un fenómeno raro y desusado, lo que se llama un escritor nato. Nacisteis con un notable don, un don que ahora estáis sólo empezando a desarrollar, y un día... un día que presiento no muy lejano... vais a ser aún más valiosa para “Sheppard and Company” que el propio Cam.

- Tonterías - le dije-. Cam es el escritor. Yo... yo sólo hago garabatos.

- Cam es un novelista muy competente. Sabe lo que quieren sus lectores. Y eso es lo que les da. Y lo hace extremadamente bien. Vos, por el contrario, escribís aquello que os dicta el corazón, lo que os sale del alma. Vos...

- Sólo estáis intentando halagarme porque queréis conseguir más relatos - le interrumpí. Mi voz sonó superficial, medio en broma, pero estaba muy preocupada por lo que él acababa de decirme y ya no quería oír nada mas-. Continuaré copiando los manuscritos de Cam, señor Sheppard. A él... a él le disgustaría horriblemente que las cosas cambiasen, especialmente ahora que está trabajando tanto.

- Lo amáis mucho, ¿verdad, querida?

-Creo que sí.

- Espero que no estéis herida demasiado gravemente.

- ¿Qué... qué queréis decir?

Sheppard titubeó, luego volvió a mover la cabeza y forzó una sonrisa asumiendo unos modales falsos y desenfadados que no lograron engañarme ni un instante.

-Nada -repuso animosamente-. Estoy encantado con los relatos. Publicaré "Bolsillos" en el próximo número de The Band, "El precio" saldrá en el número siguiente. Le encargaré a Hogarth más grabados, uno para cada relato. Lo que me recuerda que tengo un regalo para vos.

- ¿Un regalo?

Sheppard asintió. Abrió el cajón superior del escritorio y sacó un pedazo de cartón grueso con una tela tan delgada como un papel colgada encima. Me lo entregó, y cuando levanté la tela contemplé la ilustración original de Hogarth para "La niña bebedora de ginebra". Allí estaba mi Betty saliendo de la tienda de ginebra, apretando con un brazo contra el seno varias botellas. Le daba la otra mano al pequeño Joey, y tenía los ojos llenos de dolor. El propietario de la tienda la miraba lascivamente desde el escaparate, mientras una vieja alcahueta borracha como una cuba se hallaba despatarrada en la acera junto a los escalones, bien agarrada a una botella vacía. Era una escena que yo había tenido ocasión de presenciar a diario en St. Giles, extraída de la vida en toda su miseria, en toda su tristeza.

Yo sabía poco de Hogarth antes de que apareciese The Band. La señora Wooden me había informado con detalle, haciéndome saber el honor que para él suponía haber realizado la ilustración. Aunque despreciado por críticos y entendidos en materia de arte, Hogarth era uno de los más populares y controvertidos artistas del momento. Los progresos de la calavera, una serie de grabados terminada en mil setecientos treinta y cinco, había causado sensación, pues se trataba de una muy aguda crítica de la sociedad inglesa, y otra serie, Marriage a la Mode, completada solamente hacía un año, reflejaba ingeniosa y salvajemente las costumbres de apareamiento de la aristocracia. Últimamente Hogarth iba dedicando cada vez más tiempo al retrato, me había informado Marcelon, quien asimismo me explicó que hacía dos años, en el cuarenta y cinco, había pintado el retrato de Garrick caracterizado de Ricardo III, retrato que era, con gran diferencia, el favorito de Davy. Puede que Hogarth fuera arrogante y egoísta y estuviera menospreciado por el mundo del arte, pero ella, por su parte, lo consideraba un artista maravilloso.

-Yo... yo no sé qué decir, señor Sheppard -empecé a decir mientras contemplaba la bellamente ejecutada ilustración -. Hogarth es... es un artista muy famoso. La señora Wooden me ha hablado de él.

- Es famoso, exactamente - convino Sheppard -, pero por otro tipo de razones. Hace años que lo conozco... un tipo mucho más temperamental que cualquiera de mis escritores. Me está agradecido por los pequeños encargos que le encomiendo; le sirven "para hacer dedos", como él dice, aunque no vacila en cobrarme unos honorarios exorbitantes.

-Esto... esto debe de ser muy valioso -le dije.

- Probablemente lo será algún día. Me gustaría que lo tuvieseis vos.

El editor sonrió y me dio unas palmaditas en la mano. Aquel hombre era desconcertante, pensé. Parecía un duendecillo pasado y tímido, y sin embargo era uno de los hombres más listos y fuertes de la calle Fleet. Primero se hacía el mártir y rezongaba por tener que pagarme veinte libras, y luego se daba la vuelta y me regalaba un Hogarth original que debía valer varias veces aquella suma. Me encontraba profundamente conmovida y me resultaba difícil expresarme.

- Muchas... muchísimas gracias.

-Consideradlo un soborno -me dijo al tiempo que me acompañaba hasta la puerta del despacho-. "Sheppard & Company" desea todos los relatos que vos seáis capaz de producir, y también queremos esa novela, la novela que vais a escribir dentro de un año aproximadamente.

- Oh, ya me he dado por vencida con eso de las novelas. Lord John y lady Cynthia fueron suficiente para convencerme de que no poseo el oficio necesario. Los relatos son una cosa, pero una novela... eso se lo dejo a Cam.

- Ya veremos - comentó él.

- Gracias de nuevo por el Hogarth, señor Sheppard.

- Os aprecio mucho, querida - dijo abriéndome la puerta de la calle. La campanilla tintineó alegremente, como siempre-. Y no sólo porque vayáis a hacernos ganar una tremenda suma de dinero. Sois una criatura hechizante que habéis traído lozanía y vitalidad a esta rancia empresa que tan dolorosamente necesitaba de ello. Por eso os estoy agradecido.

-No tenéis por qué -le dije-. Pero aunque sea así, el próximo relato os costará doce libras.

Sheppard lanzó un sonido de exasperación y, bromeando, me empujó para que atravesara el umbral de la puerta y luego la cerró detrás de mí. Sonreí para mis adentros y me puse a caminar ágilmente por la calle Fleet, sujetando contra el pecho el Hogarth con sumo cuidado. Tendría que esconderlo, naturalmente. No podía exponerme a que Cam lo encontrase y empezase a hacerme un montón de preguntas. Lo envolvería en papel marrón y lo metería en el último cajón de mi escritorio junto con el ejemplar de The Rand y los manuscritos originales de mis relatos. El nunca curioseaba dentro del escritorio, consideraba que era mi territorio. Allí estaría seguro como en una tumba. Yo, dueña de un Hogarth original y veinte libras bien escondidas entre los pechos dentro de una suave bolsa de gamuza, dinero que había ganado yo solita. Y además honradamente. La vida era del todo sorprendente, eso es lo que era.

Tras esquivar a un repartidor de periódicos y rodear a un macizo caballero que se hallaba examinando libros dispuestos en una mesa a la puerta de una de las librerías, me quedé mirando la hilera de bonitos edificios

de polvorientos ladrillos marrón tostado y naranja, todos ellos muy manchados de hollín y maravillosamente decorados con molduras de escayola; los tejados quedaban situados a distintos niveles y de ellos emergía un bosque de chimeneas. Me sentí maravillada ante aquella ciudad increíble y bulliciosa donde podían pasar tantas cosas en tan poco tiempo. La golfilla de cara sucia que yo había sido un año antes, cuando afanaba relojes de bolsillo, era ahora el tema de conversación en los cafés, aunque fuese bajo un seudónimo. Había conocido al célebre Sammuel Johnson. David Garrick quería que trabajase en el teatro. Vivía con Roderick Cane, famoso en cierto aspecto - infame, ay, en los círculos literarios-, y Thomas Sheppard deseaba que escribiera nada menos que una novela. Era para asombrarse.

No le había dicho a Sheppard toda la verdad acerca de mi novela; no del todo. Lord John y lady Cynthia habían sido una dura prueba, es cierto, pero eso era antes de que escribiera los relatos. No me consideraba capaz de escribir una bonita novela romántica al gusto de la moda para que se entretuvieran las señoras que acariciaban perritos falderos subidos al regazo y comían bombones con la otra mano; yo no sabía nada de esa clase de vida. Pero una novela acerca de una muchacha que se cría en St. Giles y consigue levantarse por encima del mundo que la rodea... una novela, en fin, con un argumento que siguiera muy de cerca el hilo de mi propia vida, aunque fuera haciendo los cambios necesarios... eso era otro asunto completamente distinto. La titularía Annie la duquesa, y el protagonista masculino sería un pintor, no un escritor, y... Pero probablemente no la escribiría nunca, era una idea demasiado ambiciosa; me asustaba ponerme a ello, pero de todos modos allí estaba la idea, madurando a gran velocidad dentro de mi cabeza. Y en cualquier caso, ¿quién tenía tiempo para escribir una novela? Robar unas horas para escribir a toda velocidad un relato era una cosa. Emprender un proyecto de primera categoría como era una novela... resultaba sencillamente un sueño alocado. Había hecho bien manteniendo la boca cerrada en el despacho de Sheppard. No me habría hecho ningún bien andar parloteando acerca de semejante idea.

Perdida en mis pensamientos, bajé de la acera y avancé por la calzada sin molestarme en mirar a los lados. Un enorme carro de carga estuvo a punto de atropellarme; el fornido carretero agitó el puño y me maldijo con rotundidad. Instintivamente le hice una mueca y le enseñé el dedo corazón muy derecho, olvidándome por completo durante un momento de que se suponía que ahora yo era una señorita educada. Se quedó boquiabierto y casi se le cayeron las riendas, probablemente porque yo iba ataviada con un elegante vestido de color rosa y tenía un aspecto delo más refinado. Un hombre que pasaba por la acera también se quedó atónito. Le sonreí con dulzura y avancé hacia el angosto pasaje que conducía a Greenbriar Court. La soez golfilla que fuera no había sido aún exorcizada por completo. Tendría que ponerme a trabajar más en ello.

Y entonces me tropecé directamente con la mujer de la capa de seda violeta y casi la tiro al suelo; yo misma me tambaleé, dejé caer el Hogarth y lancé un tremendo “Mierda” tan fuerte que incluso espantó a las palomas que se arrullaban en las cornisas. A punto de desplomarme al suelo me llevé rápidamente la mano al lugar donde descansaba la bolsa de gamuza bajo el corpiño, dispuesta a arañar y dar patadas si la mujer aquella intentaba arrebatármela. Ya podía la muy sinvergüenza llevar un vestido de seda azul oscuro y aquella capa con capucha, que uno nunca puede fiarse de nadie.

-¿Estáis... estáis bien? -me preguntó.

- ¡No m'ha dolio! ¿Dónde está mi dibujo?

La mujer recogió el Hogarth de la acera. Se lo quité de las manos, y fue entonces cuando la reconocí. La capucha de la capa se le había deslizado hacia atrás sobre las lustrosas ondas de aquel pelo negro tan azulado. Un suave rubor rosado le sofocaba las mejillas, suaves como cremosas magnolias, y los ojos muy, muy azules estaban llenos de preocupación. De cerca, lady Arabella Dunston era aún más hermosa, tan hermosa que apenas si podía creerlo.

-Me temo que ha sido culpa mía -dijo. Tenía la voz suave y queda, una voz preciosa-. Estaba... preocupada. No miraba por dónde iba.

-Oh, no -protesté yo-. Ha sido culpa mía. Arremetí contra vos y casi os tiro al suelo.

Lady Arabella esbozó una gentil sonrisa y volvió a colocarse bien la capucha alrededor del rostro. La seda de color violeta intenso hacía que aquellos ojos parecieran de color azul violeta. Las largas y rizadas pestañas me dejaron maravillada, y lo mismo los párpados tenuemente sombreados de malva pálido y las cejas uniformes y perfectamente dibujadas. Emanaba compasión y ternura, un aura de gentileza y bondad que era tan intangible y real como el perfume. También mostraba una apacible tristeza en los ojos y en el semblante, y a mí me costaba creer que aquella mujer fuera la amante del traicionero Cumberland. No, aquella mujer no era ninguna fría y calculadora cortesana, ni tampoco una altiva puta de buena cuna con los instintos de una golfa de corazón de piedra.

- ¿Seguro que estáis bien? - murmuró con aquella voz queda y musical- Parecéis más bien aturdida.

- Estoy bien. Yo... debo disculparme por haberos hablado tan bruscamente. A veces no sé controlarme.

- No es necesario que me deis ningún tipo de disculpa.

He oído emplear esa expresión bastante a menudo, aunque nunca con una inflexión tan singular como la vuestra. ¿Se ha estropeado el dibujo?

Levanté la hoja de papel. Protegido por la rígida lámina de cartón sobre la que estaba montado, el Hogarth no había sufrido daños. Suspiré con alivio y volví a alisar el papel encima. Cuando levanté de nuevo la mirada hacia ella, lady Arabella apartó la vista, y tuve la fugaz impresión de que ella me había estado observando el rostro con atención, de que sabia quién era yo. Aquello era absurdo, desde luego. ¿Cómo podía

ser? Hubo un momento de silencio, y luego ella volvió a sonreír, me saludó con la cabeza y pasó junto a mí. Me volví y la estuve observando mientras avanzaba hacia la calle Fleet, donde un coche polvoriento y sin distintivo alguno la aguardaba. Evidentemente se trataba de un coche de alquiler por horas. Mirando brevemente a su alrededor con aprensión, como si temiese que la vigilasen, se cubrió más el rostro con la capucha, abrió la puerta del coche y saltó al interior.

El coche se alejó. Me quedé allí de pie, sólo a unos metros de distancia del pasaje que conducía a Greebriar Court, aturdida aún por el incidente. ¿Qué hacia la esplendorosa lady Arabella Dunston en la calle Fleet a aquellas horas de la tarde? ¿Y por qué llevaba una capa larga que la encubriera en un día tan caluroso? ¿Por qué viajaría la reconocida amante del duque de Cumberland en un coche polvoriento y lleno de salpicaduras de barro? Su actitud había sido... casi furtiva. Aquello era un enigma, verdaderamente. Las señoras bien no van solas y sigilosas por las calles de Londres en coches de alquiler, a no ser... a no ser que tengan una buena razón para querer pasar inadvertidas. Lo más probable era que algún hombre estuviera involucrado, pensé. ¿Sería posible que la amante del duque de Cumberland tuviese un amor secreto, que se viera con alguien en cualquiera de los cafés de la calle Fleet? Aquello explicaría la capa, el coche, la actitud furtiva de la dama.

¿Quién podría culparía?, pensé mientras caminaba despacio hacia el patio por el estrecho pasaje de ladrillo. Puede que ella fuera la amante del duque, pero yo no creía que aquella mujer hubiese tenido mucho donde elegir en todo aquel asunto. Una viuda sola y sin un céntimo no puede tener defensa alguna cuando el hijo del Rey decide que la desea. Sospechaba que ella se sentía reacia, pero era incapaz de rechazar a un hombre tan sumamente poderoso. Aquellos encantadores ojos se habían mostrado tan tristes la tarde en que yo la viera en la carroza... igual de tristes que hoy. Si ella tenía un amante secreto - algún joven tan pobre como ella, probablemente-, les deseaba lo mejor. Qué horrible debía de ser encontrarse en las garras de un hombre como Cumberland y ser víctima de su lujuria. Sólo el pensarlo me producía escalofríos. Pobre lady Arabella. Ciertamente no la envidiaba.

Cam seguía arriba, en el estudio, cuando entré. Oculté el Hogarth en el escritorio, y también el dinero. Aprovecharía la primera oportunidad para dárselo a Bancroft. Él ya había invertido las cinco libras que yo había ganado con “La niña bebedora de ginebra” y me dijo que estaba seguro de que las doblaría a no tardar. Consulté brevemente el reloj y vi que eran casi las cinco. Hora de empezar a pensar en la cena de Cam. Había media empanada de buey en la despensa. Podía calentarla, o bien acercarme a la casa de comidas y subirle algo más sustancioso. Mi escocés no había tomado nada a mediodía; irritado, me había echado de la habitación cuando subí a preguntarle qué quería. Estaba trabajando demasiado y no comía como es debido. Me prometí a mi misma que aquella noche Cam tendría una comida como Dios manda.

No estaba trabajando cuando entré en el estudio. Lo encontré de pie ante la ventana con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando con fijeza y melancolía hacia el patio. Había algo que le molestaba, eso se me hizo evidente en cuanto volvió el rostro hacia mi. Tenía los ojos de un oscuro color azul, un profundo surco se le había formado entre las cejas, y los músculos faciales estaban tensos. La luz de la tarde que penetraba a raudales por la ventana, detrás de él, hacía que su pelo negro y acerado lanzase destellos de un azul profundo. Se acercó a¡ escritorio, hosco, molesto por mi presencia. Parecía más delgado y agotado, pensé, y se le habían formado unas débiles ojeras. Me dieron ganas de acercarme a él, echarle el mechón hacia atrás, acariciar la flaca mejilla y consolarlo, pero Cam había vuelto a levantar aquel muro invisible y yo sabia que no podía llegar hasta él.

- ¿Sucede algo malo, Cam? -le pregunté entonces con voz queda.

Hizo un gesto negativo con la cabeza y levantó la torcida lechuza de peltre que reposaba sobre las páginas que había escrito aquel día. Que era un considerable montón, observé. Se quedó mirando las páginas, pero algo me decía que él no estaba pensando precisamente en el libro. Al cabo de un momento volvió a poner la lechuza sobre las hojas de papel; luego frunció el ceño y alzó la vista, como sorprendido de que yo aún continuase allí de pie.

- He venido a preguntarte qué quieres para cenar - le dije-. Hay un poco de empanada de buey que podría calentarte, pero si quieres me acerco a la casa de comidas y...

- Esta noche no voy a cenar en casa, Miranda.

- ¿Vas a salir?

- Bancroft ha venido mientras tú estabas fuera. Voy a reunirme con él en el club, y después de cenar a lo mejor nos quedamos por ahí toda la noche. No tengo la menor idea de a qué hora volveré.

-Ah... ya comprendo.

- Quiero terminar este capítulo antes de marcharme. Te dejaré las páginas sobre tu escritorio. Puedes empezar a copiarlas cuando me vaya.

Sus maneras eran frías y distantes. Me estaba despidiendo con toda claridad. Me di la vuelta y, lívida, salí de la habitación. Puede que Cam tuviera algo en la cabeza, que hubiese algo que le preocupaba, pero ésa no era razón para que me tratase como si yo tuviera alguna enfermedad contagiosa. Yo tan preocupada por aquel hombre, y él despidiéndome como si fuera una criada molesta. ¡Cabrón!

Poco antes de las ocho me encontraba en el sofá del cuarto de estar, leyendo, cuando entró él. Se había puesto la levita nueva, aquella marrón tan elegante, las calzas, el chaleco a rayas y la corbata de color azul cielo. Seguía teniendo el rostro extenuado. Parecía muy tenso. Las ojeras estaban aún más pronunciadas. Me miró brevemente, dejó las hojas sobre el escritorio y se marchó sin pronunciar palabra. Un verdadero encanto, es lo

que era. Si pensaba que iba a dejarme las pestañas a base de copiar aquel puñetero manuscrito mientras él se lo pasaba en grande de juerga en el centro, estaba en un lamentable error.

Sin embargo lo copié todo, hasta la última página, pues me quedé a trabajar hasta muy tarde. La casa estaba quieta, muy solitaria, y Greenbriar Court se encontraba sumido en el mayor de los silencios. Cuando terminé era bien pasada la medianoche, las velas ardían casi consumidas derramando sombras de un dorado pálido sobre la pared. Intranquila, estuve vagando por las habitaciones deseosa de que él regresara y sintiéndome perdida y a la deriva sin él en casa. Me había acostumbrado tanto a tenerle cerca... a regañarle, a machacarle, a bromear, a atenderle, a amarle... que incluso una separación temporal como aquella me dejaba vacía y desorientada. Bien es cierto que podían pasar horas sin que yo lo viese, siempre encerrado allí, en el estudio, y yo atareada con mis labores, pero el mero hecho de saber que él se encontraba en casa me proporcionaba una sensación de seguridad. Sin Cam cerca me sentía incompleta, como si me faltase una parte vital de mi propio ser.

Me fui a la cama y pasé horas contemplando la luz de la luna que jugueteaba en el techo; observé los dibujos moteados entre grises y plateados que formaba y escuché los crujidos y gemidos de la casa, prestando mucha atención para ver de oír el sonido de sus pisadas sobre los guijarros. Finalmente, exhausta, me quedé dormida y me desperté con aquel cuerpo enjuto tendido cuan largo era sobre mí, un brazo curvado alrededor de mi hombro, una pierna extendida pesadamente sobre las mías. Tenía la nariz enterrada en mi garganta. Aquel lustroso pelo negro como el acero me acariciaba la mejilla. Había dejado la levita encima de una silla. La corbata y la camisa colgaban a mi lado, y las medias y calzas estaban caídas en el suelo. Cuando cerré los ojos por última vez ya debía de haber amanecido. El brillante sol de la mañana doraba el techo.

Oí arrullarse a las palomas y escuché los sonidos del tráfico en la calle Fleet. La campana de una iglesia cercana dio las horas. Las diez. Hora de levantarme. La señora Wooden ya debía de estar esperándome. Me revolví, intentando desprenderme de mi escocés. Cam hizo un ruido entre sueños y me acercó más a él. Le empujé ligeramente a un lado. Me abrazó con más fuerza, y yo me removí; frunció el ceño, tiró de mí hasta situarme debajo suyo y me aprisionó con el peso de su cuerpo. Noté que su virilidad crecía por momentos, cálida y rígida. Hice un valiente esfuerzo por apartarlo, recordando mi enojo anterior, recordando el modo en que Cam me había tratado, pero él era demasiado fuerte y estaba demasiado decidido. Me penetró de forma exuberante, con una fuerza sorprendente que hizo que yo me olvidara del enojo, me olvidara de todo menos del glorioso tormento del momento y de la dicha que aumentaba con cada una de aquellas salvajes acometidas.

Cam salió varias veces más con Bancroft durante las dos semanas siguientes, y yo no me quejé, aunque cada vez que se ausentaba lo echaba de menos de una manera espantosa. El y Bancroft tenían que hablar de negocios, me explicó, porque Bancroft iba a invertir el dinero que Cam había recibido por El extranjero venido del Japón y aquello necesitaba muchas y largas conferencias siempre por la noche, claro, siempre en el club de Bancroft, y siempre también se iban a continuación a recorrer la ciudad. Yo me decía que Cam necesitaba relajarse de alguna forma, porque continuaba trabajando sin parar, como un poseso -el libro estaba ya casi terminado, sólo le faltaban tres capítulos más-, pero eso no hacía que las noches solitarias fuesen más fáciles de soportar.

Yo no hacía más que desear que Bancroft viniera a casa a buscarlo alguno de aquellos días para poder darle a escondidas, antes de que salieran, las veinte libras a fin de que las invirtiese, pero nunca lo hizo. Estuve varias &emanas sin verlo. Y me estaba empezando a impacientar terriblemente. Veinte libras eran una cantidad de dinero tremenda. No hay que decir lo que podían estar produciéndome de haberlas tenido invertidas como es debido. Cam salió con Bancroft un miércoles por la noche, y la tarde siguiente decidí resolver el asunto por mi cuenta. Eran pasadas las tres, cuando ya había terminado mis tareas de copista y Cam se hallaba trabajando afanosamente en el piso de arriba después de haber dormido hasta casi mediodía. Me puse el vestido de lino a rayas cremas y marrones, me cepillé el pelo y entré en el estudio a decirle a Cam que me iba de compras. Frunció el ceño y me despidió con un gesto impaciente de la mano, tan inmerso en el trabajo que lo más probable era que ni siquiera me hubiese oído.

El Banco de Inglaterra se hallaba emplazado en la calle Threadneedle, lo que suponía un bonito y largo paseo, pero era una tarde muy agradable y las vistas y los sonidos de Londres tenían una fascinación sin fin, como siempre. El banco, sabía yo, se había trasladado a Grocer's Hall en mil setecientos treinta y cuatro, y el nuevo edificio se alzaba allí donde en un tiempo estuviese situada la casa de sir John Houblon, uno de los primeros directores del banco. En principio había quedado rodeado por la iglesia de St. Christopher le Stocks, tres tabernas y varias casas particulares, pero luego éstas habían sido demolidas y nuevas oficinas se habían ido añadiendo a la casa original, el atrio de cuya iglesia servía ahora de jardín central al banco. Era un edificio extremadamente imponente y sobrecogedor -todo aquel dinero guardado en bóvedas, todos aquellos guardas, todas aquellas transacciones que allí se llevaban a cabo-, pero caminé con paso decidido a través del atrio y entré en el banco exactamente igual que si aquella situación fuese algo que yo hacía cada día.

El valor me abandonó una vez estuve dentro. Había allí tantas mesas, tantos escritorios, tantos empleados garabateando en libros de contabilidad, tantos hombres que iban y venían y tantos de ellos con un aspecto imponente... No sabía a dónde dirigirme. Un hombre alto y sobriamente vestido se me acercó por fin, con el recelo reflejado en los ojos, de un color azul claro muy vivo. Era calvo casi por completo y tan flaco como una varilla, con unos modales engreídos y oficiosos que tuvieron la virtud de desanimar-me de inmediato. Me preguntó si podía hacer algo por mí. Le dije que yo era la señorita Miranda James y que necesitaba ver urgentemente al Honorable Richard Bancroft. Aquel hombre esbozó una mueca irónica y me dijo que aquello no

seria posible a menos que tuviese concertada una cita previa. El con tantos aires de superioridad, y yo con mis veinte libras bien guardadas en el corpiño; aquello hizo que me hirviera la sangre, ya lo creo. Le informé con la voz más altanera que pude de que yo no tenía necesidad de concertar ninguna cita previa, y añadí que si sabia lo que le convenía, lo mejor era que se apresurase a mover el culo, o de lo contrario se lo iba a encontrar lo que se dice al aire.

El hombre se puso pálido. Se echó un poco hacia atrás. Luego se quedó mirándome con horror, petrificado durante un momento, y finalmente salió corriendo como un conejo asustado y desapareció tras una puerta. ¡ Maldito cabrón! Tratarme como si yo fuera su inferior, él, un empleaducho de poca monta. Comencé a dar impacientes golpecitos con el pie mientras esperaba a que regresara. No lo hizo. Cinco minutos después un joven más bien bajo pero con los fuertes músculos resaltándole bajo la levita vino a decirme que lo siguiera. Tenía el cabello rubio muy lustroso y una cara agradable aunque tosca, y parecía divertido mientras me guiaba por un largo pasillo situado en una de las alas nuevas del edificio. Pensé que probablemente se trataría de un guarda. ¿Se pensarían acaso que yo venia a atracar el banco? Por fin se detuvo delante de una puerta, llamó a ella vivamente para pedir permiso y me condujo al interior del despacho de Bancroft.

- Eso es todo, George - le dijo Bancroft.

El joven sonrió burlón.

- ¿Quiere que me quede aquí fuera por si acaso se pone violenta?

-Ya te llamaré si necesito ayuda.

-Yo tendría cuidado -le aconsejó el joven-. A mime parece bastante peligrosa.

Bancroft emitió una risita mientras el musculoso rubio se marchaba cerrando la puerta tras de sí. Aquél llevaba unos zapatos negros y medias blancas de seda, calzas de terciopelo verde selva que le llegaban hasta la rodilla, y una delgada camisa blanca de linón cuyas mangas se había arremangado por encima del codo. La levita de terciopelo verde junto con la preciosa corbata de seda estaban colgadas del respaldo del sillón que había tras el escritorio. Este tenía encima montones y montones de papeles, libros de contabilidad y documentos de aspecto oficial con sellos pegados. Allí, en aquel despacho lujoso con ventanas que daban al jardín, Bancroft rezumaba un aire de confianza y de autoridad que resultaba muy tranquilizador.

- Pero... ¿puede saberse qué es lo que le has dicho a Tanner? - me preguntó-. Estaba convencido de que eras una loca, se ha negado a volver a buscarte él mismo y me ha dicho que lo mejor seria enviarte un guarda.

-El cabrón ese no me dejaba verte. Y le he dicho que haría mejor moviendo el culo y aprisa. Creí que iba a desmayarse de la impresión.

-Y me sorprende que no lo hiciera. Ahora está en el lavabo, intentando recuperarse un poco del susto. Te encuentro maravillosamente radiante esta tarde, señorita James. ¿A qué debo el placer de tan inesperada y al mismo tiempo altamente divertida visita?

- Si te refieres a por qué estoy aquí, he venido por negocios.

-¿Oh?

Me incliné hacia adelante, busqué entre los pechos la bolsa de gamuza, saqué el dinero y se lo entregué. El pareció sorprenderse tanto como Sheppard al ver el escondrijo que yo tenía para el dinero, y me estuvo observando con considerable interés mientras yo volvía a meterme la bolsa vacía en el mismo lugar donde la había traído, aunque se mostró visiblemente impresionado cuando le dije que había allí veinte libras y que quería que las invirtiese en mi nombre. Entonces se puso de lleno al negocio; contó el dinero, me extendió un recibo y lo firmó con actitud muy seria. Tenía el pelo rubio revuelto y los ojos castaños se habían puesto otra vez risueños cuando me entregó el recibo. Lo doblé y lo puse a salvo junto a la bolsa de gamuza, un acto que Bancroft contempló sin que su interés disminuyera un ápice.

- ¿Y a ti qué tal te ha ido la mañana? - le pregunté cuando acabé.

- Me temo que completamente frenética. Las cosas se amontonaron en Change Alley. Yo ya estaba allí a las nueve, haciendo trueques con los comerciantes. El azúcar ha cobrado de pronto gran importancia. He hecho inversiones en varias plantaciones de caña.

Los agentes de cambio y bolsa de las compañías de comercio se habían estado reuniendo en el Royal Exchange hasta mil seiscientos noventa y ocho, según me habían dicho, y luego se trasladaron al Jonathan's Coffe House, en Change Alley, y allí fue donde se creó la Bolsa de Londres. Bancroft pasaba casi tanto tiempo en el Alley como en su despacho del banco. Algunos lo llamaban el centro financiero del mundo, pues las actividades que allí se llevaban a cabo en cualquier mañana afectaban a toda Europa.

-Cam ha estado durmiendo hasta mediodía -le comenté yo de pasada.

Bancroft se bajó las mangas, se abrochó los puños y se puso la levita de terciopelo verde selva.

-Bravo por él -dijo, alisándose las solapas-. Ojalá yo hubiese podido hacer lo mismo.

- Debe de haberte resultado muy difícil levantarte hoy temprano después de retirarte tan tarde anoche. ¿A qué hora exactamente volvisteis a casa? ¿A las tres? ¿O eran ya las cuatro?

-Yo a las once ya estaba en la cama, muchachita. Estos días me he vuelto de lo más virtuoso. Y la verdad es que resulta espantosamente aburrido.

-Tú... ¿no estuviste anoche con Cam? -le pregunté con cautela.

- Hace semanas que no lo veo - repuso Bancroft.

Cogió la corbata de color amarillo tostado, se la colocó alrededor del cuello y se acercó a un espejo, haciéndose el nudo con gran destreza. Sentí una plomiza sensación en el estómago. El pecho parecía habérseme

quedado quieto, como si estuviera muerta. Bancroft se atusó el pelo hacia atrás, ahora pulcro y resplandeciente, y con una sonrisa más bien burlona en los labios se volvió hacia mí.

-Ya he trabajado lo suficiente por hoy. Puesto que vas a ser una de mis clientes más importantes, lo menos que puedo hacer por ti es llevarte a tomar el té. Te agasajaré a base de diminutos pasteles helados y de bocaditos de berros y... - Se detuvo de repente y me examinó con atención-. ¿Acaso no te encuentras bien, Miranda?

Moví negativamente la cabeza. Luego le dije que me encontraba bien. Bancroft me cogió por los hombros y me ayudó a sentarme en uno de los cómodos sillones que allí había. Me sentía como si estuviera en trance. Había copas y una licorera de cristal sobre una mesa, debajo de una de las ventanas. Me sirvió un brandy y me obligó a bebérmelo. Tenía un gusto horroroso y me quemó la garganta al bajar, me quemó hasta las entrañas, pero empecé a sentirme mejor casi de inmediato. Noté que el color me volvía a las mejillas y le dirigí a Bancroft una sonrisa de disculpa.

-Su... supongo que habrá sido por la caminata. Hoy hace un calor horrible, y... ya estoy bien, Dick. ¡Deja de una vez de mirarme como si estuvieras contemplando el interior de una tumba abierta!

Continuó alborotando sobre mi estado, y me costó mucho convencerle de que no iba a desplomarme desmayada. Yo no era de ésas. Insistió en acompañarme hasta Greenbriar Yard en su propio carruaje, y aunque yo hubiese preferido estar a solas para poder pensar con mayor tranquilidad, no encontré la manera de negarme. Sin dejar de revolotear a mi alrededor como una madre gallina con un pollito frágil, me ayudó a subir al coche, que había hecho llevar hasta la calle Threadneedle. Aquellos cálidos ojos castaños estaban llenos de preocupación y me hablaba en voz queda y cautelosa, como si yo ya me estuviese hundiendo en el último y eterno sueño. Cuando me cogió una mano y empezó a darme palmaditas ya no pude aguantarme más. Di un tirón de la mano y le dije que sino dejaba de hacerse la clueca conmigo lo pondría a cantar como una soprano. Entonces lanzó una risita y disminuyó la vigilancia.

Cuando el carruaje se detuvo en la calle Fleet delante del pasaje, me ayudó a salir, y yo le dije que prefería que no me acompañase hasta la casa. Bancroft protestó. Le lancé una mirada que debió dejarlo de piedra. Movió la cabeza, sonriendo, luego me dio un abrazo y volvió a trepar al interior del carruaje. Con considerable alivio le vi alejarse; permanecí allí de pie durante unos momentos, tratando de hacer acopio de serenidad. La calle Fleet estaba tan bulliciosa como siempre, los carruajes retumbaban sobre los guijarros, los repartidores de periódicos pregonaban las noticias, los periodistas corrían de acá para allá, pero yo me encontraba totalmente ajena a todo ello. Ya no me sentía aturdida, ya no me sentía asustada, no sentía dolor ni desengaño. En cambio notaba cómo crecía en mí una ira fría y dura y una determinación tan fuerte como el acero que nada podía hacer tambalearse.

Me había estado mintiendo. Todo aquel tiempo me había estado mintiendo. Seguía profundamente enredado con los rebeldes, como siempre. Era uno de ellos, lo había sido durante todo el tiempo, y nada más que desastres podían resultar de todo aquello. El viaje a Escocia... también me había mentido acerca de ese asunto, ahora estaba segura... y aquel encuentro “casual” con el pelirrojo en el local del Green había sido una cita cuidadosamente concertada de antemano. Llevaban meses y meses celebrando reuniones secretas para elaborar algún diabólico complot, lo habían hecho siempre desde Culloden, y el instinto me decía que las cosas se estaban acercando ya al punto culminante. Por eso se mostraba Cam tan ansioso por terminar el libro. Por fin se habían decidido a dar el paso definitivo. ¡ Pensar que era posible que tuvieran que enfrentarse a alguien tan poderoso como Cumberland...! ¡ Aquello era la locura! Cam Gordon era un maldito chiflado, y de algún modo, no importa de qué modo fuera, yo iba a tener que salvarlo del desastre al que él tan ciegamente se precipitaba.

7

Los obreros serraban, martilleaban, enlucían las paredes, todo el teatro era un avispero de actividad, un caos de golpes, batacazos y gritos, aunque había un curioso orden en todo ello. Mientras David Garrick nos acompañaba por el pasillo principal, señalando con orgullo hacia el techo recién enlucido y bellamente decorado, me pregunté cómo podía llevarse a cabo cualquier cosa en medio de aquella confusión; pero los resultados comenzaban a notarse. Una flota de aprendices de tapicero estaban muy atareados arrancando las viejas fundas de las filas de asientos, y el polvo volaba mientras el tapicero discutía a voz en grito con un mercader regordete que desplegaba un rollo tras otro de terciopelo azul, al parecer ninguno de ellos satisfactorio. Sobre el gran escenario desnudo los obreros estaban desembalando un enorme candelabro cuyas colgaduras de cristal tintineaban ruidosamente.

- Azul, oro y gris ceniza pálido - decía Garrick -. Los asientos y las cortinas serán de un bonito azul profundo, las paredes estarán cubiertas de brocado azul cielo con un estampado en relieve que forma flores de lis doradas. Columnas de mármol color marfil, adornos dorados, colgaduras de terciopelo gris ceniza... estoy harto del rojo, aburrido de tantos adornos chillones. La elegancia suave y la armonía de color, eso es precisamente lo que persigo.

- Va a quedar encantador, Davy - exclamó la señora Wooden -. Todo esto debe de estar costándote una fortuna.

- Así es - confesó Garrick -. Y confío en que la primera temporada me reporte un éxito arrollador. ¡Cuidado con el candelabro! - gritó-. Nada más que el mejor terciopelo, el brocado más fino, auténticos adornos de pan de oro... los dorados los están haciendo un grupo de artesanos italianos traídos especialmente para esa tarea. Todos los cambios estructurales ya se han terminado, se han derribado tabiques, se han reforzado los cimientos, se han construido las nuevas escaleras, se han añadido los palcos... lo que veis ahora es el acicalamiento final. Una vez estén tapizados los asientos y los candelabros colgados, se hayan tapizado las paredes y extendido las alfombras, este lugar os dejará ojos atónitos.

- El Drury Lane va a convertirse en el teatro más deslumbrante de toda Inglaterra - se apresuró a asegurar la señora Wooden.

- Del todo el mundo - la corrigió al punto Garrick-. Y también va a ser el mejor. Vamos, os llevaré a ver el escenario. Ojo con esas cuerdas. Me siento encantado de que pudierais venir, señorita James. Ya había perdido cualquier esperanza de volver a veros.

- Marcie insistió mucho - dije yo.

- La verdad es que yo le dije que si aparecía por aquí sin vos la estrangularía aquí mismo - me explicó él-. Tengo mucha práctica, a fuerza de representar Otelo tan a menudo. ¿Os gusta lo que veis?

- Al parecer estáis haciendo una magnífica labor, señor Garrick.

- Para vos, Davy. A ver, dadme la mano, estos escalones son un poco traicioneros. En realidad yo no he hecho nada, sólo he contratado a los mejores hombres que he encontrado disponibles. Resulta un poco problemático organizar las cosas, pero eso se me da bien... se me da bien dar órdenes a la gente y obtener resultados. Aterrorizarlos, ésa es la mejor filosofía. Funciona tanto con los artesanos y obreros como con los actores. Yo soy un perfeccionista, me temo, y creo en que hay que apretarles hasta que se caen.

- Es verdad hasta la última palabra de lo que dice - me aseguró la señora Wooden-. Trabajar con Davy es agotador. ¡Estimulante también, desde luego! Logra sacar al exterior lo mejor de una persona.

- Perdonadme un momento, señoras - intervino Garrick -. Tengo que ir a hablar con esos tipos del candelabro. Ahora mismo vuelvo.

Se alejó sin prisa, dejándonos entre bastidores. Sus andares eran una zancada saltarina y vigorosa, balanceaba los hombros y hacía oscilar los brazos. Parecía generar utilidad y empuje, que su persona emanara un crepitante entusiasmo. El oscuro pelo rubio retirado hacia atrás para formar con él una coleta, que llevaba sujeta con un cordón; el rostro encendido, una mejilla tiznada de polvo; estaba más guapo que nunca. La delgada camisa blanca de batista le iba un poco grande y estaba húmeda a causa de la transpiración. Llevaba las amplias mangas arremangadas por encima del codo, y los faldones metidos al descuido por la cintura de los ajustados calzones grises que le llegaban a la altura de la rodilla. Las blancas medias de algodón se hallaban en unas condiciones deplorables, las zapatillas de cuero negro se notaban lastimosamente gastadas y las hebillas de plata estaban deslustradas, aunque todo ello servía sólo para acentuar el esplendor de aquel hombre. Parecía un príncipe disfrazado, pensé mientras lo veía al otro lado del escenario conferenciando con los obreros.

- ¿No es emocionante? - me dijo la señora Wooden casi sin aliento-. ¡ Oh, volver a pisar un auténtico teatro! ¿No sientes la magia? Davy me ha prometido que volveré a actuar pronto. Va a montar una comedia de la Restauración esta temporada, y me encontrará un papel espléndido... algo espectacular y lleno de brío. Está buscando la obra adecuada. La señora Cibber es una competente actriz shakespeariana, lo admito, si es que a uno no le importa esa plácida expresión bovina que tiene y esa manera de actuar tan sosa, pero nunca podría hacer comedia. El público la debe de encontrar reconfortante, supongo. Se ve que les recuerda a una abuela canosa de cara dulce. Una mujer sosa, sosa como agua de pozo.

Marcelon siguió machacando; resultaba todo un espectáculo vestida de tafetán a rayas color orín y crema. Si el vestido era extravagante, el sombrero que llevaba lo era aún más... aleteantes plumas de avestruz color orín que se derramaban profusamente sobre la ancha ala de tafetán color crema, la copa tan alta como la chimenea de una estufa. Con la cara pintada y los ojos llenos de animación, presentaba una estampa simpática y escandalosa,

generando un magnetismo propio y especial. Yo, con un sencillo vestido de muselina, me sentía a su lado tan gris como un gorrión.

-... necesidad de salir un rato - estaba diciendo -. Últimamente he estado muy preocupada por ti, querida, debo confesarlo. Estas dos últimas semanas has estado... distraída, angustiada. Algo te preocupa, lo sé. No es propio de ti estar tan lánguida.

-Yo... he estado trabajando mucho.

- Demasiado - me aseguró ella-. De tanto escribir, de tanto copiar. Necesitas un poco de diversión, Miranda. Te pasas todo el día ahí, encerrada en casa, trabajando como una esclava para ese hombre espantoso... a mí me aterroriza, querida, siempre tan agrio y con tan mala cara, tan volátil. Es guapo, desde luego, y en cierto aspecto enjuto y despiadado, pero no te aprecia en lo que vales.

- No lo conoces en absoluto, Marcie - le comenté tranquilamente.

-Sé lo que te está haciendo, querida. ¡Hombres! Cómo nos complican la vida. ¡Cuánto mejor estaríamos sin ellos! ¿Te he contado que el otro día tuve de nuevo un altercado con el comandante Barnaby?

La señora Wooden pasó con gran entusiasmo a relatarme con todo detalle la última trifulca, y aunque yo aparentaba escuchar en realidad tenía la mente ausente. Habían pasado dos semanas desde que me enterara del engaño de Cam, desde que me prometiera hacer algo al respecto, y no había hecho más que preocuparme hasta el extremo de ponerme enferma. En todo aquel tiempo Cam no había salido ni una sola vez, había dedicado hasta la última hora de vigilia a su trabajo, y yo continuamente trataba de convencerme de que mi reacción quizás había sido excesiva, de que por fuerza tenía que haber alguna otra explicación para aquellas noches que supuestamente había pasado con Bancroft. Tratándose de cualquier otro hombre yo habría sospechado en seguida la existencia de una mujer, pero en el caso de Cam aquello parecía bastante absurdo. Era un completo misógino, le desagradaban expresamente las mujeres, desconfiaba de ellas. Eran un mal necesario, y puesto que tenía ya una en casa que se ocupaba de satisfacer todas sus necesidades, no iba a andar por ahí buscando la compañía de otra. No, en el fondo de mi corazón sabía que él estaba conspirando con los rebeldes, y lo que yo había estado haciendo era aplazar la decisión y callarme porque temía horriblemente que pudiéramos tener una confrontación importante.

Ya no me sería posible aplazarlo mucho, eso lo tenía bastante claro. Cam casi había terminado el libro, la noche anterior cuando me fui a la cama lo había dejado trabajando en el último capítulo. Una vez el libro estuviera terminado, Cam dedicaría todas las energías a la conspiración, y aquel desastre que yo tanto temía acabaría cayendo sobre él. Yo tenía que hacer algo. Pero... ¿qué? Durante dos semanas me había atormentado aquella pregunta. Siempre estaba presente, haciendo que me resultara imposible sentirme tranquila, impidiéndome dormir bien y concentrarme en mi trabajo. Había confiado en que el hecho de visitar el teatro aquella tarde en compañía de la señora Wooden me proporcionaría cierta distracción y me ayudaría a sacarme todas aquellas cosas de la cabeza, pero no parecía que hubiese dado muy buen resultado.

- ¡Y me quedé por completo sin habla, querida! No podía creer que me estuviese invitando a cenar. El va a cocinar... dice que mi bizcocho de ciruelas con licor de albaricoque no tiene comparación con su delicia de almendras... y luego pensamos jugar a las cartas. Se mostró muy seco y embarullado con todo el asunto, me dijo que me invitaba a su casa sólo para que no le siguiera dando la lata, pero yo sé que en el fondo anhela un poco de compañía. No es propio que un hombre tan guapo como él esté solo.

Sonreí, esforzándome por aparentar alegría.

- Estoy segura de que lo cautivarás, Marcie -le dije con entusiasmo.

- ¡Oh, querida, yo no tengo ningún deseo de hacer eso! - protestó-. Sólo estoy tratando de mostrarme amable con ese pobre viejo solitario.

- Desde luego.

- Yo soy una artista, querida. No tengo tiempo para aventuras amorosas.

Garrick se reunió de nuevo con nosotras y nos enseñó unas muestras del terciopelo azul intenso que había elegido para las cortinas; señaló hacia los elegantes dorados del proscenio mientras los obreros continuaban golpeando sin parar entre alborotos y gritos. El gran candelabro, cuyos colgantes lanzaban destellos al balancearse, tintineó mientras lo transportaban fuera del escenario. Garrick se enjugó la frente y miró a su alrededor con satisfacción, visiblemente complacido de la maravilla que estaba forjando. La señora Wooden lanzaba múltiples exclamaciones y aseguraba que nunca había visto nada parecido y que para ella sería una alegría y un honor actuar alguna vez en un teatro como aquél; luego, bruscamente, dejó de hablar y se quedó mirando fijamente a una mujer de mediana edad y vestida de rosa que se acercaba a nosotros desde el otro extremo del escenario.

La mujer era gorda, con la cara redonda como la luna, grandes ojos oscuros y el pelo blanco y encrespado apartado de la cara y sujeto a la nuca formando un moño. Tenía la misma expresión dulce y plácida de una vaca contenta, pensé, aunque había un innegable calor en torno a ella, un curioso encanto que hacía que uno se sintiese a gusto por dentro sólo con mirarla. El vestido de seda rosa que llevaba era exquisitamente sencillo, y llevaba el rostro libre de cualquier maquillaje. Cuando estuvo más cerca la señora Wooden se puso tensa y esbozó una falsa sonrisa.

- ¡ Señora Cibber! - exclamó-. ¡ Qué alegría veros!

La señora Cibber sonrió dulcemente, y cogiéndole las manos a Marcelon se las apretó con fuerza y le dijo que todo el placer era suyo. Se había dejado el libreto en el camerino, le explicó, y al volver para recogerlo había

oído procedente del escenario la voz de una vieja amiga muy querida para ella. La señora Wooden hizo una mueca de desagrado ante la palabra “vieja”, pero sonrió al tiempo que le daba un abrazo a la regordeta actriz. Cuando Garrick nos presentó la señora Cibber aseguró que yo era encantadora, y me preguntó si iba a unirme a la compañía. Tenía una voz muy suave que no sé por qué me recordaba a una violeta pasada.

- Miranda no actúa - se apresuró a decir la señora Wooden, cuya voz sonaba un tanto aguda comparada con la otra-. ¿Ya tenéis camerino? Me imagino que será grandioso, ¿no es así? Me encantaría verlo, querida.

- Davy se ha mostrado muy generoso - le indicó la señora Cibber -. No sé si podré acostumbrarme a tanto lujo y espacio después de estar años cambiándome de vestuario en aquellos armarios para escobas que usábamos antes.

- Qué bien me acuerdo de todo - suspiró la señora Wooden-. Con las paredes mohosas, aquellos olores a polvos rancios y a pintura grasienta, un perchero lleno de viejos trajes apolillados abandonados por el anterior ocupante, y un espejo que siempre era demasiado pequeño y además oscuro como el barro. Siempre hacia un frío helador en aquellos camerinos. Cuántas veces tuve que subir con sabañones al escenario, y tiritar enfundada en un elegante atuendo de terciopelo.

- Mi nuevo camerino no se parece en nada a eso. Venid, os lo enseñaré.

- ¡ No me lo perdería por nada del mundo! Me reuniré contigo dentro de unos minutos, Miranda.

Las dos mujeres se marcharon, la una muy serena, la otra muy animada. Davy Garrick las observó mientras se marchaban con una mirada pensativa en los ojos y una media sonrisa juguetona en los labios. Puede que aquel hombre llevase ropa de faena, que tuviese la cara tiznada, que aquel espeso cabello rubio estuviese un poco grasiento en exceso, pero seguía siendo el hombre más atractivo que yo había visto en mi vida, y el atuendo descuidado realzaba en cierto modo todo aquel encanto viril y el magnetismo que irradiaba de su persona. Cuando Marcelon y la señora Cibber desaparecieron de la vista, se volvió hacia mí y me sonrió abiertamente.

- Pobre Marcelon - comenzó-. Disimula tan mal.

- De verdad vais a buscar un papel para ella, ¿no es cierto? No habréis estado... no habréis estado todo este tiempo solamente dándole cuerda, ¿verdad?

-¿Creéis que yo seria capaz de hacer una cosa así?

- me preguntó bromeando.

- No tengo ni idea, señor Garrick.

- ¿Creéis posible que pudierais llegar alguna vez a llamarme Davy?

- No os conozco tanto como para eso.

- Eso ya lo arreglaremos, hermosa mía.

- Volviendo a lo de Marcie...

- Tengo en proyecto una reposición de El camino del mundo. No es que Marcelon sea precisamente la mejor actriz que pisa la tierra, pero en el papel adecuado, uno que se adapte a su particular talento, es capaz de dar unas representaciones asombrosas.

- Estaría perfecta haciendo de lady Wishfort - me atreví a insinuarle.

- De manera que conocéis la obra. Congreve debió de escribir el personaje de Whisfort teniendo a Marcelon en mente... es exactamente como Marcie, toda brillo, cohetes y perifollos. Estará sensacional en ese papel. Aún no le he mencionado a ella nada de esto, no quiero que se alborote hasta que esté todo bien decidido.

- No le diré nada - le prometí-. Pero estoy segura de que no cabrá en sí de la emoción cuando se entere. Encuentro muy amable de vuestra parte el... el tomaros un interés tan grande por los amigos.

-Yo soy así -confesó-. El más bueno, el más considerado, el tipo más encantador de Londres... no creáis todas esas historias que cuentan por ahí y que afirman lo contrario.

La sonrisa seguía curvando aquellos labios llenos y sonrosados; David Garrick me estaba mirando a los ojos con una intensidad desconcertante. Tenía un atractivo sexual que era abrumadoramente poderoso, y aunque yo era inmune al mismo podía sentir su potencia. Al mirarme con aquellos ojos oscuros y brillantes me di cuenta de que le gustaría acostarse conmigo, y aquello me desconcertó. Amando a Cam como yo lo amaba y estando tan totalmente inmersa en aquel amor, me sentía incapaz de pensar en ningún otro hombre desde aquel ángulo, ni siquiera en uno tan glorioso como David Garrick. Bajé la vista, aunque en realidad no me sentía molesta. Notaba que él me estaba haciendo el mayor de los cumplidos, pero no quería que se llevara una impresión equivocada.

-Vamos -me dijo alegremente-. Os enseñaré la Habitación Verde.

Me condujo a la parte de atrás del escenario, un área cavernosa que se hallaba en penumbra y llena de polvo, con cuerdas que colgaban por todas partes como cepas, viejos cajones de embalaje amontonados de cualquier manera y paneles pintados apoyados contra las paredes en los trozos más maltrechos. Me cogió por el brazo, presionándome ligeramente justo por encima del codo y guiándome para que pudiera sortear los diferentes obstáculos. Tras apartar un pedazo de cortina apolillada de terciopelo rojo, me condujo por un corredor estrecho que olía a metal, a herrumbre y a pintura vieja. El bullicio y el ruido procedentes de la parte delantera parecían muy distantes desde allí, pues sonaban amortiguados, y el aire era fresco y más bien húmedo. Tuve la impresión de que todos aquellos famosos actores que se habían apiñado allí en otro tiempo nos estaban observando. Era una sensación misteriosa y desconcertante, pero no alarmante.

- Todas las mejoras y embellecimientos se han hecho en la parte delantera - me explicó-, donde sean bien visibles. Al otro lado del escenario el Drury sigue siendo el viejo granero de siempre, vasto y lleno de rendijas,

Librodot

aunque he hecho restaurar los camerinos principales. No me gustaría nada remover la atmósfera de esta parte del teatro. Podría suceder que me atrapasen los fantasmas.

- ¿Los fantasmas?

- Este lugar está lleno - me dijo Garrick -. ¿No habéis visto a esa dama que lloraba con un sombrero puntiagudo y velos medievales? Se retorcía las manos cuando pasamos a su lado, anhelando interpretar el papel de la reina Ginebra una vez más. Lo más probable es que mi espíritu también ronde algún día por este lugar. No se me ocurre mejor manera de pasar la eternidad. Cuidado con esos escalones, me temo que están un poco desnivelados.

La Habitación Verde era acogedora y cómoda, y resultaba evidente que allí no se había tocado nada en absoluto. Todo estaba ligeramente gastado, añejo; los tejidos se veían deshilachados y las manchas brillantes a causa de la suave pátina que proporciona el tiempo. Las velas ardían cálidamente y las mesas bajas situadas delante de los sofás se hallaban cubiertas de viejos programas, anuncios y libretos desechados. En la Habitación Verde no había nada verde. Las paredes estaban tapizadas de una vieja seda rosada que se había descolorido hasta adquirir un ligero tono gris rosáceo, y todas ellas aparecían adornadas con retratos de actores y actrices de tiempos pasados en unos marcos deslustrados con adornos de oro. Una antigua capa de terciopelo púrpura ribeteada de falso armiño colgaba expuesta en el interior de una alta vitrina. Garrick me contó que se decía que había pertenecido al gran Richard Burbage, el cual la había llevado el día que representó por primera vez el papel de rey Lear.

- Fijaos - le dije yo, verdaderamente impresionada-. Puede que el propio Shakespeare la tocase, incluso que llegase a probársela.

-Es bastante probable -convino Garrick-. ¿Conocéis a Shakespeare?

-Crecí leyéndolo -repuse-. Conozco muy bien todas las obras, y algunos fragmentos hasta me los sé de memoria.

Garrick sonrió y abrió la vitrina, sacando con sumo cuidado la vieja y en otro tiempo majestuosa capa, cuyo terciopelo púrpura estaba muy desgastado y el armiño lastimosamente amarillento. Colocándose a mi espalda, me puso la capa por los hombros y alargó los brazos para abrochármela en torno a la garganta. Me quedé sorprendida, amedrentada también, mientras aquellos amplios pliegues me envolvían y me caían hasta los pies. Yo, Miranda, llevando una capa que quizás antaño hubiese llevado el más grande escritor de todos los tiempos. Aquello me hizo sentirme terriblemente humilde, y también nerviosa. Garrick me dio la mano y me llevó hasta un largo espejo para que pudiera mirarme.

-Os favorece mucho -me dijo suavemente-. Os proporciona un aire muy regio, como si fueseis alguna princesa preciosa y triste.

Se hallaba de pie detrás de mí, a un lado, de forma que yo podía ver su imagen reflejada en el espejo; aquel hombre era muy alto y apuesto, y esbozó una gentil sonrisa cuando sus ojos se encontraron con los míos en él cristal. Me di entonces la vuelta para situarme frente a él. Los ojos le brillaban de admiración, aquello era evidente, y también había en ellos deseo, un deseo sutil y bien intencionado, pero que resultaba inconfundible.

- Ojalá tomaseis en consideración lo de uniros a mi compañía -me dijo.

- No soy actriz, señor Garrick.

- Yo podría hacer de vos una actriz, Miranda. Tenéis inteligencia, se la ve brillar asomada en vuestros ojos. Tenéis sensibilidad y al mismo tiempo alma; y, lo que es más importante de todo, tenéis una presencia notable.

-¿Es cierto?

-Sois una de las mujeres más hermosas que he visto nunca, y tenéis un magnetismo especial, algo que es extremadamente raro. Eso debéis de saberlo bien. Tenéis que haber visto cómo os miran los hombres.

-Agradezco vuestro interés, pero... -comencé a decir, vacilante.

- ¿No os sentís tentada?

-Me temo que no -dije con calma.

- Es una lástima... y una gran desilusión, también. Por lo que a mi respecta, quiero decir. Os encuentro enteramente fascinante, Miranda. Me gustaría llegar a conoceros... mucho mejor.

El ronco y acariciador tono de voz no dejaba dudas acerca de qué quería decir. ¿Cuántas mujeres habrían dado cualquier cosa para convertirse en amantes de David Garrick? Cientos. Miles. Y él me deseaba a mí, Miranda, una chica salida de St. Giles y que aún no se había librado del todo de aquel entorno. Yo no era la mujer que él creía, pero de algún modo tenía la impresión de que mi pasado no tendría ninguna importancia para él. Era un hombre amable, de buen corazón, generoso... y en absoluto afectado por la gran fama de que gozaba. Viril, cargado de energía, sería un amante maravillosamente apasionado... juguetón, considerado, que colmaría a su mujer de atenciones y de un sólido afecto. Yo presentía todo eso, y casi lamentaba que mi corazón perteneciese irrevocablemente a otro.

-Me horroriza veros desperdiciada, Miranda -me indicó.

- ¿Desperdiciada?

- Por un agrio escritor volátil de novelas baratas que es completamente incapaz de apreciaros en lo que valéis. Sé muchas cosas acerca de Gordon. Me he ocupado de averiguarlo todo sobre ese hombre. Es poco menos que un asesino, siempre obsesionado con la violencia.

-Eso no es cierto.

- Lo servís de pies y manos. Os trata como a un mueble. Es indigno de vos.

Con mucho cuidado me quité la capa y se la entregué.

- Puede que sea así - repuse-, pero se da la circunstancia de que yo lo amo.

Garrick me miró profundamente a los ojos durante un momento más; luego sonrió, movió la cabeza y volvió a poner la capa en la vitrina. No había tensión alguna entre nosotros. Tras cerrar la puerta de cristal y correr el pestillo, se volvió y me miró con ojos cariñosos. Sospeché que rara vez, si es que había habido alguna, lo habían rechazado, pero él lo estaba encajando con un maravilloso aplomo.

- El corazón humano es un verdadero misterio - observó tristemente.

-Y el mío pertenece a Cam Gordon.

- ¡Ay! Ojalá no fuera así. Me gustaría tanto vestiros de terciopelo, cubriros de joyas, colmaros de atenciones.

-¿Ah, si?

- Os mimaría, os echaría a perder de una forma deplorable, Miranda.

-No lo dudo.

Permaneció de pie con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada hacia un lado, con una suave y pensativa sonrisa en los labios. Le brillaban los ojos, aún llenos de cariño, pero también de desengaño. Alto, con aquella musculosa constitución de atleta en soberbia forma, rezumaba energía, buen carácter y atractivo sexual incluso dentro de aquel raído y viejo atuendo. David Garrick era de oro, uno de los grandes hombres de nuestro tiempo favorecidos por el genio, y sentí algo muy parecido a la pena al mirarlo. Suspiró, pasándose una mano por el pelo rubio y liso, y cuando habló lo hizo con un tono de voz sumamente persuasivo.

-¿Por qué andar recogiendo migajas, Miranda, cuando podéis poseer un reino?

- ¿Me estáis ofreciendo un reino?

Asintió lentamente.

-Todo cuanto tengo. Creo que es bastante probable que me haya enamorado de vos.

- Ni siquiera sabéis quien... quien soy.

- Pues me gustaría pasarme el resto de mi vida descubriéndolo.

- Lo siento, señor... -Titubeé, y luego sonreí gentilmente-. Lo siento, Davy.

Volvió a suspirar, profundamente esta vez, con cierta afectación. Se le alegró el humor Adoptó una actitud completamente alicaída, fingiendo, con el toque justo de exageración, ser un pretendiente rechazado.

- Pienso sufrir - me dijo-, pero no lo haré en silencio. Clamaré por vos, Miranda.

-No me cabe ninguna duda de que lo haréis.

- Y esperaré - añadió.

Era pura broma, yo lo sabía, un papel ligero y juguetón que a un hombre como él le resultaba fácil interpretar, pero aun así me sentí halagada. Garrick sonrió, me condujo fuera de la Habitación Verde y se puso a conversar agradablemente acerca de las demás mejoras que esperaba hacer y de la producción de El mercader de Venecia, que inauguraría su reinado como director del Drury Lane. La señora Wooden se reunió con nosotros en el escenario pocos minutos después, entusiasmada con las maravillas del camerino de la señora Cibber, y afirmó resueltamente que estaba completamente emocionada por la buena suerte de su amiga; luego añadió que nadie lo merecía más que aquella dulce, querida y relativamente competente actriz.

Garrick nos acomodó en un carruaje, y la señora Wooden siguió hablando sin parar mientras recorríamos la ciudad. Se oían crujir las rígidas faldas de tafetán cuando se cambiaba de postura. Las plumas color orín del simpático y absurdo sombrero que lucía ondeaban al viento. Yo miraba por las ventanillas del carruaje escuchándola sólo a medias. El sol bañaba en oro la cúpula de la iglesia de St. Paul, produciendo unos reflejos entre plateados y dorados. Las palomas revoloteaban en el cielo azul como fragmentos de seda gris. Humos nocivos nos asaltaron el olfato cuando el carruaje atravesó una hilera de miserables casas de viviendas. Cuando por fin torcimos hacia la calle Fleet, me hallaba sumida en un estado de profunda meditación. “¿Por qué recoger migajas cuando uno puede tener un reino?”, me había preguntado él. ¿Era eso lo que había estado haciendo? Las joyas, los vestidos de terciopelo, todas esas cosas significan mucho para algunas mujeres, pero yo me contentaba con el reino de mi propio corazón. Mientras tuviese a Cam no necesitaba aquella clase de perifollos.

Eran casi las cinco cuando regresamos a Greenbriar Court. Los caniches ladraban vigorosamente en el recibidor de la casa amarilla, esperando ansiosamente el regreso de su ama. La señora Wooden me dio un abrazo y luego corrió presurosa por el patio para ir a abrir la puerta de la casa. Los perros se agolparon en el umbral, saltando de gozo y arrojándose contra la falda de tafetán a rayas. Ella les regañó y les hizo entrar; luego se despidió de mí con la mano y desapareció tras la puerta. Yo abrí la de nuestra casa con bastante aprensión y penetré en el pequeño recibidor. Habíamos estado fuera mucho más tiempo del que yo tenía pensado, y lo más seguro seria que Cam me hiciese preguntas. Conociendo la opinión que tenía de los actores - en particular de David Garrick-, no me habla atrevido a decirle que iba a visitar el Drury Lane. Nuestro encuentro con el actor en el café de Green lo había puesto de un humor espantoso, y yo sabía que se pondría furioso si se enteraba de que yo había vuelto a ver a aquel hombre.

Sonreí para mis adentros mientras subía las escaleras. Cam Gordon podía ser espinoso y gruñón, puede que nunca me arrullase con palabras tiernas ni mencionase la palabra amor, pero era en extremo posesivo y quería tenerme por completo bajo su control. Aunque nunca lo admitiría, tenía un carácter violentamente celoso. Quizá le dijese dónde había estado, al fin y al cabo con ello le haría rabiar. Hacía mucho que no teníamos una

pelea estimulante. Nos pelearíamos, haríamos las paces y luego... luego se pondría de un humor conciliador y yo sacaría el tema de los rebeldes que llevaba atormentándome ya hacía mucho tiempo. La sonrisa se me desvaneció. Era cierto que yo debía de haber sacado el tema a colación inmediatamente, en cuanto regresé del banco aquel día, pero él había estado trabajando tanto, y se volvía siempre tan enojadizo cuando se hallaba en las últimas etapas de un libro que no me atreví a hacerlo. Si habla trabajado bien aquel día, ya debería tener acabado el libro a aquellas alturas. Cuando me marché lo había dejado trabajando en las últimas páginas.

Me encontré con que el estudio estaba vacío. Cam se había ido. La casa se hallaba muy quieta. No me había dado cuenta hasta entonces. Había libros diseminados por el suelo y apilados sobre la silla en desordenados montones. La espada de samurai que le había comprado a un mercader descansaba sobre la repisa de la ventana, con la ornamentada empuñadura de bronce rodeada de un intrincado dibujo de cuero y la larga y letal hoja brillando al sol. Bolas de papel arrugado se amontonaban en el suelo alrededor del escritorio, pero no había ninguna página bajo la lechuza de peltre. El tintero estaba abierto, y a su lado había una pluma rota. Mientras ponía en su lugar el tapón del tintero, fruncí el ceño. ¿Dónde estaría Cam? ¿Habría terminado el libro? Y si era así, ¿dónde estaban las páginas? Preocupada y aturdida, entré en el dormitorio, me quité el vestido de muselina y me puse uno de trabajo de algodón azul violeta con el talle ajustado y el escote bajo.

Arreglé el estudio, ordené el escritorio y luego bajé a la cocina. Los rayos de luz del ocaso se filtraban por las ventanas; hacían brillar el suelo de ladrillo rojo apagado y producían reflejos plateados en las perolas de bronce que colgaban de la pared. Encendí el enorme fogón de hierro, puse a hacer café y rompí unos huevos en un gran recipiente azul. El escocés tendría hambre cuando regresase. Haría una tortilla. Cocinar seguía sin ser mi fuerte - aquello me tenía muy intranquila-, pero a base de practicar mucho y después de varios fracasos desastrosos, había aprendido a hacer una tortilla. Cuando acabé de batir bien los huevos añadí crema y especias y espolvoreé hojas de perejil, tras lo cual puse todo a fuego lento en una sartén con abundante mantequilla. Corté unas rodajas de salchicha y las coloqué sobre los huevos batidos una vez que éstos empezaron a cuajarse; luego, con mucho cuidado, enrollé los bordes hacia arriba. Aquella parte era siempre la más difícil. Si el huevo no estaba lo bastante cuajado se rompía y goteaba, y entonces una se encontraba con que lo que tenía en las manos era un revuelto. Pero tuve éxito. Le di la vuelta a la tortilla para que fuera dorándose por el otro lado lentamente.

Perdía el tiempo, probablemente. Una tortilla hay que comérsela caliente para que esté buena, y yo no tenía idea de cuándo podría regresar Cam. No hay nada peor que una tortilla fría. ¿Dónde habría ido? Aquel hombre iba a volverme loca, eso era lo que iba a pasar. ¿Por qué no podría mostrarse más sensato, normal y sin complicaciones, como la mayoría de los hombres? ¿Por qué tenía que ser tan complicado, tan temperamental, tan obstinado y desquiciante? ¡Escoceses! Todos ellos debían de estar locos. A lo mejor tenía que ver con el clima. Marcharse así, sin dejarme la menor noticia de adónde había ido ni de cuándo volvería; era para ponerse enferma de preocupación. ¿Por qué tendría yo que amarlo tanto? ¿Por qué tenía que importarme aquel hombre de una forma tan desesperada? La vida era mucho más fácil cuando una era dueña de su propia persona, no cuando toda la felicidad de una dependía del capricho de un puñetero, testarudo y desconsiderado escocés.

Me giré en redondo. Cam se hallaba de pie en la puerta. Tuve un sobresalto y como consecuencia se me cayó la espátula que sostenía en la mano.

- ¡Caray! ¡Qué puñetero sus... vaya susto me has dado! No te había oído entrar.

-No pretendía asustarte - dijo él secamente.

Llevaba puestas las viejas calzas negras de velarte y la levita, un chaleco marrón de brocado y una corbata al cuello de seda color gris acero. Tenía el espeso pelo negro muy bien cepillado, el lustroso y abundante mechón le caía torcido sobre la frente y la mirada era azul y fría. Se le veía tan largo y tan flaco, demasiado flaco y con facciones afiladas como las de una zorra, pero a mis ojos aparecía como un hombre maravillosamente atractivo. Recogí la espátula y me aparté un rizo castaño rojizo de la mejilla, procurando adoptar un aire de calma e indiferencia que estaba muy lejos de sentir. El muy cabrón al menos habría podido decirme que iba a salir y darme alguna idea de cuándo pensaba volver.

Le di otra vuelta a la tortilla. Empezaba a adquirir un ligero color marrón dorado.

- ¿Me huele a café? - preguntó.

-Acabo de hacerlo. ¿Quieres una taza?

Asintió. Le serví una taza de café, le puse azúcar y, tras removerlo, se la entregué. Lo tomó a pequeños sorbos, pensativo, y me examinó por encima del borde de la taza con una curiosa y especulativa mirada, como si yo perteneciese a alguna especie extraña que él estuviera intentando clasificar. No me gustó nada aquella mirada.

- ¿Has terminado el libro? -le pregunté.

- Lo terminé a eso de las dos.

- Estoy deseando leer las páginas nuevas.

- Lo mismo de siempre, el mismo climax tormentoso anegado de sangre. El samurai inglés consuma al fin su venganza, obtiene la herencia y el amor de la heroína. Luego descubre que ésta no es más que una perra traidora que sólo persigue su dinero y, lleno de asco, la aparta de sí de un empujón y la escena vuelve al Japón.

- Un final muy típico, por lo que veo, lleno de cinismo y amarga ironía. No creo nunca que se te haya ocurrido acabar una novela con un abrazo feliz.

- No, nunca - repuso él.

- No he visto las páginas sobre el escritorio.

-Se las he llevado a Sheppard -dijo él.

-¿Ah sí? -Aquello me sorprendió y también me preocupó un poco.

- Primero las llevé abajo, con la intención de dejártelas sobre el escritorio. Abrí todos los cajones en busca de tu pisapapeles.

Tomó otro sorbo de café sin dejar de mirarme, y se quedó esperando a ver cómo reaccionaba yo. Me dio la impresión de que el corazón dejaba de latirme. Sentí un frío intenso.

- ¿Tú... abriste los cajones?

- Encontré algunas cosas interesantes - repuso él. La voz le sonaba desenfadada, demasiado desenfadada-. Tres relatos escritos de tu puño y letra. Un ejemplar de The

Band. Un Hogarth original. Creo que deberías enmarcarlo, Miranda.

- Entonces ya lo sabes todo - le dije.

- Sheppard me lo ha contado... lo ha hecho bajo considerable presión, tengo que añadir. Después de darme todos los detalles se relajó un poco, y se pasó la siguiente media hora hablándome entusiasmado de tu notable talento. Vas a ser una de las mejores, me ha asegurado. He leído los relatos. Me inclino a darle la razón.

-Cam...

- También está en lo cierto al decir que eres una persona demasiado bien dotada, un talento demasiado valioso como para desperdiciar el tiempo copiando esas porquerías que yo escribo. Tendrías que emplear ese tiempo en crear tus propias obras maestras.

- Tú... estás enfadado, ¿no es cierto?

- ¿Porque seas una escritora mucho mejor de lo que yo podría esperar ser nunca? ¿Porque después de recogerte de la calle, de darte de comer, de vestirte, de darte protección y un techo para dormir, tú vas a mis espaldas y me llevas a la ruina con mi propio editor? No seas absurda.

- No... no ha sucedido así, Cam, de verdad. ¡ Maldita sea! ¡La tortilla!

Agarré un plato y volqué la tortilla en él. La mantequilla estaba ardiendo en la sartén. Quité ésta del fuego de un tirón, pero me chamusqué la mano y la lancé al fregadero soltando una maldición. Cam siguió sorbiendo el café con calma mientras yo agitaba la mano en el aire y me la soplaba para aliviar el dolor. Sólo tenía la piel un poco chamuscada, en realidad no me dolía tanto, pero el muy hijo de puta no tenía por qué darse tantos aires de superioridad. Fruncí el ceño y coloqué la tortilla sobre la mesa, después de lo cual comencé a sacar los platos y los cubiertos.

- Estará más bien seca - le indiqué-, pero seguro que aún se podrá comer. ¿Quieres que te parta un poco de pan y queso? Podría...

- Esa es otra cosa de la que tenemos que hablar - me interrumpió con la voz aún desquiciantemente enojada-. No deberías andar perdiendo el tiempo cocinando, limpiando la casa y cuidando de un escritorzuelo como yo. Tu tiempo es mucho más precioso.

- Me gustaría saber quién crees que te iba a cuidar si no. De no ser por mí, sabes puñeteramente bien que...

- Estás perdiendo tu vena de finura y educación, Miranda. Está empezando a salir de nuevo a la superficie la golfilla callejera.

-Tú... lo que pasa es que te escuece que intente mejorar, ¿no es eso? Te gustaría que no fuera más que una simple esclava tonta que adorase el suelo por donde pisas, y satisficiese todas tus...

-Cuidado. Estás perdiendo el control.

- ¡Eres un cabrón, Cam Gordon!

-Te pones muy guapa cuando te enfadas. Los ojos te brillan y lanzan llamaradas azules, y las mejillas se te ponen de un precioso color rosa. Aunque la lengua la sigues teniendo un poco larga, sin embargo. Es posible que ya no seas de mi propiedad, pero todavía soy capaz de dejarte sin sentido de una buena paliza.

- ¿Qué es eso de que ya no soy de tu propiedad? Todavía hay un lazo que me ata a ti, hijo de perra, y...

-Ya no - me interrumpió él con calma-. Te he concedido la libertad, y así ha quedado registrado oficialmente en los libros... me ocupé de ese pequeño detalle después de ver a Sheppard. Eres una mujer libre, Miranda. Ya no hay nada que te retenga aquí.

- ¡ No tenias derecho a hacer eso! Yo...

- Sólo has cumplido una pequeña parte del tiempo de la condena, cierto, pero le he asegurado al magistrado que estás totalmente reformada, que puedes valerte por ti misma y que ya no supones ninguna amenaza para la sociedad decente. He firmado una declaración a tal efecto delante de testigos. Me ha costado dos libras que todo quedase registrado, y he tenido que pagar otras veinte en sobornos para que todo se resolviese a la mayor brevedad, sin los acostumbrados retrasos burocráticos. Pero ahora ya está hecho.

Me quedé mirándole en silencio, luchando por controlar las emociones conflictivas que me invadían. El se mostraba igual de frío, no se había alterado lo más mínimo; seguía allí de pie tomando sorbos de café como si estuviéramos hablando del tiempo. Un pánico salvaje se estaba acumulando poco a poco en mi interior. Traté de reprimirlo, me esforcé por conservar la calma a pesar de que el mismísimo suelo parecía haberse desvanecido bajo mis pies.

- Supongo que debo estarte agradecida -le dije.

- Tienes derecho a una vida propia, Miranda.

- Mi vida está a tu lado, hijo de puta.

-¿De veras?

- Resulta que te amo.

- Esa es tu mayor desgracia -repuso fríamente.

- ¡ Prueba a echarme de aquí!

Cam dio el último sorbo de café y dejó la taza sobre la mesa, aún frío, imperturbable y espantosamente distante, sin el menor parecido con el apasionado amante que me tomaba con tan ardoroso abandono y que me necesitaba más de lo que nunca llegaría a reconocer.

- Si deseas quedarte puedes hacerlo, desde luego - me dijo-. Me ocuparé de que recibas un salario de acuerdo con los servicios que prestes.

-Maldito seas, Cam, yo...

-Y te aconsejo que vigiles esa lengua. Exijo respeto y total obediencia a mis criados. Si te pasas de la raya te daré una paliza de muerte.

- ¡Sí, y tú perderás los ojos en el intento!

Alguien aporreó la puerta de la calle en aquel momento, por lo que ambos nos sobresaltamos. Cam ladeó la cabeza, escuchando, con un profundo surco de enojo que le arrugaba la frente por encima de la nariz. El aporreo continuó, resonando por el pasillo, fuerte, persistente, urgente. Vacilé un momento y luego pasé a su lado ágilmente y corrí por el pasillo para ir a abrir la puerta.

El pelirrojo al que en una ocasión viera en el café de Green se hallaba de pie ante la puerta, con el puño en alto dispuesto para volver a aporrear la madera. Me quedé mirándole, sorprendida y completamente desconcertada. Era alto, muy delgado, con unas facciones afiladas como las de una zorra que me resultaban familiares, como si las hubiese visto muchas veces. El abundante pelo rojizo le caía por la frente, y un mechón torcido le caía justo hasta encima de la ceja derecha, lo mismo que a Cam. Tenía los labios finos, los ojos azules y hostiles. No era nada guapo; huesudo en vez de esbelto, como Cam, y un poco arisco; Cam resultaba elegante y aquel hombre no; pero el parecido familiar era tan asombroso que me sorprendió no haberlo notado aquella noche en el local de Green.

-¿Qué... qué deseáis? -le pregunté.

El hombre me apartó de un empujón y cerró la puerta violentamente tras de sí, como silo estuvieran persiguiendo de cerca. Miró a su alrededor con ansiedad, ignorándome por completo.

- Pero... ¡esperad! -protesté-. No podéis...

- ¿Dónde diablos está Cam? ¡Tengo que hablar con él inmediatamente!

-Esta... está...

- Yo me ocuparé, Miranda - dijo Cam mientras avanzaba por el pasillo-. Vuelve a la cocina.

-Pero...

- ¡Vete! -me ordenó con voz de trueno.

Obedecí, pero miré hacia atrás a tiempo de ver cómo Cam cogía del brazo a aquel hombre y entraban ambos en el cuarto de estar. Le oí recriminar en voz alta al pelirrojo por tener la osadía de arriesgarse a venir allí a plena luz del día, y el hombre replicó en un tono igualmente fuerte que había una imperiosa necesidad; luego las voces se apaciguaron y todo lo que alcancé a oír fue un murmullo conspirador procedente del cuarto de estar. Contemplé la tortilla, ahora fría. La cena se había echado a perder. Todo se había echado a perder. Tiré la tortilla, recogí las cosas y lavé los platos, arreglándolo todo, manteniéndome ocupada adrede, conteniendo la ira, el dolor y la curiosidad.

Debió de pasar una media hora. La cocina había quedado impecable. El sol se estaba poniendo, sus rayos anaranjados entraban oblicuamente por las ventanas y se desvanecían al tocar el suelo. No supondría Cam que me iba a quedar allí toda la noche, encerrada como una prisionera. Erguí los hombros y salí al pasillo justo cuando ellos abandonaban el cuarto de estar. Retrocedí y me puse a escuchar.

- El almacén de Skinner - le decía el pelirrojo-, junto al Támesis, a las once.

- ¡Puñetas! ¡Es demasiado peligroso, Ian! A estas alturas tenemos que...

- No hay modo de evitarlo. El próximo jueves, ha dicho él. Hay que hacer los últimos preparativos.

- ¡Maldita sea, es demasiado pronto! Necesitamos...

- No tenemos otra elección - le interrumpió el hombre con brusquedad.

Luego se marchó. Cam cerró la puerta y permaneció de pie en el sombrío recibidor con una expresión preocupada en los ojos. Se había olvidado por completo de mí y de nuestra discusión. Me daba cuenta de ello perfectamente. Movió la cabeza de un lado a otro, frunció el ceño y se quedó mirando fijamente, sin verlo, el reloj del abuelo; luego se encogió de hombros y empezó a subir las escaleras. La casa se estaba llenando de sombras de un profundo azul grisáceo. Encendí las velas, ya más tranquila; ahora estaba decidida, pues sabía lo que debía hacer. Cam bajó poco después de las ocho y se marchó sin decir una palabra. Dejé el libro que había estado fingiendo leer. Noté que la tensión empezaba a acumularse en mi.

El almacén de Skinner. Junto al Támesis. Sólo tenía una vaga idea de dónde quedaba aquello, pero estaba segura de que lograría encontrarlo. A las nueve y media subí, cogí una pesada capa y abandoné yo también la casa. Había una larga caminata hasta la zona de los almacenes, y quería disponer del tiempo suficiente.

8

La señorita Miranda James, con toda su ilustración, sus buenos modales y su cultivada voz, se habría sentido aterrorizada ante la idea de salir sola por la noche sin protección masculina, pero las calles de Londres no le daban miedo a Randy la duquesa. Era la golfilla dura y lista la que avanzaba ahora tan decidida, alerta y a la defensiva, aunque Randy no había poseído nunca un vestido tan bueno como el que llevaba, de algodón color violeta azulado, ni una capa púrpura tan abrigada. Habría podido alquilar un coche, desde luego - es muy fácil detener uno en la calle Fleet-, pero en aquellas circunstancias no hubiera sido prudente. Cabía la posibilidad de que el cochero me recordase después, que recordase que me había llevado a los muelles. Nunca se sabía. No, era

mejor hacerlo así, aunque ello implicase cierto riesgo. Deseé fervientemente tener conmigo un trabuco para poder volarle los sesos al primer maleante que se me acercase, pero como iba desarmada no me quedaba más remedio que confiar en mis propios recursos.

Londres de noche era una jungla oscura y peligrosa llena de bestias salvajes dispuestas a destrozar, mutilar y asesinar sin el menor remordimiento, y el salvajismo no estaba confinado en los barrios miserables, como St. Giles. No, de ninguna manera. Las bandas criminales como la organizada por Black Jack tenían al menos una finalidad, pues cometían sus sucios actos con el afán de obtener ganancias, pero la ciudad estaba llena de criminales aficionados que pululaban por ella haciendo el mal sólo por diversión. Era casi imposible que a alguien le condenaran por violación, particularmente si se tenía en cuenta que la edad de consentir estaba fijada en los doce años, de modo que pandillas de dandys de buena cuna rondaban en masa frecuentemente por ahí, bebiendo, jaraneando... y cualquier mujer que se topase con ellos corría el peligro de ser brutalmente violada. Cuando no hallaban ninguna presa fácil, aquellos hombres de noble cuna se entretenían con frecuencia atacando los burdeles, haciendo estragos en ellos y dejando el lugar en ruinas, y con frecuencia prendiéndoles fuego sólo para ver cómo ardían. Maliciosos, amorales, a veces asesinos, aquellos fogosos aristócratas eran muchísimo más peligrosos que los que se veían obligados a recurrir al crimen para vivir.

Ladrones, asesinos, tratantes de blancas, villanos de toda clase medraban en aquella época salvaje en que la vida humana tenía poco o ningún valor, en que las ejecuciones públicas eran acontecimientos festivos, en que incluso el ciudadano más recto se limitaba a encogerse de hombros ante el asesinato y los relatos de viciosa crueldad. ¿Cuántas vidas se apagaban en Londres en una noche cualquiera? ¿A cuántas personas se las dejaba sin sentido de una paliza, dándoles por muertos? ¿Cuántos niños eran torturados, cuántas mujeres violadas, cuántos hombres quedaban tendidos en el camino tras ser robados? ¿Y a quién le importaba algo? No a las llamadas autoridades, desde luego. Era un modo de vida, se aprovechaban las oportunidades y no había nada que hacer al respecto. Una sociedad respetable, como era aquélla, ponía cerrojos más resistentes en las puertas y ventanas y no se aventuraba jamás a salir a la calle sin llevar una pistola, una espada o un cuerpo de guardia formado por fornidos criados.

"Jesús, Randy, te estás asustando a ti misma -pensé al tiempo que apresuraba el paso-. Antes nunca dejabas que cosas así te molestaran, las aceptabas igual que todo lo demás. ¿Para qué vas a ponerte ahora a darle vueltas?"

Doblé una esquina, pasé junto a una casa de juego cuyas luces resplandecían y por cuyas ventanas se filtraban algunos gritos y risas estruendosas. Tres tipos completamente borrachos bajaban tambaleándose los escalones; se sujetaban entre ellos para no caerse, con las pelucas torcidas y las levitas de satén manchadas de vino. Uno de ellos me llamó a gritos y se cayó al suelo de bruces cuando sus compañeros le soltaron, resonando sobre la acera como un saco de patatas. Sus dos amigos rieron llenos de júbilo, encantados con el espectáculo, aunque la nariz del otro estaba sangrando profusamente, y era posible que se la hubiese roto. Tales espectáculos eran tan corrientes como para no concederles mayor importancia, de modo que continué adelante sin volver siquiera a la cabeza.

Los carruajes retumbaban calle abajo, muchos de ellos rodeados de lacayos que corrían al lado sosteniendo antorchas y jadeando. Las llamas oscilaban frenéticamente en medio de la noche, saltando y ondeando como demonios enloquecidos de un color entre rojo y anaranjado. Pasé junto a un callejón, un oscuro y fétido túnel de oscuridad. Algunos ruidos sordos y apagados procedentes de las profundidades del mismo llegaban hasta mí acompañados de gritos de agonía. Ladrones de a pie que estaban apaleando a una víctima, o un par de tipos divirtiéndose. Alguien me silbó. Lo ignoré y apreté el paso al pasar frente a otra casa de juego, varias tabernas, un burdel elegante con esbeltas columnas blancas y cortinas de terciopelo en las ventanas; criaturas esplendorosamente ataviadas jugueteaban en el interior con viejos acaudalados al son de la música. Un atracador de cara salvaje me hizo un guiño cuando crucé la calle. Le hice un gesto obsceno con el dedo. Sonrió burlón tomándome por una puta, una de su propia ralea y por lo tanto me dejó a salvo de sus atenciones.

- ¡Que tengas buenas noches, encanto! - me gritó mientras me alejaba.

- ¡Vete a tomar por el culo, maricón!

Se echó a reír groseramente y echó a andar tras los dos tipos borrachos que habían abandonado al amigo aturdido y sangrante y andaban dando tumbos por la acera cogidos del brazo. Tendrían suerte si llegaban a la siguiente calle sin que los asaltasen y robasen. Eran víctimas fáciles. Y además unos estúpidos. Pedían a gritos ser víctimas. Cualquier cosa que les pasase se la tendrían bien merecida. Torcí por otra calle donde la vida ruidosa se derramaba sobre las aceras en un calidoscopio de colores violentos. Caminaba con presteza, con el mismo aire hostil y confiado que tanto me había servido en St. Giles y con unos modales vivos que eran como una advertencia para todos de que harían mejor no interponiéndose en el camino de aquella salvaje. Dejando atrás la populosa calle, atravesé una plaza oscura y bajé por otra calle que se hallaba envuelta en tinieblas, con ladrones y prostitutas acechando entre las tenebrosas sombras; aquí adopté un porte provocativo, echando desenfadadas miradas en torno mío como si buscase a un posible cliente. No se necesitan trabucos si uno sabe qué conducta seguir en cada circunstancia. Nadie iba a robarle a una puta, y cualquier hombre que me pusiera las manos encima y al que se le hubiera metido en la cabeza la idea de violarme se encontraría casi sin darse cuenta agarrándose las pelotas y profiriendo chillidos de dolor.

Con cautela, siempre alerta, me dirigí hacia los muelles, confiando en que la suerte me guiase hasta el almacén de Skinner. No tenía ni idea de lo que haría cuando llegase allí, no tenía ningún plan en mente, pero ya

me preocuparía de eso cuando llegara el momento. No iba a irrumpir en mitad de una banda de rebeldes y exigirles que cesasen en sus actividades; nada tan dramático como eso. Lo que buscaba era información, y a lo mejor conseguía ocultarme en alguna parte y escuchar a escondidas. Yo ya sabía a estas alturas que tratar de razonar con Cam era una total pérdida de tiempo, sólo conseguiría enojarlo y que las cosas se pusiesen peor. Ya había intentado hablar con él otras veces, lo mismo que Bancroft, y ninguno de nosotros había logrado hacer la más mínima mella en su determinación. No, hablar ya era inútil, pero si de algún modo conseguía enterarme de lo que planeaban hacer el jueves siguiente, quizá lograse impedir que Cam tomase parte en ello, ya que no frustrar el plan por completo.

¡ Maldito escocés temerario! ¿Recobraría alguna vez, su sano juicio? Probablemente no, ya me daba cuenta de eso. Cam era Cam y yo en realidad no quería cambiarlo, pero tampoco quería que le volasen la estúpida cabeza que tenía o verle colgar del extremo de una cuerda. A medida que me adentraba en las oscuras calles iba recordando la discusión que habíamos tenido aquella tarde en la cocina. Nada que fuera preocupante, me aseguré a mí misma. Se había sentido dolorosamente herido en su orgullo, sí, y se había enfadado. Le parecía que yo lo había engañado, que le había hecho quedar como un tonto a sus espaldas, pero confiaba en que aquello se le pasara pronto. Era absurdo que se sintiera amenazado por el hecho de que yo escribiese, y antes o después Cam se daría cuenta de ello. Era uno de los escritores de más éxito del país, tenía numerosos y leales seguidores que esperaban con ansiedad cada libro. Yo no tenía intención de competir con él, no se me ocurriría intentarlo ni en sueños. Pobre y querido Cam, era un hombre tan terriblemente sensible bajo aquella fachada dura y espinosa.

Me encontraba ya cerca de los muelles, una zona oscura y siniestra por la noche, un laberinto de lóbregos almacenes y tabernas de marineros, puentes que cruzan el Támesis, barcos fantasmas bamboleándose en los amarraderos. Olía a brea, a sal y a lona, a pescado, a cáñamo y al espantoso hedor de la propia agua. El Támesis siempre estaba repleto de desperdicios y basura, y no era nada raro ver flotando en él cadáveres hinchados. No era de extrañar que hubiera tantas enfermedades en la ciudad, pensé. Vigilantes nocturnos bien armados patrullaban algunos de los almacenes, los faroles ondeantes parecían polillas de luz a lo lejos, y los marineros cantaban ruidosamente baladas obscenas en las tabernas. Avancé por aquel laberinto, ansiosa, preocupada por la hora, preguntándome cómo podría encontrar el almacén de Skinner a oscuras.

Una crecida luna gris plata cabalgaba en lo alto del ceniciento cielo poblado de plomizas nubes negras mientras abajo todo estaba negro como la brea; la luz que salía de las tabernas sólo servía para intensificar aquella negrura. Llegué a los muelles, hasta el mismo borde del agua. Las olas rompían ruidosamente contra los cascos de los barcos que se mecían formando una hilera muy compacta, a sólo unos pies de distancia el uno del otro. Los mástiles despuntaban en la noche como delgados y esqueléticos dedos. Un gran puente se tendía sobre el río allí cerca, y oí risitas y jadeos mientras una prostituta entretenía a un cliente apoyada contra la barandilla de piedra. Avancé sin prisas pero con cierta aprensión; los tablones de madera bajo mis pies eran todos muy desiguales, el agua golpeaba, chapoteaba, y los barcos crujían y gemían como alguien que estuviera agonizando.

La campana de una iglesia tañó a lo lejos, una, dos, tres... ocho, nueve, diez, once veces. ¡Ya eran las once! Ya debían de estar allí. Fuertes gritos y el estruendo de muebles al estrellarse contra cristales rompieron el silencio; había comenzado una pelea en una de las tabernas, río abajo. Me paré, de pie junto a un enorme barril que olía a brea y que tenía un rollo de cuerda encima. ¿Qué hacer? Aquello era del todo inútil. Podía pasarme toda la noche vagando por allí a oscuras... eso suponiendo que no me abrieran la garganta o me violara algún grupo de marineros borrachos. Los ánimos me iban desapareciendo a gran velocidad. Un fuerte temblor empezaba a agitarse dentro de mí. Nadie era por completo valiente, ni siquiera la duquesa Randy. ¿Qué era lo que me había impulsado a arriesgarme de aquel modo?

Se acercaban unos pasos. Me encogí, pero luego me regañé a mí misma por ello y me erguí con una actitud fiera, hostil, y con la rodilla, las uñas y los puños bien dispuestos. Puede que Miranda James se acobardara, pero la duquesa Randy había pasado docenas de veces por situaciones muchísimo peores que aquella. Un farol osciló, sus tenues rayos entre amarillos y anaranjados se arremolinaron en un lento movimiento circular que iluminó distintas secciones del maderamen del suelo, un par de botas marrones muy gastadas, unas piernas enfundadas en azul marino y el faldón de un pesado chaquetón también de color azul marino. El resto del hombre permanecía en la oscuridad. Iba canturreando una cancioncita en voz baja y de vez en cuando se tambaleaba, mientras el farol describía amplios arcos oscilantes. Dejé escapar un suspiro de alivio. Se trataba de uno de los vigilantes, evidentemente, los peores en lo que a beber se refiere. Salí de detrás del barril y me interpuse directamente en su camino. Dio un salto y lanzó un grito ronco, asustado de muerte.

- Nas noches -dije amigablemente.

El hombre retrocedió, levantó el farol y se me quedó mirando con los ojos aterrorizados y abiertos de par en par. Ancho de espaldas y muy fornido, tenía la cara carnosa y toda picada de viruelas, y el pelo negro y lanudo se veía surcado por abundantes canas. Cuando finalmente se convenció de que yo no era un rufián asesino empeñado en clavarle un puñal en el corazón, tragó saliva, movió la cabeza y dio un gran trago de ron de la botella que llevaba en la mano libre. Le dirigí una sonrisa amistosa y tan tranquilizadora como me fue posible.

-No quería espantarte, encanto -le dije.

- ¡Jesús! ¡Vaya susto! Por poco se me sale el corazón del pecho. No deberías andar por ahí como un alma en pena, muchacha. Tú no eres de las habituales, ¿verdad? A ti no te tengo vista por aquí.

- He venio a encontrarme aquí con un tío. Me dijo que m'esperaría delante del almacén de Skinner, pero yo no conozco los muelles mu bien, no sé ande está. Me paece que m'he perdio, encanto. ¿Tú no podrías ayudá a una pobre trabajadora a encontrá lo que busca?

El vigilante sonrió.

-Te has salido del rumbo, muchacha. Skinner no tié el almacén en los muelles. Está ahí atrás, después d'esos almacenes que hay cerca del dique seco. Vuélvete p'atrás hasta el puente, sube por aquella calle hasta que pases por un patio con barcas que forman bloques. El almacén de Skinner está justo detrás, es uno de la fila de almacenes que tienen callejones separando cada uno del otro. Hay un letrero blanco muy grande en la fachá. No tié pérdida.

- Gracias, encanto. Eres un amor.

-Vigila, muchacha. Esta noche andan por aquí muchos tipos con malas intenciones.

Le mandé un beso con la mano y eché a correr hacia el puente siguiendo sus indicaciones. Menos de cinco minutos después pasé por el recinto lleno de barcas, y había justo la suficiente luz de luna para distinguir el letrero blanco colgado por encima de las ventanas de uno de los almacenes, al otro lado del camino. No había luces encendidas, al menos en la parte delantera. Me acerqué al almacén y eché a andar por el estrecho callejón que lo separaba del situado a su izquierda. Un gato maulló y saltó en la oscuridad. Jadeé y me detuve, mientras el corazón me latía con gran fuerza. Estaba terriblemente oscuro allí, más negro que el negro, y se oía a las ratas corretear entre la basura que se amontonaba en el suelo en grandes pilas. A lo lejos, justo al final del callejón, un tenue resplandor amarillo brillaba en la oscuridad procedente de una ventana situada en lo alto de la pared; una tenue rendija de luz apenas visible desde donde yo me encontraba. Tras mirar hacia allí atentamente, seguí avanzando por el pasillo hacia aquella luz, mientras las ratas cruzaban como flechas en todas direcciones esparciendo la basura a su paso.

La ventana era pequeña y se encontraba por lo menos a tres metros del suelo. A lo largo de la pared, justo debajo de la ventana, había varios viejos cajones de embalar apilados de cualquier manera. La ventana se hallaba abierta para que los de dentro tuvieran un poco de aire, pero las cortinas estaban echadas. La luz provenía de una rendija de un par de centímetros de anchura donde las cortinas no se habían juntado bien. Al oír un rumor de voces, vacilé durante un momento y luego trepé ágilmente, aunque con cautela, hasta que me hallé agachada justo delante de la ventana. Las cajas se bambolearon precariamente bajo mi peso cuando cambié de postura para atisbar por la rendija de las cortinas.

Había ocho hombres sentados alrededor de una mesa en el centro de la gran habitación atestada de cosas que, al parecer, era una especie de despacho. Otro, un joven rubio, alto y fornido, se hallaba de pie un poco más allá del círculo de luz brumosa que derramaba una sola lámpara colocada en el centro de la mesa. Cam estaba sentado junto al hombre llamado Ian, con el rostro muy ceñudo y marcado por profundas sombras. El hombre que estaba sentado a la derecha de Cam tenía las facciones anchas y toscas y el pelo espeso de un color entre rojo y amarillo, además de una fea cicatriz en la mejilla; los otros cuatro se hallaban de espaldas a la ventana, de manera que desde donde yo me hallaba agazapada sólo alcanzaba a verles los hombros y la cabeza. La superficie de la mesa se hallaba cubierta por varios papeles y un gran mapa.

-... está decidido, entonces -decía Ian. Tenía la voz dura y sólo movía un lado de la boca al hablar-. Lo repasaremos una vez más.

- ¿Crees que de veras es necesario, primo? - le preguntó secamente Cam -. Todos los presentes se saben el papel, saben lo que han de hacer.

Su primo. Claro. Aquello explicaba el parecido familiar. El primo Ian se erizó y los ojos azules se le llenaron de hostilidad.

- Puede que seas tú quien nos ha financiado la mayor parte de este asunto, Cam, pero da la casualidad de que el que manda soy yo. Te agradecería que no lo olvidases.

Una débil e irónica sonrisa asomó a los labios de Cam. Estaba claro que los dos hombres se detestaban, y ello quizá se debiese a que eran tan parecidos, pero mientras que la amargura y la hostilidad de Cam estaban contenidas y controladas bajo una fachada tranquila y civilizada, el caso del primo era distinto, pues carecía de todo barniz. Puede que bajo la superficie a Cam le hirviera la violencia, y puede también que fuese un hombre malvado. Pero en el caso de Ian no había ninguna duda, era tan malvado como cualquiera de los asesinos que pululaban por las calles, un hombre violento, fiero y malhumorado tan peligroso como una serpiente de cascabel e igual de dispuesto a atacar. Eso lo noté de inmediato, y un frío estremecimiento me recorrió la espina dorsal.

- Comencemos de nuevo desde el principio - dijo duramente, dejando ver los dientes del lado derecho-. La casa está aquí - señaló un lugar en el mapa-, a tres kilómetros de Londres, un refugio encantador rodeado de bosques y convenientemente aislado. El mismo Cam la alquiló para Arabella en cuanto los dos regresaron de Escocia. Ella ha pasado allí muy poco tiempo, pero con frecuencia le ha hablado de ella a Cumberland con gran entusiasmo, y le ha dicho que le gustaría pasar allí una temporada con él, lejos del bullicio y de las tensiones de la corte.

- Todo eso ya lo sabemos - dijo impacientándose el hombre de la cicatriz-. Ella tiene dependencias privadas en el palacio, unas habitaciones de lujo que generosamente le ha proporcionado el Carnicero, pero se muestra tímida, recatada, y odia exhibirse en público. Preferiría quedarse en la casa de campo y que él la visitase allí, pero él se niega siquiera a considerar el asunto. Y ahora...

Ian le lanzó una mirada salvaje que tuvo el efecto de interrumpir al otro en seco; luego continuó con el mismo tono duro y autoritario.

- Por fin lo ha convencido para que pase unos días allí con ella. Se marcharán el próximo jueves, después de que los hombres de Cumberland hayan registrado el lugar a conciencia. No podrán encontrar absolutamente nada, porque los ocho barriles de pólvora los hemos escondido en un lugar recóndito de la bodega; están ocultos detrás de un muro de piedra que sólo se abre apretando una palanca secreta. Un "escondrijo de sacerdote", creo que le llaman.

Hizo una pausa y miró a los demás hombres, disfrutando. Las palabras me resonaron largo rato en la cabeza. Yo le había preguntado a Cam qué había hecho con el dinero que Sheppard le había pagado por Despojos. "Lo empleé para alquilar una casa muy elegante en el campo, justo a las afueras de Londres... El resto se fue en perfumes, varios elegantes vestidos de satén y ocho barriles de pólvora. ¿Estás satisfecha?" Yo no lo había creído. Había pensado que lo decía únicamente para atormentarme. Y resultaba que cada una de aquellas palabras era cierta. Lady Arabella era una de las conspiradoras. Cam se la había traído de Escocia - ella debía de haber ido allí después de la muerte de su esposo-, y al parecer aquella mujer había venido a Londres con el expreso propósito de fascinar a Cumberland y ganarse de ese modo su confianza. Su gran belleza y el antiguo interés que por ella había demostrado el duque le había facilitado sobremanera la tarea. Con el dinero de Cam, con el perfume y los vestidos de satén que éste le había comprado, había conseguido seducir fácilmente al duque de Cumberland, y ahora iba a conducirlo a una trampa.

-Cumberland es el hombre más odiado de Inglaterra - aseguró Ian-. Nunca aparece en público si no es acompañado de una fuerte escolta, nunca viaja sin una tropa de soldados que forman su guardia personal. El cabrón ese vive en el continuo temor de que lo asesinen y por ello toma toda clase de precauciones... ése es nuestro problema. Hasta ahora no ha habido modo de llegar hasta él. Hemos tenido que esperar más de un año, haciendo planes que desechábamos uno tras otro...

Se produjo un fuerte ruido en la basura que había allí cerca, seguido inmediatamente por un golpe apagado sobre la caja de embalar que se hallaba junto a aquella en la que yo estaba subida. Aparté la vista de la ventana y miré hacia la caja. Había la suficiente luz para que yo advirtiera la presencia de una forma gris y peluda del tamaño de un pomelo, con un rabo largo y escamoso que se movía adelante y atrás. Se me heló la sangre en las venas. Di un respingo. Las cajas se tambalearon con gran estrépito y estuvieron a punto de derrumbarse. Luego la enorme rata se zambulló entre las basuras y se alejó de allí correteando.

- ¿Qué ha sido eso? -exclamó uno de los hombres.

- Probablemente un gato - repuso Cam sin perder la calma-. Oí que uno maullaba cuando llegué. El callejón está lleno de sabrosos y rollizos roedores.

- ¡ No me gusta! Quizá deberíamos...

- ¡ Prosigamos! - interrumpió bruscamente Ian-. No me apetece pasarme aquí la mitad de la noche. Tranquilo, MacLeod, sólo era un gato. Una vez que la casa haya sido concienzudamente registrada, Cumberland y Arabella abandonarán Londres; viajarán en compañía de diez hombres elegidos. El cocinero personal de Cumberland, su ayuda de cámara y dos de sus criados se habrán adelantado para tenerlo todo dispuesto; ya sé que es una servidumbre muy reducida para el hijo del rey, pero Arabella ha insistido mucho en que desea intimidad, que haya los menos criados posibles. El cocinero preparará una abundante comida. Los criados la servirán en el comedor. El ayuda de cámara estará arriba, abriendo la cama, sacando el camisón de lino y el gorro de dormir de Cumberland...

- ¿Es que hay necesidad de contar todos esos puñeteros detalles? -se impacientó el de la cicatriz.

Ian le lanzó una mirada maliciosa, él también impaciente y enojado por las interrupciones. Cam se recostó en la silla y cruzó los brazos sobre el pecho; tenía una expresión de aburrimiento en la cara. El fornido y guapo joven rubio ya no era visible, debía de haberse retirado más entre las sombras. Todavía temblando por la rata y por el susto que me había llevado, me puse en equilibrio con mucho cuidado en lo alto de las cajas de embalar y estiré el cuello para atisbar por la rendija de las cortinas. El callejón parecía estar ahora lleno de ruidos siniestros pero me esforcé por no hacerles caso y puse toda mi concentración en lo que estaba ocurriendo allí dentro. Ian siguió hablando.

- Después de la cena, cuando Cumberland haya subido a prepararse para irse a la cama, Arabella, como criatura amable y considerada que es, les llevará cuatro botellas de excelente vino francés a los hombres que montan guardia fuera de la casa, vino que habrán de repartirse entre ellos. La graciosa dama se ocupará de que cada hombre se beba un vaso del mismo a fin de que la larga vigilia se les haga un poco más llevadera, y media hora más tarde todos estarán durmiendo como niños de pecho. La droga es muy potente.

- ¿Y si se equivoca? - le interrumpió MacLeod -. ¿Y si comete un error y coge las botellas de vino que no son? Entraremos a la carga y...

- ¡ Las botellas están claramente marcadas! - afirmó Ian con brusquedad-. Yo mismo las puse en el estante, y Arabella sabe exactamente dónde están. No es una estúpida, MacLeod. Tiene tanto que perder como nosotros. No va a estropearlo todo. ¡ Ocúpate de no hacerlo tú!

- ¡Vete a tomar por el culo! ¿Qué te hace pensar que eres tan superior a los demás? ¡ No me hacen ninguna falta esos modales presumidos y condescendientes que tienes! Nos tratas a todos como si fuéramos imbéciles, y siempre estás dando órdenes y más ordenes!

- ¿Quieres marcharte? -le preguntó Ian-. Ya sabes que eres perfectamente libré de levantarte de esta mesa y marcharte de aquí.

-Ya, y tú me clavarás un puñal en la espalda, ¿no es eso, cabrón?

- ¡Justo entre las paletillas!

- ¿Es que vamos a masacramos entre nosotros? -les preguntó Cam secamente-. ¿O mejor nos calmamos y seguimos adelante con el plan?

- ¡ No sé por qué tiene él que hacer de jefe! - protesto MacLeod -. Tú eres quien ha puesto el dinero en este asunto, Gordon. Tú deberías dirigir, no él.

- Tenía la impresión de que estábamos todos juntos en esto -le indicó Cam-. Cuando hayamos acabado con Cumberland, me dará considerable placer ver cómo tú y mi querido primo os destrozáis el uno al otro, pero hasta entonces os sugiero que conservéis la calma.

MacLeod masculló algo que no entendí; aunque estaba de espaldas a la ventana, me imaginaba la expresión de su rostro. Los ojos de Ian lo miraban llenos de odio desde el otro lado de la mesa; tenía la cara flaca y afilada igual que una máscara helada y el mechón pelirrojo le caía torcido por la frente. Pasaron unos momentos. La tensión que crepitaba en el aire allí dentro casi podía palparse. Los demás hombres estaban incómodos, se removían intranquilos en las sillas. Cam continuaba recostado en la suya con los brazos cruzados, aburrido, por encima de todo aquello.

- Arabella repartirá el vino - continuó Ian, irritado-. Luego subirá para mantener ocupado al Carnicero. Exactamente a las once en punto saldremos de la “Posada del Roble Verde” que se halla aproximadamente a un kilómetro de la casa que Cam alquiló. Nos acercaremos a ella, nos deslizaremos en su interior, cogeremos a los cuatro criados y subiremos los ocho barriles de pólvora de la bodega. Los colocaremos en la sala de estar, justo debajo del dormitorio. Arabella se reunirá entonces con nosotros.

Encenderemos la mecha, nos largaremos corriendo y nos adentraremos lo más que podamos en el bosque; la casa saldrá por los aires como si se tratara de fuegos artificiales, y Cumberland volará al otro mundo.

- ¿Cómo sabemos que no nos oirá acarrear los barriles? - le preguntó el hombre de la cicatriz-. ¿Cómo sabemos que no se despertará y...?

-Los criados... ¿vamos a dejarlos en la casa?

Ian asintió, con ojos fríos, sin sentimiento.

- Los estrangularemos antes de subir los barriles. Nos habrán visto el rostro a todos. No podemos correr el riesgo de dejarlos con vida.

Yo escuchaba agazapada sobre los cajones de embalaje y el horror crecía en mí mientras él hablaba del asesinato de cuatro hombres inocentes con voz fría y suficiente. ¿Cómo era posible que Cam estuviese emparentado con semejante monstruo? ¿Cómo podía tomar parte en aquel diabólico complot? Me estremecí. Ya había oído bastante. Bajé con mucho cuidado de mi precaria atalaya y me quedé un momento en el callejón, impresionada hasta la médula. Las ratas correteaban entre la basura, por lo que el callejón estaba lleno de crujidos y arañazos; las sombras parecían moverse en la oscuridad, más negras que lo negro, rodeándome, encerrándome. Una forma oscura se aproximaba lenta, sigilosamente. Avanzaba a lo largo de la pared.

“Contrólate, Miranda - me regañé a mí misma-. Ahora no es el momento de perder el ánimo. Sal de este hediondo callejón. Vuelve a casa.”

Me di la vuelta y eché a andar con cautela hacia la calle que separaba los almacenes del recinto de barcas. Alguien me seguía. Oía perfectamente sus pasos detrás mío. Se acercaba cada vez más. Notaba sus ojos en mi nuca. Tonterías. Tonterías. Era n sólo nervios. Una rata me cruzó por encima de los pies. Me quedé helada, jadeando, a punto de desmayarme. Las paredes de los almacenes que había a ambos lados del callejón parecían cernirse sobre mí como imponentes olas negras que en cualquier momento se desplomarían, engulléndome.

Mi perseguidor dio un paso más. Me giré en redondo. Lo tenía ya encima. No podía verle la cara, sólo distinguía una silueta alta y oscura. Sofoqué un grito. Saltó sobre mí, y yo me abalancé hacia él, le di un puntapié e intenté golpearle en la ingle con la rodilla. Pero aquel tipo, a pesar de su enorme tamaño, era ágil y muy ligero, y dos fuertes brazos me envolvieron y me sujetaron en alto mientras yo no paraba de dar patadas al aire. Me revolví, debatiéndome con furia, y entonces él me soltó; subí gateando el montón de basura y él alargó una mano para cogerme; me apoderé de la mano e intenté hincarle los dientes, pero de nuevo aquel hombre fue más rápido que yo, pues me puso en pie de un tirón y me pasó un brazo cálido y musculoso alrededor de la garganta.

- Tranquila, tranquila - canturreó junto a mi oído -No quiero hacerte daño.

Le di una patada en la espinilla, y extendí una mano hacia atrás en un intento de arañarle la cara, pero él apretó firmemente, aunque casi podría decir que con suavidad, el antebrazo contra un lado de mi cuello. Noté que me iba atontando poco a poco, debilitándome, un agradable letargo me invadía a medida que él aumentaba la presión. Todo se volvió borroso. Empecé a sumirme en una inconsciencia acogedora y cálida, me invadió una extraña sensación de somnolencia, y los miembros se me desmadejaban.

- Tranquila - me canturreó al oído-. Eso es, relájate, así, muy bien, muy bien...

Luego desaparecí entre aquella bruma tan agradable y acogedora.

-... en el callejón, agazapada encima de aquellos cajones de embalar que hay justo debajo de la ventana; estaba atisbando hacia el interior.

Librodot

La voz parecía venir de muy lejos, una voz suave y confusa pero nada desagradable. Parpadeé. Tenía la cabeza descansada contra un ancho hombro y dos fuertes brazos se curvaban sin apretar en torno a mi cintura, sosteniéndome.

- No creo que se trate de una espía - continuó aquella voz profunda y melodiosa-. Lo más probable es que se trate de una muchacha de los muelles. Peleaba como si supiera lo que hacía. La tuve que inmovilizar con una llave, no la he ahogado, sólo le apliqué un poco de presión en un lado del cuello. Se desmayó en seguida.

Abrí los ojos. Todo estaba entre brumas, suavemente difuso, pero podía ver la luz parpadeante y a los hombres en torno a la mesa, ahora de pie, mirándome. La luz me dañaba los ojos. La cabeza me dolía de un modo espantoso. El corpulento rubio me sujetaba contra él casi con ternura. Lancé un gemido y le miré el rostro. Era un joven lozano y muy atractivo, con labios generosos y rosados y oscuros ojos marrones, muy suaves. No tendría más de veinte años.

- ¿Te encuentras bien, muchacha? - inquirió.

Tenía un pronunciado acento escocés, una cantinela muy agradable; parecía que acariciase cada palabra con la lengua. Asentí y me incorporé, y entonces él me quitó los brazos de la cintura y me puso las grandes manos en los hombros con el dominio suficiente como para que yo me diera cuenta de quién tenía el control.

- ¿Cuánto has oído? - me preguntó el primo de Cam con voz cantarina.

-Yo... yo... lo he oído todo -musité-. Sé lo que planeáis hacer. Es...

- ¡Cierra la boca! -me ordenó.

- ¿Qué vamos a hacer con ella? -quiso saber uno de los hombres.

- Tendremos que matarla - dijo con calma Ian.

- ¡Un momento! -protestó el joven apretándome más los hombros-. Matar a Cumberland es una cosa, y puede que sea necesario matar también a los criados, aunque yo sigo opinando que eso podríamos evitarlo, pero asesinar a una muchachita a sangre fría es... ¡es exactamente igual de atroz que lo que hizo él en Culloden!

- Tiene que morir.

- Robbie Bruce no va a quedarse aquí de pie y...

- No tenemos otra elección - dijo bruscamente Ian, interrumpiéndole-. Tú eres muy hábil con esa llave que sabes para estrangular, Robbie. Hazlo otra vez. Sólo un poco más de tiempo y un poco más fuerte. Todo habrá acabado en menos de un minuto.

- ¡No soy un asesino! Yo...

- Mataste a una buena porción de ingleses durante la última contienda, ¿no es así? A pesar de ser tan joven mataste a un buen número de ellos; y además con las manos desnudas, si no me equivoco.

Me encontraba inmersa en una pesadilla. De pie en una habitación lóbrega cuyas desnudas paredes de madera marrón parecían barridas por las alargadas sombras de los hombres que se hallaban de pie en torno a la mesa. La única lámpara encendida emitía un vacilante círculo de luz brumosa y amarilla. Aquello tenía que ser una pesadilla, aunque me olía a serrín, a sudor y a excrementos de rata; notaba la fuerte presión de los dedos de Robbie sobre los hombros y sentía correr la sangre por las venas. Podía ver los rostros de los otros hombres... el de Ian fiero, decidido; el de Cam aburrido, indiferente, como si no me hubiera visto en su vida.

- ¡Esto es diferente! -protestó Robbie-. Ella no es el enemigo. Ella...

-¿No? -le preguntó Ian-. Ella nos ha visto a todos. Sabe lo que hemos planeado hacer. ¿Vas a dejar que se marche de aquí tan tranquila?

-No hay necesidad de matarla. Podemos... eh... bueno, podemos atarla y mantenerla prisionera hasta que todo se haya acabado.

- ¿Y luego soltarla? - El primo de Cam esbozó una heladora sonrisa de desaprobación-. ¿Para que luego pueda identificamos a todos y cada uno de nosotros? Demuéstranos tu técnica. ¡ Hazlo de una vez! - le ordenó.

-¡Ni hablar!

Ian suspiró con cansancio. Meneó la cabeza. Se metió la mano en el bolsillo de la levita marrón hoja y sacó un largo y delgado cordel con un nudo en el medio. Se envolvió un extremo alrededor de cada mano, dio un tirón para probar la resistencia y el cordón produjo un fuerte chasquido semejante al restallar de un látigo. Se me doblaron las rodillas. Me habría desplomado si Robbie no me hubiera sujetado pasándome un brazo por la cintura. El rostro de Cam aún tenía aquella expresión fría e indiferente. El hombre de la cicatriz fruncía el ceño. Los otros parecían tensos, a disgusto.

- Me temo que yo no soy tan hábil como tú - le dijo con calma Ian-. Yo uso el garrote. Es casi indoloro, según creo, mucho más indoloro que tu método. Empújamela hacia acá.

- Eso no será necesario -le informó Cam.

Ian se giró en redondo para mirarlo a la cara, con el cordel bien tensado entre las manos. Cam también lo miró con el aburrimiento reflejado en los ojos azules.

-Guarda eso, Ian-le dijo.

- ¿Vas a matarla tú?

- Pienso cargar con toda la responsabilidad. Ella no nos delatará, te lo aseguro.

- ¿Cómo puedes estar tan seguro de eso? Es tu mujer, sí... la reconocí inmediatamente, desde luego. Todo ha sido culpa tuya. Debe de haberte seguido hasta aquí. Has cometido un tremendo descuido, Cam. Una torpeza. Y esta putilla es la que va a pagar por ello.

Cam se echó hacia atrás el faldón de la chaqueta y sacó la larga pistola negra que llevaba metida en la cintura de las calzas. Apuntó exactamente a un punto entre los ojos de su primo, justo por encima del puente de la nariz. Tenía el ademán completamente sereno y una expresión de aburrimiento aún en los ojos, pero ni uno solo de los hombres presentes en la habitación dudaba que fuese capaz de apretar el gatillo. Amartilló el arma. El ruido sonó como una explosión en medio del silencio. Ian palideció; los afilados pómulos huesudos se le pusieron blancos como la cal.

- Suelta ese cordel, primo, o te incrusto los sesos en la pared.

Ian dejó caer el cordel, mientras los ojos le brillaban de odio. Robbie lanzó un profundo suspiro de alivio, rozándome la mejilla con el aliento. El hombre llamado MacLeod, un alto y fornido escocés con el pelo castaño muy revuelto, soltó una risita, encantado de ver a Ian desautorizado de una forma tan rotunda. Este tenía más que nunca el aspecto de una zorra malvada.

- Estás cometiendo un grave error, Cam - dijo con un suave hilo de voz.

- Correré el riesgo.

- ¡Estás arriesgando nuestras vidas también!

- Miranda no va a decirle una palabra a nadie, ni antes ni después.

- ¡A nadie le importa un carajo de mierda lo que tú pienses! - le espetó MacLeod a Ian-. Salgamos de aquí de una puñetera vez. Nos veremos el jueves por la tarde en “El Roble Verde”.

- ¡Muy bien! -dijo Robbie.

Me soltó. Aún me sentía débil y dudaba de que fuera capaz de andar; la sensación de pesadilla persistía, nada me parecía real. Cam volvió a meterse la pistola al cinto bajo las calzas y se acercó a mí; me cogió con fuerza por la muñeca y me sacó de la habitación. Me llevó a través del vasto almacén dando trompicones a su lado, mientras la capa formaba remolinos a mi espalda. Me olía a algodón y a cáñamo, y a algo que hubiera podido ser grasa de ballena. Cam avanzaba con decisión hacia un sector de la parte trasera, sin inmutarse por la oscuridad que allí reinaba.

El aire de la noche se notaba fresco después de la atmósfera cargada del interior, y además ahora había unos cuantos rayos de luna, justo los suficientes para poner reflejos de plata en las superficies e intensificar así las sombras. Ahora podía verle el rostro a Cam, pero parecía que se lo hubiesen cincelado en mármol de tan duro e inmóvil como lo tenía. El joven rubio nos alcanzó cuando avanzábamos por la oscura calle situada en la trasera del almacén.

- Al parecer los ánimos se han puesto susceptibles, Cam - le susurró en voz baja mientras caminaba a grandes zancadas a nuestro lado-. Ian y MacLeod enfrentándose de ese modo, y tú viéndote obligado a sacar la pistola. No me gusta nada todo esto. A veces me parece que Ian ha perdido el juicio; creo que durante los últimos meses ha ido de mal en peor. Apenas puedo creerme que sea tu primo.

- Primo lejano - le corrigió Cam -. Tenemos la misma sangre, pero el parentesco es remoto. Ian estuvo en Culloden. Presenció aquella matanza. Puede que eso haya acabado por hacerle perder el juicio.

- Yo también estuve en Culloden -le recordó Robbie-. En todo el meollo, con el kilt y el tam(3). Perdí el arma al comienzo de la batalla y tuve que arreglármelas con sólo las manos, mientras a mi alrededor tenía lugar una sangrienta carnicería. Y a mi no me ha trastornado el juicio.

Tú eres joven, Robbie. Tienes más capacidad de recuperación. Los jóvenes no quedan marcados con cicatrices tan fácilmente. ¿Has traído el carro?

-Lo tengo en ese patio de ahí. Cargado de hojas de col mustias y de cebollas, me temo. Reparto productos al Covent Garden -explicó dirigiéndose a mí-. Siento haber tenido que poneros la mano encima en el callejón, señora. Os pusisteis como una gata salvaje.

No repliqué. Estaba callada en medio de aquella pesadilla. Cruzamos la calle, y Cam me levantó en vilo y me puso en el llano asiento de madera de una carreta que se hallaba parada en un patio oscuro lleno de basura. Trepó a mi lado. Robbie Bruce subió de un salto al otro lado, agarró las riendas y las hizo chascar con destreza. El olor dulce y penetrante de las cebollas hizo que los ojos me escociesen mientras la carreta avanzaba hasta salir del patio. Apenas si podía ver a los dos robustos caballos. Avanzaban con paso firme calle abajo, y la carreta daba botes y se balanceaba haciendo que yo me meciera de un lado a otro. Cam me puso un brazo por los hombros y me sostuvo con fuerza, manteniendo el perfil imperturbable a la pálida luz de la luna y mirando fijamente hacia adelante. Al pasar frente a una taberna que estaba iluminada de forma muy brillante, unos marineros alborotadores salieron en tropel a la calle y comenzaron a gritarnos. Robbie Bruce sacó un largo látigo del soporte y lo hizo restallar por encima de las cabezas de aquellos tipos. Retrocedieron al tiempo que llenaban el aire de ruidosas imprecaciones.

¿Cuánto tardaríamos en llegar a Fleet? ¿Quince minutos? ¿Treinta? Perdí por completo la noción del tiempo al viajar en medio de la noche. Nos alejamos de los muelles y pasamos por oscuras plazas, llenas de casas de juego y burdeles. Robbie tuvo que usar el látigo varias veces más, y en una ocasión Cam sacó la pistola para enseñársela a dos rufianes que se abalanzaron contra nosotros tratando de apoderarse de las riendas. Una mirada a la cara de Cam y un vistazo a la pistola bastó para que salieran corriendo hasta perderse entre las sombras. La calle Fleet estaba desierta, desangelada y desnuda a la tenue luz de la luna, de un claro color gris. Cam bajó de un salto, alargó una mano para ayudarme, le dio las gracias a Robbie por el viaje y me hizo una seña con la cabeza para indicarme que le precediera por el pasaje.

El patio se hallaba en silencio, pero ardían luces en las tres casas. Yo había dejado velas encendidas en el cuarto de estar y en el dormitorio, protegiendo las llamas con globos de vidrio. Las ventanas del dormitorio de la señora Wooden eran suaves cuadrados amarillos, y una luz difusa se filtraba por las ventanas del estudio del comandante Barnaby. Las hojas del peral susurraban quedamente mecidas por el viento cuando abrí la puerta principal. Todo estaba en calma, tranquilo, apacible, pero aquella sensación de pesadilla persistía en mí. Me di la vuelta en el pasillo para ver entrar a Cam. Cerró la puerta tras de sí, echó el cerrojo y se quedó mirándome durante un momento antes de entrar en el cuarto de estar y servirse un brandy. No me había dirigido la palabra ni una sola vez en toda la noche. Aquella calma letal resultaba del todo enervante. Me quedé de pie en el pasillo unos momentos; le estuve observando mientras se bebía el brandy con la mirada fijamente perdida en el vacío y la cara totalmente desprovista de cualquier expresión. Luego subí al dormitorio.

Me quité la larga capa color púrpura y la colgué en el armario. Me sorprendió ver que me temblaban las manos al cerrar las puertas del mismo. Entorné los ojos. Notaba que cada vez tenía los nervios más tensos, estaban ya a punto de rompérseme. Cuando lo hicieran yo volaría en pedazos. Y no podía permitir que eso ocurriera. Respiré profundamente varias veces, me acerqué al espejo y me contemplé el rostro con atención. Tenía las mejillas pálidas, y débiles sombras malvas y azuladas me teñían los párpados. La luz de las velas me bruñía el pelo haciendo que pareciese de un rojo más oscuro, con destellos cobrizos y dorados; los ojos eran de un azul muy oscuro, los ojos de una extraña.

Lo oí subir las escaleras. Me di la vuelta, tratando de aferrarme a cualquier cosa que fuese parecida a la calma. Se detuvo justo nada más traspasar el quicio de la puerta, y se quedó mirándome. Se había quitado la chaqueta y aflojado la corbata que llevaba al cuello. Se había abierto la camisa blanca de linón, y las mangas de amplio vuelo todavía estaban abrochadas en las muñecas. La pistola, con la empuñadura asomando, seguía en la cintura, metida en las ajustadas calzas negras. No pronunció una palabra, se limitó a quedarse allí de pie, junto al marco de la puerta, con una mano apoyada en la parte alta del dintel y la otra rozándole ligeramente el muslo. La eterna onda negra le caía sesgada sobre la frente, y los ojos azules le brillaban con expresión especulativa, como sino acabase de decidir qué hacer conmigo.

Permanecimos callados, y eso era lo más apropiado en aquel momento, porque nada de aquello podía ser real, sino que formaba parte de un sueño. El hombre apuesto y delgado que había junto al marco de la puerta, la pálida mujer con el vestido azul y violeta y el pelo dorado rojizo, el dormitorio con las paredes de color lavanda desvaído, las ajadas alfombras de color azul grisáceo con dibujos rosados y verdes, el armario de macizo roble oscuro y la enorme cama de cuatro columnas con la gastada colcha de satén azul... todo era etéreo, todo reverberaba a la difusa luz, entre plateada y dorada, que proporcionaban las velas. Las lágrimas que me inundaban los ojos hacían que todo lo viera borroso; me las limpié con la mano esforzándome por aferrarme a la realidad. Cam Gordon me contemplaba pensativo, y me mordí el labio. El atontamiento empezaba a abandonarme ya, las emociones me invadían.

-Adelante -le dije-. Acaba de una vez.

- No deberías haberte entrometido, Miranda - me dijo con calma.

- Para empezar, tú no debías haber estado allí. No eres más que un condenado loco, Cam. Al final vas a conseguir que te cuelguen.

- No intentes cambiar de tema.

- Ese primo tuyo... está loco. Quería matarme. Creí que se lo ibas a permitir.

- Quizá debería haberlo hecho - repuso.

Tanteé detrás de mí, encontré un cepillo para el pelo y lo cogí, cerrando los dedos en torno al mango. De repente lo arrojé al otro lado de la habitación con toda la fuerza de que fui capaz. El cepillo fue a chocar contra el marco de la puerta, a escasos centímetros de la cabeza de Cam. Este ni siquiera parpadeó.

- No vas a decir ni una sola palabra de todo esto - me advirtió.

- ¡ No voy a permitir que te maten, cabrón! No voy a quedarme parada esperando a...

- No vas a decir ni una palabra - me interrumpió con voz firme, aunque aún sereno-. Te olvidarás de todo lo ocurrido, de todo lo que has oído.

-Y una mierda. Si te piensas que vas...

- Tomaré cualquier medida que considere necesaria - continuó -. Si tengo que mantenerte presa en esta casa, bien atada y amordazada, lo haré. Pero no creo que sea necesario llegar a ese extremo.

Entonces toda la ira me abandonó. Me sentía débil, desamparada, completamente indefensa. Cam se inclinó para recoger el cepillo y lo puso sobre una mesa. Las amplias mangas de linón blanco ondearon cuando él se movió. Dejó el cepillo y giró sobre si mismo para mirarme con ojos que denotaban una gran sangre fría.

- Es una locura, Cam, una completa locura.

- No me apetece hablar de eso ahora, Miranda.

Se sacó la pistola de la cintura y la colocó sobre la mesa. El largo cañón lanzaba reflejos de plata negra a la luz de las velas.

-También podrías matarme ahora -le sugerí. Me temblaba la voz-. Al final lo único que vas a conseguir es que te cuelguen, y yo... yo no podría vivir sin ti. Si te ocurriera algo, ya no me quedaría ninguna razón para seguir viviendo yo te quiero, hijo de perra, y...

- Calla, Miranda - dijo con voz tranquila.

Se acercó a mí y trató de tomarme entre sus brazos. Le crucé la cara de una bofetada tan fuerte que casi me rompo la muñeca. Cam retrocedió un poco, pero la expresión no se alteró lo más mínimo. Me escocía tremendamente la mano. Me dolía la muñeca. Una marca de un color rosa muy encendido le apareció a Cam en la mejilla derecha. Me estrechó entre sus brazos y me besó en la boca. Forcejeé durante unos instantes, pero luego comencé a sollozar y me abracé a él con desesperación. Cam me levantó la barbilla y me miró a los ojos; los suyos tenían un brillo oscuro. Me besó otra vez, aquellos labios cálidos me acariciaron con una ternura nueva que poco a poco se fue convirtiendo en pasión. Me levantó en brazos y me llevó hasta la cama, y entonces todo pareció desaparecer, todo se perdió en el cruel esplendor del amor que era mi salvación, mi gloria, mi tormento y mi fatal destino.

9

Aquel jueves por la tarde el cielo tendría que haber estado húmedo, gris y opresivo, y la ciudad oscura, en-vuelta en tinieblas, pero no era así ni mucho menos. El sol brillaba con fuerza, sus radiantes rayos penetraban por las ventanas llenando la casa de una luz blanca y plateada, y un pájaro tuvo la osadía de ponerse a trinar guturalmente en una rama del peral que había delante de la casa. El cielo estaba muy azul. El aire parecía echar chispas. Aquel jueves era, en efecto, un día glorioso de verano, y justo en aquel momento los hombres de Cumberland debían de estar registrando la casa de campo de las afueras de Londres mientras, en palacio, el

duque Sangriento y su espléndida y recatada amante hacían los últimos preparativos para la marcha. Pero igualmente había otras personas que también se afanaban con preparativos, y había nada que yo no pudiera hacer para impedirlo.

Tendría que haber habido un estampido de trueno. Los relámpagos deberían haber surcado un ominoso cielo negro. El pájaro gorjeaba alegremente. Los caniches ladraban mientras la señora Wooden los sacaba al patio para que retozasen. Me aparté de la ventana del cuarto de estar y escuché el tic-tac del perezoso reloj de bronce situado en la repisa de la chimenea. Ya eran las cuatro, y Cam todavía no había vuelto. Se había marchado poco después de las doce, después de informarme de que tenía que resolver unos "asuntos" y que regresaría en cuanto pudiera. Yo sabía que él pensaba salir hacia la "Posada del Roble Verde" en un coche de alquiler a las siete... tres horas más tarde. Sólo tres horas más. Traté de dominar el pánico, me esforcé por aferrarme a cualquier vestigio que significase un poco de calma.

Aquellos cinco últimos días habían sido verdaderamente extraños, muy pacíficos, muy tranquilos, y si no hubiera sido por la negra nube que pendía sobre ellos - el conocimiento de lo que Cam y los demás planeaban hacer-, habrían sido maravillosos. No había sido necesario atarme, amordazarme ni mantenerme presa en la casa, porque él sabía que yo no diría nada. No podía hacerlo. Hubiera significado la muerte para él, además de la muerte del gentil Robbie Bruce y de todos los demás. Un nuevo Cam había sido mi compañero desde la noche en que Robbie nos llevase a casa de regreso de los muelles. La dureza, el mal humor, las malas caras, los taciturnos silencios y aquellos estallidos de ira habían desaparecido como por arte de magia. Se había mostrado muy amable conmigo, atento, tierno, aunque quizás algo ausente, y me había tratado con una tranquila cortesía que nunca había mostrado antes.

Los días habían sido serenos, y las noches... las noches henchidas de pasión, con la habitación envuelta en una oscuridad gris azulada y el techo moteado con rayos de luna que danzaban como perezosos duendes de plata mientras, sobre la cama, él me tomaba una y otra vez, acariciándome, mimándome, protegiéndome, con los cuerpos enlazados en una danza igual de perezosa y de amorosa que la de los rayos de luna. La fiereza, el furor de mi demoníaco amante había dado paso a una nueva consideración, a una gentil preocupación por mi propio placer, como si yo fuese un instrumento atesorado y él un maestro músico que se esforzaba por sacar de él las notas más dulces. Fuerte, diestro, soberbiamente controlado, entregaba lo mismo que antes había tomado, y el esplendor de aquellas noches parecía hacerme pedazos los sentidos y transportarme hasta unas nuevas cotas de éxtasis. Peso, calidez, sudor, olores, manos que me exploraban el cuerpo, labios que me acariciaban la piel, una acometedora virilidad que llegaba cada vez más hondo, uniéndonos más en cada impulso, desencadenando oleadas de sensaciones que nos ahogaban a los dos en medio de una dicha lenta, atormentada e insoportable que duraba y duraba hasta que, exhaustos y sin dejar de estar enlazados ni un instante, contemplábamos cómo los rayos de luna daban paso al suave esplendor rosado del alba. Cam nunca mencionaba la palabra amor, no, era demasiado orgulloso para hacerlo, demasiado obstinado, demasiado estoico para permitir que esa palabra le saliera de los labios; pero las palabras no eran necesarias.

Sin embargo, bajo todo aquello se hallaba latente la certeza de que, una vez llegara el jueves por la tarde, él abandonaría la ciudad para ir a reunirse con sus paisanos en una misión suicida. Era casi como si Cam presintiera que... que aquellos eran los últimos días que pasaríamos juntos en nuestra vida, que, al igual que yo, tuviera la premonición del desastre y quisiera dejarme un recuerdo lleno de ternura. ¿Cómo iba yo a saborear todo aquel esplendor sabiendo lo que se avecinaba? ¿Cómo podía acoger aquello, aquella compasión, cuando todo me iba a ser arrebatado a no tardar? Hubiera preferido un Cam espinoso, grosero y temperamental, pero que no tuviese intención de participar en aquella locura descabellada. Mejor los golpes, las malas palabras y los silencios huraños que las gentiles caricias de un hombre que iba a abandonarme y meterse de cabeza en un desastre casi cierto.

Tranquilamente, sin la menor emoción, me lo había explicado todo, y ahora yo comprendía mucho mejor los motivos que les habían impulsado a planear el asesinato. No era todo una mera cuestión de venganza, aunque eso jugaba también un papel importante. La muerte de Cumberland, en opinión de los rebeldes, supondría una declaración política, un ultimátum que obligaría al Rey a reconsiderar y revisar su política con Escocia y con los escoceses que habían dado apoyo al Hermoso Príncipe. No le quedaría más remedio que declarar una amnistía general y restituir todas aquellas propiedades que habían sido confiscadas por la Corona... o bien tendría que enfrentarse con el mismo fatal destino que su hijo. ¿Es que no se daban cuenta de que la muerte de Cumberland sólo empeoraría las cosas, que sólo conseguirían acrecentar la resolución del Rey de aplastar a todos los implicados en la "traición" encabezada por Charles Edward Stuart, el joven pretendiente? Cuando traté de hacérselo entender, Cam repuso sencillamente que yo no entendía de aquellas cosas.

También sabía yo, ahora, por qué lady Arabella se lo jugaba todo por los rebeldes. Sin que Cumberland tuviese ni la más remota sospecha, la hermosa Arabella llevaba sangre de los Stuart y era, de hecho, pariente lejana del Hermoso Príncipe. Aunque criada y educada en Inglaterra, era escocesa de nacimiento, y tras la muerte de su esposo había regresado a Escocia para vivir con unos parientes tan empobrecidos como ella. Siendo uno de los pocos que conocía su origen, y sabedor del antiguo interés que el duque sentía por ella, Cam había hecho un viaje a Escocia para convencerla de que se uniese a ellos. Como lady Arabella ya odiaba a Cumberland, un odio amargamente aumentado por lo que él había hecho con sus compatriotas, y además era fieramente leal al primo lejano que ella consideraba el Rey por derecho, la joven viuda había consentido con

presteza en hacer cualquier cosa que pudiera ayudar a aplastar a los Hannover, soñando como tantos otros con que un día el Príncipe Charlie: haría. su glorioso retorno. .

Mientras que lo más fácil era que los demás posiblemente lograran pasar inadvertidos la participación de lady Arabella en la conspiración... se iba a hacer evidente para todos de modo: que era completamente imposible que ella pudiera permanecer en Inglaterra después de que Cumberland fuera asesinado. Un carruaje cerrado la esperaría aquella noche oculto en la espesura del bosque para llevarla directamente a Dover, desde donde a las siete de la mañana un barco la transportaría al otro lado del Canal, a Francia, y allí ella se reuniría con el Hermoso Príncipe, que estaba en el ignominioso exilio, y esperaría el glorioso día en que por fin se haría Justicia. Lady Arabella Dunston sería recordada en las leyendas y poemas de los Highlands, junto con Flora MacDonald, como una de las heroínas de la patria... a no ser que el verdugo le rompiese el cuello en público.

Mientras yo permanecía allí de pie en el cuarto de estar, escuchando a los caniches ladrar alegremente y retozar por el patio, la premonición que yo había estado sintiendo durante tanto tiempo se hizo notar con más fuerza aún. Ellos lo habían planeado todo, hasta el último detalle, sí, pero yo sabía que algo iba a suceder... algo inesperado, imprevisto. Los iban a matar o a capturar a todos. Algo iba a pasar. Yo tenía una certeza absoluta. La premonición aumentaba e iba tomando cada vez más forma, como una enorme nube negra que se fuera hinchando en lo alto hasta eclipsar el sol y ensombrecerme el alma. No podía dejarlo marchar. No podía. No había nada que yo pudiera hacer para ayudar a lady Arabella, a Robbie o a los demás, pero tenía que salvar a Cam. Tenía que impedir a toda costa que se marchase. Pero sabía que me iba a resultar imposible convencerlo con palabras. Y era demasiado fuerte para mí, por lo que tampoco cabía la posibilidad de someterlo por la fuerza. Quizá quedara el recurso de golpearle la cabeza con algo, pero, ¿y silo hería, y si le rompía el cráneo? Tenía que haber algún modo... tenía que haberlo.

Oí a Marcelon llamar a los perros y regañarles; de repente recordé algo... ¿qué era? Estaba allí, justo en los límites de mi memoria. Habíamos estado hablando de dormir y... lady Arabella iba a darles a los soldados, mezclada con el vino, una droga que los haría dormir inmediatamente. La señora Wooden a veces tenía problemas para dormir, me lo había confesado ella misma, era uno de los achaques propios de la edad, ay, aunque ella fuese reacia a admitirlo; antes se dormía inmediatamente, pero ahora... El farmacéutico era encantador, un hombre adorable, muy comprensivo, y le daba aquella maravillosa droga. Tres o cuatro gotas en un vaso de vino y dormía toda la noche como una criatura. Tres o cuatro gotas en un vaso de vino y... ya sabía lo que tenía que hacer.

Marcelon se quedó muy sorprendida de mi visita. Había metido los perros en casa y les estaba dando de comer; hígado picado para Sarge y Pepe, y unos trocitos de pollo para Brandy, que había crecido considerablemente en los últimos meses, había triplicado su tamaño desde aquel día en que viniera a mendigarme zanahorias, aunque seguía siendo bastante más pequeño que sus hermanos. Los tres ladraban y hacían cabriolas. Brandy devoraba la comida e intentaba comerse también la de Pepe; Sarge gruñía ominosamente cuando Brandy, aquel repipi advenedizo, se acercaba a su plato. Ignoré las bufonadas de los perros y traté de controlar los fuertes latidos de mi corazón. Intenté aparentar desenfado y desenvoltura. Marcelon se puso a charlar animadamente; me llevó al estudio y me contó el último altercado con el comandante Barnaby, y pasaron unos buenos diez minutos antes de que yo tuviera oportunidad de sacar a colación el tema de la droga. Le expliqué que últimamente me estaba costando bastante dormir -había tenido demasiados problemas en la cabeza en los últimos días y había trabajado mucho-, y me gustaría probar su poción.

Pareció preocupada. Pareció dubitativa. Yo era demasiado joven para necesitar la ayuda de drogas, me dijo en un tono muy serio, y luego se lanzó a darme un sermón; yo estaba a punto de echarme a llorar cuando por fin se quedó cortada en seco, me miró atentamente y abandonó la habitación de repente para regresar poco después con un frasco lleno de un líquido parecido a la tinta. No más de tres o cuatro gotas, me advirtió, y tenía que devolverle el frasco a primera hora de la mañana. Me cogió una mano, me la apretó y me dijo que esperaba que yo supiera que siempre podía acudir a ella, sin importar cuál fuese el problema que tuviera. Me consideraba como su propia hija y nunca sabría yo el estímulo que había supuesto para ella durante aquellos últimos meses. Había estado muy deprimida, y... yo le di un abrazo apresuradamente, le aseguré que me pondría bien y corrí de regreso a casa.

Cam llegó media hora después. Parecía muy cansado y preocupado. Me besó ligera, y superficialmente y luego subió al piso de arriba. Cogí la última botella que quedaba de aquellas que Sheppard nos enviara, un buen vino francés, el mejor que había. Gracias a Dios quedaba una. Titubeé durante un momento, escuché para asegurarme de que Cam seguía arriba y luego descorché la botella. Tres o cuatro gotas en una copa. ¿Cuántas habría que poner en una botella? No me atrevía a esperar a que le sirviera el vino y echarle entonces las gotas en la copa. Cabía la posibilidad de que Cam me viese. Dejaría la botella entera y luego fingiría que yo también bebía. ¿Cuántas gotas? Quité el tapón del frasco y vacié un tercio del líquido en el vino. Formó vetas de un negro grisáceo en el transparente vino rosado. Volví a poner el corcho, agité la botella y las vetas fueron desapareciendo poco a poco a medida que se mezclaban con el rosa. El vino quedaba un poco más oscuro ahora, pero yo estaba segura de que él no lo notaría.

“Una última copa de vino -le diría-. Una última copa de vino antes de que te marches. Te relajará.” Me temblaba la mano cuando escondí el frasquito detrás del tarro de jengibre y volví a poner la botella de vino en su sitio. ¿Y si había puesto demasiado? Dios mío, ¿y si envenenaba a Cam? No, no, eso era absurdo. Sólo iba a

tomarse una copa. Respiré profundamente varias veces para intentar tranquilizarme. Tenía que conservar la calma a toda costa.

No podía permitir que él sospechase nada. Me acerqué al espejo y me eché hacia atrás la espesa melena castaño rojiza. Mis ojos habían adquirido un tono azul oscuro y preocupado, tenía las mejillas algo arreboladas, de un rosa suave, y las comisuras de la boca caídas en una expresión de tristeza. Tenía que evitar que Cam notase lo que yo sentía. Debía adoptar una apariencia valiente, sonreír y... y fingir que le comprendía.

Subí. Cam se encontraba en el dormitorio, sacando ropa del armario y metiéndola en una bolsa de cuero larga y grande cuyas asas se abrochaban en el medio. La bolsa era casi tan grande como un barril pequeño, pero mucho más fácil de manejar. ¿Por qué estaría haciendo el equipaje? ¿Pensaría abandonarme y no volver? Contuve la respiración. Entonces Cam se dio media vuelta, me vio de pie junto al marco de la puerta, se fijó en la expresión preocupada de mi cara y luego, dejando a un lado el chaleco que estaba doblando, se me acercó y me colocó las manos en los hombros.

- Es sólo por precaución, Miranda. Tengo que estar preparado por si tengo que salir huyendo precipitadamente... por si algo sale mal.

-Pero...

- No creo que nada salga mal, pero de todos modos prefiero llevarme la bolsa. Todos lo vamos a hacer. Es cosa de sentido común.

- ¿Dónde... dónde irías?

- Me iría a Francia, con Arabella. Un barco la estará esperando, y si algo pasase, si algo saliese mal, el resto de nosotros... los que lograsen salir de allí... nos iríamos en el barco con ella.

- Cam, estoy muy preocupada. Yo...

- No va a pasar nada - me aseguró -. Arabella será conducida a Dover y el resto de nosotros nos separaremos y volveremos a nuestras respectivas casas. Nadie se enterará de nada. Llevamos meses planeándolo.

-No me gusta. Presiento...

- ¿Vas a desmoronarte ahora? - me preguntó sin perder la calma.

Lo miré a los ojos. Tenían una expresión seria aunque tierna, dura aunque llena de preocupación. Me acarició suavemente los hombros con los dedos. Sentí su calor, su fuerza. Me habría gustado fundirme entre sus brazos, abandonarme en ellos y echarme a llorar, pero no lo hice. Lo miré a los ojos durante un largo momento, contuve las lágrimas y, finalmente, sacudí la cabeza en un movimiento negativo.

No... no voy a desmoronarme - le dije. Cam me apretó contra su pecho.

Buena chica - dijo; luego me soltó y siguió con lo que estaba haciendo.

- Estás organizando un barullo espantoso - le dije-. Mira, está todo arrugado, metido de cualquier manera. Deja que lo haga yo.

Cam pareció aliviado; se apartó y me observó con aquella particular mirada de desamparo masculino mientras yo vaciaba la bolsa, volvía a doblar la ropa y la metía otra vez. Camisas, calzas, chalecos, levitas, una capa abrigada, dos pares de botas. Pañuelos para el cuello, utensilios de afeitar, cepillo y peine. Terminé en veinte minutos, todo pulcro y ordenado, la bolsa completamente llena. Cam sacó una cartera plana de cuero abultada por el dinero, la puso sobre la ropa, luego cerró la bolsa y fijó el cierre.

-He ido al banco hoy -me dijo-. He tenido una conversación con Bancroft y he retirado todo mi dinero.

-¿Ah, sí?

- He abierto una cuenta a tu nombre, Miranda, y he transferido a ella algunos fondos para... - Titubeó, frunciendo el ceño-. Quería que tuvieses la vida asegurada por si algo... bueno, sólo es una precaución más.

- No tenias que...

-Ahora no vamos a discutir eso - me interrumpió, cortante-. Son las cinco y media. Supongo que será mejor que empiece a prepararme.

- Cam... vamos a... no hay prisa. Primero vamos a tomarnos una copa de vino juntos.

Pareció complacido. Me dirigió una sonrisa indulgente y luego me echó los brazos alrededor, contento de que me lo estuviese tomando tan bien, contento de que no fuera a hacerle una escena. Me hizo levantar la cabeza y me besó larga y lentamente, y el beso se convirtió en algo más de lo que él había pensado. Noté la erección cuando me abrazó. Tenía un apetito muy voraz, mi escocés, era de lo más glotón. Un auténtico semental, es lo que era.

-Maldición -dijo, apartándome de sí-. No tenía intención de llegar a esto. Me embrujas.

-Está...

- Está palpitando por ti. Pero ahora no hay tiempo. Tendré que aguantarme. Sin embargo esta noche, cuando vuelva... - Hizo una pausa y esbozó una maliciosa sonrisa -. Será mejor que cenes bien. Te van a hacer falta muchas energías.

-Odio que te vayas.

- Vamos. Sal de aquí. Tu seductora presencia no hace más que ponerlo más duro... de soportar, quiero decir. Ve a preparar el vino. Me cambiaré de ropa y me reuniré contigo abajo dentro de unos minutos.

Me hallaba nerviosa a más no poder mientras sacaba el vino y preparaba dos copas de cristal para llevarlas al cuarto de estar. El sol que horas antes entraba a raudales por la ventana se filtraba ahora débilmente, formando unos rayos tenues de blanco amarillento en los que se arremolinaban infinitesimales motas de un color entre azul y gris; brumosas sombras azules y púrpuras empezaban a pintarse afuera, en el patio. La bandeja

Librodot

produjo un ligero traqueteo cuando la dejé sobre la mesa. El vino estaba terriblemente oscuro. ¿Lo mataría? La habitación parecía más caliente de lo normal, aunque estaban abiertas las ventanas y una suave brisa agitaba los cortinajes de color verde lima. Sentía las mejillas acaloradas. Notaba que tenía el pelo húmedo, casi mojado. Me ajusté el corpiño del vestido a rayas color orín y crema y me alisé la falda con ambas manos, que revolotearon como mariposas.

Eran las seis cuando Cam bajó por fin acarreando la pesada bolsa. La dejó en el suelo del recibidor junto al viejo reloj del abuelo y entró en el cuarto de estar. Yo me hallaba de pie junto al escritorio; ahora estaba compuesta, tranquila como la que más en apariencia. El se había puesto las calzas y la levita negras más viejas que tenía, desgastadas y brillantes por el uso, un chaleco viejo con rayas de satén negras y grises acero. Se había anudado al cuello un gran pañuelo de seda negra que le colgaba formando un triángulo irregular. Me dirigió una furibunda mirada y se cubrió con el pañuelo la parte inferior del rostro, de modo que sólo quedaban al descubierto los ojos, la frente y el pelo. Sacó la pistola; parecía exactamente igual que un bandido salvaje, con sus amenazadores ojos azules brillando por encima de la seda negra.

- ¿Efectivo? - inquirió.

- Extremadamente - le dije-. Tú... tienes un aspecto verdaderamente siniestro.

Tiró hacia abajo del pañuelo y sonrió.

- Bien. Todos llevaremos el rostro cubierto cuando entremos en la casa. Los cuatro criados nos tomarán por bandidos, pero así no podrán identificamos. Y no habrá necesidad de matarlos. Sólo los inmovilizaremos, los ataremos bien y los dejaremos en el bosque; luego seguiremos a lo nuestro.

- Me... me alivia mucho saberlo. Tu primo...

- Ian es un poco demasiado sangriento incluso para mi gusto - confesó -. Tiene una clara inclinación a la violencia, igual que yo, claro está, pero yo puedo desahogar mis instintos más oscuros con mi encantadora épica. Ian no tiene ese recurso. El sería capaz de estrangularlos a los cuatro y disfrutaría cada instante de tal acción.

-Me asusta, Cam.

- Cuando todo esto haya pasado, el resto de nosotros va tener que hacer algo respecto al primo Ian. Lo enviaremos a las colonias, supongo, si es que no hay necesidad de tomar medidas más severas. Tiene la cabeza demasiado caliente, es demasiado impetuoso. Representa un peligro para todos del que tenemos que prescindir. Me alegraré mucho cuando llegue el momento de decirle adiós.

- ¿Todos los escoceses son tan violentos como él? - le pregunté.

- Ni pensarlo -replicó-. Considerados en conjunto somos la raza más adorable que hay sobre la faz de la tierra; graciosos, juerguistas, muy acogedores y amistosos con nuestras gaitas, nuestros kilts y nuestras singulares y muy antiguas tradiciones. Es una cosa bastante rara encontrar manzanas podridas como Ian o como yo.

Cuando se acercó a la repisa de la chimenea lo envolvía un aire casi confiado, una sensación de emoción reprimida, de energía apenas contenida. Era un hombre a punto de demostrar su hombría en una hazaña temeraria y osada, y ello le proporcionaba un curioso júbilo que era puramente masculino y tan viejo como el mundo. Tras meses y meses de aventuras experimentadas por otros y producidas ante la mesa de trabajo, ahora se disponía a llevar a cabo una de ellas personalmente. Se trataba de un asunto serio, verdadera y mortalmente serio, pero aún así quedaba una cierta emoción que le daba aquel aire confiado y lo mantenía inquieto e impaciente por partir. Los cruzados debieron de sentir el mismo júbilo al emprender viaje para reclamar la Tierra Santa, pensé yo. Los soldados ciertamente tenían que sentir lo mismo cuando partían para la guerra imbuidos de un jactancioso aplomo. Sólo más tarde se desvanecía el bulo y la cruda realidad hacía acto de presencia.

-Casi es la hora -observó.

- Queda todavía casi una hora, Cam. Re... relájate. Venga, deja que te sirva una copa de vino.

-Te estás portando muy bien, Miranda.

-Lo intento -dije.

Serví el vino. La mano no me tembló en absoluto. Le entregué la copa a Cam con los ojos bajos, aparentemente recatada y resignada.

- Sé lo mucho que te preocupa todo esto, Miranda -continuó -, y lo comprendo. Pero es algo que tengo que hacer.

- Desde luego.

-Te compensaré por ello. Cuando todo esto acabe, pienso... pienso demostrarte, al menos en parte, lo mucho que significas para mi.

Tomó un sorbo de vino y me miró con ojos pensativos. Luego dio otro sorbo, sin que al parecer encontrara nada raro en el sabor.

- Me doy cuenta de que no soy precisamente el hombre con el que resulta más fácil convivir en este mundo - me dijo-, pero tú has demostrado tener una gran paciencia conmigo. Me has apoyado y ayudado, y mucho me temo que yo no siempre me he mostrado agradecido.

- Tú... tú no tienes que decir esas cosas, Cam. Termina-te el vino.

- Ha habido veces, cierto es, en que me hubiera gustado ahogarte, pero por encima de todo este ha sido... ha sido el mejor año de mi vida. Ya está, lo he dicho. Puede que yo sea escritor, pero no se me da muy bien expresar mis propios sentimientos.

-Ya lo he notado.

Librodot

- Creo que lo que intento decirte es que tú eres la única mujer de todas las que he conocido de la que nunca he llegado a aburrirme.

-¿Ah si?

Y cuanto todo esto por fin acabe voy a hacer algo al respecto.

Se termino el vino y dejó la copa. Aparentemente la droga no le estaba haciendo ningún efecto. Noté que el pánico me iba en aumento. ¿Y si no surtía efecto? A Marcelon le había perturbado mucho mi petición. Había estado fuera de la habitación bastante rato. ¿Y... y si había sustituido la droga por... por otra cosa, por agua coloreada, por ejemplo? “No te dejes llevar por el pánico, Miranda. No te asustes. El no se va a marchar de esta casa. Y si para ello tienes que golpearle la cabeza con una plancha, lo harás.”

- Toma un poco más de vino - le dije con calma.

- No creo que otra copa me haga daño. ¿Tú no tomas?

Le llené la copa y se la tendí.

-No tengo sed. ¿Cómo... cómo te sientes?

- Decidido. La muerte de Cumberland será un gran bien para mucha gente, Miranda. Esto no es ningún proyecto casquivano y alocado soñado por un hatajo de revoltosos ilusos. Ha sido cuidadosamente... plane... ado.

- La voz empezaba a flaquearle ligeramente, se le iba haciendo borrosa. Le costaba más pronunciar las palabras -. Lo hemos... planeado... todo... muy bien. Nos ha... costado más de... un ano... elaborar el plan... y... y...

Dejó la copa con tanta brusquedad que el vino se salió por encima del borde y salpicó formando un charco en la mesa. Me miró con los ojos muy abiertos; empezó a hacerse cargo de la situación al tiempo que la droga se encargaba de obnubilarle la mente. Muy tranquila, le sostuve la mirada.

-Tu... tu... -La voz le sonaba pastosa.

- No podía dejarte marchar, Cam.

- ¡Perra tra... traicionera!

Avanzó hacia mí dando tumbos. Lanzó un brazo hacia atrás, con el puño apretado, dispuesto a golpearme en la mandíbula con todas sus fuerzas. Entonces los ojos se le pusieron vidriosos y se tambaleó hacia adelante, desplomándose como un roble talado. Lo cogí por la cintura y estuve a punto de caerme yo también al recibir el peso de su cuerpo. La cabeza le quedó recostada en mi hombro.

Los brazos le colgaban inertes a los costados. Las piernas parecían de goma. Tiré de él y lo arrastré, tratando de sujetarlo y estando a punto de romperme la espalda en el intento. Tensa, jadeante, conseguí arreglármelas para llevarlo hasta el sofá; cuando lo solté y lo empujé hacia atrás, cayó tan pesadamente que uno de los muelles se rompió produciendo un fuerte sonido.

Le levanté las piernas y se las puse sobre el sofá; lo coloqué debidamente con la cabeza descansando sobre un cojín y le retiré el pelo de la frente. Una arruga de preocupación surcaba la mía. Cielo santo, ¿lo habría matado? No, no, aún respiraba, aunque pesadamente, y el pulso parecía bastante normal. A mí el pulso me saltaba enloquecido, y el corazón me latía frenéticamente. Me senté en el gran sillón, justo enfrente del sofá, abrumada por la enorme gravedad de lo que había hecho. Cam nunca me perdonaría aquello. Jamás. Lo había traicionado, sí, pero para mí resultaba imposible dejarlo marchar. No podía perderlo. El se enfadaría, se pondría furioso, y con razón, pero él... él comprendería, se daría cuenta de por qué yo había tenido que hacerlo.

Eso me decía y procuraba creérmelo mientras el sol se iba debilitando, las sombras se alargaban y el perezoso reloj de bronce dejaba oír el tic-tac sin tregua, como un grillo cansado pero persistente. La habitación se llenó de una difusa luz azul que se fue volviendo púrpura poco a poco a medida que oscurecía. La noche cayó y apenas podía ver a Cam allí, estirado en el sofá. Salió la luna y un borroso resplandor plateado se filtró por las ventanas desterrando el negro púrpura. Las nueve. Las diez. Permanecí sentada muy quieta, escuchando la respiración de Cam, tratando de no pensar en lo que estaba ocurriendo en aquella casa rodeada de bosques. Las once. Las once y media. Las doce. Cam masculló algo y extendió un brazo. Este le quedó colgando fuera del sofá. Roncó en sueños y siguió respirando profunda y regularmente.

Café. Necesitaría mucho café cuando por fin se despertase. ¿Cuándo sería eso? ¿Cuánta droga había entrado en su organismo? ¿Dormiría hasta la mañana siguiente? Volvió a decir algo. El efecto debía de estar pasando. Me levanté y empecé a encender velas, desterrando la luz de la luna y las sombras. Las doce y quince. Cam fruncía el ceño en sueños. Parecía un gran muñeco fláccido allí estirado sobre el gastado sofá de terciopelo azul. Lo contemplé durante largo rato antes de entrar en la cocina para encender el fuego y poner a hacer el café. Pronto estuvo hirviendo en el puchero y llenó la habitación de un aroma rico y fuerte.

Comida. Cam no había comido. Tendría hambre. Partí pan y un poco de queso y saqué unas salchichas para mantenerme ocupada, esperando con ello acallar el pánico que, otra vez, aumentaba en mi interior. El lo comprendería. El... se enfadaría, probablemente hasta me pegaría, pero... Entonces lo oí moverse por la habitación de la parte delantera. Me apresuré a poner café en una de las grandes tazas azules y corrí hacia donde él se encontraba. Estaba sentado en el sofá, con las mejillas congestionadas y el pelo húmedo caído sobre la frente. Se lo echó hacia atrás y me observó con unos ojos que parecían mirar fijamente sin verme.

- ¿Qué hora es? - me preguntó.

- Es... es casi la una. Toma... pensé que te apetecería un poco de café.

Lo cogió sin decir una palabra. Se lo bebió lentamente, pero a pesar de todo el color normal no le volvía al rostro. Acerqué el puchero, le serví otra taza a Cam y luego dejé la cafetera sobre la repisa de la chimenea.

Aquella temblorosa sensación iba en aumento, amenazando con vencerme. Me esforcé por reprimirla, por permanecer tranquila. Lo hecho, hecho estaba, me alegraba de ello y me encontraba dispuesta a afrontar las consecuencias sin arredrarme. La casa se hallaba muy, muy quieta. Se oía, el roce que producían las hojas del peral que había frente a la puerta. Cam se terminó el café, dejó la taza y se volvió a enjugar la frente. Después se puso en pie. Parecía que las piernas le temblaran.

-¿Qué era? -quiso saber.

- Una... una pócima para dormir. Me la dio la señora Wooden. Le dije que me resultaba imposible dormir. Ella... no tiene ni idea de para qué la quería yo en realidad. Supongo que estarás... muy enfadado.

No contestó. Dio un tirón del borde del chaleco para colocárselo y se cepilló las solapas de la levita. Lo mismo hubiese podido estar solo en la habitación. El silencio era espantoso. Yo no podía soportarlo más.

- ¡Di algo! -le grité.

- No hacen falta palabras, Miranda.

- ¡Haz algo! Pégame si quieres, pero...

Se me quebró la voz. Las lágrimas me inundaban los ojos. Me quedé mirándole, y él me contempló como si mirase a una extraña molesta que hubiese entrado en su cuarto de estar por equivocación. Apartó la vista, y todo mi cuerpo pareció quedarse frío. Yo podía encajar su enojo, sus golpes, pero aquella tranquila indiferencia me llenaba de terror. Las lágrimas me desbordaron las pestañas cuando él salió al recibidor y pasó a mi lado como si yo no estuviera.

-¡Cam!

Corrí tras él. Le sujeté por un brazo. El me cogió los dedos y los apartó.

-Se acabó, Miranda.

- ¡Tienes que comprenderlo, Cam! ¡Tenía que hacer algo al respecto! Yo...

Se oyó un alboroto en el patio. Unas fuertes pisadas que corrían sobre los guijarros hacia la casa. Alguien llamó con fuerza a la puerta. Me apoyé contra la pared mientras Cam iba a abrir y Robbie se precipitaba dentro del vestíbulo. Estaba sin aliento. El pelo rubio se le había oscurecido a causa de la abundante transpiración, y tenía la ropa empapada de sudor. Se veía claramente que había estado cabalgando a toda carrera y bajo una tremenda tensión. Una manga de la camisa blanca de tosco tejido estaba desgarrada y tenía quemaduras de pólvora en las ceñidas calzas de color tostado, y una oscura tiznadura le cruzaba la mejilla derecha. Llevaba el viejo justillo de cuero desabrochado, aleteando en el aire, manchado de sangre. Cam lo cogió por los brazos y lo sujetó con fuerza. El joven respiró profundamente varias veces mientras el sudor le corría por la frente.

-¿Qué ha pasado? -le urgió Cam.

- ¡Tenemos que huir en seguida, Cam! No podemos perder ni un momento. Los casacas rojas...

- ¡Dime que ha pasado, hombre!

Robbie estaba medio histérico, incapaz de hilvanar una frase con coherencia. Cam le cruzó la cara de una bofetada, un golpe brutal y decidido que hizo que el joven diera un grito de dolor. Se mordió el labio inferior. Sacudió la cabeza, haciendo un valiente esfuerzo por recuperar el control de sí mismo, y al cabo de un momento tragó saliva y miró a Cam con los ojos castaños atónitos.

-Tú... no has aparecido. Te estuvimos esperando mucho rato... y finalmente Ian insistió en que siguiéramos adelante con el plan. Íbamos ya con media hora de retraso según lo planeado, y todos estábamos muy excitados... e incómodos. Ellos... Ian iba al mando, pero todos nosotros... el resto de nosotros te considerábamos a ti el jefe, y al ver que no te presentabas... -Volvió a contener la respiración-. Todo ha acabado mal... desde el principio todo ha salido mal.

Luego Cam lo soltó. Robbie se limpió el sudor de los ojos con la mano y se apartó unos cuantos mechones rubios de la frente.

- Los guardias estaban sin sentido, esparcidos por el suelo alrededor de la casa; entonces entramos y encontramos a los criados y... yo le dije a Ian que se suponía que debíamos llevar la cara cubierta, pero él... él... Dominamos a los criados y los atamos; entonces él sacó el garrote y nos dijo que nos marchásemos a la bodega para coger la pólvora. La pólvora... llevamos los seis barriles arriba sin ningún problema, y entonces MacLeod... - Movió la cabeza a ambos lados, con los ojos henchidos de dolor y de pena-. A MacLeod se le cayó un barril en el vestíbulo y se abrió. Campbell iba justo detrás de él, con la vela... El... ¡Cam, se resbaló con la pólvora! La vela... los dos volaron hechos pedazos. Toda la casa se sacudió... Luego se... se incendió.

- ¡Arabella!

- Ella seguía arriba. No había podido hacer que Cumberland tomase ni siquiera un sorbo de vino. El... él no nos había oído hasta entonces, pero cuando tuvo lugar la explosión se puso a chillar, totalmente aterrorizado. Salió de estampida, se subió al tejado y se puso a llamar a gritos como un histérico a los guardias. Yo salí corriendo escaleras arriba, cogí a Arabella y me la llevé al bosque, y entonces... entonces llegaron los casacas rojas. El relevo, Cam. ¡El relevo! No sabíamos... no habíamos contado con que hubiera un relevo de la guardia. Llegaron pocos minutos después de la explosión, y entonces se desató un auténtico infierno. Ellos... a Ian y a MacGregor los hicieron pedazos, a Malcom le dispararon y... consiguieron coger vivos a Burns y a Cochrane. Bajaron a Cumberland del tejado, y el duque seguía chillando. “¡Encontrad a esa mujer! ¡Encontrad a esa mujer!” Y luego... ¡luego aparecieron casacas rojas por todas partes, Cam! Se pusieron a rastrear los bosques en busca de Arabella...

-Tú la...

- La llevé al coche, y vi como se alejaba. Dos casacas rojas cargaron contra mí. Le quité la espada a uno de ellos y se la clavé en el pecho; luego agarré al otro por la garganta y apreté hasta romperle el cuello. Yo había dejado la carreta oculta en el bosque, había enganchado a ella unos caballos muy buenos, no los rocines. Los hice galopar como locos. Tenemos que salir de aquí en seguida, Cam. Si nos damos prisa quizá podamos llegar a Dover antes de que el barco zarpe.

Cam asintió, ceñudo. Robbie contuvo la respiración y se limpió la transpiración de la frente.

- Burns y Cochrane no dirán nada del barco - dijo, ya más tranquilo ahora-, pero Cumberland tiene... tiene métodos. Hará que los torturen hasta que revelen los nombres de todos los demás que hemos tomado parte en la conspiración. Puede que le cueste horas, quizá días, pero tenemos... tenemos que salir del país inmediatamente.

-Tienes razón -dijo Cam.

- Tengo el carro en la calle Fleet, justo a la salida del pasaje. No... no podemos hacer nada más, Cam. Todo ha resultado una chapuza. Si tú hubieses estado allí puede que... puede que las cosas hubieran salido de otro modo. Habríamos llegado media hora antes, tú habrías tomado el mando. Puede que hubiésemos tenido tiempo de volar la casa y escapar antes de que... antes de que los casacas rojas...

Robbie se detuvo en seco, con aquellos grandes ojos castaños llenos de pena. El muchacho estaba al borde de las lágrimas. Frunció el ceño e irguió los hombros, tratando de controlar las indecorosas emociones, poco propias de un hombre, que se estaban apoderando de él.

-¿Por qué no fuiste, Cam?

-Luego. Te lo explicaré más tarde. Ahora vete al carro. Me reuniré contigo dentro de un minuto.

-No -dije yo.

Robbie asintió y se fue; Cam se volvió para mirarme. Me apoyé en la pared, al lado del reloj del abuelo, y sacudí la cabeza en un gesto de súplica, aunque sin pronunciar palabra. Cam cogió la bolsa.

-Llévame contigo -le susurré.

- Los hombres de Cumberland vendrán por aquí antes o después -repuso-. Te interrogarán a fondo. Tú no sabes nada. Sólo eres mi criada. ¿Me comprendes? Vete mañana temprano a ver a Bancroft y cuéntale todo lo que ha pasado. Bancroft no te dejará en la estacada.

-Cam...

- He dejado las cosas arregladas para que puedas vivir desahogadamente. No tendrás problemas.

- Llévame contigo, Cam. Llévame contigo. Yo... no puedes dejarme aquí sola. Yo no podría,... no podría seguir viviendo sin ti...

- No lo entiendes, Miranda dijo sin alterarse -. Tú eres la responsable de lo que ha sucedido. Eres responsable de la muerte de esos hombres.

-¡Eso no es cierto! Yo...

- Debería matarte por lo que has hecho. Pero no lo haré. Soy demasiado débil para hacerlo. Tú me has hecho así. Lamento el día en que te conocí, Miranda. No quiero volver a verte en el resto de mi vida.

Fue como si me clavase un puñal en el corazón. Sólo que eso hubiese sido más rápido. Y también más caritativo. Me miró durante un momento con frialdad, sin la menor emoción, y luego se marchó. Me quedé aturdida y absolutamente paralizada. Mi organismo rechazaba aquel dolor. Nadie podría soportar un dolor como el que yo sentía. Oí los pasos atravesando el patio. Los oí resonar mientras avanzaban por el pasaje. Cam se llevaba con él mi vida, dejando sólo el caparazón de una mujer, dejando una mujer sin alma, sin espíritu, sin razón de existir.

Algo estalló entonces en mi interior. Me abalancé hacia la puerta y la abrí de golpe; me precipité por el patio y el pasaje, sin saber apenas lo que hacía. Salí a la acera dando tropezones, vi desaparecer el carro tras una esquina y me puse a gritar. La calle Fleet estaba desierta y silenciosa, negra, gris y bañada por la pálida luz de la luna. Cam se había ido. Nunca volvería a verle. Me quedé allí de pie, delante del pasaje. El aire frío de la noche me helaba los brazos y los hombros desnudos, me azotaba el pelo, pero yo no sentía nada, nada de nada. Cam se había marchado. Yo estaba muerta por dentro. Jamás sería capaz de volver a sentir.

Todo había pasado ya. Los hombres de Cumberland vinieron a casa dos días después; Bancroft estuvo todo el rato conmigo. Me había puesto el vestido de algodón más viejo que tenía y una raída cofia de las de limpiar el polvo, y les hablé en el más grosero acento de St. Giles siguiendo al pie de la letra las instrucciones de Bancroft. Este les aseguró a los soldados que yo sólo era la criada, pero ellos me estuvieron bombardeando con preguntas a pesar de todo. Tartamudeé, grazné y les solté una serie de palabrotas por haber entrado en la casa como una banda de indios pieles rojas. Convencidos de que yo era una ignorante esclavita que nada sabía, registraron la casa de arriba a abajo sin encontrar nada en absoluto que pudiera relacionar a Cam con los rebeldes, y luego se concentraron en Bancroft, reconocido amigo del traidor.

Bancroft quedó totalmente impactado por las acusaciones contra su amigo, convencido de que por fuerza tenía que tratarse de un espantoso error. Les explicó con toda franqueza que Cam había acudido ~ banco tres días antes y había retirado todos los fondos de que disponía. Planeaba salir para Plymouth de inmediato, desde donde pensaba zarpar para las colonias en el primer barco en el, que encontrase pasaje. Bancroft admitió cándidamente que le había sorprendido sobremanera tan súbita decisión, pero Gordon le había dicho que estaba desilusionado de Inglaterra, del trabajo de escritor, y que pensaba ir a Virginia a cultivar tabaco. Bancroft lo había considerado

una descabellada locura, pero su amigo era muy testarudo e inestable, y una vez que se le metía en la cabeza hacer algo no había nada que pudiera impedírselo.

Tras varias horas de minucioso registro y brutal interrogatorio, los hombres se marcharon, tan convencidos de la representación que Bancroft había llevado a cabo como de la mía. De aquello hacía ya cuatro días, y ahora las pertenencias de Cam se hallaban almacenadas y todos los muebles habían sido cubiertos con sábanas. Yo había llenado el baúl con mis cosas y lo tenía en el vestíbulo. Thomas Sheppard llegaría pronto para llevarme a la casa de campo que había alquilado para mí en las afueras de Stratford. Estaba junto al río, me había informado él, el césped descendía justo hasta el borde del agua. Allí había sauces y cisnes, y yo podría gozar de la paz y serenidad que tan desesperadamente necesitaba. Era un buen lugar para descansar, para olvidar, me decía, y esperaba que con el tiempo sería capaz de escribir.

La señora Wooden vendría a pasar algún tiempo conmigo -a los caniches les encantaría el campo-, y Sheppard vendría a visitarnos periódicamente para ver cómo me encontraba. Bancroft probablemente vendría a visitarme, también. Los tres me habían arreglado la vida admirablemente y, distraída, les había dejado que lo hicieran sin protestar en absoluto, sin hacer sugerencias, sin demostrar el menor interés. Me iba a Stratford, y allí me sentaría en el césped y miraría los sauces y los cisnes, pero no olvidaría, jamás podría olvidar, y tampoco volvería a escribir ni una sola palabra. El mero pensamiento de coger una pluma me producía letargo.

Yo estaba arriba, en el estudio de Cam, diciendo adiós por última vez a la habitación donde él había pasado tanto tiempo en aquellos últimos meses. Ahora parecía desnuda e inhóspita, pues nada quedaba de Cam. Los libros, los papeles, la espada de samurai, la lechuza de peltre... Todos sus efectos personales estaban almacenados en el desván de Bancroft, incluidos el sillón y la mesa de trabajo, cubiertos ya con una raída sábana de un color blanco grisáceo que empezaba a acumular polvo. El sol de las últimas horas de la mañana entraba sesgado por las ventanas formando manchas de un blanco amarillento en el desnudo suelo de madera. Cam se había afanado tanto trabajando en El extranjero venido del Japón. Estaba decidido a terminarlo cuanto antes, antes de... ahora me daba cuenta por qué. Hasta el último penique del dinero que había recibido por el libro había sido invertido por Bancroft a mi nombre, y ya estaba empezando a producir ganancias.

Cam me había dejado la vida resuelta de un modo más que generoso. Sheppard le había pagado una pequeña fortuna por la última novela de Roderick Cane. Bancroft me aseguró que pronto sería una mujer rica. Pero aquello no significaba nada para mí. ¿Cómo iba a importarme el dinero? Al contemplar la habitación vacía, al ver cómo se extendían las manchas de la luz produciendo reflejos luminosos en el techo, sentí que me aumentaba el dolor, y me esforcé por reprimirlo negándome a sentir nada. “Puedes darle rienda suelta, Miranda, puedes dejar que te destruya o bien puedes luchar contra él. Puedes sollozar y gemir, ceder, darte por vencida, o puedes intentar sobrevivir. Siempre has sido una luchadora - me dije-. No eres débil, ni llorona, ni una doncella indefensa. Has adquirido una voz culta, un cierto barniz, pero en el fondo, debajo de todo eso, sigues siendo la duquesa Randy, criada en las calles de St. Giles, y no tienes obligaciones para con nadie. ¿Qué vas a hacer? - me preguntaba-. ¿Vas a dejar que ese maldito cabrón te destruya la vida? ¿Sí?”

Pasaron unos largos momentos; luego sentí que algo duro y frío se me iba acumulando dentro. Le di la bienvenida a aquella nueva sensación y me aferré a ello con todas las fuerzas de que pude hacer acopio, sabiendo a ciencia cierta que aquello sería mi única salvación.

¿Cómo había podido Cam hacerme aquello? ¿Cómo? Maldito fuera. Condenado fuera al infierno. Yo lo amaba con todo mi ser, pero también lo odiaba, y aquel amargo rencor me hacía más llevadera la angustia. No iba a echarme a llorar. No iba a sollozar, a lamentarme y a montar un espectáculo de mi propia persona. No. No. Me negaba a hacer una cosa así. Me iría a Stratford como fuera... y como fuera sobreviviría. La señora Wooden me aseguró que yo era joven y hermosa y que había docenas de hombres que estarían encantados de tener la oportunidad de ayudarme a olvidar a Cam Gordon - Davy Garrick a la cabeza de todos ellos-. Pero ya no habría más hombres. Los hombres hacen daño. La abandonan a una. Le rompen el corazón.

Se oyeron voces y pasos en el piso de abajo. El criado de Sheppard estaba sacando mi baúl. Sheppard y la señora Wooden hablaban en voz baja, cautelosos y preocupados, como si yo fuera una criatura frágil e incapaz de cuidar de mí misma. Los dos se habían portado de maravilla conmigo, lo mismo que Bancroft, y yo les estaba muy agradecida a los tres, pero no había necesidad de que se preocuparan tanto por mí. No pensaba tirarme al río Avon. No iba a desmoronarme. Iba a sufrir, eso sí, a sufrir terriblemente, pero era más resistente de lo que cualquiera de ellos sospechase, y aquella resistencia vendría en mi ayuda ahora que la necesitaba.

- ¡Miranda! ¡Miranda, cariño! ¡Ya está todo preparado! - me gritó entonces alegremente la señora Wooden desde el pie de las escaleras.

-Voy -repuse.

Le dije adiós a la habitación. Le dije adiós a la vida que había conocido. Tranquila, con el semblante perfecta y bellamente compuesto por fuera pero sufriendo terriblemente por dentro, bajé, les sonreí a mis amigos y empecé de nuevo la tarea de sobrevivir.

1. En francés en el original (N. de los T.)
2. The Recrutíng Officer "El oficial reclutador" es una famosa comedia de George Farquar (1677-1707) (N. de los T.)
3. Kilt: falda típica de los habitantes de los Highlands; tam: gorra de lana con una borla en la cima (N. de los T.)

Librodot